

NOV
ELA
HIS
TÓR
ICA



Felipe Botaya



KOLONIE WALDNER 555

*La lucha no ha hecho más que empezar.
Sudamérica es el nuevo frente de batalla para la consecución
de la victoria final del III Reich.*

Lectulandia

En 1944 Un piloto accidentado misteriosamente es enviado al hospital del Doctor Edward Burton en Manaus, Brasil. Un extraño anillo del paciente despertará la curiosidad de este médico norteamericano, que por su cuenta indagará el origen de todo el misterio.

En 1938 Helmut Langert, un exitoso hombre de negocios alemán en Sudamérica, recibe del mismísimo Reinhard Heydrich en Berlín, la propuesta de dirigir el entramado científico militar de las SS en esa zona del mundo. Catorce fortalezas secretas, estratégicamente situadas en todo el cono sur, conforman el bastión SS dirigidas desde la más importante, la Kolonie Waldner 555. Los proyectos científicos más adelantados e increíbles se dan cita en esas fortalezas, para la consecución de la victoria final del III Reich.

Es una gran responsabilidad, pero Helmut Langert sabe que su patria necesita el máximo esfuerzo de todos y cada uno de sus hombres. Trabaja con los mejores científicos y militares de la SS contrarreloj, ya que muchos países sudamericanos le han ido declarando la guerra a Alemania y la zona se convierte en muy peligrosa ante cualquier movimiento alemán.

Los Estados Unidos son conscientes del peligro nazi para sus intereses en Sudamérica, y no dan tregua desde sus bases aéreas en territorio brasileño. Sin embargo, no son conscientes del alcance de esa amenaza. La lucha no ha hecho más que empezar. Sudamérica es un nuevo frente de batalla.

Lectulandia

Felipe Botaya

Kolonie Waldner 555

Tecnología Nazi - 4

ePUB v1.0

Dirdam 18.08.12

más libros en lectulandia.com



Kolonie Waldner 555
Felipe Botaya, 2012
Editorial: Nowtilos, 2012
ISBN: 9788499673363

Editor original: Dirdam (v1.0)
ePub base v2.0

Este libro está dedicado a todos aquellos que lucharon con ganas, decisión y honradez, a pesar de ser una lucha estéril, por algo en lo que creían, aunque fueron superados por los acontecimientos, la soberbia y la mentira de otros.

Estas palabras se han dicho desde la autoridad que concede el fracaso.

Felipe Botaya

Agradecimientos

Alfonso Montero, como en cada libro y como buen amigo, Alfonso ha participado ayudándome con su visión crítica pero siempre de forma constructiva. Ha sido muy objetivo en sus comentarios, algo muy necesario cuando se tocan temas como los de *Kolonie Waldner 555*. Creo que su intervención ha sido básica.

Enrique Dauner, compañero de colegio, gran amigo, excelente buceador y científico cuyas increíbles fotos de Villa Winter en Fuerteventura y el extraño aeropuerto dejan sin respiración a quien pueda tener dudas..., todavía.

Juan Manuel Desvalls, buen amigo que también ha sabido darme su punto de vista, intentando ser imparcial y lo menos emocional posible. Le parecía imposible que la Segunda Guerra Mundial pudiese esconder todavía tantos secretos y asuntos desconocidos.

Capítulo 1

Incidente en el Mato Grosso

Inicios de 1944

El médico volvió a tomar el pulso de aquel paciente en tan mal estado tras la mosquitera de protección. Seguía alto al igual que cuando llegó. Repasó la ficha del ingreso y las diferentes actuaciones médicas que se habían llevado a cabo con él durante los dos días que ya llevaba ingresado. Anotó la cifra de las pulsaciones y la hora. El lápiz sonaba con fuerza mientras escribía sobre el soporte metálico donde se hallaba el historial médico del paciente y que colgaba de la cama del mismo.

—Enfermera Oliveira, por favor. —Se volvió hacia la enfermera, que estaba poniendo de nuevo en su lugar el brazo del paciente, arropándolo con cuidado—. La hinchazón provocada por las quemaduras ha remitido lo suficiente, pero sigue inconsciente. El pulso es alto, ciento veinticuatro. No me sorprende por el estado general del paciente. Un cuarenta y ocho por ciento de su cuerpo sufre quemaduras. —El paciente era de raza caucasiana, de pelo rubio, pero no sabían quién era. Desde luego no parecía brasileño.

Los protocolos médicos se habían seguido a rajatabla, pero no podían hacer otra cosa que esperar. Si hubiese suerte, en algún momento volvería de su inconsciencia y podría explicar qué había sucedido. Le indicó a la enfermera los tipos de quemaduras que tenía aquel paciente.

—Esta es de segundo grado y estas dos de tercero. El pabellón auditivo derecho prácticamente ha desaparecido, consumido por las llamas y el pelo de ese lado también ha sufrido los efectos de la temperatura, más que del fuego directo. La cara está bien aunque todo el vello facial ha desaparecido, incluyendo pestañas y cejas. En los tobillos el fuego ha entrado profundamente y el hueso aparece a la vista. — Señalaba cada lugar que iba indicando—: además tiene contusiones menores y varios traumatismos con rotura de fémur y de la muñeca izquierda principalmente. Por ahora y debido a las quemaduras, no podemos enyesar al paciente. Necesita que tenga la piel en contacto con el aire. —Miró a la enfermera—: ¿ha aplicado sulfadiazina argéntica, enfermera? La piel expuesta sin defensa es un coladero de bacterias e infecciones. —La enfermera Oliveira asintió con la cabeza mientras le mostraba al doctor el apartado de actuaciones en el historial médico del paciente.

—Sí doctor, hace ya más de dos horas.

—Perfecto, creo que ya podemos pasar a la siguiente actuación.

El doctor Edward Burton volvió a mirar el rostro del paciente que mostraba un rictus en su boca que no hacía presagiar nada bueno. La respiración era entrecortada. Observó con detenimiento las zonas quemadas donde se había aplicado la

sulfadiazina argéntica. Esa pomada, la higiene y la paciencia eran las mejores medicinas para un quemado. De todas maneras, si aquel hombre sobrevivía no volvería a ser quien era. Le quedarían huellas para siempre. Controló el suero fisiológico que se hallaba conectado a través de una vía al paciente y que goteaba con cierta rapidez. Se volvió hacia la enfermera que permanecía en silencio tras él.

—Enfermera Oliveira, lave al paciente con abundante agua y jabón. Rasque con fuerza la zona de las quemaduras y saque la piel quemada. —La enfermera parecía asustada ante aquella solicitud repentina. La sección de quemados es uno de los destinos más duros y llevaba muy poco tiempo—. No se preocupe, es parte del protocolo para quemados. El agua y el jabón son excelentes antisépticos. —La enfermera asintió y sonrió levemente—. La piel tendrá que regenerarse. Tras el baño, aplíquese la pomada de nuevo y anótelo. Manténgame informado cuando acabe.

—Sí, doctor —respondió solícita la enfermera, mientras pedía ayuda a dos enfermeros que estaban en la amplia sala, para mover al paciente hasta la zona de duchas.

El Hospital São José era el único centro asistencial con garantías en la ciudad de Manaus, Brasil, en aquel inicio del año 1944. A pesar de la guerra, algunos de sus médicos eran militares norteamericanos, especialistas en enfermedades tropicales y medicina general, ayudados por doctores, enfermeras y monjas brasileños. Era un lugar excelente para aprender el funcionamiento de esas enfermedades, su transmisión y su posible cura. No faltaban casos a diario. Los mosquitos y otros insectos, el agua, los animales, todo era potencialmente portador de extrañas y mortíferas enfermedades. Para un europeo o un norteamericano era un lugar peligroso y muchas veces letal, sobre todo por el desconocimiento. Las investigaciones en el hospital podrían ayudar a miles de soldados en el frente del Pacífico o en África a curar sus enfermedades y esa investigación pasaría luego al campo civil. La guerra siempre ha sido un excelente campo de pruebas y avances científicos de toda índole.

El doctor Burton, que era el único médico civil del contingente americano y era también el responsable de las áreas de quemados y cirugía general, regresó a su consulta en el piso inferior del hospital. El esqueleto auténtico de un hombre colgado de una barra que lo mantenía en vertical presidía la estancia. Nadie sabía de dónde había salido, pero llevaba en el hospital muchísimos años. Seguramente vino de la morgue. A Burton no le molestaba y siempre observaba la artrosis que el hombre debió sufrir en vida, sobre todo en sus últimos años. También varios carteles de partes del cuerpo humano en sección se podían ver allí. Él estaba especializado en abdomen y aparato digestivo, pero allí tenía que colaborar con otros especialistas, con lo que su cultura médica se incrementaba. Creía que era un excelente curso práctico que, para cuando regresase a los Estados Unidos en un máximo de dos años, podía convertirse

en un doctor con prestigio y buenos clientes. Sus contactos con el ejército norteamericano le garantizaba unos saneados ingresos al volver, así como las visitas privadas del consultorio que pensaba abrir en Saint Louis.

Se sentó, encendió un cigarrillo aspirando con fuerza y comenzó a hojear los historiales clínicos de otros pacientes. Sin embargo el paciente que acababa de visitar le seguía produciendo una curiosidad que le impedía concentrarse en su trabajo con otros internos. Además, nadie había mostrado interés por él, ni siquiera la policía. Simplemente lo consideraban un accidentado, nada más. Eso era, como mínimo, muy raro.

Alguien llamó a su puerta.

—Adelante —dijo sin levantar los ojos de una gráfica que intentaba analizar sin demasiado éxito.

—Buenos días, doctor Burton. —Uno de los médicos brasileños apareció en el umbral de la puerta esperando permiso para entrar.

—Adelante. —Burton le invitó a pasar, alzando la vista hacia él. Le sonrió—. Dime Joao, qué deseas —le dijo mientras miraba algo envuelto que llevaba en su mano.

Joao Pessoa era ayudante médico del doctor Manuel Cardoso, responsable de la sección de urgencias del hospital. Ellos recibían a los accidentados de cualquier tipo y les aplicaban las primeras curas. Su papel era determinante y hacían la diferencia entre la vida y la muerte de un paciente accidentado por las más diversas causas. Su nivel de actuación estaba basado en dos aspectos, reconocimiento rápido de la dolencia o traumatismo y tratamiento adecuado con la máxima celeridad.

—Doctor Burton... —empezó Pessoa. Burton le miró con una medio sonrisa.

—Joao ya te he dicho muchas veces que me tutees, yo te tuteo. No tenemos tiempo para formalismos y los dos somos médicos—. El doctor Pessoa agradeció la gentileza y continuó.

—Verás Edward, sé que ese paciente, el de las quemaduras, es un misterio para todos. Aquí hay algo que él llevaba cuando llegó a urgencias y que en un primer momento no detectamos por la hinchazón de sus quemaduras. —Joao Pessoa abrió el pequeño paquetito envuelto en papel—. Yo lo ví y se lo extraje con el máximo cuidado. Nadie más lo ha visto. —Un anillo cayó sobre la mesa, produciendo el inconfundible sonido de la plata de ley—. Perdón, Edward —dijo el brasileño por su torpeza. Lo recogió rápidamente y lo puso sobre la mano que Edward Burton acababa de extender. Este dejó su cigarrillo en el cenicero.

Burton lo observó con detenimiento mirando cada uno de sus detalles. Una gran calavera en relieve presidía el anillo. A cada lado de la misma, había algo parecido a unas hojas y entre las hojas, en todo su perímetro, aparecían diversos signos. Lo giró hacia la izquierda de la calavera y aparecía un signo parecido a un rayo enmarcado en

un triángulo, luego un hexágono en cuyo interior había una estrella. Luego un círculo que rodeaba dos signos en su interior, una flecha hacia arriba y dos rayos paralelos. Este signo estaba algo gastado ya que era la parte inferior del anillo y por lo tanto de mayor rozamiento en su uso. Seguidamente y enmarcado en un rombo aparecía un signo que hizo que Burton lo mirara de nuevo: era una cruz gamada. El último signo, al igual que el primero junto a la calavera, volvía a ser el triángulo que enmarcaba un rayo.

—Es nazi, ¿verdad Edward? —dijo Pessoa con una cierta voz que denotaba ansiedad.

Sin mirarle y sin dejar de observar el anillo contestó:

—Eso parece, pero desconozco el significado de todos estos signos. Sólo hay uno inconfundible y es la cruz gamada. —Se la mostró a su colega brasileño—. Pero no sé qué significa este anillo. —Mientras decía esto, miró el interior del anillo y su sorpresa aumentó—. Un momento. —Burton cogió una lupa del primer cajón de su mesa de trabajo—. Aquí hay algo escrito. Parece un nombre, una fecha y una firma. —Puso la lupa a una distancia que le permitía aumentar la zona de su interés—. Sí, es un nombre, Stukenbrok, 20/4/40, luego hay una firma. —Trató de afinar con la lupa—. La firma no es muy legible, pero diría que es una H inicial y el apellido también empieza por H. No se lee bien. Es un tipo de letra puntiaguda en sus trazos. —Mientras sostenía el anillo, miró al doctor Pessoa—. Joao ¿cómo llegó este hombre hasta vosotros? Creo que lo trajeron en una barca y parece que sufrió un accidente de aviación ¿es así? —Pessoa afirmó con la cabeza las palabras de Burton.

—Lo trajeron unos pescadores que dicen que vieron caer lo que parecía un avión envuelto en llamas en el río Negro tras escuchar varias detonaciones, aunque no estaban seguros de que fuese un avión. Uno dijo que parecía una «abeja oscura». Llegaron hasta la zona del accidente, la aeronave acababa de hundirse y nuestro paciente estaba en la orilla, con restos de su uniforme de vuelo y con las quemaduras que conocemos. Estaba sin sentido. Lo desnudaron ya que la ropa todavía humeaba y tenía pequeños restos de fuego. No tengo más información.

Burton le miró.

—Eso quiere decir que no estaba mojado, que quizás había saltado antes envuelto en llamas. —Se quedó pensativo por un momento—. Es muy raro todo esto. —Pensaba en esa «abeja oscura»—. ¿Sabemos quiénes son los que le recogieron?

El doctor Pessoa negó con la cabeza.

—Lo dejaron en la recepción y le explicaron a la enfermera lo que acabo de explicarte. Lo siento. Además fue un día particularmente complicado en urgencias, con muchos ingresos. No hubo tiempo material de nada más y como puedes imaginarte, nuestra idea fue tratar inmediatamente al sujeto.

—Claro —dijo Burton—, es el protocolo, pero es una lástima ya que este asunto

parece más complicado de lo que es. Este paciente, según el anillo que portaba, puede ser un alemán. Su aspecto parece confirmarlo también. No sabemos si es un militar, no lleva placas identificativas. Su nombre puede ser Stukenbrok. Cae con un avión incendiado cerca de Manaos y además se oyen detonaciones. Y estamos en plena guerra mundial, aunque Brasil no es el frente de batalla. ¿Qué es todo esto? ¿Qué hace un supuesto alemán por aquí?



Un ejemplo del *Totenkpfiring* de las SS.

El teléfono sonó con fuerza—. Aquí el doctor Burton, dígame. —Pasaron unos segundos interminables donde la cara de Edward iba cambiando de expresión—. No se mueva enfermera. Ahora mismo voy —dijo con firmeza mientras colgaba. Miró al doctor Pessoa, que no ocultaba su extrañeza por las palabras de Burton—. Alguien ha atentado contra nuestro paciente misterioso. Está muy grave...— Salió de su despacho como una exhalación seguido por Joao Pessoa. Subieron al primer piso y entraron en la sala de quemados. El extraño paciente respiraba entrecortado y su tórax subía y bajaba con fuerza. La sangre le salía a borbotones de una herida en la parte baja del cuello que la enfermera trataba de parar. Uno de los enfermeros también mostraba rastros de sangre y una herida en la mano, al parecer sin más importancia.

—¿Qué ha pasado, enfermera Oliveira? —inquirió el doctor Burton con cara de incredulidad. La enfermera sollozaba mientras trataba de cortar la violenta hemorragia. Tanto Burton como Pessoa la ayudaron inmediatamente.

—Mientras íbamos hacia las duchas, tal como usted ordenó, nos cruzamos con un hombre al que no prestamos atención y que se volvió rápido como el rayo con intención de seccionar el cuello al paciente. —Se detuvo, sollozó y con voz entrecortada, continuó—. Llevaba un machete en la mano y gracias a que Manuel se dio cuenta, el cuchillo no llegó a matarle allí mismo. Lo desvió como pudo y está herido en la mano, aunque alcanzó al paciente. Mientras nos reponíamos de lo sucedido, el hombre pudo huir. —Los dos enfermeros corroboraban las palabras de la enfermera Oliveira—. Lo siento mucho, doctor —añadió sollozando de nuevo y víctima de la impresión.

—No se preocupen, ustedes han hecho lo que tenían que hacer. Manuel vaya a que le limpien la herida y le apliquen la antitetánica —dijo el doctor Burton, mientras trataba de colocar un vendaje, tras desinfectar la zona de la herida. El doctor Pessoa había cosido la herida lo mejor que pudo y a alta velocidad. Se notaba que trabajaba en urgencias y sabía cómo actuar. No se mostraba muy optimista y así se lo hizo ver con la mirada a Burton. Este tampoco se engañaba, ya que la cosa pintaba mal. Le inyectaron morfina, para calmar el dolor y tranquilizar al paciente. Las mantas estaban llenas de sangre. Los otros pacientes estaban muy excitados por la situación y miraban con nerviosismo hacia el grupo.

Tratando de romper un poco la situación, Burton preguntó:

—¿Qué recuerdan de ese hombre? —El otro enfermero, Andrés entró en la conversación.

—La verdad es que no tuvimos mucho tiempo y fue siempre bajo sorpresa, doctor. Era un hombre de estatura normal, llevaba un sombrero de paja— Ese detalle convertía a ese hombre en uno de los casi seiscientos mil hombres que habitaban Manaos en aquel momento, pensó Burton— y llevaba un pantalón y una camisa oscuros. Yo no fui capaz de verle la cara, doctor. Lo siento. —La enfermera Oliveira confirmó que ella tampoco fue capaz de ver la cara del sujeto.

—Lo tenemos muy complicado. Tendré que llamar a la policía —dijo con voz apesadumbrada el doctor Burton, mirando a su gente.

—No hará falta, doctor Burton. —Burton y los demás se giraron hacia el lugar de donde venía la extraña, autoritaria y repentina voz—. Nosotros nos encargaremos de este asunto a partir de este momento. Esto está dentro de la jurisdicción militar norteamericana. —Y mientras se acercaba al grupo, acompañado de dos militares más de menor graduación, continuó—. Soy el general Robert White de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y este paciente, August Stukenbrok, será trasladado ahora mismo a nuestra base de Natal. —En aquel momento entraron seis militares más con una camilla y sin perder tiempo se pusieron a trasladar al paciente. Burton se quedó estupefacto al recordar el nombre grabado en el anillo y que coincidía perfectamente con el que acababa de decir el general.

—Un momento general. —Burton se encaró con el militar interponiéndose entre los soldados y el paciente y con aplomo, continuó—: en primer lugar usted no puede entrar aquí sin mi permiso. No sólo sabe el nombre de este paciente, que nosotros desconocíamos, sino que además parece conocerme a mí. Pero yo no sé quien es usted, ni por qué se quieren llevar a este hombre, ni qué importancia tiene para ustedes. Habla usted de Natal que está a más de tres mil kilómetros de aquí. Este hombre morirá en el trayecto. No pueden llevárselo y además está bajo mi control médico. ¡Soy responsable de su estado!

—Usted ya no es responsable de él y no voy a discutir con usted, doctor Burton

—dijo el general White con una sonrisa—. Nos vamos a llevar al paciente ahora mismo. —Sacó su pistola reglamentaria al igual que sus dos subordinados, y se la puso en la frente al doctor Burton—. ¿Ha entendido lo que le acabo de decir? No quiero utilizar el arma, pero lo haré si es necesario. No lo dude doctor. Estamos hablando de seguridad nacional. —La voz del general no dejaba lugar a dudas. Burton se apartó.

Mientras los soldados depositaban con cuidado al paciente en la camilla y colgaban el suero, el general White se volvió hacia Burton.

—No lo haga por mí doctor, hágalo por su país que es el mío también. Estamos en un momento de gran peligro y este hombre es muy importante para nosotros. Haremos que viva. Tenemos mejores instalaciones que ustedes aquí. Ya hemos recuperado los restos de su aeronave y todo lo que era de interés en la zona, que se ha trasladado a Natal para su reconstrucción.

Impotente, el doctor Burton y su grupo miraron cómo los militares, con gran destreza, recogían todo lo que tuviese que ver con el paciente y comenzaron a retirarse llevando la camilla con sumo cuidado. El general White miró a Burton.

—¿Tenía algo más este hombre encima? —Burton negó con la cabeza—. Bien, gracias por su colaboración. —El grupo desapareció tan rápido como había aparecido.

Durante unos segundos el silencio reinó entre todos. La cabeza de Burton trabajaba a alta velocidad tratando de imaginarse de qué iba todo aquello y quién era ese August Stukenbrok, tan importante como para desplazar hasta su hospital a todo un general, oficiales y soldados, más el equipo aéreo de soporte médico desde Natal, en la costa atlántica de Brasil. Parecían conocer bien al paciente. No tenía ni la más remota idea, aunque era algo importante relacionado con la seguridad nacional de los Estados Unidos.

—Bien, recojamos todo esto y recuerden que algo así nunca ha pasado —dijo con cara de pocos amigos.

Pessoa le miró con complicidad mientras Burton, con una medio sonrisa, acariciaba el anillo en su bolsillo.

Capítulo 2

Un plan para Sudamérica

Verano de 1938

El aria número dos del primer acto de *La Flauta Mágica* de Mozart, «Der Vogelfänger bin ich da», sonaba con fuerza en el despacho de Helmut Langert. Fue la última obra de Mozart y la compuso para ayudar económicamente a su amigo el empresario teatral Emanuel Schikaneder. Es la obra cumbre del *singspiel*. Fue estrenada y dirigida por el propio Mozart en el teatro Wien de Viena el treinta de septiembre de 1791 y sí, era una obra con claros tintes masónicos que el genio de Salzburgo había escrito durante su pertenencia a la orden. «Todos lo sabían ¿y qué?» pensó con una sonrisa. De todas maneras, esta versión dirigida por Karl Böhm en 1941, era extraordinaria y agradecía haber traído desde Alemania su moderno tocadiscos Telefunken, que le permitía trasladarse a esos lugares encantados que tanto le recordaban a su amada patria a pesar de su prolongada estancia en Sudamérica. Su colección de discos era de las mejores e incluía algunos discos americanos de la llamada «música degenerada» de negros y judíos. Un buen amigo suyo del Ministerio de Propaganda le había conseguido esos discos bajo mano. También le gustaba escuchar esa música, aunque lo hacía de forma discreta ya que, ante todo, era un melómano y la música no conocía fronteras, ni ideologías según pensaba.

Volvió a la realidad. Aquel calor era insoportable a pesar de la excelente climatización de que gozaban en toda la instalación los residentes, trabajadores y militares de la Kolonie Waldner 555. Pensar en Alemania y sus cuatro estaciones perfectamente delimitadas durante el año, le hacía soportar mejor su situación actual. Aquí siempre se vivía a más de treinta grados y un ochenta y cinco por ciento de humedad.

La Kolonie Waldner 555 estaba situada en la frontera entre Paraguay y Brasil, cerca de la orilla del río Paraná y a no excesiva distancia de la capital del Paraguay, Asunción, y de Ciudad del Este, aunque dentro del territorio brasileño. Esta fortaleza militar estaba conectada a otras catorce, algo más pequeñas distribuidas en un área inmensa que comprendía también Chile y Argentina, por carreteras abiertas en la jungla y aeropuertos, y que formaban la avanzadilla militar y científica alemana en Sudamérica. Estaba fuertemente protegida por tropas seleccionadas y todo tipo de armamento, que impedía cualquier intromisión ajena en su operación diaria.

Helmut Langert recordaba cómo había cambiado su vida tras la desmovilización al terminar la Primera Guerra Mundial y su decisión de marcharse a Sudamérica, a Brasil concretamente. Él era ingeniero de profesión y había servido con honor en el ejército imperial con el rango de teniente, combatiendo en Francia en los duros días

de las trincheras. Alemania no ofrecía muchas posibilidades y las peleas políticas callejeras y los desórdenes continuos no auguraban un gran futuro a su patria. La república de Weimar no daba soluciones y además estaba aplastada por las terribles condiciones del infame e injusto Tratado de Versalles. Muchos jóvenes desmilitarizados como él, hicieron lo mismo. Brasil contaba con una colonia alemana de más de novecientos mil personas y le surgió la oportunidad cuando la compañía Siemens le ofreció un empleo en su filial en Río de Janeiro. Partió del puerto de Kiel en 1922, cuando tenía veinticuatro años.

Una vez allí, no sólo demostró sus excepcionales aptitudes en el trabajo, sino que antes de un año cambió a un nuevo trabajo en una compañía de aceros, mejor remunerado y de más nivel ya que se convirtió en directivo del conglomerado AEG (Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft), en Belo Horizonte, capital del estado de Minas Gerais. Recordaba que fue en esa época, 1927, cuando se casó con Ilse a la que ya conocía en Alemania y que aceptó ir a Brasil con él. Pero la historia seguía su propio curso para Helmut y eso iba a ayudarle.

La Revolución en Brasil de 1930 fue un golpe de estado liderado por los estados de Minas Gerais y Río Grande do Sul, que culminó derrocando al presidente paulista Washington Luís el 25 de octubre de 1930. En 1929 los líderes del estado de San Pablo rompieron sus alianzas con los mineros representados por la política del «*café com leite*», y eligieron al paulista Júlio Prestes como candidato a la presidencia de la República. El Presidente de Minas Gerais, Antônio Carlos Ribeiro de Andrada reaccionó apoyando la candidatura opositora de Getúlio Vargas.

El 3 de noviembre de 1930 tras liderar una revolución armada, Getúlio Vargas asumió la jefatura del gobierno provisional, siendo la fecha que marca el fin de la denominada «*República Velha*». El gobierno, impuesto por la Revolución de 1930, adoptó y aplicó en Brasil las primeras formas de legislación social y de estímulo al desarrollo industrial. Tanto los sindicatos brasileños, como las grandes empresas estatales, y otras estructuras modernas del Estado y de la sociedad brasileña tienen su origen en las reformas realizadas durante este período. Getúlio Vargas, un auténtico superviviente, sobrevivió a la Guerra Civil de 1932 y a la revuelta comunista de 1935 y tiene en su haber una frase que le define como político oportunista: «Nunca he tenido un amigo que no haya podido convertirse en enemigo, ni un enemigo que no pudiera convertirse en amigo».

Este período convulso hizo que Helmut, su mujer y su hijo se trasladasen a Río de Janeiro ya que había sido nombrado ingeniero en jefe de las oficinas centrales de AEG para toda Sudamérica. Más tarde, en 1931, aceptó el reto de montar una filial en Joinville en el estado de Santa Catarina, al sur de Brasil. Todas estas posiciones laborales le permitieron conocer a los grandes industriales del país e incluso de otros países de la zona. Su excelente trabajo también hizo que los directivos de la AEG en

Berlín se fijasen en él, hasta el punto que en 1936 le nombraron director de operaciones de las diferentes compañías del grupo en Sudamérica. Su vida civil era todo un éxito, pero siempre conservó un recuerdo vivo e intenso de su vida militar. Siempre creyó que nunca había dejado de ser un soldado y por ello se sentía muy feliz del destino que había tomado Alemania de la mano de Hitler y de la recuperación económica y social de su patria. Alemania volvía a ser alguien en el mundo, tras el nefasto e injusto Tratado de Versalles. En 1938 y durante unas vacaciones con su familia en Austria y Alemania, pasaron varios días en Berlín donde recibió una visita que iba a cambiar muchas cosas en su vida.

Aquella mañana el hotel Adlon en la Pariser Platz, frente a la Puerta de Brandenburgo, era un auténtico hervidero de turistas y hombres de negocios que se movían por sus salas con curiosidad y energía. Helmut estaba alojado en el hotel con su familia, tras regresar de su ciudad natal Lübeck, y visitar también Viena y las montañas del valle de Stubai en el Tirol austríaco. Berlín era el centro del mundo en aquel momento y la familia Langert se sentía muy a gusto con los cambios que había introducido el *führer* en todo el país. Alemania volvía a ser orgullosa y fuerte. El pequeño Sepp jugaba con el submarino U-29 que le habían comprado sus padres en Viena en la juguetería Sport-Spiel Mülhauser en la Kärntnerstrasse, 28. Siempre buscaba un estanque y por la mañana, tras bañarse, había jugado con él en la bañera de la habitación. Helmut estaba muy orgulloso del pequeño y parecía que le gustaba la mecánica y saber cómo funcionaban las cosas. Presagiaba un gran futuro para su hijo.

Alguien llamó a la puerta en aquel momento. Un botón permanecía en posición de firmes cuando Helmut abrió la puerta.

—Señor Langert, tengo un aviso para usted. —El joven extendió un pequeño sobre que entregó a Helmut. Tras despedirse formalmente, se giró y desapareció por el pasillo. Helmut miró el sobre con la puerta todavía abierta. Su nombre aparecía en el mismo, escrito con una caligrafía limpia, pero sin más datos externos. Lo abrió y dentro había un cartón tipo tarjeta de visita, algo más grande. En el lateral superior izquierdo aparecía un nombre impreso: Johann Siegfried Becker. Luego, escrito a mano decía: «Le espero en la recepción del Hotel Adlon». Helmut se giró hacia su esposa que en aquel momento llegó hasta donde él estaba y miró con curiosidad el cartón-tarjeta.

—No sé quién es, pero puede ser importante. Quizá trabajo, recuerda que la empresa Junkers ha mostrado interés por mi trabajo en Brasil. —Helmut era un ejecutivo valorado, cuya trayectoria era seguida y conocida por otras empresas. —Muy bien, pero no te demores. Recuerda que le hemos prometido a Sepp ir al zoo en Tiergarten. Y además quiero pasear con vosotros por allí. ¡Es tan diferente a la jungla tropical! —Helmut pensó que Ilse tenía razón. Los bosques que habían visto durante

el viaje eran absolutamente diferentes a lo que veían cada día en Brasil pero que cada cosa tenía su sitio. Helmut pensaba que todos tenían su encanto especial y lo comparaba con las operas italianas y las alemanas. Ninguna era mejor que otra, aunque tenían cosas muy diferentes.

—No te preocupes. Me pondré la corbata y bajaré a conocer a nuestro misterioso personaje. No tardaré. —La besó y abrazó al pequeño. Se ajustó bien la corbata de seda verde oscuro y la chaqueta de tweed con coderas de cuero y bajó al *hall* central del hotel.

Se preguntaba cómo reconocería a su interlocutor. No hizo falta.

—¿Teniente Helmut Langert? —Helmut se giró hacia la voz que sonó a su espalda. Hacia muchos años que no se dirigían a él por su grado militar. Un joven vestido de paisano, alto y enjuto, pero con cierto aire marcial, le sonreía mientras alargaba su mano para estrechar la suya. La insignia del partido con la cruz gamada sobresalía de su solapa. Helmut se la estrechó—. Permítame que me presente, soy el *Hauptsturmführer* Johann Siegfried Becker, del Sicherheitsdienst. Quisiera hablar con usted. —Helmut estaba impresionado porque alguien del Servicio de Seguridad del Reich quisiera hablar con él.

—Debe tratarse de un error, *Hauptsturmführer*. Sólo soy un hombre de negocios de vacaciones con mi familia en Alemania. En dos semanas regresamos a Brasil, donde residimos. —El joven de la SD seguía sonriendo.

—Lo sé y sé qué está haciendo ahora en Berlín. No se preocupe, sólo queremos hablar con usted sobre Sudamérica. No le robaremos mucho tiempo. —El joven SD había utilizado el plural—. Nos interesa verle lo antes posible en nuestra sede de la Wilhelmstrasse 102, muy cerca de aquí.

Efectivamente, la sede de la SD y la Gestapo se encontraba a poca distancia del hotel Adlon. Era un paseo de unos veinte minutos muy agradable y una vez ante el edificio de la SD, este era imponente. Aunque la dirección era esa, se trataba de un conjunto de varios edificios que daban a dos calles, la Wilhelmstrasse y la Prinz Albrechtstrasse. Allí estaban las oficinas, servicios e instalaciones ocupadas por el *Reichsführer-SS* y Jefe de la Policía del Reich, Heinrich Himmler y por el Servicio Central de Seguridad del Reich o Das Reichssicherheitshauptamt (RSHA) del que dependían diversos servicios, entre ellos el Servicio de Seguridad SD (Der Sicherheitsdienst des *Reichsführer-SS*) o la Geheime Staatspolizei, más conocida como Gestapo. Sin más opciones, Helmut aceptó la entrevista y quedaron para esa misma tarde a las tres en la sede de la SD.

—Un coche vendrá a buscarle a las 14:45 —dijo el *Hauptsturmführer* Becker. De nuevo estrechó la mano de Helmut y se marchó tras ajustarse el sombrero oscuro de ala caída.

Ilse se enojó cuando supo del cambio de planes, pero por otro lado también se

mostró impresionada de la cita de su marido. Consideró que era mejor aceptar la nueva situación.

—No sé de qué se trata, Ilse. Además utilizó mi antiguo rango militar que hacía años que no escuchaba. Sin duda saben quien soy. Iba de paisano a pesar de ser un militar... —Miraba a Ilse, que también le miraba con admiración, a pesar del repentino enfado que había tenido.

—No te preocupes. He pensado que como hace un día muy bueno y el calor ya se nota, iré con Sepp al Lustgarten y de allí a la zona de los museos, donde me ha dicho Anna que han montado una especie de playa en el río Spree. Se ve que es muy agradable y con bares.

—Me parece bien, pero yo no sé a qué hora voy a terminar mi cita. En estos lugares se sabe cuando se entra, pero no cuando se sale. —Miró al pequeño—. Sabes Sepp, vamos ahora a comer algo en ese sitio que te gusta Die Lustigen Holhackerbuam. ¿Qué te parece, hijo? —Ilse sonreía al ver a sus dos hombres negociar.

—Bueno, papi, pero luego quiero que vengas pronto. —Helmut miró a su mujer y luego se dirigió a su hijo.

—Así será hijo. Vendré pronto. Ahora vamos a comer.

A las 14:45 un Mercedes Benz negro sin ningún distintivo, se paró delante de la entrada principal del hotel. Helmut ya estaba en la puerta esperando. Un hombre joven y también de paisano se bajó y se dirigió a él sin premura. Parecía conocerle.

—¿Teniente Langert? —preguntó aunque imaginaba la respuesta. Helmut contestó afirmando con la cabeza.

—Le ruego que me acompañe. Le están esperando. —Los dos hombres se dirigieron al coche, donde les esperaba un tercer hombre, de paisano también, al volante y con el motor al ralentí. El coche arrancó y curiosamente en vez de ir por la Wilhelmstrasse, el coche cruzó la Pariser Platz, pasó por debajo de la Puerta de Brandenburgo y giró hacia su izquierda enfilando la Hermann Göring Strasse, luego cruzó la Potsdamer Platz y encaró la Saarlandstrasse. Tras cruzar la Prinz Albrechtstrasse y pasar por delante del Museum für Völker-Kunde y la Europa Haus, a continuación, el vehículo giró por la Anhalter Strasse. A mitad de dicha calle, el coche entró en un garaje sub-terráneo y Helmut se dio cuenta de que entraban por la parte trasera del conjunto de edificios de la seguridad del Reich, como queriendo ocultar el traslado. Habían seguido en paralelo la Wilhelmstrasse y todo el conjunto denominado Regierungsviertel, donde se hallaba la Nueva Cancillería. Helmut todavía se preguntaba qué podían querer de él. Y ¿por qué se dirigían a él con su graduación militar? No hallaba una respuesta satisfactoria, pero pronto lo sabría, pensó. Pasaron sin problemas ante una guardia de acceso.

El garaje era inmenso y el parque de vehículos espectacular. Sobresalían los de

carácter anónimo como el de su traslado, pero también había varios coches oficiales, con estandartes y distintivos. Todos brillaban y casi todos eran de color negro. También había varias furgonetas cerradas de traslado de prisioneros y algunos camiones de los Schupo o Schutzpolizei, para algaradas callejeras y motocicletas de escolta. El coche se detuvo frente a una puerta y allí se bajaron Helmut y su anfitrión. Llegaron hasta un ascensor, entraron y subieron hasta el cuarto piso. Una vez allí, un ordenanza SS abrió la puerta y les acompañó hasta un despacho de espera.

—Teniente Langert, le ruego que espere aquí. —le dijo su acompañante, el cual desapareció seguidamente. Helmut miró su reloj. Eran las 15:00. Todo parecía ir rápido y pensó acabar lo antes posible, así podría ver a su familia.

La puerta se abrió y apareció el *Hauptsturmführer* Johann Siegfried Becker. Esta vez iba de uniforme SS y en la manga izquierda lucía el clásico rombo de fondo negro con las iniciales SD. Helmut se fijó que no llevaba el reborde en hilo de plata, lo que significaba que Becker no pertenecía a la Gestapo.

—Volvemos a vernos, teniente Langert. Le ruego que me acompañe. —Con un ademán de su mano le indicó el camino a seguir. Pasaron por un pasillo, cruzándose con personal de todo tipo que apenas les prestó atención. Se oían lejanamente máquinas de escribir y su típico tecleo mecánico. De todas formas, el silencio reinaba por doquier. También pasaron frente a despachos de las diferentes secciones. Todos tenían las puertas debidamente cerradas. Becker se detuvo delante de un despacho y llamó con los nudillos. Se oyó una voz que le daba acceso y acto seguido Becker abrió la puerta permitiendo a su invitado entrar primero.

El ocupante de aquel despacho estaba de espaldas mirando por la ventana hacia algún punto del exterior. Helmut podía ver su silueta perfectamente delimitada al contraluz. Era alto y parecía de complexión atlética, aunque no excesiva. Su pelo rubio estaba perfectamente peinado hacia atrás. Se giró suavemente. Su nariz aguilena destacaba sobre un rostro extremadamente bien delimitado y pétreo. Era Reinhard Heydrich. Helmut sintió un vuelco en su corazón ya que sabía perfectamente de quién se trataba. Estaba ante uno de los hombre más importantes del Tercer Reich y que prácticamente lo sabía todo de todos. Incluso Himmler le temía. Dirigía la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). Su uniforme era perfecto, sin una arruga. Becker se quedó unos pasos por detrás. Aquello iba muy en serio.

—Buenas tardes, teniente Langert. Soy Reinhard Heydrich.

—Helmut se sorprendió de la voz aflautada de Heydrich—. Creo que es usted un melómano ¿verdad? —preguntó Heydrich a bocajarro. Helmut se sintió algo azorado, pero se recuperó.

—Bueno SS *Gruppenführer*, digamos que soy un buen aficionado, nada más. —Heydrich sonrió ante el conocimiento de los grados SS.

—Creo que tenemos cosas en común, teniente. Yo también soy aficionado a la música y toco varios instrumentos, aunque me gusta especialmente el violín. ¿Sabía que mi padre, Bruno Heydrich, había sido compositor y cantante de ópera? — Evidentemente, Helmut desconocía ese dato.

—No, no lo sabía. —En ese momento Heydrich invitó a sus dos recién llegados a sentarse. Tomaron asiento y Heydrich continuó.

—¿Cuál es su obra favorita, teniente? —Helmut pensó un momento.

—Me gusta la obra de Mozart, aunque Wagner también me seduce. Por otro lado, Verdi me resulta atractivo en alguna de sus óperas, *Rigoletto*, por ejemplo. Y también me gustan las obras del barroco italiano. Arcangelo Corelli es mi preferido.

El rostro pétreo y afilado de Heydrich escudriñaba a Helmut y analizaba sus respuestas, podía notarlo sin dificultad. Sus ojos achinados no perdían detalle del lenguaje corporal de Helmut.

—Y de Wagner, ¿qué obra le gusta? —Helmut miró a Heydrich y con seguridad respondió—: todas tienen su atractivo por diferentes razones, pero me quedaría con *El holandés errante*. —Heydrich sonrió.



Reinhard Heydrich

—¿Sabía usted que es la única obra de Wagner con dos títulos? —Helmut afirmó con la cabeza y respondió:

—*El holandés errante* o el *Buque fantasma*. —Sin perder la sonrisa y mirando a Becker, Heydrich inquirió:

—Y ¿sabe usted por qué? —La cara de Helmut demostraba su desconocimiento.

—Muy fácil, teniente. Wagner nos habla simbólicamente de Holanda y su retorno al Reich. Le recuerdo que Holanda está por debajo del nivel del mar y por ello Wagner la llama el «buque fantasma», ya que no se ve en el horizonte. Y ¿quién es el pueblo errante por naturaleza? Los judíos, teniente. —Helmut puso cara de sorpresa ante esa explicación—. De ahí lo del «holandés errante», ya que la colonia hebrea en Holanda era muy numerosa y de difícil absorción incluso en la época de Wagner. Son errantes, como su historia y cultura. Es una obra que nos habla del regreso a la Santa Madre Alemania y la expulsión de los judíos de esa reunificación de dos pueblos, Alemania y Holanda, que siempre fueron iguales. Wagner deseaba esa unión, pero expulsando al pueblo parásito por antonomasia, que dinamitaba esa unión.

Helmut estaba sorprendido de esa explicación, pero haciendo acopio de valor y tratando aquella reunión como si fuese cualquier otra de negocios que había tenido a lo largo de su vida profesional, trató de llevar la iniciativa.

—Es una explicación muy curiosa y lejos de lo que podía imaginarme SS *Gruppenführer* Heydrich. De todas maneras y agradeciendo su amabilidad, me gustaría saber por qué estamos aquí reunidos. ¿En qué les puedo ayudar? Sólo soy un civil alemán en Brasil. —La cara de Becker cambió de color ante aquella osadía ante su jefe, que nadie hubiese tenido el valor de hacer en toda Alemania.

—Excelente, teniente Langert, llevar la iniciativa le va a ser muy útil en lo que hemos previsto para usted. —Heydrich parecía contento de que alguien le contestase con un cierto nivel. Parecía que se dirigía más a un colega melómano que a un posible colaborador—. Sabemos que el mundo militar sigue siendo importante para usted. —Aquel hombre parecía conocerle muy bien. Helmut intentó no demostrar la menor emoción ante sus palabras—. ¿Qué le parecería volver al servicio activo con nosotros en las SS y como *Standartenführer*? —La pregunta conmocionó a Helmut que, a pesar de sus gratos recuerdos militares, no se había planteado volver al servicio activo. Hacía demasiado que era un civil. Heydrich continuó—. Europa va a entrar en conflicto muy pronto. A pesar de la defensa por la paz de nuestro *führer*, las fuerzas ocultas del sionismo y el comunismo se han unido para la destrucción de nuestra obra y de Alemania. Estamos poniendo en peligro todo el sistema financiero sionista mundial, hemos creado nuestra propia moneda que además emitimos, hemos eliminado el patrón-oro y hemos creado el patrón-trabajo, nos hemos salido de la Sociedad de Naciones y hemos implantado con éxito el trueque con otros países. —Esas palabras proviniendo de Heydrich no podían ser tomadas a broma, pensó Helmut—. Por ello, nos han condenado a la guerra. Somos un gran peligro para los financieros mundialistas judíos y la emisión de deuda que atenaza a todos los países.

Ese es el gran negocio inmoral de los banqueros internacionalistas y la creación artificial de las crisis para socavar cualquier resistencia. Alemania ha sabido salir con éxito de ese cerco infernal guiada por el *führer* con mano de hierro.

—¿Cuál es nuestro plan, teniente Langert? Y aquí es donde usted entra de lleno. —La cara de Helmut mostraba interés por saber qué habían pensado para él—. Usted sabe que Alemania siempre ha tenido muy buena relación con Sudamérica y ello viene ya desde el siglo ^{xix}. —Era cierto y Helmut siempre había sentido el aprecio de los sudamericanos, independientemente del país, por todo lo alemán y su cultura. Y Helmut conocía toda Sudamérica, desde México hasta la Patagonia chilena y argentina—. Teniendo en cuenta lo que le he explicado sobre la situación en Europa y conociendo la cosmovisión de nuestro *führer*, queremos adelantarnos a lo que pueda llegar y estar preparados. Sudamérica es muy importante para nosotros por muchas razones, pero sobre todo por sus materia primas y su cercanía con los Estados Unidos. Por ello, estamos ya trabajando en secreto en varias fortalezas militares en Sudamérica, la más importante en Brasil, y queremos que usted las dirija. Tiene sentido de la organización, sabe dirigir equipos y tiene experiencia militar. Y, sobre todo, nadie le conoce hoy en el campo militar por lo que puede pasar más desapercibido allá donde vaya.

—Me está usted pidiendo, *herr Gruppenführer*, que renuncie a mi carrera profesional en empresas civiles alemanas en el extranjero y reinicie mi carrera militar en un proyecto que entiendo secreto, en Sudamérica?

-Sí —respondió lacónico Heydrich y añadió—, así podrá servir a su patria con efectividad en el conflicto que vendrá. Sigue siendo alemán y renunció a la posibilidad de la ciudadanía brasileña hace un tiempo ¿verdad? —Era cierto y no entendía como Heydrich sabía aquello. Desde luego llevaban detrás de él desde hacía más tiempo del que podía imaginar. Helmut confirmó este último comentario—. Si acepta, no sólo será entrenado convenientemente, sino que su familia y usted gozarán de un nivel económico que no le planteará problemas en el futuro. Usted desaparecerá como civil, ya lo solucionaremos con AEG, y renacerá como un militar en nuestra operación secreta en Brasil.

—Pero *herr Gruppenführer*, entiendo que una operación secreta en el extranjero debería ser llevada a cabo por el Abwehr. —Heydrich miró a Helmut y sin sonreír contestó:

—El Abwehr del almirante Canaris se dedica a temas de espionaje y sabotajes en el extranjero. Tenemos reuniones con el almirante en su oficina de la Tirputz-Ufer, junto al edificio de la Kriegsmarine, pero sobre otros asuntos. Esta es una operación militar en toda regla, pero secreta y la dirigimos nosotros ya que pertenece a un asunto que implica la seguridad del Reich. Las SS controlamos este proyecto desde 1935 en que empezó la gestación del mismo. Durante 1936 y 1937 y a través de

barcos mercantes civiles, pero bajo nuestro control directo se ha ido llevando material y gente hasta allí. Los trabajos han comenzado a buen ritmo y el presidente Getúlio Vargas nos ayuda desde la clandestinidad con personal alemán residente en Brasil y con la logística que necesita todo este entramado. Puede imaginarse que es una operación de alto nivel.

—Y ¿cuál sería mi trabajo en concreto allí, *herr Gruppenführer*? —inquirió Helmut, sabedor que no tenía muchas salidas desde ese momento y quizás no sería del todo complicado, pensó. Heydrich sacó de una carpeta un plano que desplegó ante Helmut. Era un mapa político de Sudamérica en el que habían señalado varios puntos con una esvática.

—En este momento estamos terminando la base central a la que llamamos Kolonie Waldner 555. —Señaló un punto en el estado brasileño de Mato Grosso Do Sul y muy próximo a la frontera con Paraguay, en la punta que forma este estado más hacia el sur y junto al río Paraná. Parecía ubicada para controlar dos países, e incluso como vía de escape si se daba el caso—. El nombre viene del ingeniero Gustav Waldner que ideó todo el sistema defensivo de las diferentes fortalezas que ahora le indicaré. El número 555 se refiere al número de pertenencia al partido de Martín Bormann, que es el iniciador de todo esto y como deferencia a su idea. —Helmut miraba aquel increíble sistema que estaba poniéndose en marcha y del que él sería responsable si aceptaba. Heydrich continuó—. Como verá, la Kolonie Waldner 555 está a casi dos kilómetros tierra adentro de la orilla del río Paraná y a unos veinte kilómetros al norte de la frontera con Paraguay. Es una plantación natural situada en una depresión del terreno, que lo convierte en una fortaleza por sí misma, que se alarga en un rectángulo de unos cincuenta kilómetros a lo largo del río Paraná y a casi doscientos kilómetros de distancia del mar. —Heydrich señalaba sobre el mapa todo lo que iba comentando, aunque Helmut conocía la región—. Hacia el este está protegida por el río, que en ese punto tiene unos quince kilómetros de anchura. Hacia el sur tiene una jungla impenetrable que la protege y el único camino que lleva hasta la fortaleza está vigilado por los indios, cuyo trabajo es alertar inmediatamente a nuestras tropas SS de la llegada de cualquier intruso. Los víveres y otros suministros se llevan en barco por el río y luego nuestros camiones lo llevan hasta el interior de la fortaleza. Los visitantes pueden llegar por el río o con nuestros Fieseler Storch Fi 156 o con helicópteros Kolibrí-Flettner Fi282, que pronto serán una realidad, en la pista habilitada para ello dentro del terreno. Tenemos hangares totalmente ocultos donde guardamos todo este material. Hemos llegado a utilizar el aeropuerto de Campo Grande cuando han sido grupos numerosos y luego los hemos trasladado con nuestro servicio interno de transporte.

—Me imagino, *herr Gruppenführer*, que la gente o los indígenas que viven en la zona conocen estos movimientos y deben sospechar que algo pasa por allí. —Helmut

miraba la zona del mapa con cierta preocupación. Heydrich, levantando la mirada de soslayo hacia su interlocutor, indicó:

—Evidentemente, todo este proyecto está bajo el manto de una empresa brasileña pública, de construcción concretamente, que justifica el movimiento de tierra y el personal que se va incorporando. La ayuda del gobierno del presidente Vargas es decisiva en la consecución de los plazos temporales que nos hemos marcado. La supuesta mano de obra es cien por cien alemana, la mitad brasileña pero de origen alemán y la otra mitad enviada desde nuestra patria directamente. Los barcos que traen las provisiones, no sólo pertenecen a empresas navieras fluviales alemanas, sino que su tripulación es enteramente alemana. —Tras un breve silencio.

—¿Y los indios? *Herr Gruppenführer*, ¿son leales o pueden cambiar de bando? —Helmut exponía sus dudas sin restricciones, bajo la incrédula mirada de Becker. —Los indios —comenzó Heydrich— no tienen contacto con otros habitantes del país. Es más, rehuyen cualquier contacto. De hecho, poca gente sabe que están allí. Y los que lo saben, no tienen el menor interés por esa gente, que por otro lado aún vive en la edad de piedra. —Heydrich sonrió y Becker también.

—¿Y cómo hemos conseguido su ayuda, *herr Gruppenführer*?

—Heydrich afirmó con la cabeza.

—Pregunta lógica, teniente. Tenemos a dos brasileños de origen alemán, geólogos concretamente, que están colaborando con nosotros y tienen fe ciega en lo que están haciendo. Y no sólo se comunican con nosotros perfectamente y entienden el proyecto, ya les conocerá, sino que han sabido convencer a los indios para que colaboren con nosotros. Somos como dioses para esa gente primitiva y así lo han explicado estos geólogos. De vez en cuando hemos de hacer alguna demostración de poder ante esos indios. —Helmut no preguntó en qué podía consistir esa demostración de fuerza y en principio parecía todo bastante claro hasta ahí.

—*Herr Gruppenführer*, me decía que hay otras fortalezas diseminadas por la zona además de la Kolonie Waldner 555. ¿Puede darme más detalles para que me pueda hacer una mejor composición de lugar? —dijo Helmut mientras miraba el mapa y las distintas esvásticas que aparecían sobre el mismo. Abarcaban una zona muy amplia, más allá de Brasil. Cada base acabada o en proyecto estaba marcada con una cruz gamada y el nombre de la misma.



Las diferentes fortalezas en Sudamérica.

—Verá, teniente Langert —inició Heydrich, utilizando un lápiz a modo de puntero—, la base más cercana a la Kolonie Waldner 555 es la que llamamos enclave Heide a unos cuatrocientos kilómetros al sur y en territorio argentino. Luego, junto a la ciudad de Córdoba, tenemos una instalación secreta de soporte en el Instituto Aerotécnico de dicha ciudad. Un poco más al sur, unos cien kilómetros aproximadamente está el enclave Santa Rosa. Luego, hacia el este y cerca de Rosario en pleno Río de la Plata, tenemos el enclave Isla Paraíso ideal como refugio de submarinos. En la misma bocana del Mar del Plata, hacia el este, tenemos el enclave Atlantis con un potente equipo de seguimiento de los movimientos navales de cualquier nación por la zona.

Helmut miraba todo aquel despliegue ya en marcha o en fase de construcción sin abrigar dudas de que era un proyecto fascinante, aunque le parecía difícil mantener secretismo continuo de toda esa actividad inmensa. Siguió las explicaciones de Heydrich con interés.

—Si seguimos por la costa atlántica hacia el sur aparecen tres enclaves más. —Los fue señalando—: enclave Golfo de San Matías, enclave Comodoro Rivadavia y el más meridional es el enclave Tierra de Fuego. —Heydrich sonrió satisfecho—. Conservamos los nombres en español. Creo que tienen fuerza —

añadió, dando como un golpe de puño en el aire demostrando la potencia sonora de ese idioma—. Esta última base, teniente Langert, es junto a la Kolonie Waldner 555, una de las más importantes ya que no sólo controla las Islas Falkland, que como sabe están bajo pabellón británico, sino que es el puente necesario con la Antártida, donde ya estamos trabajando intensamente también. —Helmut se sorprendió de este último comentario de Heydrich.

—Perdone la pregunta *herr Gruppenführer*, pero no veo el interés por ese inmenso continente helado. ¿Qué tiene de particular para nosotros? —Heydrich sonrió, pero comprendía la pregunta perfectamente.

—No voy a entrar en detalles, teniente, pero ahora mismo hay una expedición científica, con presupuesto de la Lufwaffe, para cartografiar una parte muy importante del continente antártico y reclamarlo para Alemania. Puede imaginarse que nuestro interés va más allá de la simple cartografía. —Helmut sonrió ante este comentario de Heydrich—. Tenemos evidencias de la enorme cantidad de materia prima, minerales y uranio entre otros, que se hallan en el subsuelo, bajo la enorme capa de hielo. Y todo eso debe ser para nosotros. —Con un rápido movimiento, Heydrich se situó en el lado izquierdo de la mesa en lo que sería el océano Pacífico, frente a las costas de Chile—. Estas bases que veremos ahora son diferentes a las anteriores ya que se hallan en los Andes y por ello a muchos metros de altitud sobre el nivel del mar. Nos interesan ya que desde allí los cielos, tanto diurnos como nocturnos, son mucho más claros y el seguimiento que haremos de nuestro proyecto espacial será mucho mejor. —Helmut volvió a sorprenderse de este último comentario, pero ya no preguntó entendiendo que ya sería informado en el futuro si aceptaba la misión—. En los Andes chilenos hemos comprado una finca inmensa propiedad del gobierno chileno llamada Sociedad Benefactora y Educacional Dignidad, que convertiremos en el enclave Dignidad. —Heydrich pasó su lápiz hasta el otro lado de los Andes, el lado argentino, y señaló tres enclaves más que estaban marcados con sus correspondientes esvásticas—. Aquí están, y más o menos a la altura geográfica del Golfo de San Matías, estos tres enclaves. El situado más al norte es el enclave Hermoso, luego a unos cien kilómetros más al sur, y junto a la ciudad de Bariloche, tenemos el enclave de ese nombre. El siguiente y último en la zona es el enclave Aldea, también a unos cien kilómetros del anterior.

Helmut no quería dejar ninguna pregunta en el tintero y quería saber más allá de la simple información técnica que estaba recibiendo.

—Finalmente, *herr Gruppenführer* y agradeciéndole la información que me está dando, me gustaría saber ¿cuál es el objetivo real de estas fortalezas en Sudamérica? De hecho, el conflicto del que usted habla aún no ha sucedido y no sabemos qué intensidad puede tener ni su alcance geográfico. ¿Sudamérica puede convertirse en un campo de batalla?

—Es cierto que no sabemos la intensidad que podrá tener el conflicto —comenzó Heydrich—, pero le puedo asegurar que el epicentro del mismo será Europa. El *führer* ya indica claramente en su obra, *Mein Kampf*, que el objetivo geográfico de *Lebensraum* o ‘Espacio Vital’ para Alemania, debe ser marchar hacia el Cáucaso y Ucrania concretamente y su enorme reserva agrícola y ganadera. Una vez allí, montaremos colonias y granjas militarizadas con granjeros-soldado que servirán de barrera para las hordas asiáticas y el judaísmo internacional que amenazan nuestra cultura europea. Es un proyecto a largo plazo y que por principio queremos llegar a un acuerdo con los rusos para cumplimentar esa voluntad de nuestro pueblo. Si no queda más remedio utilizaremos la vía militar, pero eso sucederá cuando estemos fuertemente consolidados con los demás pueblos europeos y todos tengamos un objetivo común. —Heydrich se detuvo un instante y miró a Becker, luego continuó—. Como le he avanzado antes, Alemania está demostrando al mundo que se puede vivir sin la deuda bancaria y avanzar extraordinariamente social y económicamente y ese es el problema. Las finanzas mundialistas no nos permitirán esa osadía ya que muchos países se empiezan a cuestionar el sistema económico y monetario basado en el patrón-oro.

Las guerras suelen tener una base o razón económica para su estallido y eso ya sucede desde la guerra de Troya. Sabemos de fuentes fidedignas que los países anglosajones o bajo su égida, se están rearmando fuertemente. Inglaterra y Francia han firmado un pacto con Polonia para defenderla en el caso de que esta sea atacada por nuestras tropas. Y entre Inglaterra y Francia también hay acuerdo de defensa mutua. Los Estados Unidos no son ajenos a cualquier movimiento británico. Curiosamente, nosotros siempre somos el enemigo a pesar de los contactos de paz que ha querido tener siempre Alemania con Inglaterra. Hay muchos más detalles, pero ¿por qué le explico todo esto, teniente Langert? —Heydrich se recostó en su amplia silla de trabajo, mirando fijamente a Helmut—. Nuestra ciencia está avanzando a pasos agigantados, tenemos laboratorios por toda Alemania trabajando en diferentes desarrollos científicos en varios campos y todos ellos increíbles. Desde una energía prácticamente inagotable, hasta los cohetes que surcarán los cielos y quizás el espacio algún día. Toda esta ciencia y sus desarrollos necesitan tranquilidad y poca gente cerca. Sabemos de agentes extranjeros que quieren conocer y espiar nuestros avances, ya hemos neutralizado a varios, pero siguen en ello. La posibilidad de una guerra en Europa pone en peligro todo esto y debemos evitarlo. Sin duda, seguiremos en Alemania desarrollando nueva tecnología, pero queremos centrar nuestro esfuerzo científico en Sudamérica, como plataforma para avanzar en el campo de los cohetes y el espacio concretamente.

Helmut estaba asombrado ante la explicación. Se sentía abrumado por lo que todo aquello podía representar

—*Herr Gruppenführer*, yo no soy científico y no sé nada de cohetes, ni del espacio. Sólo sé que ha habido intentos de mandar el correo a través de ellos, aquí en Alemania. ¿En qué puedo ayudar realmente? —Heydrich se incorporó de su silla y fue hacia la ventana. Los dos hombres seguían sus pasos con interés. El silencio era denso y casi se podía cortar con un cuchillo.

—No queremos un científico para dirigir aquello, teniente Langert. Los científicos suelen ser brillantes en su campo, pero muchas veces su sentido de la organización y el mando directo de un proyecto como este va más allá de sus aptitudes. Queremos un gestor, alguien con don de mando, que entienda una organización y sepa cómo sacar el mejor partido de ella, cumplimentar los plazos y, sobre todo, que conozca la zona, el idioma y la idiosincrasia del país. —Heydrich se detuvo un instante en su parlamento—. Incluso que, si las cosas fuesen difíciles en todos los sentidos, supiese tomar las mejores decisiones sin que le temblase el pulso. ¿Me comprende, teniente Langert? —Helmut afirmó con la cabeza las palabras de Heydrich. Este siguió—. En la actualidad el *Reichsführer* Himmler está enfrascado en la búsqueda de objetos legendarios y mágicos, y confirmar antiguas leyendas nórdicas con el objetivo de dotar a nuestra patria de artilugios que ayuden a sobrellevar con éxito lo que se nos puede venir encima. —Heydrich hablaba de la Ahnenerbe SS, una organización nacional con departamentos dedicados a las ciencias ocultas, magia nórdica y antiguas leyendas de los nórdicos en cualquier lugar del planeta.

Fue el uno de enero de 1935, cuando se constituyó la Deutsches Ahnenerbe o Sociedad de Estudios para la Antigua Historia del Espíritu, mejor conocida como Herencia de los Ancestros. El objetivo básico de la Ahnenerbe era impulsar una sociedad que estudiara el origen del germanismo y pudiera dar sólidas bases científicas a la doctrina oficial del partido. También se investigaría el alcance territorial y el espíritu de la raza germánica, rescatar, restituir y promover las tradiciones alemanas; difundir la cultura tradicional alemana entre la población. El símbolo de la Ahnenerbe era la runa de la vida. La Ahnenerbe trataba asuntos que iban desde la búsqueda del Santo Grial, la búsqueda arqueológica de la Atlántida, varias expediciones al Tíbet, estudios en profundidad de antiguos cultos paganos germánicos, viajes al interior de la tierra para comprobar si era hueca, etcétera.

La mayoría de los investigadores y profesionales de diversos campos que se encontraban en puestos de responsabilidad en la Ahnenerbe, eran científicos serios que deseaban llevar adelante sus teorías e investigaciones sin ningún tipo de censura ni limitación. Desde el 1 de enero de 1939, la Ahnenerbe recibió una nueva reglamentación que ampliaba sus actividades a la investigación científica en general, la dotaba de cuantiosas posibilidades económicas para el desarrollo de sus estudios y le ofrecía espléndidas perspectivas para la experimentación.

La sección esotérica estaba a cargo de Friedrich Hielscher. Por su parte, Ernst Jünger, así como, curiosamente, el filósofo judío Martín Buber, colaboraron también con el instituto. La dirección ideológico-cultural que la Ahnenerbe ejerció sobre las SS se fue haciendo más notable con el tiempo pues, como se ha indicado más arriba, a su manera complementaba y establecía bases científicas para la ideología del Tercer Reich. La Ahnenerbe, creada en julio de 1936, crecería en importancia hasta que en 1942 sería muy notable su presencia formativa en las escuelas de oficiales de las SS. Desde un principio la Ahnenerbe colaboró estrechamente en la revista de estudios prehistóricos *Germanien*, y en la redacción de artículos de la revista *SS Nordland*.

Desde 1936 y de forma rápida e intensa, la Ahnenerbe realizó excavaciones arqueológicas, conservó monumentos de la historia de Alemania, incluyendo la sinagoga Staranova de Praga del siglo ^{xiii} o el cementerio de Worms, en el Rheinland, etc. Se construyeron monumentos en homenaje a los héroes de la revolución nacional-socialista, hubo departamentos dedicados a danzas populares y canciones tradicionales, ropajes regionales, leyendas, geografía de lugares misteriosos, sagrados o mágicos, recuperación y análisis de ciencias antiguas, etc. Fue en el castillo de Wewelsburg, sede sagrada de las SS, donde se planificaron las misiones SS-Ahnenerbe al Tíbet y al desierto del Gobi, llegando incluso hasta América del Sur y la Antártida en busca de la entrada del legendario reino subterráneo de Agartha basado en la Tierra Hueca.

Esta información estaba siendo suministrada a Helmut a través de uno de los hombres más poderosos de Alemania.

—No tengo nada en contra de estas investigaciones, teniente, pero quiero ser pragmático y práctico. Los objetos supuestamente mágicos o antiguas leyendas son muy interesantes y nos ayudan a entender quiénes somos y nuestro origen y derechos como Herrenvolk. Pero a corto plazo no nos ayudan ante el escenario europeo y mundial que podemos vislumbrar y que es el que le he comentado hace un instante. Por ello y siguiendo con esa practicidad, necesitamos tener bases y países amigos que colaboren con nuestro proyecto de forma decidida y efectiva. Sudamérica es el lugar adecuado por muchas razones y queremos que sea usted quien dirija esa operación en esa parte del mundo.

Capítulo 3

Reunión técnica en la Kolonie Waldner 555

Otoño de 1943

Mientras sonaba la extraordinaria aria número veinte de la *Flauta mágica* de Mozart «Ein Mädchen oder Weibchen wünscht Papageno sich», Helmut volvió al presente tras recordar con cierta emoción todo ese camino que le había llevado hasta la selva más impenetrable de Brasil, al mando de un proyecto ultra-secreto y que ya estaba dando sus frutos. También era cierto que las cosas habían cambiado mucho desde entonces y había habido cambios importantes sobre lo previsto. Eso podía considerarse normal ante la magnitud de los acontecimientos mundiales que habían sucedido desde aquel día de 1938 en Berlín, hasta ahora en 1943 en Sudamérica.

De todas maneras, los proyectos secretos más importantes y que decidirían buena parte del futuro de Alemania, iban por buen camino. Todo el proyecto espacial seguía su rumbo y se había decidido no trabajar sobre cohetes, considerados anticuados, sino sobre naves circulares que debían ayudar a poner en órbita las estaciones y asegurar su funcionamiento y mantenimiento. El asesinato de Heydrich en 1942 cayó como una losa sobre todos los proyectos, ya que él había sido siempre el gran promotor operativo de todo este asunto desde Berlín, dándole una velocidad y unos recursos increíbles. Todo había pasado a su segundo, el actualmente *Oberführer* Johann Siegfried Becker, que no sólo tenía una excelente relación con Helmut, sino que continuaba el proyecto con la misma precisión y energía que Heydrich. Sin duda había tenido un buen maestro.

La suerte del ejército alemán en el frente ruso tras la pérdida del vi Ejército en Stalingrado y en África con el final del Deutsches Afrika Korps, estaban poniendo el suministro de las bases que dirigía Helmut en una situación difícil, aunque cada vez eran más independientes en su funcionamiento. Eso fue una idea de Helmut. Los submarinos alemanes estaban encarando su etapa más difícil de la guerra que, a pesar de la entrega de sus tripulaciones, el número de bajas era cada vez mayor. Ya se estaban desarrollando nuevos submarinos que sustituirían a los actuales y que serían prácticamente indetectables, pero faltaba tiempo. El tiempo se convertía cada vez más en la variable militar que hacía la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Se oía ruido en el exterior. Se puso en pie, bajó el volumen del disco que escuchaba y que se estaba acabando y caminó hasta la ventana. Allí observó como varios de sus hombres trasladaban, hasta la boca de un túnel, unos contenedores sobre vagonetas eléctricas. El transporte fluvial había funcionado a la perfección, como siempre. Habían llegado las nuevas computadoras Z4 de Konrad Zuse que serían de gran ayuda para los complejos cálculos técnicos y científicos que se realizaban en la

enorme instalación subterránea, *alma mater* de todo el complejo. Helmut estaba en una construcción que asemejaba una típica cabaña tropical, pero con paredes de hormigón armado, disimulado con cañas y un techo también tropical. Las ventanas podían cerrarse rápidamente con planchas blindadas disponiendo de troneras para ametralladoras. Además de la puerta convencional de entrada, debidamente blindada, disponía de una salida oculta que le llevaba directamente a la instalación subterránea. Toda precaución era poca.



La Computadora Z4 de Konrad Zuse, expuesta en el Deutsches Museum, Múnich.

Volvió a su mesa de trabajo. Después iría a ver los trabajos de instalación con sus ingenieros. Le habían confirmado que en una semana, como máximo, estaría operativa. Un nuevo sonido le llamó la atención. Era el motor de un helicóptero que se iba aproximando. Era la visita que estaba esperando. Esta vez salió fuera y contempló como la pequeña aeronave describía un círculo en el aire y bajó suavemente hasta posarse sin problemas en la zona destinada para ello. Era uno de los tres helicópteros *Kolibri FI 282 V5* de que disponían en la colonia para llevar o recoger personal, adaptados con una cabina para dos pasajeros y el piloto así como una zona de carga por debajo de la cabina, al aire libre. También eran útiles en tareas de vigilancia, inspección aérea o acceso a zonas difíciles. Además les habían adaptado una ametralladora MG42 en la parte frontal de la cabina que podía ser accionada por medio de un pedal por el piloto. Los indios de la zona les tenían un respeto considerable y los consideraban carros celestiales. Mejor que fuese así.

El personal de mantenimiento se dirigió rápidamente a la zona de aterrizaje, bajo el fuerte aire que generaba el helicóptero. El rotor fue deteniéndose poco a poco y la máquina fue fijada con unos tacos en las ruedas. Helmut miró hacia la cabina,

reconoció al piloto, era Noemí Nadel. Su padre era alemán y su madre brasileña. Además de una mujer entregada a la causa SS, era una excelente piloto y la que llevaba más tiempo volando con helicópteros. Los otros eran August Stukenbrok y Matthias Pfeffer. Todos ellos también SS, como Helmut.

Un rostro conocido emergió tras Noemí, era el *Oberführer* Johann Siegfried Becker y otra persona a la que no conocía. Llevaban sendos portadocumentos con ellos. Tras ajustarse los sombreros civiles, los dos hombres se dirigieron con una sonrisa hacia Helmut. El rotor ya se había detenido totalmente y los sonidos aparecían de nuevo. Era un descanso. Tras quitarse su gorro de cuero de vuelo y dejar su cabello negro a la vista, Noemí saludó militarmente a Helmut y a los pasajeros y luego se dirigió hacia el equipo que se disponía a hacer el mantenimiento del helicóptero. Ya estaban cubriendo la aeronave con una lona de camuflaje. Dos miembros del equipo de tierra llevaron sendas maletas y una saca de los visitantes hasta una cabaña junto a la de Helmut.

—¡*Heil Hitler!* amigo Helmut —dijo el *Oberführer* Siegfried Becker levantando su brazo—. Quiero presentarte al *Hauptsturmführer* doctor Horst Neustadt, de nuestro departamento científico de las SS, que trabaja en colaboración directa con el SS General doctor Hans Kammler en Praga. —Horst Neustadt alzó su brazo haciendo el saludo hitleriano.

—Es un placer conocerle *herr Hauptsturmführer* y le admiro por el excelente trabajo que está desarrollando en la selva amazónica. —Helmut saludó con el brazo en alto.

—¡*Heil Hitler!* Les estaba esperando señores, creo que todo está según lo previsto.

—Déjate de formulismos Helmut —le dijo Siegfried—. ¡Hace un calor y una humedad horribles en este lugar! Danos algo de beber en tu guarida. El vuelo en esa máquina me ha dejado seco. —Helmut sonrió y se dirigieron hacia su cabaña a muy poca distancia del pequeño helipuerto.

—¿Qué tal el vuelo? —inquirió Helmut, sabedor de que una experiencia como aquella amilanaba al más pintado. Neustadt no podía ocultarlo.

—Sinceramente ha habido momentos en que no las tenía todas conmigo. — Helmut sabía que Noemí hacía alguna pequeña acrobacia con sus viajeros novatos.

—Tranquilos habéis volado con mi mejor piloto...

—Y muy guapa por cierto —indicó Siegfried.



Kolibri 282 standard, sin adaptaciones tropicales.

—Olvídate, es la esposa de otro de mis pilotos, August Stukenbrok. —Sonrió Helmut que conocía la fama de mujeriego de Siegfried—. Son una pareja excelente y se han aclimatado muy bien a la región. Ese es el gran problema de mi gente aquí. Este calor y la humedad son terribles. No hay estaciones anuales. —Llegaron a la cabaña de Helmut. Tras entrar, una bocanada de aire fresco del sistema de aire acondicionado les dio la bienvenida.

—¡Sensacional! —dijo inmediatamente Siegfried— El doctor Goebbels tiene un sistema igual en su palacete de verano en Lanke.

—No me sorprende —añadió Helmut con una medio sonrisa. Todos parecieron captar el mensaje y sonrieron abiertamente.

La familia del doctor Goebbels vivía en el palacio Príncipe Leopold. Como residencia de verano, las autoridades de Lanke le regalaron un palacete estilo prusiano junto al lago Bogen. Magda Goebbels, su esposa, puso orden al lugar, adecentándolo hasta convertirlo todo en un complejo de cinco edificios, uno de los cuales tenía más de veinte habitaciones dotadas de avances técnicos, algo increíble para su época, como aire acondicionado o persianas accionadas eléctricamente.

Helmut se dirigió a una nevera bien surtida en su despacho y ofreció cervezas a sus visitantes. Estos ya se estaban poniendo cómodos, a pesar de su ropa civil tropical en lino, en uno de los dos sofás ante una mesa de sobremesa.

—Ahora vendrán algunos de mis colaboradores, que sabían sobre esta visita y ya han preparado toda la información necesaria para vosotros. —Siegfried asintió—.

—Sí Helmut, sabes que vamos a estar varios días aquí, pero antes déjame entregarte algo que te has ganado merecidamente. —Helmut puso cara de sorpresa ante esta indicación. Neustadt sonrió y sacó de su portafolio un paquete envuelto con mucho esmero. Se lo pasó a Siegfried y este a Helmut. Helmut lo sopesó sin tener la

menor idea de qué podría tratarse. Lo envuelto tenía una forma cilíndrica que casi cabía en la palma de su mano.

Se sentó en el sofá y comenzó a abrir el paquete, bajo la atenta mirada de sus visitantes. Tras separar el papel apareció una caja negra cilíndrica con el anagrama de las SS dentro de un doble círculo, impreso sobre lo que parecía ser la tapa de dicha caja. La abrió despacio, con cuidado y, ante él, apareció un Anillo del Honor (*Ehrenring*) o Anillo de la Calavera (*Totenkopfring*), como se le conocía más habitualmente. Sin decir palabra lo observó detenidamente, mientras la calavera de plata que presidía el anillo parecía sonreír ante su sorpresa. Lo sacó y lo miró con cuidado, casi reverencialmente. Además de la calavera, en todo el perímetro del anillo aparecían símbolos rúnicos de evidente simbología para las SS, ubicados en intervalos regulares y con hojas de roble entre cada uno. Era un anillo trabajado por un artesano excelente. Los símbolos rúnicos eran conocidos para Helmut, a ambos lados de la calavera estaba la runa Sig. Más hacia la izquierda estaba la runa Hagal, luego en posición opuesta a la calavera estaba la Doble Runa, a continuación la runa Swastika y finalmente de nuevo la runa Sig.

Luego Helmut miró la cara interior del anillo y tras las iniciales «S.lb.» (Seinem lieben), vio su nombre «Langert» escrito y tras él la fecha 9/11/42. A continuación la firma inconfundible de Himmler «H. Himmler». Luego procedió a lo que esperaban sus visitantes. Se lo probó en su dedo anular de la mano izquierda. ¡Perfecto! Curiosamente, le embargó una extraña sensación al ponérselo, parecía haber traspasado un umbral. Siegfried no lo dudó tras ver el anillo en la mano de Helmut.

—¡Felicidades, Helmut, ya perteneces a la Orden Negra por derecho propio y por tu capacidad. —Helmut se quedó mudo un instante.

—Reconozco que no esperaba este anillo. Lo agradezco profundamente y lo llevaré con orgullo el resto de mi vida. —La satisfacción embargaba los rostros de Siegfried y de Neustadt. Siempre era emocionante la entrega del Anillo de la Calavera. Helmut continuó—. Había visto este anillo en algunas personas de la Orden, pero no imaginaba que pudiera recibir uno. August, lo tiene también. Me he fijado en varias ocasiones y lo ganó en acciones militares, según sé. —Siegfried le entregó un sobre con una carta firmada por el mismo Heinrich Himmler, donde le oficializaba la entrega del anillo que, en caso de muerte del poseedor, debería ser devuelto a las SS para su almacenamiento en el castillo de Wewelsburg.



Las runas del *Totenkopfring* SS.

Dándole una palmada en la espalda, Siegfried le animó.

—Tú te lo mereces más que otros, Helmut, no tengas dudas. No se gana sólo en el campo de batalla, sino en la retaguardia o en lugares remotos, haciendo un gran trabajo como el tuyo y ayudando de forma efectiva a la victoria. La victoria no sólo está en frente, también está aquí. —Siegfried señalaba las paredes de la cabaña, la ventana y el exterior, etc., haciendo hincapié en su afirmación—. Observarás que el anillo está preparado hace tiempo, el año pasado concretamente, pero siempre queremos entregarlo personalmente para que el poseedor sea consciente de la importancia del mismo, lo que debe significar para él a partir de ese momento y su entrada en la parte más profunda de la Orden Negra. Llegar hasta aquí desde Alemania no es fácil. Puedes imaginarte lo complicado y los varios medios que hemos utilizado para estar ante ti hoy aquí. Pero ha merecido la pena, Helmut, créeme. Llévalo con orgullo. —Neustadt afirmaba las palabras de Siegfried. También sus dos visitantes lucían sendos Anillos de la Calavera en sus manos. Era la única identificación militar en su completo atuendo civil.

—Repito lo orgulloso que me siento y podéis estar seguros de que seguiré mi trabajo con todo el ímpetu del que sea capaz. Reconozco que es dura la estancia prolongada aquí, lejos de la familia y con un trabajo intenso. Pero creo que vale la pena el sacrificio por Alemania. Trabajo con los mejores y ellos se sacrifican como yo. —Helmut inevitablemente siempre pensaba en su familia que se hallaba en Río de Janeiro, lejos de la jungla y con todas las comodidades posibles. Así se lo aseguró Heydrich en su primera entrevista en 1938 y así se había cumplido. No les faltaba de nada y eso le tranquilizaba, pero la presencia física era complicada. Sólo dos veces al año podía ir a Río y estar unos pocos días con ellos. Veía crecer a sus hijos a distancia

y no quería ser para ellos alguien que aparecía de vez en cuando, alguien como una sombra únicamente.

También era consciente que la Kolonie Waldner 555 no era el mejor lugar para unos niños. Helmut ya era el padre de dos pequeños, Sepp y Wilhelm. También creía que no era lugar para mujeres a pesar de que había varias, ya que eran las esposas de algunos científicos y soldados y participaban en los trabajos comunales con energía y decisión. Desde luego no impedía la presencia de mujeres allí, aunque siempre les dejaba muy claro dónde se metían. Cuando quedaban embarazadas se las enviaba a Río de Janeiro a la colonia alemana que cuidaba de ellas y de los pequeños con el máximo cuidado.

—Bien Helmut —siguió Siegfried—, después de esta pequeña entrega, nos gustaría continuar con tus progresos en las áreas técnicas en las que estás involucrado. Recibo puntualmente tus informes por valija diplomática a través de España y la verdad es que estamos impresionados por tus logros. El doctor Neustadt aquí presente desea hacer unas cuantas pruebas con tu gente sobre los avances en los discos volantes y en el proyecto espacial. Aunque como te he dicho antes estaremos una semana aquí, nos interesa ganar el máximo de tiempo posible y ayudarte y avanzar contigo en aquellas áreas en las que tengas más dificultades, dudas o necesites más apoyo desde Berlín.

—Excelente, no hay problema. Estaréis instalados en la cabaña que está junto a la mía. De hecho mi personal ya ha llevado vuestras maletas hasta allí. Tendréis todo el confort posible, las habitaciones son amplias y cómodas. —Siegfried y Neustadt afirmaron estas palabras de Helmut—. Si os parece, llamaré a mis ingenieros y científicos al mando para que puedan presentar personalmente sus avances y también os indiquen qué pueden necesitar de vosotros. —Helmut se levantó y dirigiéndose a su mesa de trabajo guardó la caja del anillo en un cajón, descolgó el teléfono y solicitó la presencia de tres miembros de su equipo en su cabaña. Colgó y regresó con sus invitados—. Si os parece, mejor nos ponemos en mi mesa de reuniones que es amplia y también estaremos cómodos. —Así lo hicieron tras terminar con sus cervezas.

—No está mal esta cerveza brasileña —indicó Neustadt tras apurar su vaso. Helmut cogió una de las botellas de la marca Antarctica.

—Es la que más nos gusta a todos aquí. Esta marca es de origen alemán y fue fundada en 1885. En 1939 sucedió una anécdota que os puede gustar. Ademar de Barros, gran germanófilo, interventor federal del Estado Nuevo bajo la égida de Getúlio Vargas, por error ocupó militarmente la empresa de cervezas Antarctica y detuvo sus directores, por considerar que la empresa era «una propiedad de alemanes» y que había sido usurpada por un cambio en la dirección de la misma. Posteriormente, el propio Getúlio Vargas intervino, disculpándose ante la empresa

por el malentendido. Fue muy sonado. —Hubo sonrisas en el grupo por la anécdota—. Entre nosotros, sigue siendo de capital alemán no hay problema. Las traemos desde Campo Grande, donde también hay un aeropuerto que puede recibir aviones de pasajeros y mercancías. Intentamos por todos los medios utilizar productos locales para no llamar demasiado la atención ya que se trata de obra pública brasileña, eso no debemos olvidarlo nunca.

—Muy bien, veo que te desenvuelves sin problemas —indicó Siegfried pensando en que tenían al hombre adecuado para sus planes en Brasil—. Por cierto Helmut, hemos traído correo para tu personal. Está en una saca junto a nuestras maletas. Luego te lo damos, ya que estarán impacientes —añadió de repente Siegfried.



—No hay problema, luego se lo entregamos a mi gente. Estarán muy contentos. Una vez al mes reciben su correo a través de España en vuelo o barco a Brasil, por valija diplomática. Este mes recibirán dos veces el correo. No creo que se quejen. —Sonrió Helmut. En aquel momento alguien llamó a la puerta. Helmut dio permiso para que entrasen. Tres técnicos con sus batas blancas aparecieron en el umbral de la puerta. Llevaba cada uno una carpeta y sobres grandes con el material que podrían necesitar en la reunión.

Helmut se puso en pie y se dirigió hacia ellos. Todos levantaron el brazo.

—¡Heil Hitler! —dijeron al unísono. Helmut y los demás contestaron y les invitaron a pasar. Bajo sus batas abiertas iban vestidos de paisano con ropa fresca tropical. Usar un uniforme europeo en aquellas latitudes hubiese sido infernal. Al igual que a las tripulaciones de los *U-Boot*, se les permitían ciertas licencias en su forma de vestir. No había más remedio y sobre todo considerando lo que era vivir allí. Todo el personal disponía de uniformes militares, pero prácticamente estaban todo el

tiempo en los armarios.

Alguien llamó a la puerta. Helmut abrió y apareció su mano derecha Wilhelm Schutz, el hombre que conocía al dedillo la Kolonie Waldner 555 y sus proyectos y que se mantenía en contacto y viajaba a otras colonias fortificadas repartidas por toda Sudamérica. Schutz era quien sustituía a Helmut cuando este estaba en Rio con su familia. Era una gran ayuda en todo momento, un hombre de acción con una excelente formación en ingeniería. Hablaba portugués y español sin acento extranjero.

—¡*Heil Hitler!* —saludó de inmediato— Lo siento, pero la Z4 nos está dando algún problema en su traslado. Lo resolveremos. —se disculpó. Helmut sonrió y le indicó una silla en la mesa.

Mientras todos se sentaban, Helmut permaneció en pie en su lugar. Luego inició la reunión.

—Bien señores, quiero presentarles al *Oberführer* Johann Siegfred Becker, del Servicio de Seguridad del Reich en Berlín e impulsor de todo el proyecto tras la muerte de Reinhard Heydrich. —Siegfried hizo un leve movimiento de cabeza a modo de salutación—. También quiero presentarles al *Hauptsturmführer* doctor Horst Neustadt, de nuestro departamento científico de las SS, que trabaja en colaboración directa con el SS General doctor Hans Kammler en Praga. —También Neustadt movió ligeramente su cabeza saludando y confirmando las palabras de Helmut.

—Tengo algún viejo conocido aquí *Hauptsturmführer* Langert

—añadió Neustadt mirando a los técnicos. Dos de ellos asintieron inmediatamente.

—Excelente, eso ayudará a trabajar mejor y más rápido —indicó Helmut. Luego continuó—. Aquí tienen al equipo técnico al mando de los desarrollos científicos en la Kolonie Waldner 555. Les presento a SS doctor Ingeniero Kurt Schroder —Helmut señaló a uno de los técnicos—, especialista en computación, campos magnéticos y éter. —Este saludó—. A su lado está el SS doctor en Física Karl Sommer, especialista en campos gravitacionales, gravedad magnética, suministro eléctrico de alto voltaje y modelos atómicos. —También saludó levantando su mano—. Por último, pero no menos importante y frente a ellos está el SS doctor en física Konrad Dietrich, especialista en vórtices emergentes, polarización, transmutación de elementos y plasma de mercurio—. Tras la presentación de las increíbles especialidades técnicas de su equipo, Helmut dirigió su mirada a Wilhelm Schutz, su segundo al mando—. Y por último, les presento a mi mano derecha en la gestión de la colonia y contacto con el resto de fortificaciones e instalaciones técnicas alemanas en Sudamérica, el SS doctor en ingeniería Wilhelm Schutz, especialista en cohetes, vuelos suborbitales y orbitales. Como ven no sólo se dedica a los cohetes y otros artilugios, es una gran ayuda directa para mí. —Schutz sonrió y levantó su mano en señal de saludo. Tras

esta introducción, Helmut se sentó y le cedió la palabra a Schutz que ya había preparado el informe que Helmut había aprobado el día anterior. Schutz sacó de una carpeta unos folios originales y varios juegos de copias que repartió entre los asistentes. Helmut siempre deseaba que su gente defendiese sus proyectos, eso les motivaba más y él siempre les apoyaba ante cualquier incidencia y frente a quien hiciera falta.

—Excelente doctor Schutz —dijo Siegfried mirando también a Helmut.

Schutz abrió de nuevo el dossier en lo que parecía el siguiente punto de la reunión. Todos hicieron lo mismo:

—Andromeda-Gerat tiene mucho que ver con el siguiente punto de la reunión y que son los Supermetales sobre los que estamos trabajando en paralelo. Todos sabemos que ya en 1940, el doctor Wohlwill, director del Deutsche Reichinstitut für Metallen (DRM), solicitó a los técnicos y especialistas en metalurgia, el desarrollo de metales con base no ferruginosa, para su aplicación en edificaciones y construcción capaces de resistir temperaturas por debajo de los sesenta grados bajo cero. No sólo se consiguió sino que ese desarrollo ayudó de forma vital en la construcción de la base 211 en la Antártida. La nave Andrómeda utiliza un metal que llamamos impervium, que es dos veces más duro que el acero inoxidable. Se trata de una aleación con un sesenta y cinco por ciento de hierro, níquel y cromo. También contiene un diez por ciento de manganeso y otro diez por ciento de carbón. Para la aleación final utilizamos un gas que hace de agente mezclador de todos los componentes que he citado y endurece el metal resultante. —Schutz indicó las páginas del dossier donde estaban las pruebas de laboratorio sobre la dureza del impervium—. También hemos avanzado en el endurecimiento de las aleaciones del acero y del aluminio que había descubierto el doctor Thalhoffer de la Technische Hochschule de Karlsruhe. El sistema que utilizamos en nuestras instalaciones metalúrgicas de Brasil Metales Brasileiros, S. A. es el siguiente: calentamos el acero hasta seiscientos grados centígrados, luego se enfría en una solución de sulfato de aluminio al treinta por ciento, que marca la superficie del acero. Cuando el acero está frío, se envuelve en polvo de carbón y se calienta hasta los setecientos cincuenta grados centígrados, que una vez alcanzados, se retira rápidamente y se marca de nuevo en una solución al quince por ciento de nitrito de sodio a treinta y cinco grados centígrado. El resultado es un material con una capa de nitrito de 0,5 centímetros de grosor y una dureza de casi dos mil Vickers. —Schutz bebió un buen trago de su cerveza y apuró el cigarrillo que estaba fumando—. Pero eso no es todo con respecto a los supermetales sobre los que estamos trabajando aquí. Por ejemplo, el aluminio lo estamos trabajando hasta su máxima dureza para utilizarlo en aviación. Ya hemos mandado resultados a Alemania para su aplicación en la construcción de aviones de combate. En este caso, bajo un tratamiento concreto de nitrito hemos conseguido su

endurecimiento increíble, con un cincuenta y cinco por ciento de reducción de peso y una dureza de mil Brinell. Para lograr el tratamiento de nitrito que he citado, hemos necesitado bombardear el metal con partículas alfa. Como saben, las partículas alfa son partículas con carga positiva que se emiten desde un núcleo y que se componen de dos protones y dos neutrones. Esto hace que la partícula alfa tenga un núcleo de átomo de helio. Como pueden imaginarse, todo este proceso requiere una instalación muy avanzada que, gracias al general SS doctor Kammler y a usted en particular doctor Neustadt, se nos facilitó un ciclotrón, un acelerador de partículas, que llegó desde Alemania y fue instalado con la máxima discreción en la empresa brasileña de metalurgia Metales Brasileiros, S. A., que he citado en varias ocasiones, en una zona aparte y de paso restringido. Nos ha sido y es muy útil en todos los desarrollos que tengan que ver con investigación nuclear y su aplicación en los más diversos campos sobre los que trabajamos. Todos estos avances ya han sido compartidos con nuestros científicos en Alemania a través del general SS doctor Kammler y, si no me equivoco, con excelentes resultados. —Miró a sus dos visitantes y a Helmut.

—Así es —dijo Siegfried—. Nos están ayudando mucho sus avances, sobre todo en aleaciones para aviación, carros de combate y submarinos.

—Nuestras naves discoidales y buena parte del proyecto Andrómeda, ya disfrutaban de estos materiales en algunas de sus partes vitales internas y en su fuselaje —indicó Helmut—. Creo que no podrían hacerse estas innovaciones sin estos materiales tan especiales y únicos. —A pesar de que no era científico, sino hombre de empresa, Helmut no trataba de imponer sus ideas a su gente y poseía un gran sentido común. Sus equipos trabajaban en función de sus conocimientos y capacidades, como en cualquier empresa. Él se limitaba a coordinar sus funciones, seguir calendarios, etapas, responsabilidad, presupuestos y presentar resultados, como en aquel momento, ante sus superiores. Incluso en pequeño comité llamaba «jefe» o «jefes» a sus superiores en Alemania. Eran pequeñas licencias del mundo empresarial de las que él disfrutaba.

La reunión marchaba a buen ritmo y por el momento los asuntos se iban despachando sin problemas dignos de mención. El gran inconveniente del envío de material en ambos sentidos Sudamérica-Alemania, Alemania-Sudamérica, parecía que tenía ya solución y eso también redundaría en una ganancia de tiempo y efectividad muy importante. Schulz preparó el siguiente tema del día que era el proyecto Rayo Solar.

—Bien señores, el penúltimo asunto que nos ocupa hoy también está conectado a los dos anteriores, ya que por un lado se trata de un aparato en conexión con la Andromeda-Gerat y con los supermetales necesarios para su consecución. Se trata del denominado Rayo Solar o también en algunos informes ultrasecretos le hemos llamado Cañón Solar. Como verán en ambas descripciones, hablamos de un sistema

que utiliza el Sol como fuente de energía con varios objetivos que enumeraré a continuación y que van desde el campo civil al militar. La idea viene de lejos pero hasta ahora no hemos podido darle visos de realidad. De hecho en 1929 el doctor Hermann Oberth, nuestro especialista en cohetes, en un artículo que escribió durante la nefasta República de Weimar concibió la idea de poner en órbita terrestre un aparato de metal ligero, con varias caras tipo espejo. En el artículo el doctor Oberth decía que harían falta todavía quince años para su puesta en marcha y más de quince mil millones de Reichmarks de la época. Él creía en los múltiples beneficios de ese espejo solar ya que podría iluminar áreas oscuras para la agricultura e incluso tener una influencia favorable en el clima.

»Creo que esta introducción es necesaria para entender cuál es el camino que debemos seguir —aclaró Schutz—. Poco después del inicio de la guerra, la Oficina Técnica de Peenemünde retomó este viejo proyecto. Los cálculos que hicieron los técnicos indicaban que el espejo solar debería tener una superficie de tres kilómetros cuadrados para ser efectivo militarmente. Los cálculos decían que la gravedad disminuía a cero a partir de una altitud de tres mil kilómetros y permitía la construcción de una base permanente en el espacio. En ese momento el equipo técnico de Peenemünde que hizo los cálculos era consciente de las dificultades del mismo, pero no desestimó la idea en años sucesivos. Por ello, se continuó a un ritmo lento la realización de ese programa espacial, mientras dedicaban sus esfuerzos a los nuevos cohetes principalmente. Según cálculos matemáticos, la concentración de calor que podía emitir la parábola de espejos era capaz de poner en ebullición el mar o lanzar ataques relámpagos devastadores a nivel de tierra que podrían arrasarse zonas enteras. En aquel momento los técnicos pensaban poner en órbita el ingenio a base de varios cohetes que transportarían toda la instalación por partes y luego se ensamblaría en el espacio.

»Señores, han pasado tres años desde esos cálculos y puedo garantizarles que nuestra tecnología ha avanzado lo suficiente para afirmar que tenemos la capacidad técnica para llevar a cabo ese Rayo Solar en muy poco tiempo. —Schutz parecía exultante ante la idea de una máquina como aquella. Cogió un tubo portaplanos y sacó un dibujo técnico de un metro y medio de largo por uno de alto y lo clavó en la pared con unas chinchetas. El dibujo realista que aparecía en él dejó a todos sin habla. Ni siquiera Helmut lo había visto previamente. Cuando hubo colocado el dibujo, Schutz comenzó a hablar—. Bien, aquí tienen el aspecto que tendrá el Rayo Solar del que les he estado hablando. Este dibujo es una primicia y ha sido realizado por uno de los delineantes técnicos, que también sabe dibujar de forma artística. ¿Qué les parece? —Todos observaban con gran detenimiento y sorpresa la excelente recreación gráfica de la increíble máquina espacial—. Es una pequeña sorpresa del departamento, *herr Hauptsturmführer* Langert —dijo Schutz mirando a Helmut. Este

sonrió.

El dibujo, a todo color, mostraba el planeta Tierra con un hemisferio de día y otro de noche. Sobre la Tierra y en órbita estaba una especie de satélite que era como la rueda de una bicicleta y conectado al eje central de esa rueda, sobresalía un eje sobre el cual un largo y estrecho brazo sostenía una parábola inmensa que apuntaba y emitía luz sobre una zona determinada del hemisferio de noche.

—Es increíble, doctor Schutz. ¿Realmente cree que es factible en poco tiempo? —preguntó con mucho interés Siegfried. Schutz no tenía dudas.

—Sí y precisamente por el motor antigravitatorio que estamos desarrollando. No será necesario lanzar varios cohetes y montar en el espacio toda la nave y su parábola. Es un tiempo precioso del que no disponemos. Se construirá en la Tierra y se pondrá en órbita por sí misma, hasta una altura superior a los treinta mil kilómetros. Al igual que la nave Andrómeda, tendrá su tripulación y las comodidades necesarias para la vida a bordo. Tenemos desarrollado todo el sistema interno de control y las diferentes dependencias a lo largo de esta parte. —Señaló la parte que correspondía al «neumático» de esa rueda—. La parte habitable de la nave sería todo esto y aquí la tripulación haría su vida y controlaría todo el mecanismo. Aquí debajo tendría la zona de recepción de naves discoidales que les proporcionarían todo lo necesario para su trabajo y vida diaria.

—Doctor Schutz, ¿hasta qué nivel de desarrollo han llegado? —preguntó Neustadt.

—En este momento, además de planos, tenemos construidas dos secciones de ese «neumático» de la rueda a escala 1:1, concretamente la que sería el puente de mando y habitaciones para la tripulación. Luego se lo mostraré. Siegfried también preguntó con indisimulado interés:

—Doctor Schutz, ¿qué hay del espejo parabólico? ¿Cómo será? —Schutz tomó el dossier con la información—. Con referencia al espejo, estamos trabajando el material y la dimensión. En el primer caso creo que trabajaremos natrio metálico como base reflectante y en cuanto a la dimensión, los últimos cálculos indican que con una parábola desplegable en etapas de dos kilómetros cuadrados es suficiente.

—He de reconocer que el dibujo impresiona, doctor Schutz. Ahora sólo falta que sea realidad y poder utilizarlo lo antes posible —dijo Neustadt—. De todas maneras, ¿qué plazo temporal de disponibilidad han calculado? ¿Es decir, cuándo puede estar en órbita? —Helmut intervino tras esta pregunta lógica de Neustadt.

—Doctor Neustadt, tal como estamos desarrollando el proyecto y teniendo en cuenta su magnitud, nuestra estimación abarca un período de un año y medio como mínimo. Estamos hablando de mediados o finales de 1945. Hablar de un período más corto sería engañarnos todos, máxime cuando estamos involucrados en varios desarrollos, todos ellos importantes para la victoria final.

Siegfried movió la cabeza negativamente:

—Tienes razón técnicamente hablando, Helmut, pero el tiempo es nuestro gran enemigo. Ese cañón solar en órbita a finales de 1944 o principios de 1945, sería un arma formidable. Más tarde de esas fechas es perder una gran oportunidad militar. — Helmut entendía la respuesta de Siegfried—. Sé que no es excusa, pero estamos involucrados en más de veinte proyectos todos ellos de la máxima importancia. Estamos en medio de la selva, en condiciones extremas y con problemas de suministros técnicos como se ha dicho al principio de la reunión. Puedes creerme si te digo que se ha avanzado muchísimo en muchos proyectos, pero esto no es Europa y las distancias siguen siendo un gran problema para nuestro trabajo. Dependemos de proveedores en toda Sudamérica, que trabajan para nosotros con determinación, eficacia y discreción. Pero también debemos desplazar a muchos técnicos a esos lugares para el control de la producción, de las calidades minimamente adecuadas y para conocer de primera mano qué sucede con nuestras solicitudes. No es fácil y así y todo vamos avanzando a buen ritmo.

Siegfried se sintió algo azorado ante aquella defensa de Helmut de sus hombres y su trabajo:

—No me malinterpretes Helmut, es cierto todo lo que dices, pero te garantizo que el trabajo en Europa no es fácil. Aquí no teneis que sufrir bombardeos continuamente, ni que las líneas del frente se estén acercando peligrosamente a nuestra patria. Si bien esto es la selva, hasta cierto punto vuestro ambiente de trabajo es más civil que el nuestro. Estamos cambiando instalaciones a toda marcha, lugares que antes eran seguros ya no lo son, vivimos como topos bajo tierra. Aquí también tenéis una instalación subterránea muy importante, pero esta reunión la hacemos casi al aire libre, sin estar preocupados por un bombardeo o los partisanos o cualquier otra amenaza que allí es real. —Helmut asintió las palabras de Siegfried. Era un buen amigo desde hacía años y sabía que no tenía nada contra él, sino el disgusto ante una nueva arma que podría acabar con las penurias del ejército alemán en todos los frentes.

El doctor Schutz intervino cuando Siegfried acabó la frase anterior:

—Bien, *Oberführer* Becker, creo que nadie trata de ser mejor que el otro o trabajar en condiciones diferentes. Sin duda no es un momento fácil para Alemania ni para los intereses de nuestro *führer*, pero volviendo a nuestro Rayo Solar, creo que será bueno que vean hasta dónde hemos llegado con las maquetas a tamaño real que ya hemos desarrollado y que he citado antes. —Y mientras recogía la documentación de ese proyecto y el excelente dibujo de la pared, continuó—. Vamos a entrar en el último apartado «Otros» donde hemos puesto, para esta reunión, aquellos proyectos de menor entidad pero que también son importantes para la victoria final. Por ejemplo el *Himmelstürmer* o *Einpersonnenfluggërat*. Como saben esta es una vieja

solicitud de la Wehrmacht para zapadores, ingenieros y tropas de montaña, que ahora podemos convertir en realidad. Quiero que vean algo. —Schutz llamó por teléfono indicando que ya se podía hacer la prueba—. Si me quieren acompañar por favor —invitó a los visitantes a salir de la cabaña. Una vez fuera y mientras el sol y el calor se notaban con fuerza, un sonido potente se oyó detrás de unos árboles a poca distancia, incluso parecía que ascendía dicho sonido. De repente una visión increíble apareció ante ellos sobrevolando el árbol más alto.

—No puede ser cierto lo que veo... —exclamó asombrado Siegfried. Neustadt también miraba con incredulidad. Todos los demás asistían sonriendo a la sorpresa de los dos oficiales.

Un hombre sobrevolaba sin dificultad sobre ellos, tras pasar limpiamente sobre los árboles a su izquierda. No se apreciaban alas, ni nada que recordase a un avión o un planeador. Sencillamente volaba. Lentamente bajó hasta el suelo y se posó sin dificultad. El ruido era ensordecedor hasta que pulsó un botón y el motor se paró al instante con un leve bufido. A su espalda llevaba una especie de mochila cilíndrica con unos tubos flexibles que unían dos cilindros más pequeños al central.

—Quiero presentarles a nuestro piloto de helicópteros August Stukenbrok, que también es nuestro *Himmelstürmer*. —Tras esta introducción de Schutz, Stukebrok levantó su brazo y realizó el saludo hitleriano. Dos asistentes le ayudaron a desmontar la mochila que llevaba a su espalda y la dejaron sobre una mesa al lado de la cabaña de Helmut—. Bueno caballeros, lo que acaban de ver es un prototipo de un sistema personal de vuelo cuyo objetivo es que nuestros ingenieros o soldados de primera línea puedan pasar por encima de campos de minas, cruzar ríos, volar sobre búnkeres, zonas alambradas, etc. —Luego, acercándose a la mochila que descansaba sobre la mesa, indicó las diferentes partes que la componían—. Tenemos dos modelos, este es el más operativo y sólo se sitúa sobre la espalda. El que estamos desarrollando, que mejorará mucho el vuelo, dispondrá de una tobera estabilizadora en la parte frontal, también será más ligero, más silencioso y con mucho menor consumo. Este prototipo consume ochenta centímetros cúbicos de carburante por segundo. —Luego señaló algunas partes del equipo—. Aquí lleva la tobera central y dos tanques de aprovisionamiento, unidos por estos tubos. Uno es el combustible y el otro es el oxígeno que es alimentado a presión en la cámara de combustión. Aquí hay un giróscopo automático que hace que el usuario siempre vaya en posición vertical como han visto. Si se inclina, el sistema tiende a volver a la posición vertical. En estas dos varillas metálicas, a ambos lados, descansan los brazos y están los controles de vuelo. Este mando a la derecha es el velocímetro y aquí el botón de paro. Aquí debajo se halla el botón de arranque que activa un pequeño motor eléctrico y un sistema de ignición rápida. Para el despegue, el soldado debe recorrer una pequeña distancia, con pequeños saltos hasta que el sistema se enciende y empieza el vuelo.

Hemos logrado saltos de hasta cincuenta metros de altura y casi cien de distancia. El nuevo modelo superará estas cifras. El tiempo de vuelo es corto y por ello apenas se calienta y por ahora no requiere una ropa especial anticalórica.

—Es impresionante, señores —dijo Siegfried con convicción—. ¡Puedo imaginarme un batallón de Fliegende Sturmtruppen atacando con estos propulsores un objetivo! —Helmut reía ante la ocurrencia de Siegfried, que ya veía escuadrillas de soldados voladores en el frente.

—Es una idea excelente, pero de todas formas —dijo Helmut— deberán ser mucho más silenciosos o los cazarán como pájaros... —Con algunas risas, pero teniendo claro que así debería ser, volvieron a la sala de la reunión en la cabaña de Helmut.

—Esto es otra cosa... —dijo Neustadt, agradeciendo el aire acondicionado— Ahora podemos trabajar bien. —Todos tomaron asiento y Schutz continuó su explicación—. El Himmelstürmer que acaban de ver en su versión superior mejorada y codificada como *HS21* estará disponible en tres meses, es decir en octubre de 1943. Creemos que su fabricación en serie podrá empezar a principios de 1944, seguramente en enero. —Luego entregó un sobre con el membrete GEKADOS a los visitantes—. Aquí tienen la información técnica y fotografías del prototipo *HS21*, para su conocimiento. Por nuestra parte ya hemos informado al OKW en Berlín de los adelantos de este proyecto. Están muy interesados. —Siegfried cogió el sobre agradeciéndole a Schutz la información.

—Nos parece muy interesante este desarrollo, pero tal como ha comentado Helmut en tono humorístico, debe ser mucho más silencioso. Por lo demás, adelante y seguiremos en contacto.

Helmut estuvo de acuerdo con Siegfried añadiendo:

—De hecho y sobre el papel cuando sea posible, este sistema personal de vuelo deberá ser impulsado por un sistema antigravitacional, sin consumo, silencioso e ilimitado en el tiempo. El problema es que el tamaño, hoy por hoy, no lo permite. Recordemos que lo carga una persona y eso tiene límites. —No hubo discusiones en este punto, estaba muy claro.

Schutz tomó de nuevo la palabra:

—Siguiendo con este apartado llamado «Otros», tenemos un proyecto que consideramos muy importante, el cual está en fase de inicio y que se trata de lo que llamamos «aire líquido» como arma y sistema de propulsión. Se tratará de un sistema de energía que podremos fabricar y almacenar. —Neustadt mostró mucho interés.

—En qué consiste, doctor Schutz. —Este señaló una de las páginas del dossier, donde aparecía un estudio de viabilidad.

—Bien doctor Neustadt, si partimos de la base de que el aire es la combinación de muchos gases, donde destacan por su importancia y presencia el oxígeno en un

sesenta y nueve por ciento y el nitrógeno en un veintiuno por ciento. El resto, como decía, son varios gases que representan sólo el diez por ciento restante del total. Si tenemos en cuenta este principio, para convertir un gas en líquido, el gas debe ser enfriado artificialmente hasta una temperatura que lo transmuta de gas a líquido. Sabemos que hay gases cuya conversión a líquido es muy compleja y difícil. De hecho, el problema es encontrar un sistema de frío suficiente para hacer la transmutación. Una vez que el gas, en este caso el oxígeno, ha sido convertido en líquido, podemos almacenarlo a presión en depósitos de acero y utilizarlo a conveniencia.

Schutz veía la cara de interés de sus interlocutores mientras continuaba con su disertación sobre el aire líquido.

—Hay versiones técnicas que dicen que el hidrógeno líquido y el aire líquido no pueden ser almacenados a presión debido a sus puntos bajos de ebullición. Nosotros hemos hecho pruebas que determinan sin duda alguna de que puede ser almacenado en termos, con algunas mejoras técnicas. Una botella metálica se encaja en otra igual algo más grande y en el espacio intermedio se crea el vacío. La botella interior se rellena con el aire líquido para que se mantenga frío. Es un excelente aislante y el interior se mantiene sin problemas durante años si es necesario. Por descontado que la botella térmica dispondrá de una válvula para la extracción del aire líquido necesario. Imaginen esto en depósitos aplicables a motores de submarino o aviación. —Schutz extrajo de un sobre un diagrama de un obús de artillería de ciento cinco milímetros—. De hecho y como seguramente sabrán, hemos utilizado el aire líquido como explosivo en obuses de artillería como el que les muestro en este plano. El nombre es Pressluft. El cañón que lo dispara tiene medio metro más de longitud que el convencional de ciento cinco milímetros y a ambos lados del deflector de salida dispone de unas ventilaciones de dos a tres centímetros de amplitud. El obús mismo es algo más largo que el convencional.

Con el plano delante, Schutz intentó explicar el funcionamiento de ese cañón que ya había sido probado en el frente con excelentes resultados.

—Puedo decirles que cada vez que el cañón abría fuego, era algo fuera de lo normal. De entrada los servidores de la pieza debían permanecer a unos diez metros de la misma en el momento del disparo. El humo del disparo tenía el efecto visual de un vómito de gas que podía afectar a los pulmones de los servidores, por ello estaban a una cierta distancia. El aire líquido, no sólo formaba parte del obús, sino que también actuaba como propulsor del mismo. En el campo de pruebas de tanques en Padernborn y al mando del coronel de artillería Kruse, se realizó un test con treinta animales, caballos y vacas. Se dispararon cuatro proyectiles y no sólo los animales murieron, sino que sus restos quedaron escampados en un área de casi tres kilómetros. Sin embargo, lo más extraordinario es que los animales murieron porque

sus pulmones estallaron, no por los proyectiles en sí mismos.

»Les explico todo esto porque nuestro trabajo va en la dirección clara de un nuevo sistema barato y fiable de mover nuestros motores convencionales. Si lo conseguimos, no necesitaremos equipos de prospección, tuberías o refinerías. La materia prima, el aire, está en todas partes. Podemos tratarlo fácilmente, embotellarlo y guardarlo a conveniencia el tiempo que haga falta. Hemos llegado a pensar que quizás podríamos usarlo como propulsor de una de las naves discoidales para vuelos en atmósfera terrestre únicamente, que mientras vuela y consume su depósito va generando nuevo aire líquido para continuar su vuelo indefinidamente. Es sólo una idea...

—Me parece una idea excelente, doctor Schutz —dijo Neustadt—. Pero el aire, por si mismo, no se quema. Es decir, para lograr lo que usted indica, el aire líquido debe inflamarse. En un fuego, por ejemplo, el oxígeno no se inflama, pero suministra el oxígeno suficiente para la combustión. Por ello, entiendo que el nitrógeno deberá ser el agente inflamable de toda la operación. —Schutz afirmaba con un leve movimiento de cabeza las palabras del doctor Neustadt.

—Totalmente de acuerdo con usted y por ello siempre hemos considerado el nitrógeno como un gas inerte. Sin embargo, el nitrógeno se inflama si alcanza una temperatura suficiente. Los truenos son la prueba de ello. Cuando se produce una descarga de rayos, el nitrógeno que hay en la atmósfera se quema por la temperatura provocada por el rayo. El nitrógeno se combina rápidamente con el oxígeno en la atmósfera, causando un área de baja presión. El trueno es el sonido generado por los gases de la atmósfera traspasando esa bolsa de baja presión y quemando el nitrógeno. Lo que cae desde el cielo entonces son moléculas de nitrógeno combinadas con oxígeno y que es aprovechado por las plantas como un fertilizador natural. Por ello, sabemos que el nitrógeno puede arder cuando recibe suficiente temperatura.

»De todas maneras, también hay otro sistema para extraer energía del aire líquido como base propulsora y es a través de su conversión de un líquido congelado a unos ciento cuarenta y siete grados centígrado a gas a través de la aplicación rápida de calor. Teóricamente, la inyección de aire líquido a una cámara de combustión, tras su rápido incremento de temperatura, por ejemplo, por descarga eléctrica el gas resultante se expande con una potencia muy elevada. Un motor convencional de explosión puede trabajar así y además gana en potencia. El problema está en los aceites lubricantes que deberán usarse ya que el nivel de desgaste con un aceite de motor convencional a esas presiones de trabajo es muy alto.

»Y aquí entramos en el último capítulo de esta reunión de trabajo y dentro del apartado «Otros». Se trata de lubricantes sintéticos para motores, de alto rendimiento y vida útil. Hemos logrado sintetizar la molécula que forma parte del aceite convencional de engrase, utilizando dos procesos en los cuales hemos aplicado

nuevos productos químicos. Pueden imaginarse que el conglomerado IG Farben con el doctor Defltsa a la cabeza, está muy interesado en estos adelantos. Estos dos procesos de investigación han dado como resultado el aceite clorado de parafina. Nuestro trabajo se ha realizado sobre polímeros con las propiedades deseadas como lubricante, incluyendo su resistencia a un elevado grado de temperatura en el cual podría llegar a combustionar. Es decir, de alta resistencia a las temperaturas. También con un alto índice de viscosidad y un bajísimo índice de temperatura en el que podría perder sus propiedades de lubricación y densidad. Hemos trabajado los polímeros sobre catalizadores específicos, como el cloruro férrico y el cloruro de tionil. Pueden imaginarse que hablamos de hidrocarbones

clorados —Schutz mostró dos páginas donde se veían unas gráficas—. Aquí pueden ver el diagrama con las puntas de desgaste y la caída de potencia usando aceites convencionales y otro con las mejoras en todos los parámetros por el uso del nuevo aceite o lubricante sintético. Tenemos muestras para ustedes y la fórmula química de su desarrollo. Hemos adelantado, según solicitud 3266/43, al doctor Defltsa, de la IG Farben en Berlín, todo este material que, según nos consta, ya ha sido recibido sin problemas. —Siegfried aprobó las palabras de Schutz.

—Si es como usted ha dicho, no necesitamos todo este material. Las SS científicas tenemos una excelente relación con IG Farben y ellos nos ayudan en muchos desarrollos que llevamos nosotros directamente. De todas maneras y me adelanto a lo que seguramente iba a decir el doctor Neustadt. —Éste sonrió afirmando las palabras de Siegfried—. Nos gustaría ver las pruebas de laboratorio sobre motores trabajando con un lubricante convencional y el nuevo. Creo que será suficiente para nosotros.

—No hay problema, señores —indicó Helmut—. Qué les parece si vamos a comer a la cantina y luego pasamos a la zona de pruebas y podemos ver estos desarrollos en marcha. Creo que surgirán preguntas interesantes y podremos ampliar la información que haga falta. —Todos se pusieron de pie.

—Muy bien —dijo Siegfried—. La verdad es que tengo hambre. Luego continuaremos con las pruebas sobre el terreno. Gracias señores ¡*Heil Hitler!* — Todos levantaron el brazo y se dio por concluida la reunión.

—Bien, señores, ante todo debo decir que estamos cumpliendo los plazos en los diferentes proyectos en los que estamos involucrados y que indicaré a continuación. También quiero señalar que tenemos algunos problemas de aprovisionamiento técnico, ya que algunos envíos importantes no han llegado a su destino. Quizá nuestro envío ha sufrido el ataque del enemigo y ha desaparecido en aguas del Atlántico. — Siegfried miró a Neustadt y luego a Helmut tras estas palabras. Poco podían hacer ante la superioridad aliada en aquel momento en el océano Atlántico. En ese instante era un problema sin solución, sin embargo, las SS científicas habían buscado una

alternativa de envío.

—Me gustaría explicar el sistema de envíos que utilizamos desde hace poco y que estamos convencidos de que mejorará sustancialmente la llegada de material técnico y personal a las diferentes colonias en Sudamérica y en particular a esta. —Siegfried se apoyó sobre la mesa—. Desde hace dos meses utilizamos un enclave al suroeste de la isla de Fuerteventura, en las islas Canarias, llamado Villa Winter que es una casa inmensa situada en una zona desértica, apartada y deshabitada de la isla, donde podemos trabajar sin problemas. La casa dispone de una instalación subterránea inmensa que nos permite trabajar tranquilos y preparar los envíos de material a Sudamérica que nos llegan desde Alemania a través de España. El general Franco está colaborando con nosotros hasta ahora y no nos plantea complicaciones en nuestro trabajo. —Siegfried mostró unas fotografías de la Villa Winter y de algunas de las instalaciones subterráneas que había comentado. Sin duda se trataba de un auténtico desierto, con la orilla del mar a poca distancia del mar, en la falda de las montañas—.



Villa Winter en la actualidad, totalmente abandonada.
(Foto gentileza de Enrique Dauner, 2010)



Villa Winter en la actualidad, totalmente abandonada.
(Foto gentileza de Enrique Dauner, 2010)

La villa no despierta ninguna sospecha aunque pueda ser detectada por la aviación. Es territorio español y como verán no tiene nada de particular exteriormente. — Señaló algunos puntos de la edificación y los terrenos adyacentes con algunos huertos y maquinaria agrícola. Una torre redondeada remataba el edificio como punto de observación directa sobre el mar. También se veían unas vagonetas tipo minero, sobre raíles que desaparecían en el interior de la casa—. Con estas vagonetas transportamos nuestra mercancía hasta los camiones que la llevan hasta el puerto de Lanzarote y es embarcada en barcos de carga españoles con dirección a Sudamérica. —Luego sacó de su portafolios un mapa de Europa e indicó las rutas que seguían los envíos desde Alemania—. Verá que aquí, a unos diez kilómetros, tenemos una pista de tierra que nos sirve de aeropuerto. Tenemos algunos barracones y material de mantenimiento para los aviones.



Una de las extrañas vagonetas. ¿Qué transportaban?
(Foto gentileza de Enrique Dauner, 2010)

—Una pista de unos dos kilómetros aparecía marcada muy cerca del mar al oeste de la Villa Winter—. Dependiendo del envío, su importancia o urgencia, utilizamos aviones comerciales del *KG200* camuflados como aviones bajo pabellón neutral sueco en vuelos hasta Madrid o incluso a Sudamérica directamente. Muchos hacen escala en el aeropuerto de Villa Winter. Si el material es muy pesado utilizamos el tren hasta España o bien en algunos casos hasta Marsella o Toulon en la costa mediterránea francesa. También hemos utilizado camiones, aunque no somos muy partidarios de los mismos por los problemas que pueden tener en ruta. España es el destino más habitual de nuestros movimientos de mercancías y desde allí, dependiendo del material, se embarca directamente hasta Sudamérica en barcos mercantes españoles, o bien se envía también en barcos españoles hasta Fuerteventura.



Detalle de una de las ruedas. Fabricada por Krupp.
(Foto gentileza de Enrique Dauner, 2010)

Puedo indicarles que hemos utilizado *U-Boots* en alguna ocasión ya que Villa Winter dispone de cuevas naturales por debajo de la misma conectadas a la casa, que permiten la entrada a un submarino. De hecho, las islas Canarias son como un queso gruyer por debajo del nivel del mar. —Hubo algunas sonrisas en el grupo tras este detalle—. No habitualmente, pero algún material ha sido enviado utilizando nuestras bases africanas del sur por el *KG200*, en antiguas colonias alemanas donde todavía tenemos cierta fuerza y podemos trabajar con discreción. En ese caso usamos navieras o líneas aéreas de África del Sur, pertenecientes a propietarios alemanes u holandeses. De hecho, nosotros hemos utilizado esta vía para llegar hasta aquí y ha funcionado muy bien. También usamos esta vía para aprovisionar a nuestra base 211 en la Antártida.



El aeropuerto alemán de Fuerteventura en la actualidad.
(Foto gentileza de Enrique Dauner, 2011)

—Creo que nos alegramos todos ante esta información ya que solucionará nuestros problemas y permitirá que avancemos más rápido, *herr Oberführer* Becker. Sin duda es una buena solución, aunque entiendo que tiene cierta complejidad logística. —Siegfried afirmó las palabras de Schutz. A continuación, Schutz abrió el dossier que tenía ante sí y que era igual al que tenía cada uno de los presentes—. Como podrán ver en los titulares de la primera página, tenemos varios proyectos en marcha, en diferentes niveles de realización y finalización y que quiero exponer:

1. Naves discoidales.
2. Jaula electromagnética.
3. Estación espacial.
4. Supermetales.
5. Proyecto Rayo Solar.
6. Otros.



Detalle de uno de los rodillos para aplanar la pista del aeropuerto.
(Foto gentileza de Enrique Dauner, 2011)

»En el caso del proyecto de las naves discoidales, hemos avanzado mucho en su diseño y prestaciones aunque todavía dependemos de los motores a reacción, con funcionamiento clásico a base de combustible de origen fósil, que no mejoran la velocidad tanto como habíamos calculado. La aerodinámica de nuestros diseños es excelente y el fabricante BMW ha avanzado mucho en el desarrollo de motores, pero consideramos que los motores de propulsión magnética o los antigravitatorios son el camino que debemos seguir. El doctor Karl Sommer y su equipo están trabajando sobre esos parámetros y calculamos que en marzo de 1944 podremos tener una nave antigravitacional totalmente operativa. También debo indicar que perdimos en un accidente uno de los prototipos Haunebu III. Los dos tripulantes pudieron escapar en el último momento y pudimos recuperar los restos de la nave. El accidente se produjo en los andes chilenos, mientras volaban hacia el enclave Dignidad. —Schutz mostró fotografías de Haunebu III durante su despegue en la selva y luego otras de los restos esparcidos por las montañas andinas. Era una nave sin distintivos.

—¿Cuál fue el motivo del accidente, doctor Schutz? No tenía noticias de ello —preguntó Siegfried, visiblemente contrariado—. Representa un retraso en el proyecto. —Esta vez intervino Helmut.

—Es lógico Siegfried, sucedió hace dos semanas. Fue un fallo del motor tras atravesar la barrera del sonido. Según el testimonio de los tripulantes el motor, sencillamente, se paró. Todavía estamos investigando qué produjo ese paro repentino. Quiero que comprendas que, al ser un proyecto ultrasecreto, no quisimos correr el riesgo de que nuestro mensaje fuese interceptado por los aliados. Tenemos constancia de que saben que algo sucede en Sudamérica. También sabíamos que estaríais aquí hoy y hemos preferido comentarlo personalmente. No hay nada más que eso y el

trabajo continúa a buen ritmo. —Siegfried dio por buena la explicación de Helmut y miró a Schutz para que siguiese su exposición. Schutz continuó:

—La computadora Z4 que acabamos de recibir será una ayuda fundamental en los complejos cálculos antigravitacionales que necesitan hacer los miembros del equipo del doctor Sommer y que nos provocaban un cierto retraso. Tenemos en este momento en la instalación subterránea de la Kolonie Waldner 555, tres modelos de *Haunebu* desarrollados y que nos han servido para ir avanzando en su tecnología de propulsión y de diseño. Uno ha sido superior siempre al anterior, pero tenemos la limitación del grupo propulsor. Las pruebas de laboratorio efectuadas con los primeros prototipos antigravitacionales, nos indican que serán absolutamente revolucionarios y muy superiores a los de tipo magnético, aunque tampoco desestimamos este sistema de propulsión. El motor antigravitacional será un escalón superior en la forma de volar, como lo está siendo en este momento el motor a reacción ante la propulsión a hélice y que pronto verá su puesta en escena en el teatro de operaciones europeo contra nuestros enemigos. Otra inestimable ventaja de los motores antigravitacionales o magnéticos indistintamente, es que no dependeremos del petróleo para su funcionamiento.

Siegfried alabó este último comentario de Schutz ya que ese era una de los problemas con los que ya se enfrentaba la maquinaria de guerra alemana. También había sido siempre uno de los objetivos del *führer* que Alemania no dependiese del petróleo y por lo tanto del extranjero; y sobre todo, porque el petróleo siempre había estado en manos judías o de la finanza internacionalista para someter a los países.

En ese momento intervino Neustadt para corroborar las palabras de Schutz:

—Estoy totalmente de acuerdo con usted doctor Schutz, no sólo es uno de los objetivos de nuestro *führer* la no dependencia del petróleo, sino que en nuestras instalaciones en los Sudetes y en Polonia, estamos trabajando en un proyecto que puede ayudarles mucho en su desarrollo antigravitacional. Se trata de un proyecto ultrasecreto llamado *Die Glocke* (La Campana), que está bajo el epígrafe *Kriegentscheidend* (Decisivo para la Guerra). Puedo indicarles que el proyecto viene de antes de la guerra, aunque en enero de 1942 se le dio el nombre codificado de Tor (Puerta). En julio de este año de 1943 lo hemos subdividido en dos proyectos en paralelo. Uno se llama *Kronos* que como sabrán es el Dios del Tiempo en la antigua Grecia, y el otro *Lanterträger* (quien porta la luz). En este proyecto tenemos a científicos de gran valía y que todos ustedes conocerán, como los doctores Hermann Oberth, Kurt Debus, Walther Gerlach, Ott Christoph Hilgenberg y Carl Friedrich Krafft. —Todos quedaron impresionados por el nivel del elenco científico involucrado en aquel extraño y sorprendente proyecto—. Sí puedo decirles ya que todo avanza a buen ritmo, que *Die Glocke* abarca dos áreas de interés científico: una es física y la otra médico-biológica. Por otro lado y en conexión con estas, tenemos

dos objetivos operativos de nuestro máximo interés que pueden serles de la máxima utilidad aquí y que por descontado les haremos partícipes en el momento adecuado:

A) El desarrollo de un motor y una nave antigravitacional que permita vuelos espaciales sin restricciones de ningún tipo, aplicando la energía de gravedad cero y que por ello Alemania no dependiese de un combustible fósil como el petróleo.

B) La posibilidad de monitorizar el tiempo y su ingeniería, es decir la posibilidad real de viajar en el tiempo.

Ante esta última e increíble afirmación de Neustadt, el estupor se dibujó en el rostro de los presentes a excepción de Siegfried.

—Comprendo su sorpresa, pero el proyecto está muy adelantado y ya hemos realizado alguna prueba operativa. Permítanme que no entre en más detalles. Quiero que sepan que cuentan para su trabajo con la ayuda de lo que vayamos desarrollando en Europa. Veo que aquí también han avanzado mucho, pero limitándose al motor antigravitacional únicamente como propulsor para una nave que volará en la atmósfera terrestre. Nuestro equipo ha querido ir mucho más allá. Les garantizo que seguiremos en contacto.

Ni siquiera Helmut conocía ese desarrollo, aunque sabía de equipos científicos que trabajaban en paralelo sobre proyectos similares. Schutz resumió el pensamiento de todos los presentes.

—Doctor Neustadt, ha roto usted algunos de nuestros esquemas y nos alegra el nivel que ya ha alcanzado el equipo del SS general doctor Kammler, nuestros desarrollos empequeñecen ante la magnitud de lo que nos ha explicado. Esperamos con ansiedad sus avances para que los podamos aplicar en nuestros desarrollos. —Siegfried afirmó la solicitud de Schutz. Este continuó—. Si les parece, cuando terminemos la reunión y hayamos comido en la cantina, les mostraré las naves discoidales que tenemos en nuestras instalaciones subterráneas y las bancadas de prueba de motores. —Siegfried miró a Helmut.

—¡Excelente! —Schutz siguió.

—Encontrarán datos técnicos en el informe que les he entregado con el desarrollo de todas y cada una de las pruebas que hemos efectuado hasta ahora. Y como les decía, los cálculos y gráficas indican de forma muy clara los avances que estamos teniendo en este tipo de aeronaves. Quedo a su disposición, tras su análisis, para contestar a cuantas preguntas puedan tener.

Schutz cogió el informe y pasó al siguiente proyecto sobre el que estaban trabajando y que ya era una realidad.

—Bien, si les parece entramos en el segundo apartado de esta reunión. Se trata de un desarrollo ya terminado en el que están involucrados los tres equipos de trabajo al

mando de los científicos aquí presentes, ya que toca áreas de todos ellos. Se trata de un avance en seguridad al que llamamos *Elektromagnetische Kaefig* (Jaula Electromagnética). Es el grado máximo en defensa pasiva. La razón es muy simple, hemos buscado y hallado un sistema de seguridad absoluta, sin mantenimiento y siempre operativo, para aquellas zonas de nuestras fábricas o instalaciones que son vitales y en la que si entra un espía o agente extranjero, pueda ser neutralizado sin dificultad, aunque no se halle nadie en ese momento en toda la instalación. —recalcó estas últimas palabras. Los rostros de Siegfried y Neustadt mostraban curiosidad—. Este proyecto lo hemos llevado al cien por cien desde aquí y ha sido la consecuencia de otros avances sobre los que estábamos trabajando y que por azar hemos visto y considerado su utilidad. Por ello, no hay constancia previa ni solicitud superior para este desarrollo. Sin embargo lo que hemos conseguido es espectacular y con un coste muy bajo.

Schutz señaló una de las páginas del informe donde aparecía una serie de dibujos sobre el ingenio y su funcionamiento:

—El trabajo de la Jaula Electromagnética es proteger silenciosamente una zona vital para nuestros intereses de la siguiente manera: imaginen que alguien no autorizado entra en un recinto de la máxima seguridad donde guardamos desarrollos, equipos o planos ultrasecretos. —Schutz dramatizaba su explicación con movimientos de manos y brazos convincentes—. Ese intruso entrará en una zona de energía casi nula y la energía para el funcionamiento de la jaula ¡será absorbida del mismo cuerpo del intruso! Es decir, él mismo pondrá en marcha el sistema y le succionará su energía vital. Su cuerpo sufrirá alteraciones físicas de toda índole, pudiendo llevarle hasta la muerte. Seguramente es lo mejor que le podrá pasar al intruso. Es como enfrentarse a un vampiro sin saberlo...

—Estamos impresionados, doctor Schutz —dijo Neustadt—. Yo estoy especializado en campos magnéticos y el sistema que usted expone me parece sencillamente increíble. ¿Cuál es el sistema de energía que utiliza al estar, digamos, en reposo? —Helmut sonreía ya que aquel proyecto le había gustado desde un principio y había dejado que su gente trabajase libremente. Miró a Schutz, permitiéndole seguir su explicación.

—De hecho, el sistema trabaja sobre los desarrollos previos de científicos como los doctores Hans Coler, Karl Schnappeller y Georg Otto Erb. Sobre esta base ya desarrollada y los motores antigravitacionales que estamos desarrollando, la Jaula Electromagnética tiene su base de funcionamiento. He de admitir que no es tan complicado su funcionamiento, ya que es lo que el doctor Coler llamó «energía libre» o sin mantenimiento, ni consumo. Nosotros le llamamos Stromerzeuger y consiste en bobinas situadas hexagonalmente, con unas finas planchas de cobre de altísima pureza entre ellas y trabajando sobre dos aparatos separados, conectados por

inducción el uno al otro. Pueden verlo en el diagrama cuatro del dossier. El calor corporal del ser humano activa el sistema y el primer aparato o emisor se abre y cierra rápidamente induciendo la reacción al segundo o receptor. La oscilación de frecuencia la hemos calculado en setecientos cincuenta kilohertzios. En función del espacio que tenga la zona a proteger, la energía puede crecer exponencialmente en lo que denominamos Raumenergie (energía de espacio). Es como un semiconductor que provoca que los electrones fluyan en positivo y negativo, con oscilaciones de alto espectro. Mientras esto sucede, el sujeto sometido sin saberlo a este campo va notando una debilidad creciente, rápida e inexplicable. Su energía vital se va consumiendo inevitablemente. Si está sometido durante un tiempo superior a los trece minutos, su muerte es inevitable. El sistema no requiere mantenimiento y puede trabajar años sin problemas aunque no haya energía eléctrica. La zona a proteger la hemos calculado en unos veinte metros cuadrados. Si el intruso sale de la zona, el sistema deja de actuar.

—¿Han hecho pruebas sobre animales o seres humanos? Si es así, ¿cuáles han sido los resultados? —preguntó vivamente interesado Siegfried, adivinando los pensamientos de Neustadt.

—Creo que su pregunta debe ser respondida por el doctor Ingeniero Kurt Schroder que ha llevado a cabo dichas pruebas. Doctor Schroder, por favor —dijo Schutz dando la palabra al doctor. Este extrajo de una carpeta algunas fotos sobre la máquina y sus resultados.

—Como ha comentado el doctor Schutz, tras acabar los estudios teóricos del comportamiento de la Jaula Electromagnética y su desarrollo físico con los elementos que ha comentado mi colega, hicimos varias pruebas con animales, simios y peces concretamente, ya que queríamos comprobar su funcionamiento en el medio acuático también. En el caso de los simios se comprobaba a los pocos minutos, entre tres y cinco dependiendo del tamaño, que el animal sufría una especie de parálisis facial y muscular general, que le impedía casi totalmente los movimientos normales. Su rostro adquiría una mueca que permanecía hasta su muerte y continuaba con el animal muerto. También había envejecido notablemente en ese corto espacio de tiempo. En el caso de los peces de río, duraban sobre los dos minutos tras sufrir también parálisis en sus aletas y membranas respiratorias. Creemos que en agua salada, que es un excelente conductor, el fin sería más rápido. El cuerpo del pez también adelgazaba rápidamente.

Neustadt intervino en este punto:

—Doctor Schroder, pero antes se ha comentado que el dispositivo se activa con el calor humano y en el caso de los peces que son de sangre fría y el agua también está fría, la cosa parece más difícil. —Schroder afirmó con la cabeza las palabras de Neustadt.

—Cierto y así lo pensamos, pero también sabemos que incluso el movimiento corporal del pez y sus aletas, provocan calor suficiente en un medio frío como para que el sistema lo detecte y se ponga en marcha. Eso hace este sistema de seguridad muy efectivo en cualquier medio. De hecho, cuanto más frío, mejor detecta el calor no sólo corporal, sino de movimientos. Imagínense en un barco hundido con material secreto en alguna de sus cámaras. El sistema sería operativo y si un buceador entrase sufriría la muerte en poco tiempo.

—Y en cuanto a seres humanos, ¿dispone de alguna información sobre resultados? —El doctor Schroder señaló unas fotos.

—Ahora les mostraré las fotos de un sujeto sometido a la Jaula Electromagnética. Primero vean esta. —Les mostró la foto de un hombre joven, de aspecto europeo y vestido con ropa tropical—. Se trata de Alan Wilcox, un espía norteamericano, un tipo rudo que logró entrar en nuestras instalaciones ayudado por un brasileño. Mató a uno de nuestros guardias. Ambos fueron capturados. Se trata del único caso que hemos tenido por ahora. Bien, Wilcox fue encerrado en una cabaña; utilizamos como cebo a uno de nuestros hombres que habla inglés perfectamente, pues su madre es americana, que le indicó dónde podía obtener información sin demasiados riesgos. Luego le indicó que le dejaría libre con la información obtenida. Queríamos que Wilcox actuara de forma totalmente espontánea. Nuestro hombre le facilitó dinero para la huida y dejó la puerta de Wilcox sin cerrar. Todo esto lo seguimos con la máxima discreción. Tal como cabía esperar de un espía, Wilcox se dirigió en plena noche a la cabaña donde estaban los supuestos documentos que debía robar y que estaban dentro de un armario.

»Entró sigilosamente y se dirigió con una linterna que le había facilitado nuestro cebo hacia el armario. Nosotros no estábamos dentro, pero Wilcox, que no era precisamente un *boy scout*, se encontró con el horror en estado puro. Tras unos minutos pudo salir penosamente de la cabaña con claros síntomas de rigidez en su cuerpo. Su rostro mostraba una mueca horrible que no se le iba y que se convirtió en una deformidad permanente. No sólo estaba desfigurado facialmente, sino corporalmente ya que sus brazos se le habían quedado como fijados a su espalda en una posición muy forzada. Cayó al suelo tras franquear la puerta, con las piernas inmóviles y en una posición grotesca. Había adelgazado notablemente y había envejecido ¡más de quince años en unos escasos siete u ocho minutos! Vean las fotos de su transformación. —Neustadt y Siegfried quedaron visiblemente impresionados por el documento gráfico aportado. Compararon la foto de un hombre joven, con la de alguien consumido al borde de la muerte y con una mueca de terror indescriptible—. Y algo a añadir es que en el escaso tiempo de vida que le quedó, no recordaba absolutamente nada y casi no podía hablar. Estamos seguros de que no era amnesia temporal, sino definitiva. El sistema había absorbido su mente. Todo esto sucedió sin

ruido alguno, ni gritos de la víctima. Con el brasileño ocurrió exactamente lo mismo, aunque fue introducido a la fuerza. Los efectos sobre este segundo ser humano fueron los mismos, aunque en menos tiempo.

Mientras miraba las fotos del desventurado Wilcox, Neustadt preguntó:

—Y ¿cómo se detiene la energía de la Jaula Electromagnética? Supongo que se podrá entrar en el recinto en algún momento... —El doctor Schroder sonrió y señaló una pieza del sistema de funcionamiento en uno de los diagramas.

—Esta es una de las placas de cobre ultrapuro que desconectamos sin dificultad y la jaula deja de actuar. De todas maneras, estamos trabajando un sistema para su puesta en marcha y su detención a distancia. —El interés era creciente en los dos SS llegados desde Alemania.

—Le aseguro que lo que han desarrollado es de nuestro máximo interés. Es el sistema absoluto en seguridad —dijo Siegfried—. Nos gustaría verlo, pero no funcionando... —Hubo algunas risas entre los presentes.

—No hay problema, ya lo habíamos previsto también —indicó Schutz.

—Si les parece, podemos entrar en el tercer apartado de la reunión: «Estación Espacial» —dijo Schutz, tras un breve intervalo—. Es cierto que trabajamos sobre naves discoidales que hasta la fecha están siendo diseñadas para vuelos operativos en nuestra atmósfera, pero también es cierto que por su diseño y estructura, son capaces de hacer vuelos suborbitales y orbitales sin problemas, de ahí nuestra búsqueda de un propulsor que pueda trabajar en un medio como el espacial. Por ello, y siguiendo la cosmovisión de nuestro *führer*, un proyecto como el de una estación espacial fija, responde políticamente y militarmente a su deseo y visión de una Alemania fuerte e independiente. Le llamamos Andromeda-Gerat y actuará como nave nodriza en órbita, conteniendo en su interior varios *Haunebu*, espacio para las tripulaciones y zona de mando y control para la tripulación. La idea es que desde esta base se puede alcanzar cualquier punto de la Tierra en pocos instantes y detener cualquier ataque que vaya a producirse. —Schutz puso en la pared un plano de la estación Andromeda, donde se podían apreciar muchos de sus detalles internos—. Estamos trabajando sobre una base de forma cilíndrica de unos 275 metros de eslora, por quince de alto y una manga de quince también. Es decir, la sección es cuadrada. Los cálculos nos indican un peso de unas doscientas cincuenta toneladas para una estación óptima operativa y una tripulación fija de unas sesenta personas entre técnicos y militares. —Luego señaló un punto en el interior—. Aquí pueden ver el motor antigravitacional que propulsará y pondrá en órbita el ingenio. A ambos lados pueden ver la sección de mando con forma cilíndrica y que rodea al motor que les he indicado. En la parte más alta del conjunto se hallan las escotillas de entrada de las naves discoidales *Haunebau* que reposarán en el interior, aquí concretamente. Puede contener hasta seis naves. —Señaló el lugar dentro de la inmensa base—. La tripulación de la nave y los

tripulantes de los diferentes discos que se hallen a bordo, tienen su lugar de descanso en los extremos del conjunto. Aquí pueden ver los depósitos de agua, comida, cocina, comedor, baños, sistema de climatización, sala de gimnasio, sala de reuniones, municiones, armamento, sistema de radar, etc. Puede estar hasta tres años en órbita sin necesidad de regresar a la Tierra. Sin lugar a dudas es el proyecto más ambicioso y complejo en términos de puesta en marcha y vuelo hasta su órbita. Sin duda alguna, Sudamérica es el lugar ideal para la construcción del mismo y su lanzamiento—. — Schutz se sentó en su lugar y prosiguió con su explicación—. En este proyecto estamos involucradas varias de nuestras bases en Sudamérica. De hecho, aquí trabajamos el motor, para una vez acabado ensamblarlo en el lugar del despegue. La parte metalúrgica, es decir los paneles metálicos exteriores y material de fundición necesario los estamos desarrollando en una empresa metalúrgica alemana en Brasil Metales Brasileiros, S. A., que una vez acabados y en diferentes envíos, se transportan a Chile hasta el enclave Dignidad, donde estamos ensamblando todo el ingenio y su despegue posterior, tal como he dicho hace un momento. Por altitud y lejanía es el sitio ideal. Desde allí despegará a mediados del año que viene. El enclave Heide en territorio argentino y el más próximo a nosotros, está trabajando todo el tema del aprovisionamiento y desarrollando alimentos preparados para aguantar mucho tiempo en condiciones óptimas de consumo. Nuestra base Antártica 211, nos ha ayudado mucho en estos avances alimenticios. También en Argentina y junto a la ciudad de Córdoba en el Instituto Aerotécnico, dirigido por compatriotas que nos ayudan secretamente, se está preparando la tripulación que pasará la mayor parte del tiempo en la estación. Hemos calculado un máximo de setenta y cinco días a bordo y un mes en tierra. En el enclave Atlantis, que dispone de un potente sistema de radar y localización de las flotas enemigas en todo el Atlántico sur, se está habilitando la base de control del lanzamiento y seguimiento en vuelo. Pueden ver todos estos puntos geográficos en el dossier que les he entregado.

Capítulo 4

Un anillo. Una historia

Inicios de 1944

—¿Cómo lo ves, Manuel? —preguntó el doctor Burton al joyero que examinaba con profesionalidad el anillo con una lupa de aumento. Este lo giraba pausadamente observando todos y cada uno de sus detalles.

El doctor Burton aprovechó aquellos dos días que tenía libre para intentar averiguar por su cuenta de qué iba todo aquel asunto misterioso y qué representaba ese anillo. Creía que podría ser una clave que quizás le ayudase a ver algo de luz. Conocía a Manuel Coelho, el joyero, desde hacía algún tiempo ya que le había comprado algunas joyas para su mujer y se había entablado una buena amistad entre los dos hombres. No era la joyería más lujosa de Manaos, era más bien de barrio, pero Burton vio enseguida que aquel hombre sabía mucho de su profesión y parecía abordable ante un tema «diferente».

—No creo que a mis amigos judíos de esta profesión les guste. Bueno. —Sonrió—. Es plata de ley de primera calidad. Está trabajado sobre un molde y acabado a mano. Es decir, ¿ve esta junta soldada tras la calavera? —Burton afirmó lo que Manuel le mostraba—. El anillo, antes de su realización, podía ajustarse a su usuario y se cerraba con la medida exacta. Estos símbolos que acompañan a la calavera son runas nórdicas, pero no sé qué quieren decir. He visto alguna vez algún anillo con runas pero era más un tema esotérico, creo recordar. Creo que algunos adivinos y brujas utilizan las runas para leer el futuro de sus clientes ¡Tonterías, créeme! —dijo casi enfadado—. Incluso hay un símbolo que se repite a ambos lados de la calavera. No tengo muchas dudas de que se trata de algún símbolo nazi y concretamente SS. Y no lo digo por la cruz gamada, sino porque en el lado opuesto de la calavera hay una runa que en realidad son dos enmarcadas en un círculo. —Acercó la lupa a Burton que miró con atención—. A pesar del desgaste se adivina claramente a la izquierda la doble S junto a una runa que desconozco, con forma de flecha. —Burton afirmó lo que decía el joyero.

—Es cierto que aparece esa imagen a pesar del desgaste. ¡Qué curioso!

—No puedo entrar en muchos detalles sobre el origen de este anillo y cómo ha llegado a mis manos pero lo que explicas, Manuel, tiene coincidencias, en algunos puntos, con lo que yo sospechaba. —Manuel Coelho volvió al anillo y lo colocó de nuevo bajo la lupa, pero analizando su escritura interior.

—Hay dos iniciales que no soy capaz de adivinar qué letras son y luego claramente el nombre Stukenbrok, 20/4/40. Seguramente es el nombre del portador, aunque sólo es una suposición. —Burton recordaba las palabras del general Robert

White y su irrupción en el hospital para llevarse a August Stukenbrok. El joyero había dado en el clavo—. Seguidamente se ve una firma, o lo que yo creo que es una firma. Destaca claramente una H mayúscula, como una inicial y lo que debe ser el apellido, que también empieza por H. Es una letra de trazo firme y puntiagudo en sus extremos. Con un poco de esfuerzo se puede leer. —Pasaron unos segundos—. Te parecerá increíble Edward, pero yo leo Himmler... H. Himmler. —Edward Burton se recostó en la silla desde donde observaba el trabajo del joyero junto a él. Resopló sonoramente.

—¿Sabes de alguien, Manuel, que pueda ayudarme a desentrañar la historia o lo que representa este anillo?

Sin decir palabra, Manuel se levantó y fue hacia un pequeño mueble de escritorio tras su mesa. Abrió un cajón y extrajo una caja con fichas escritas. Burton pensó que eran fichas de clientes de la joyería.

—Es posible que tenga a la persona que pueda ayudarte a saber de qué se trata. Recuerdo un cliente de Manaos mismo, el profesor en historia Lamberto da Silva, que ha vivido en Alemania hasta el inicio de la guerra en Europa y que regresó y trabaja para las universidades de Manaos y Río de Janeiro, en la cátedra de Historia de ambos centros. Habla alemán muy bien. Lo sé bien porque entablamos una buena amistad. Ahora hace tiempo que no le veo por aquí. ¡Aquí está! —Extrajo una ficha con varias anotaciones— Exacto, profesor Lamberto da Silva. La última vez que estuvo aquí compró un collar de perlas para su mujer. Bien, aquí tienes su dirección en la universidad de Manaos e incluso el teléfono de la cátedra de Historia. Perdona que no te dé su dirección privada. Creo que no sería ético. Es un hombre de confianza. —Burton sonrió.

—No te preocupes, es verdad. Creo que con esto tengo suficiente para seguir mi camino. Muchas gracias Manuel.

La Universidad Federal do Amazonas fue fundada en 1909 y aún conservaba la estructura imponente típica de algunos edificios de la ciudad, como el de la Ópera de Manaos. Burton había llamado a la cátedra de Historia desde el hospital y le habían pasado sin problemas con el profesor Lamberto da Silva. Por la voz se notaba un hombre adulto, pero rápido en las respuestas, de mente ágil. La verdad es que se sintió sorprendido por la llamada y la poca información que Burton le pudo dar al teléfono, pero no tuvo inconveniente en encontrarse con él al día siguiente. Burton aparcó su coche lo más cerca que pudo de la puerta principal y tras pasar por varias zonas ajardinadas con árboles inmensos y centenarios, accedió al recinto. La atmósfera universitaria del lugar le hizo recordar sus experiencias universitarias en medicina en la Universidad de Saint Louis. Le llamó la atención que no se veía a mucha gente. Oía sus pasos sobre el mármol del suelo mientras se acercaba al mostrador de recepción donde se hallaba un bedel. Este le indicó que subiese al

primer piso. La cátedra de Historia estaba en la puerta número dos.

Llegó hasta allí y llamó a la puerta. Al poco la puerta se abrió y lo que parecía una administrativa o becaria de la cátedra le dio la bienvenida. Burton le indicó su cita con el profesor Da Silva.

—Sí, sígame por favor. El profesor Da Silva le está esperando. —La cátedra de Historia era más grande de lo que él se imaginaba. Pasaron frente a varias puertas abiertas donde se podían ver personas trabajando. Burton se imaginó a profesores y administrativos en las labores propias de una universidad—. Aquí es, doctor Burton. Un momento. —La chica llamó y sin esperar respuesta abrió la puerta lo suficiente para asomarse y anunciar la visita y pedir permiso de entrada.

—Adelante. —La voz del profesor Da Silva sonó con fuerza. Burton entró mientras su acompañante se retiraba despidiéndose de él. El profesor Da Silva estaba de pie tras su mesa de trabajo, repleta de libros, papeles y archivos. El despacho era amplio, pero también estaba lleno de documentos y libros en sus estanterías. Incluso en el suelo había más libros y papeles. Hacía falta un buen orden allí, pensó Burton. Una mesa auxiliar se hallaba al fondo y un gran ventanal que daba a la zona ajardinada dominaba todo el conjunto. La luz natural era abundante.

—Profesor Da Silva, soy el doctor Edward Burton y trabajo en el hospital São José de Manaus. Quiero agradecerle su gentileza al recibirme. —Tras un apretón de manos, el profesor invitó a su recién llegado a sentarse. Da Silva le miró con detenimiento. El profesor era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo blanco, alto y de buen porte. Vestía ropa ligera, aunque llevaba corbata. Un bigote igualmente blanco remataba su cara y le daba un aspecto muy brasileño, pensó Burton.

—Bien doctor Burton, usted dirá en qué puedo ayudarle. Reconozco que su llamada me dejó intrigado, pero estoy a su disposición. Estoy especializado en Historia de Sudamérica, aunque conozco otros períodos históricos. —Burton agradeció las palabras de su interlocutor—. Gracias profesor. De todas formas, quizá podrá ayudarme en lo que quiero saber. Hace poco llegó a mi poder un anillo que me gustaría que analizase y me explicase, si es posible, de qué tipo es y cuál es su significado. A través de un amigo común, sé que ha vivido en Alemania, habla alemán y por su formación en Historia quizás usted puede desentrañar de qué se trata.

Da Silva sonrió.

—Me imagino que no puede decirme quién es ese amigo común, ni cómo llegó el anillo a su poder. —Burton afirmó las palabras de Da Silva.

—Lo siento. Así es, pero no se preocupe profesor. Lo que podamos comentar aquí no saldrá más allá de estas paredes. Se lo garantizo. Se trata de un tema puramente personal y confidencial, que no me acaba de encajar. Agradezco su comprensión, profesor Da Silva. —En ese momento, Burton extrajo de un bolsillo de su chaqueta un paquete conteniendo el anillo, que entregó sin dilación al profesor. Este abrió el

pequeño paquete y tomó el anillo en sus manos.

—Muy interesante —exclamó mientras lo sostenía entre su dedo índice y pulgar de su mano derecha, hacia la luz del ventanal tras él—. Parece plata de ley. —Luego, afirmando con la cabeza—. Sí, sé qué es este anillo y lo que representa. Durante mi estancia de quince años en Alemania tuve la oportunidad de ver alguno. No se prodigan, pero quien lo tiene no es un cualquiera en la Alemania de Hitler. Hacía mucho tiempo que no veía uno y ¡aquí en Brasil! —Sonrió y con parsimonia abrió un cajón y extrajo una lupa de gran tamaño.

Burton puso toda su atención en las palabras del profesor:

—Es un anillo de la orden SS, llamado Anillo del Honor, aunque de forma informal se le conoce como Anillo de la Calavera, que creo que le encaja mejor. Fue institucionalizado por el propio Heinrich Himmler a partir de 1933, para algunos miembros de su organización. Conocí en Alemania a un buen amigo SS, llamado Walther Tomm que había recibido el suyo en 1936. No recuerdo la fecha exacta. —Burton se sorprendió de que alguien como el profesor tuviese ¡un amigo de las SS!, pero no dijo nada y siguió escuchando la explicación—. Lo poco que sé de estos anillos lo sé por él. Recuerdo que se entregaban en fechas determinadas que tenían que ver con el calendario nacionalsocialista. Por ejemplo, este tiene la fecha 20/4/40 que es la fecha del aniversario de Hitler y lleva el nombre de la persona a quien se le otorgó, Stukenbrok. Puedo deducir que el tal Stukenbrok era alguien importante en las SS o había hecho algo sobresaliente para merecerlo. También recuerdo que Walther me dijo que cuando moría un portador del anillo, la familia del difunto debía entregarlo de nuevo a las SS para que lo guardasen en el Castillo de Wewelsburg, lugar sagrado SS, junto al de otros caídos de la orden. Observe que el anillo lleva la firma del mismo Heinrich Himmler.

—¿Qué puede decirme de las runas que rodean a la calavera? —preguntó Burton vivamente interesado y viendo que el rompecabezas empezaba a tener un cierto sentido.

—No conozco el significado de las runas. Sé que son de origen nórdico y algunos creen que tienen poderes o son mágicas. Vea que también hay hojas de roble alrededor de las runas, que forman parte de muchas condecoraciones alemanas. Es una hoja casi sagrada en la cultura nórdica. —Por un momento se detuvo pensativo—. Un momento doctor Burton, creo que tengo algo por aquí que nos puede ayudar. —Se levantó y fue hasta una de las estanterías. Miró con detenimiento durante unos instantes y sacó un volumen de un color oscuro. Se acercó hasta Burton, mientras miraba el libro—. Este libro está escrito por el SS *Brigadenführer* Karl Maria Wiligut, responsable del Departamento de Estudios Históricos de las SS de la Oficina de Raza y Asentamientos, bajo el seudónimo de Karl Maria Weisthor. Se llama *Runen. Nordland*, y creo que nos puede dar las claves de las runas del anillo. Qué

casualidad, me lo regaló Tomm y nunca pensé que lo utilizaría... —Se sentó y dibujó las runas del anillo sobre un papel. Luego buscó en el libro dichas runas y su explicación para las SS. Mientras el profesor Da Silva miraba el libro, el silencio del despacho sólo era roto por el sonido de un reloj de pared. Burton esperaba con ansiedad. Da Silva iba apuntando, de forma metódica, debajo de cada runa el nombre de la misma y su significado, según el libro.

El profesor Da Silva terminó su búsqueda y levantó su vista hacia Burton, mientras se sacaba las gafas graduadas.

—Bueno, creo que tenemos algo, doctor Burton. Vayamos por partes y empecemos por lo sencillo. Con referencia a las hojas de roble, estas son consideradas la «hoja tradicional alemana» y por ello tiene su sentido en condecoraciones militares y en este anillo, sosteniendo las runas nórdicas. Y aquí empieza lo más complejo. La calavera, según el libro y para las SS es un «recordatorio de que las SS deben de estar preparadas en todo momento para entregar su vida por el bien del pueblo germánico». Las dos runas iguales a ambos lados de la calavera y enmarcadas en un triángulo, son las runas Sig que, como observará, son como un rayo, esto indica que «representan las siglas SS y que flanquean a la muerte». Si seguimos hacia la izquierda de la calavera y tras la runa Sig, aparece la runa Hagal, enmarcada en un hexágono y que representa que «el portador del anillo no debe olvidar nunca su fe inquebrantable en la orden SS». Luego aparece enmarcada en un cuadrado la runa Esvástica, que quiere decir «la fe inquebrantable en la victoria final de nuestra filosofía nacionalsocialista». Luego llegamos a dos runas o Doble Runa, enmarcadas en un círculo que se halla justo detrás de la calavera, en el otro lado del anillo. Esta runa especial quiere decir que «son los símbolos de nuestro pasado y de la prosperidad que recuperaremos gracias al Nacionalsocialismo». El anillo vuelve a la runa Sig y la calavera central, que remata el conjunto. —El profesor se quedó en silencio tras esta explicación—. Sin duda, es un gran símbolo SS, pero no puedo decirle nada más. Mi conocimiento de este asunto termina aquí.

Burton agradeció el trabajo de Da Silva.

—Creo que esto me aclara algunas dudas, pero tampoco puedo ir mucho más allá, profesor Da Silva. —Luego miró al profesor—. ¿Qué opina usted de que este anillo aparezca en Brasil en 1944, en una persona concreta? ¿Quiere decir algo? —Da Silva movió su cabeza como en señal de duda y levantó sus manos a la vez.

—Es evidente que la persona que lo llevaba aquí en Brasil, según deduzco, debe ser alguien importante en las SS. Seguramente sabrá que la colonia alemana en mi país es muy grande, con cerca de un millón de personas. —Burton afirmó el dato. Era cierto. Da Silva siguió—. Y es evidente que un país como Brasil, tiene importancia estratégica para Alemania en su guerra y posiblemente se mueven militares alemanes

de incognito por toda su extensión. También he oído comentarios sobre posibles bases alemanas aquí, pero no sé más ni su ubicación. Seguramente es una leyenda de una quinta columna actuando, aunque es fácil imaginar que perderse por el Mato Grosso y montar algo secreto no es impensable. —miró a Burton—. Aunque debe ser muy complicado —añadió.

—Bueno, profesor, los Estados Unidos tenemos la base aérea de Natal en la costa atlántica. Teóricamente es para detectar los movimientos de los submarinos alemanes que actúan en ese océano y neutralizarlos. Pero es posible que también tenga utilidad para otros fines que desconozco. Quizás hay una guerra soterrada entre los aliados y Alemania en tierra brasileña... —Da Silva sonrió ante este comentario de Burton.

—Yo no oigo cañonazos, doctor Burton. Ni sé de ninguna batalla por aquí. Tampoco me consta que la colonia alemana sea conflictiva, ni que esté llevando a cabo ninguna acción especial. Conozco a algunas personas de dicha colonia y sólo quieren que la guerra acabe cuanto antes. Incluso se ven afectados en sus empresas y negocios completamente normales aquí. Creo que Getúlio Vargas ya no es amigo de Alemania.

—Comprendo, profesor. —Burton se puso de pie—. No quiero molestarle más y le agradezco de nuevo su valioso tiempo conmigo. Creo que me ha aclarado algunos puntos. —Recogió el anillo, lo envolvió de nuevo y se lo guardó en su chaqueta. El profesor Da Silva se incorporó también y estrechó con fuerza la mano de Burton.

—Ha sido muy interesante conocerle y ver de nuevo uno de estos anillos. Ya casi no me acordaba de ellos. Quedo a su entera disposición para cualquier ayuda que necesite. Ya sabe donde estoy y mi teléfono. —Le acompañó hasta la puerta.

—Muchas gracias profesor Da Silva. —Burton salió del despacho y no le fue difícil encontrar la salida de la catedral de Historia.

El profesor Lamberto da Silva volvió a su mesa, descolgó el teléfono y marcó un número. Esperó unos segundos y una voz masculina en alemán contestó al otro lado del auricular. El profesor no titubeó.

—Soy Da Silva. Tenemos algo.

Capítulo 5

Pruebas en el enclave Dignidad

Otoño de 1943

Helmut Langert estiró las piernas. Llevaba ya más de tres horas observando el experimento con un motor experimental antigravitatorio modelo DKA118, que se estaba llevando a cabo en el enclave Dignidad en los Andes chilenos. El propio doctor Karl Sommer y su equipo especializado en campos gravitacionales, gravedad magnética, suministro eléctrico de alto voltaje y modelos atómicos, llevaba a cabo el desarrollo para la futura estación orbital y el Rayo Solar. Schutz le miró y sonrió. Comprendía perfectamente el cansancio de Helmut.

—¿Qué tal si damos un paseo Wilhelm y estiramos las piernas? Sommer y su equipo pueden seguir sin nosotros —le dijo Helmut a su ayudante y amigo, mientras se restregaba los ojos.

—Muy bien —dijo Schutz incorporándose al mismo tiempo. Los dos hombres salieron a través de una puerta blindada custodiada, que daba acceso al enorme laboratorio y área de ensamblaje subterránea. Estaba atardeciendo y el Sol comenzaba a desaparecer entre las enormes montañas andinas. El espectáculo era sobrecogedor. Aunque era verano en toda Sudamérica, la altitud a la que se encontraban hacía que la temperatura fuese fría y por ello iban abrigados. Justo lo contrario que en la Kolonie Waldner 555, donde no habían estaciones anuales.

—Sabes Wilhelm, siempre que vengo a enclave Dignidad creo que estoy en Innsbruck. Me recuerda el Valle de Stubai. —Señaló en trescientos sesenta grados el enorme macizo montañoso, seguramente el más largo del mundo—. Hasta los edificios son tiroleses y no sólo en este enclave, sino en toda la región. —Wilhelm afirmó las palabras de Helmut.

—Pero no sólo aquí, Helmut, en Bariloche y en la Patagonia argentina sucede lo mismo. Creo que la presencia alemana desde el siglo XIX se nota. —Tras unos minutos hablando de temas intrascendentes, Helmut se sinceró con Schutz.

—La verdad es que quería hablar contigo a solas. —Schutz no mostró sorpresa ante las palabras de Helmut.

—Te conozco bastante bien y llevas varios días un poco intranquilo, diría yo ¿es cierto? —Helmut se detuvo, mirando al suelo, luego levantó la mirada hacia su compañero.

—¿Cómo ves el futuro de Alemania, Wilhelm? Te lo pregunto con toda la franqueza y evidentemente de forma confidencial. —Schutz miró hacia las montañas, hacia un punto indefinido de las mismas.

—Sólo sé que tenemos una labor ciclópea por delante y un enemigo con recursos

casi ilimitados, con fabricación continuada estandarizada y sin problemas. Lo tenemos muy difícil, creo yo, pero con posibilidades en función de nuestras investigaciones. —Helmut afirmó con la cabeza las palabras de su compañero.

—Opino lo mismo, Wilhelm. Pero no sé hasta dónde llegaremos. Creo que estamos desarrollando un trabajo importantísimo para nuestra patria, pero el futuro es incierto por un problema de tiempo y recursos disponibles.

Siguieron caminando hasta llegar a un banco situado en una especie de mirador que parecía volar sobre las montañas. La luz solar era ya tímida frente a la oscuridad nocturna que llegaba victoriosa e imparable. Schutz continuó.

—Además tengo acceso a comunicados en español y portugués tanto de los medios de comunicación como de medios diplomáticos de toda Sudamérica, y estoy observando una cierta tendencia hacia los aliados, poco perceptible por ahora pero que puede convertirse en un problema para nosotros si sigue así. Las ratas empiezan a abandonar el barco... —La cara de Helmut demostró una cierta sorpresa ante el comentario de su compañero, aunque no era una sorpresa total. Helmut también había notado algo.

—La última vez que estuve en Metales Brasileiros, reconozco que el ambiente era algo distinto y estoy de acuerdo contigo en que poco perceptible. Pero algo había. Los contactos que tengo con la gente del presidente Getúlio Vargas no lo indican así, pero es posible que esa gente nos venda en un momento dado. No podemos fiarnos. —Schutz miraba de nuevo hacia las montañas, cada vez más oscuras y amenazantes.

—De acuerdo Helmut, y piensa que los americanos deben de estar presionando diplomática y económicamente al gobierno brasileño y a otros, para que se acabe el que Sudamérica sea considerada una zona alemana. Creo que podré obtener buena información del consulado español en Manaus. El delegado militar del consulado es germanófilo y estuvo en la División Azul en Leningrado, me puede pasar información que corre entre los embajadores y cónsules. Ya sabes que todo el mundo diplomático es un mundo de chismosos y afeminados. —Helmut sonrió por este último comentario, que no era sino un secreto a voces.

—Yo tengo un permiso de dos semanas, dentro de un mes, en que estaré en Manaus, Rio y Natal. También llegaré hasta la base que comparten los americanos con los brasileños en San Salvador, en el estado norteño de Bahía. No hay problema. Tengo buenos contactos y veré qué puedo descubrir. Iré con Waltraub y las niñas que son una excelente excusa turística para hacer fotos en lugares comprometidos.

Helmut se tapó mejor el cuello ante la baja temperatura que comenzaba a rodearles sin tregua.

—Yo no veré a mi mujer y a los chicos hasta dentro de tres meses y he de reconocer que se me hace duro y difícil. Espero que nuestro trabajo tenga un buen resultado y ayude en la victoria. Es un gran sacrificio para todos... —Luego

sonriendo—. La verdad es que los envíos llegan mucho más regularmente ahora y no ha habido pérdidas. Becker nos lo aseguró y así está siendo. Eso también ayuda a la moral de los hombres en las diferentes bases. Se ve como algo positivo. —Schutz se giró hacia Helmut al tiempo que también se ajustaba mejor el cuello de su abrigo.

—Con respecto a la familia, yo prefiero Brasil a estar ahora mismo en Alemania y sus continuos bombardeos. Mi mujer y mis hijas parecen felices, no les falta de nada y estoy convencido de que están mejor que en Alemania en la actualidad. —Helmut miraba al horizonte.

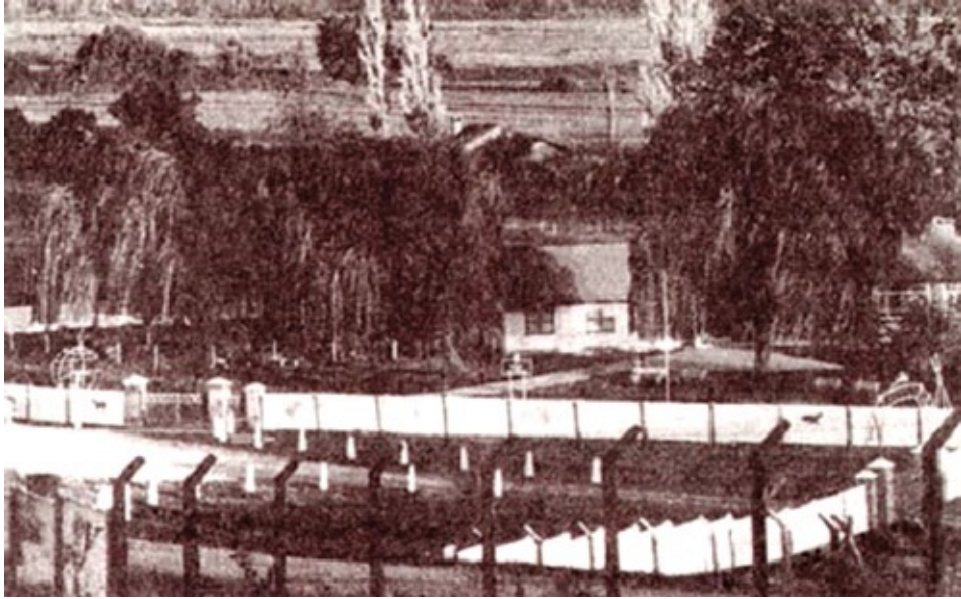
—Sí, pero les faltas tú y eso es muy importante para tu familia. —Schutz se incorporó en el banco.

—Cierto, pero esa separación geográfica es ineludible hoy por hoy. También sucedería en Alemania si yo estuviese en el frente, de donde quizás ni volvería.

Helmut se puso de pie.

—Caminemos un poco o vamos a congelarnos. Nos hemos acostumbrado demasiado al clima cálido del Mato Grosso. —Schutz también se puso de pie.

—A mí, personalmente, no me desagrade un poco de frío y más en este entorno. Como te he dicho, me recuerda al sur de Alemania y eso también tiene su dosis buena para mí. —Caminaron lentamente hacia la entrada del búnker subterráneo y pasaron frente a una casa típica tirolesa con sus flores en los balcones y ventanas de madera. Se veía otra similar a su izquierda, un poco más apartada—. ¿Qué te parece, Helmut? ¿Es esto el Tirol o no? Sólo nos faltan unos pantalones de cuero, las botas y la camisa a cuadros y lograremos la atmósfera tirolesa. ¡Como en casa! —Helmut reía y agradecía el buen humor de su fiel colaborador. Era consciente de la importancia de Schutz en su trabajo diario y la buena consecución de muchos proyectos por su tenacidad. No podía tener un segundo mejor. Por ello, no sólo tenía la máxima confianza en él, sino que le permitía algunas licencias como fumar o tomar alguna cerveza en las reuniones oficiales. El ambiente nunca sería el mismo en Sudamérica que en Alemania. Era parecido al ambiente en los *U-Boots* y la cierta permisividad necesaria con los hombres. Aquello sólo se podía resistir así, siendo la entrega y la motivación muy altas entre su equipo diseminado por todas las bases.



Entrada al enclave Dignidad.

—La verdad es que después de la guerra, Chile es un país en el que me gustaría vivir —continuó Schutz con entusiasmo—. Tenemos presencia aquí desde 1846, la educación, el ejército, las empresas, el sistema de vida, etc., ha sido influenciado por compatriotas nuestros mucho más que en otros países sudamericanos. ¡Y siguen siendo alemanes! En la actualidad tenemos una presencia diplomática y consular muy grande por ejemplo: la embajada de Santiago, el consulado-general en Valparaíso, y siete consulados: Antofagasta, Concepción, Iquique, Punta Arenas, Santiago, Temuco y Valdivia. También disponemos de siete vice-consulados en Arica, Caldera, Corral, Coquimbo, Osorno, Puerto Montt y Talcahuano e incluso una ¡agencia consular! Y todo ello en un país que rebasa escasamente los cinco millones de personas. ¡Esto es Alemania, Helmut! En la Décima Región que va de Valdivia hasta Chiloé, los alemanes somos mayoría...

Helmut demostró su sorpresa por el exhaustivo conocimiento de su compañero sobre la presencia alemana en Chile hasta ese momento y el nivel diplomático y consular.

—Desconocía que supieses tanto de Chile, Wilhelm.

—No debe extrañarte, lo he hablado con Waltraub en muchas ocasiones y creo que es el país que nos puede ofrecer más ventajas y oportunidades después de la guerra. Europa requerirá ser reconstruida y buena parte de la fabricación será hecha por países amigos nuestros, como Chile, Brasil o Argentina. —Helmut demostró cierta duda ante los últimos comentarios de Schutz.

—Te recuerdo que después de Pearl Harbour y nuestra declaración de guerra a los Estados Unidos, Roosevelt pidió a los gobiernos de veinte países sudamericanos el endurecimiento de sus relaciones diplomáticas con el eje Italia, Japón y Alemania. También recordarás que en enero de 1942 se llevó a cabo, en Río de Janeiro, la

Conferencia Interamericana de ministros de asuntos exteriores y todos se comprometieron a lo que solicitaba Roosevelt, excepto Argentina y Chile. Y ¿sabes qué se votó allí? Que cualquier acto de agresión por parte de un estado no americano contra cualquiera de ellos se consideraría un acto de agresión contra todos ellos. De hecho, el ataque japonés a Pearl Harbour se ha considerado así y ha sido un ataque contra uno de los estados miembros y por ello válido para los demás como declaración de guerra. Sin embargo, Chile y Argentina han seguido manteniendo presencia diplomática hasta que Chile la rompió en enero de este año de 1943. — Schutz desconocía el dato. Helmut siguió—: y Argentina parece que también romperá sus relaciones con nosotros pronto. —Y así fue, en enero de 1944.

Helmut se detuvo, mirando a Schutz.

—Tenemos problemas en Brasil para mantener nuestra presencia secreta, ya que Brasil sí rompió sus relaciones con nosotros en 1942. Logramos mantener nuestra presencia como empresa pública porque el corrupto presidente brasileño Getúlio Vargas, sigue recibiendo dinero a raudales y hace la vista gorda. Pero como hemos comentado antes, no podemos fiarnos de esa gente. Los norteamericanos presionan a todos estos países fuertemente. Brasil ha sido un país muy importante en operaciones de *import-export* con Alemania y de hecho llegamos a superar a los Estados Unidos en volumen de negocio y trueque antes de la guerra y al inicio de la misma. Eso puso en serios apuros a la economía norteamericana que ha buscado un elemento emocional para motivar a estos países además de enormes ventajas económicas si trabajan con ellos de nuevo. La idea era sacarnos de en medio y lo están logrando. Por otro lado, te recuerdo que los agentes del Abwehr de Canarias han sido un desastre en toda Sudamérica y sobre todo en Brasil. Recuerda la estupidez de muchos de ellos y su poca preparación y cuidado en su trabajo. Gracias a Friedrich Kempter y a su ineptitud y arrogancia en los mensajes secretos, que eran fácilmente decodificados por los americanos, ponía los nombres reales y dirección de una buena parte de agentes del Abwehr como, por ejemplo, Beno Sobisch, Hans Muth, Karl Häring, Karl Fink, Karl Mügge y Albert Schwab, todos del grupo de Starziczny, a Walter Giese en Ecuador y a Georg Nikolaus en México. Todos fueron neutralizados en poco tiempo entre 1941 y 1942. La confesión del propio Starziczny fue el final y Argentina se convirtió en el país-base del Abwehr. Nosotros trabajamos como SS y tenemos otros sistemas mucho más seguros. Seguimos el ejemplo y la estructura por círculos de confianza del general SS Kammler y su Kammlerstab. Y por ahora funciona muy bien. —Tras unos segundos de silencio, Helmut inició de nuevo el paseo—. Por ello, Wilhelm, la idea de Chile, aunque es una opción, me parece hoy por hoy complicada. No sé cómo acabará la guerra y todos tenemos dudas, pero si acaba mal para Alemania, no podremos escondernos fácilmente y más como SS. Seremos blanco de esta gente que olvidará rápidamente lo que hemos significado para ellos a lo largo de

la historia y lo que les hemos aportado a todos los niveles.

Un potente sonido desde el interior del búnker les llamó la atención. Era como un silbido que fue bajando de intensidad, hasta hacerse casi imperceptible.

—Es el motor—dijo Helmut. Franquearon la puerta y se dirigieron a la zona de pruebas. El silbido se oía con más intensidad a medida que se acercaban a la zona donde habían estado antes. Entraron en la cabina de control, desde la que se observaba perfectamente el trabajo de los técnicos y científicos. Dos de ellos estaban manipulando el motor que se hallaba sujeto a una bancada, a través de una tapa lateral abierta. Trabajaban con unas herramientas que movían con presteza. A pesar de la corta distancia, el sonido era ya apenas audible. Florian Gaedke, uno de los técnicos que se hallaban en la cabina sonrió.

—¡Parece que lo han conseguido! —Se giró hacia sus compañeros presentes—. Ahora viene la prueba de verdad... —Helmut y Schutz esperaban nuevos acontecimientos a partir del comentario del técnico. Uno de los científicos junto al motor trabajaba con una máscara protectora, que levantó sobre su cabeza. Miró a la cabina de control y sonrió, dando a entender que todo iba bien. Era el mismo doctor Karl Sommer con uno de sus ayudantes, Max Mockel. Sommer volvió a girarse hacia otro punto de la sala aislada y, con el micrófono de garganta que portaba, habló con alguien. Al instante, cuatro ayudantes aparecieron junto a los dos científicos que se hallaban manipulando el motor.

El sonido se apagó definitivamente y los recién llegados dispusieron una potente grúa-puente que se movía a través de un rail móvil por el techo y de la que colgaban cuatro enormes cadenas. La ubicaron justo encima del motor DKA118. Sin perder tiempo, anclaron el motor con las cadenas y lo separaron lentamente de la potente bancada cogida al suelo, izándolo suavemente. Mientras esto sucedía, el doctor Sommer y su ayudante entraron en la cabina de control, para dirigir el experimento desde allí. Sommer miró a Helmut y a Schutz.

—Hemos trabajado mucho tiempo para esto. Veamos cómo funciona. —Los operarios que estaban junto al motor lo situaron en el centro de la sala, colgado únicamente por las cadenas y se retiraron por otra puerta, justo en el lado opuesto de la cabina de control. Los focos de la sala iluminaban perfectamente todo lo que sucedía en la misma. En una tercera cabina, justo a la izquierda de la de control, un equipo de televisión y cine de la UFA iba a filmar aquel acontecimiento con un sistema de 3D, que había sido desarrollado en Alemania desde antes de la guerra y llamadas «Raum Films» (películas espaciales). Helmut recordaba haber visto dos películas de treinta minutos en ese formato. Una se llamó *Tan real que puedes tocarlo* y la otra *Seis chicas de fin de semana*. Era un momento histórico y cualquier esfuerzo propagandístico estaba justificado. Aquel motor podía hacer la diferencia entre la victoria y la derrota.

La sala ya estaba vacía y el motor pendía silencioso y como esperando órdenes. Unos cables, que desaparecían de la sala hacia el exterior, estaban conectados al motor y le daban la energía necesaria para su puesta en marcha. El doctor Sommer, desde su silla de mando, giró una rueda de control frente a él y movió varios conmutadores que provocaron un leve chasquido al ser puestos en marcha. Una pantalla de televisión, a la derecha, permitía ver el motor desde otro ángulo. El doctor Max Mockel seguía la evolución de datos a través de una especie de teletipo que iba arrojando información impresa y que este seguía con interés, apuntando información en una libreta que portaba. Casi imperceptiblemente, el motor emitió un zumbido muy suave, apenas audible y empezó a elevarse elegantemente. A través de la rueda de control, el doctor Sommer guiaba con seguridad el ingenio que dejó a todos estupefactos, sin habla. Parecía increíble que algo tan pesado se moviese con esa suavidad. Las cadenas colgaban, sin ningún tipo de esfuerzo, al lado del motor que casi alcanzaba la grúa en el techo.

Sommer hizo girar suavemente el motor, que no emitía prácticamente ningún sonido, lo cual era algo extraño, irreal. Schutz miró a Helmut, afirmando con la cabeza. El doctor Mockel se giró hacia Sommer y, tras mirar y cotejar unos datos impresos con las imágenes en la pantalla de televisión, se dirigió hacia este.

—Creo que podemos pasar a la fase dos, doctor Sommer. Cuando quiera.

—Excelente, doctor Mockel. Empecemos pues. —Sommer apretó un botón y las cadenas se soltaron del motor al unísono. El motor flotaba absolutamente solo. Ni siquiera había variado una décima al verse libre de las cadenas. Era un espectáculo increíble. Con maestría, el doctor Sommer lo hizo volar por toda la estancia, subiendo, bajando, girando, etc., sin dificultad. Lo llevó hasta la vertical de la bancada y lo hizo bajar muy despacio hasta que se colocó en la posición inicial, posándolo suavemente. Paró el motor. Un estruendoso aplauso acompañó a esa última maniobra. Las felicitaciones se sucedían sin parar. El ambiente era de alegría absoluta. ¡Lo habían conseguido! Helmut felicitó personalmente al doctor y a su equipo.

—Quiero que sepa doctor Sommer, que lo que usted y su equipo han realizado aquí, tan lejos de nuestra patria, es la base de nuestra victoria porque este desarrollo extraordinario nos permitirá el acceso a nuevas armas revolucionarias imbatibles para nuestros enemigos. —Alguien trajo unas botellas de excelente vino chileno y Helmut propuso un brindis general.

—Por nuestro *führer* Adolf Hitler y por la Gran Alemania! ¡*Sieg Heil!*

El equipo de filmación de la UFA también se sumó al acontecimiento y al brindis. Su responsable Simon Wittig estaba exultante.

—¡Jamás había filmado algo tan extraordinario! Estas imágenes serán un revulsivo para nuestro pueblo y la genialidad de nuestros desarrollos. ¡Gracias doctor

Sommer! —Tras el brindis y durante algunos minutos hubo un ambiente distendido entre los presentes. Helmut quería saber cómo llevarían aquel material cinematográfico hasta Alemania y por descontado que él quería una copia para mostrar a sus hombres en la Kolonie Waldner 555. Se lo habían ganado también—. Esta filmación será revelada aquí en Chile y haré varias copias. Una de ellas es para usted y su equipo. —respondió Wittig.

—No hay problema, ya estaba previsto y tengo la confirmación y autorización del Ministerio de Propaganda en Berlín. Nosotros regresaremos con todo el equipo en una semana a bordo de un submarino. —Helmut sorbió un poco de vino.

—Excelente, nosotros estaremos todavía aquí tres días —Wittig afirmó—. En dos días tendré la filmación revelada y su copia. De hecho, ya tengo a parte de mi equipo en Viña del Mar trabajando en esto y con todo preparado. No podemos demorarnos más.

El doctor Sommer requirió la presencia de Helmut de forma privada.

—Espero sus noticias —le indicó Helmut a Wittig. Se volvió y se dirigió hacia el doctor.

—El motor funciona, los últimos ajustes ya están realizados y sólo queda su instalación en una de las naves discoidales. Estoy hablando de tener preparado todo el primer ingenio a nivel operativo en enero de 1944 y montajes a mediados del mismo año. ¿Cómo lo ve? —Helmut pensaba el calendario que le indicaba el doctor.

—Ya sabe que nuestro problema siempre es el mismo, doctor: tiempo. El *führer* nos presiona constantemente para la obtención de resultados operativos lo antes posible. Dentro de las prioridades en la investigación, este motor es de la máxima prioridad. Si usted puede entregar el prototipo operativo en diciembre, mejor que en enero. Ya lo sabe. —Helmut bajó el tono, ante la cara de Sommer—. Doctor Sommer, sé que usted es el mejor científico del mundo en su campo y verá que no me entrometo en su trabajo, no sólo por mi desconocimiento técnico de su área, sino porque sólo sería un estorbo para usted y su equipo, y les haría perder un tiempo precioso. Yo sólo soy un coordinador, nada más. —Sommer, confirmó las palabras de Helmut.

—*Hauptsturmführer* Langert, mi equipo y yo siempre le hemos agradecido que nos haya permitido trabajar con absoluta autonomía y con todos los medios a su alcance. En esta ocasión también ganaremos tiempo al tiempo y procuraré que el prototipo operativo esté en marcha antes de final de año. No voy a ocultarle que es un objetivo muy difícil y que mi equipo está al borde de la extenuación, pero comprendemos que ese es nuestro deber con nuestra patria. Si no surge ningún incidente destacable, voy a poner todos los medios para conseguirlo. Le mantendré informado, no se preocupe. —Helmut estrechó la mano del doctor, que este le había extendido.

—Gracias por su compromiso, doctor Sommer. Sé que lo conseguirá.

Capítulo 6

Un secuestro y una misión

Inicios de 1944

El doctor Burton llegó hasta su casa en el bulevar de la Ópera, en la mejor zona de Manaos. Poco antes había visitado una tienda de productos delicatessen donde compró algunos manjares para celebrar el cumpleaños de su mujer Rachel. Compró un excelente vino francés que la tienda tenía todavía de antes de la ocupación alemana de Francia de 1940. Aparcó su coche y entró en el edificio donde tenía su apartamento. No podía dejar de pensar en el anillo, en su portador y en lo que le había explicado el profesor Da Silva. ¿Por qué los Estados Unidos tenían tanto interés en aquel asunto y por qué desplazar a un general desde la base aérea de Natal para capturar al tal Stukenbrok? ¿Qué era todo aquello? ¿Realmente había militares alemanes en Brasil? Por un momento intentó olvidar todo aquello y pensó en el cumpleaños de su mujer Rachel, que le esperaba en casa.

De repente todo se desvaneció. Alguien le aplicó un pañuelo con formol que le hizo perder el conocimiento. Dos individuos le introdujeron rápidamente en un automóvil que esperaba con el motor en marcha. El coche desapareció en la noche. Nadie deambulaba en ese momento por allí. No hubo testigos.

El doctor Burton fue abriendo los ojos con dificultad. Sentía un malestar intenso generalizado. Su vista fue acostumbrándose a la escasa luz del lugar. Una mortecina bombilla de veinte vatios iluminaba la estancia en el centro mismo del techo y sin pantalla de ningún tipo. Parecía hallarse en una habitación muy sobria en la que había la cama donde estaba, una pequeña mesita de noche a su derecha y un galán de noche frente a él, donde descansaba su chaqueta. Sentía algo de frío, lo que era normal según pensó, ante lo que había sucedido; era la reacción lógica del cuerpo a una anestesia muy potente. Pudo ver una puerta a su izquierda. No había ventanas ni ningún otro elemento que indicase una salida al exterior. El silencio era absoluto. Trató de incorporarse y lentamente lo consiguió. Sentía como todos sus músculos trataban de volver a la normalidad. Miró la hora, pero alguien le había quitado el reloj. No tenía ni idea del tiempo que llevaba allí. Por un momento pensó en Rachel... Oyó un ruido en el exterior y de repente la puerta se abrió en ese momento, interrumpiendo sus pensamientos.

—Doctor Burton, acompañenos por favor —dijo una voz suave, pero enérgica con claro acento alemán. Tres hombres de paisano se habían situado frente a él. Su aspecto físico no era el del brasileño estándar. Dos de ellos le cogieron por los brazos ayudándole a avanzar.

—Permita que le ayudemos, doctor. —Burton trató de balbucear algunas palabras.

—¿Qué sucede? ¿Qué hago aquí? Soy ciudadano de los Estados Unidos... —El que parecía jefe del grupo sonrió.

—Sí, sí, ya sabemos todo eso, pero ahora estamos en Brasil y usted tiene que contestar a algunas preguntas. —Salieron a un pasillo, también iluminado de forma escasa. No había decoración alguna. Pasaron frente a varias puertas cerradas. Subieron por una escalera y Burton pudo percibir luz exterior. Se oía un piano.

El grupo entró en una sala de estar muy bien iluminada por luz natural, con unos ventanales que daban a lo que parecía un jardín, según intuyó Burton a través de las cortinas translúcidas. Una cantidad enorme de libros, perfectamente ordenados en sus estanterías, llenaba tres de las cuatro paredes hasta el techo. Una escalera de librería permitía el acceso en cada pared. Un piano de cola se hallaba junto a uno de los ventanales y a su lado una enorme esfera del mundo. Al piano estaba un hombre joven que, sin levantar la mirada, interpretaba con brío una pieza que Burton desconocía. También iba vestido de paisano. El grupo se paró ante el piano y permaneció en espera mientras el pianista seguía con la pieza musical.

Mientras esperaban y Burton se iba reanimando, este observó que el pianista llevaba un anillo de la calavera en el dedo anular de su mano izquierda. Ya no tenía dudas, se trataba de nazis y peor aún: SS. No tenía otra opción que esperar. El pianista terminó la pieza, miró a Burton y sonrió.

—Reconozco que interpretar los *Preludios* de Liszt al piano es complicado. Pero voy mejorando. Me recuerda a la apertura de los partes de guerra por radio en nuestra patria. —Se puso en pie y se acercó al doctor que, obviamente, le miraba con cara de extrañeza—. Doctor Burton, es un placer conocerle. Espero que se sienta mejor ahora. Lamento el procedimiento, pero no hemos tenido otra opción. Mi nombre es Thomas Schelling y aunque nuestros países estén en guerra, estamos en Brasil y por ello nuestras diferencias deben quedar a un lado. No podemos importunar a nuestro anfitrión... —remachó sonriendo. Burton se vio con fuerzas para responder.

—No sé quiénes son ustedes, ni qué pretenden de mí. Soy ciudadano norteamericano, que trabajo en el hospital São José de Manaus, como médico responsable de las áreas de quemados y cirugía general. Es cuanto puedo decirles. Indíqueme por qué estoy aquí y qué pretenden de mí. Luego quiero regresar a mi casa.

—Siéntese, por favor —le dijo Schelling con voz pausada mientras le indicaba un cómodo sillón y hacia salir a los hombres que habían acompañado a Burton hasta allí—. Creo que estaremos mejor solos. —Burton no pudo dejar de mirar el anillo que portaba su captor. Este detalle no escapó a Schelling que parecía más atento a los detalles de lo que podría parecer—. Veo que mira el anillo que llevo, ¿lo conoce? —Burton puso cara de poco interés.

—Me llama la atención la calavera. —Schelling se recostó en la butaca.

—Este es el motivo por el cual está usted aquí. —Se incorporó hacia Burton—. Doctor Burton, usted no sólo ha mostrado interés por este anillo, sino que sabe de alguien que lo portaba. ¿Lo recuerda? —La pregunta no daba margen de maniobra a Burton y dejaba ver claramente que Schelling sabía más de lo que aparentaba. Por ello, decidió ir a lo directo—. Sí, recuerdo a un paciente con graves quemaduras que llevaba un anillo como ese. Llegó en muy mal estado, tras un accidente aéreo y ese anillo estaba entre sus pertenencias. —Burton trató de justificar su interés por el anillo—. Veo, señor Schelling, que usted ha seguido mis pasos. Mi interés por el anillo vino por la falta de datos de esa persona. Lo trajeron unos pescadores al servicio de urgencias del hospital, diciendo que había caído una aeronave en el río y ese era el piloto. Se marcharon y no tuvimos más noticias. El anillo indicaba un nombre y fechas, pero era información muy escasa para determinar la identidad del paciente. En ningún momento estuvo consciente y por ello no pudimos preguntarle. Mi equipo y yo estábamos tratando de salvarle la vida. —La cara de Schelling mostraba una cierta decepción, que Burton interpretó como con un cierto punto teatral.

—Y ¿eso es todo lo que puede decirme, doctor? —Esperó unos segundos—. ¿No sucedió algo más con el paciente? Seguro que puede recordarlo. —Burton mostró un cierto enojo.

—Me imagino, señor Schelling, que sabrá que hay protocolos médicos que pertenecen al paciente y son de carácter confidencial. Lo que le he explicado ha ido más allá de lo permisible. Es todo lo que puedo decirle... —Schelling movió la cabeza negativamente, como recriminando la respuesta del doctor.

—Edward ¿me permite que le llame así? —Burton se sorprendió ante la familiaridad que le pedía Schelling, pero movió afirmativamente su cabeza—. Bien, gracias, será más fácil así. Mire Edward, sabemos que alguien quiso matar a ese hombre, seguramente sionistas que están tras nuestra pista y la de ustedes y que el general White, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos con base en Natal, se lo llevó por la fuerza de su hospital hasta esa base, suponemos que para su tratamiento y posterior interrogatorio. ¿Es así? —Burton se sintió acorralado.

—Sí, creo que así es. No he vuelto a saber de ese paciente. No sé si llegó vivo a Natal, si le curaron allí, ni su estado actual. No puedo ayudarle en nada más señor Schelling. Dígame qué hago aquí, por favor y déjeme marchar.

Schelling miraba fijamente a su interlocutor.

—Eso no será tan fácil, me temo —Se volvió a recostar en el cómodo sillón—. ¿Qué sabe de este anillo? Sabemos que estuvo con un joyero y en la universidad buscando información. ¿Por qué no se lo entregó al general White cuando se llevó a Stukenbrok? Nos resulta muy extraño que un norteamericano no ayude a su ejército. —Burton sintió como un calambrazo al escuchar de nuevo aquel nombre. Trató de

que no se notase, aunque era absurdo, pensó.

—Quizás fue un error por mi parte, lo reconozco, pero me sentí humillado en mi hospital y delante de mi equipo por la forma en que actuó el general White y sus hombres. No fue nada más que eso. Reconozco también que la curiosidad me embargó ante el anillo y los símbolos que porta. Tenía un punto de fascinación, incluso para un neófito como yo en estos asuntos.

—Sí, es cierto que es fascinante, pero sabrá también que significa muchas cosas en la nueva Alemania que estamos construyendo.

Burton se sintió algo más tranquilo, aunque con ganas de marcharse, como era lógico.

—Bueno, aunque sí conozco alguno de sus significados, eso no tiene nada que ver conmigo. Fue una estupidez por mi parte y nada más. Sigo siendo prisionero de ustedes y quisiera volver con mi mujer y a mi vida normal. No puedo ser de ayuda, ni deseo serlo señor Schelling, aunque esto sea Brasil.

Thomas Schelling se puso de pie tras las últimas palabras de Burton.

—No está usted en posición de exigir nada. Esa estupidez que usted dice que cometió al quedarse con el anillo, le compromete con nosotros. Usted ha entrado en nuestro círculo y sabe demasiado. Ahora está comprometido con nuestros objetivos. —Tras estas palabras Schelling se quedó observando el rostro de Burton—. Y sabe otra cosa, le necesitamos para una operación que tenemos que hacer. Usted es indispensable. —Burton pareció estallar.

—Yo no estoy comprometido con nadie, señor Schelling, excepto con mi equipo y mis pacientes. Nadie más. Yo estoy trabajando en Brasil y no soy un soldado. No tengo nada que hacer con ustedes ni sus objetivos que, desde luego, no son los míos. —Schelling sonrió.

—Le diré algo, Edward, su mujer también está aquí retenida. —Burton sintió un vuelco en su corazón—. Cuando usted regresaba a su casa y le interceptamos, ya habíamos raptado a su mujer. Creo que ahora le resultará más fácil colaborar, ¿no es así? —Como un resorte, Burton saltó hacia Schelling, pero este ya había colocado el cañón de su Walther PPK en la frente de Burton—. Me comprende ahora, doctor Burton, no hablo en broma. —Burton mantuvo la dura mirada de Schelling. No era un héroe, pero aquello era indignante.

—Mire señor Schelling, es la segunda vez que me ponen una pistola en la frente en muy poco tiempo. Me voy acostumbrando a ello, créame. La primera vez fue un general norteamericano, ahora es un oficial alemán. Son exactamente iguales, defiendan la bandera que defiendan, luchen por quien luchen. Sólo buscan el dolor y la muerte, independientemente del por qué. Son la misma basura...

Schelling golpeó la frente de Burton que cayó pesadamente en el suelo, con un ruido sordo. Al instante, los tres hombres que habían llevado a Burton hasta la sala,

entraron en la misma y pusieron el cuerpo desvanecido en el sillón. Mientras tanto Schelling guardó la pistola en su funda. Un pequeño corte en la frente de Burton comenzó a sangrar.

—Ponedle una venda y llevadle de nuevo a su habitación. Le veré más tarde. Dejad que reflexione —ordenó Schelling a sus hombres, que sonrieron por el último comentario.

De nuevo se sintió aturdido mentalmente y aterido de frío físicamente al despertar. Notó la venda que cubría parte de su frente. La sintió empapada de su propia sangre. Iba reaccionando poco a poco mientras miraba aquella bombilla mortecina que apenas daba luz. Estaba en la misma habitación que la vez anterior, aunque ahora tenía una idea algo más clara de en manos de quién estaba. De todas maneras, no entendía aquel interés por él. No creía que aquel anillo fuese tan importante como para sufrir lo que estaba sufriendo. ¿Cuánto rato había pasado? ¿Y Rachel... dónde estaría prisionera? ¿Qué hora era? Sentía hambre y quería ir al cuarto de baño también. Esperaba que aquel golpe en la cabeza no le supusiera ningún problema. Conocía efectos secundarios muy molestos e incluso desagradables que había visto en pacientes golpeados en peleas o accidentes. No notaba nada anormal, aunque se prometió realizarse algunas pruebas en el hospital cuando pudiese regresar. Se puso en pie y se dirigió a la puerta con cierta dificultad. Estaba cerrada. Dio varios golpes para llamar la atención de sus captores.

Al poco unos pasos se dirigieron a su puerta. Tras abrir la puerta, dos hombres estaban en el umbral con sendas pistolas apuntándole.

—Quiero ir al cuarto de baño, por favor —Le acompañaron a un baño a muy poca distancia de su cuarto. Al pasar frente a las silenciosas puertas, le atenazó la duda de que Rachel pudiese estar en una de aquellas habitaciones. Tras acabar, volvieron a acompañarle a su habitación—. Quiero volver a mi vida normal con mi mujer y quiero verla... ¿Está aquí? —Uno de los guardias le abrió la puerta.

—No se preocupe doctor Burton, pronto terminará todo.

—Burton entró en la habitación y se sentó pesadamente en la cama. La puerta se cerró suavemente y oyó como giraban la llave de la cerradura. Volvía a estar donde estaba. Nada había cambiado, pero ahora se sentía muy angustiado por la implicación de su mujer en todo aquello, que seguía sin comprender.

Se tumbó y volvió a conciliar el sueño. No tenía otra opción. Su cuerpo necesitaba descansar y Burton se dejó llevar por ello; físicamente sabía que así era. Era una defensa natural ante una agresión, como lo es un desmayo. Un ruido de pasos le despertó, sin saber el tiempo que había pasado desde que volvió a la habitación. La puerta se abrió y apareció Schelling con sus dos adláteres.

—¿Cómo se encuentra, doctor Burton? Veo que ha descansado, lleva más de seis horas durmiendo. —Burton se sorprendió del tiempo transcurrido.

—Dígame qué quiere de mí y de mi esposa y déjenos marchar. Nosotros no tenemos ningún interés para usted y los suyos. —Schelling le indicó la puerta, invitándole a salir.

—Es posible que ahora esté más tranquilo y escuche lo que quiero proponerle. En función de su ayuda, su mujer y usted podrán regresar sin problemas. Le doy mi palabra, doctor Burton. —El doctor sonrió.

—Antes quiero ver a mi esposa, ¿está aquí?. —Se incorporó del lecho. Schelling contestó.

—Su esposa, Rachel, no está aquí ya que este no es lugar para mujeres. Le garantizo que está en perfectas condiciones y sabe de su estancia con nosotros... —Mientras se dirigía hacia la puerta, Burton no pudo contenerse.

—Eso es un eufemismo hipócrita, señor Schelling. Mi «estancia» con ustedes es forzada, esto no es un hotel, y su resultado estará en función de mi colaboración, ¿es así?. Yo lo llamo secuestro. —Schelling no contestó a las palabras de Burton.

—Sígame, doctor.

Volvieron a subir hasta la sala donde se hallaba la biblioteca y el piano. Una vez allí, volvieron a quedarse solos Schelling y él.

—Bien doctor, siéntese y hablemos como dos caballeros. —Le indicó la misma butaca de la vez anterior.

—Sí, la única diferencia es que usted tiene una pistola y yo no. Esto no es de caballeros. No tengo muchas opciones ¿verdad? —Con voz tranquila Schelling contestó.

—Puedo comprender su malestar, pero nuestra situación requiere que usted nos ayude. En el fondo, nosotros le necesitamos. Así de claro y eso hace que usted sea importante. No me importa admitirlo. —Burton se sorprendió de la claridad de su interlocutor. Era otra forma de ver aquella situación en la que él no había caído.

—Entonces, antes que nada, déjeme hablar con mi mujer. Quiero saber que está viva y bien. Luego hablamos todo lo que usted quiera.

Schelling se giró y alcanzó un teléfono que se hallaba en una mesita auxiliar. Sin decir nada, marcó un número y al poco empezó una conversación en alemán con alguien al otro lado de la línea. Tras unos segundos, le pasó el auricular a Burton.

—Es su mujer, doctor. —Burton tomó el teléfono y reconoció la voz de Rachel. Se sentía muy nervioso.

—¿Qué sucede Edward? ¿Dónde estás? Esto es horrible. Me han secuestrado y no sé nada de ti... —Su voz cambió de tono—. No quiero alarmarte, cariño, lo siento... —le dijo.

—Todo irá bien, no te preocupes Rachel. Tengo muchas ganas de verte —dijo Burton, tratando de que no se le notase la voz preocupada.

—No sé dónde estoy, Edward, se oye ruido de calle, pero no estoy segura, no

puedo moverme de mi habitación. —Burton sentía una gran rabia por todo aquello, pero su mujer parecía tener todavía fuerza de ánimo—. Espero que todo esto acabe pronto y nos podamos ver —le dijo Rachel—. Ahora tengo que dejarte. Me indican que cuelgue. —Se oyó una voz femenina en inglés, que le indicaba que colgase. Rachel obedeció. Burton mantuvo el auricular en su oreja durante unos segundos sin decir palabra mientras la línea comunicaba, luego se lo pasó a Schelling.

—Tranquilo, doctor. Su mujer está bien y bien cuidada también. No se preocupe. —El rostro de Burton demostraba que aquella situación le superaba, se sentía impotente: estaba dispuesto a escuchar la propuesta de sus captores. Fue claro.

—En estas circunstancias no tengo margen de maniobra ¿verdad? —Schelling se recostó en su butaca.

—Digamos que limitado, si me lo permite, doctor. —La ironía de su captor no le hizo gracia a Burton, pero no tenía otra opción que continuar y tratar de desvelar qué se esperaba de él. Schelling tampoco perdió el tiempo al ver la nueva actitud de su secuestrado. Encendió un cigarrillo.

—Me parece una excelente actitud. —Schelling se acercó a su interlocutor—. Verá doctor, el paciente que llegó a su hospital con graves quemaduras, August Stukenbrok, y que fue llevado hasta la base aérea de Natal por el general White, es de nuestra máxima importancia. Nuestra operación en el continente sudamericano está en peligro por la captura de este miembro de nuestra organización. No me importa decirle esto ya que usted tiene que ser consciente de la importancia de su trabajo con nosotros. Por ello, tenemos a su mujer retenida hasta que todo esto acabe. Lo lamento, pero no podemos correr riesgos. No tenemos nada contra usted y cuando lo que quiero proponerle se haya realizado, usted y su mujer podrán seguir su vida normal y corriente y nosotros sólo seremos historia para usted. Por descontado y debido a las molestias que le podamos ocasionar, tenemos previsto ingresarle una cantidad suficiente de dinero como para permitirle vivir cómodamente el resto de su vida a usted y a su familia. El dinero le será ingresado en la cuenta que usted nos indique, en el país que desee, a través de una de nuestras empresas de cobertura. Hablamos de medio millón de dólares. Sabemos reconocer y apreciar su ayuda. La mitad se la ingresaremos cuando usted parta hacia la misión y el resto al terminar. Luego indíquenos dónde quiere que efectuemos el ingreso.

—¿Me está usted diciendo que lleve a cabo un trabajo para ustedes en contra de mi país, una traición? ¿Está usted dando por hecha mi participación? —preguntó Burton, conocedor de la respuesta.

—No lo vea de esa manera, está usted dramatizando, doctor —sonrió Schelling—. Digamos que usted irá a ver y a atender a un paciente que le fue arrebatado, por el cual demuestra un interés lógico de galeno y una vez allí lo eliminará. De hecho y, hasta donde sabemos, está en muy mal estado y por ello no tiene sentido que continúe

vivo. Le evitaremos un sufrimiento absurdo, nosotros evitamos un problema y usted podrá salir rico de esta operación que no tiene mayor complicación para un médico. También, no lo olvide, podrá resarcirse de la humillación a la que le sometió el general White en su hospital y delante de su equipo —recalcó estas últimas palabras.

Burton no podía dar crédito a sus oídos:

—Esto último no es importante para mí, señor Schelling —dijo con desagrado, pero siguió—. Y ¿cómo cree que yo puedo entrar en una base militar de los Estados Unidos en pleno conflicto mundial? —Schelling captó inmediatamente que esa pregunta de Burton ya daba a entender de nuevo una posición positiva a la propuesta. Se trataba de entrar en detalles. Limar asperezas.

—Deberá usted emitir un documento oficial de su hospital por el cual tras el incidente y el parte que usted hizo a la dirección del mismo, están fuertemente interesados en la suerte de su paciente ya que el gobierno de Getúlio Vargas, a través del Ministerio de Sanidad, les pide aclaraciones del mismo. Schelling se puso de pie. Se dirigió a una mesa, cogió un sobre marrón del tamaño de una cuartilla, se acercó a Burton y se lo entregó. Volvió a sentarse. Era un sobre oficial del gobierno brasileño. Burton lo miró con detenimiento. Lo abrió y de su interior extrajo una carta con los membretes oficiales de estado, en la cual se indicaba que el gobierno brasileño estaba interesado en saber el paradero del paciente—. Este será su salvoconducto y le permitirá franquear todas las barreras administrativas para poder ver al paciente en la base de Natal. Ni siquiera los militares pueden discutir algo así y sobre todo en un país amigo que cede territorio sin demasiadas preguntas. El que sea usted norteamericano y el médico que atendió al paciente, facilitará todo el trabajo. Es lógico que usted haya denunciado lo que pasó a las autoridades brasileñas. Una vez allí deberá deshacerse de Stukenbrok.

—Le recuerdo, señor Schelling, que yo he hecho el juramento hipocrático y mi deber es salvar vidas, no eliminarlas —adujo Burton a la propuesta del alemán. — Cierto, doctor, pero también es cierto que usted quiere evitar un sufrimiento injustificado a alguien que está más cerca de la muerte que de la vida ¿me comprende?. —Miró fijamente a Burton durante unos segundos, luego siguió—. Si sobrevive, Stukenbrok no sólo quedará con secuelas terribles, no volverá a ser el mismo, sino que ahora es un problema muy grave para nosotros. Además, hay vidas que no merecen ser vividas en ese estado... —Burton estaba asombrado de la frialdad de Schelling al tratar todo el asunto. Una vida humana estaba en juego.

—Y ¿cómo cree que puedo eliminar a Stukenbrok sin levantar sospechas? —La pregunta le resultó nuevamente grata a Schelling. Burton seguía entrando en la propuesta.

—No soy médico, pero una inyección de insulina en la base de la lengua le provocará un coma diabético en poco tiempo, que no dejará huellas y es de alta

efectividad. Se lo aseguro. —El conocimiento de Schelling sobre esta aplicación de la insulina le hizo ver a Burton que quizás no era la primera vez que la utilizaba con ese propósito—. Puedo asegurarle que Stukenbrok no es diabético —indicó el doctor Burton con autoridad—. Pero usted sabe que un cuerpo con el *shock* y las quemaduras que presentaba Stukenbrok está fuera de control y puede sufrir cuadros no habituales. El cuerpo quiere curarse y utiliza cualquier sistema interno de ayuda; eso está fuera del control del paciente. Es innato —Burton asintió las palabras de Schelling. Este se sentía muy seguro y afirmó—. Un coma diabético entra dentro de las posibilidades. Ese será el sistema, Edward.

El doctor Burton permaneció en silencio unos instantes. Su cabeza le daba vueltas a la descabellada propuesta, que además le haría partícipe de una traición a los Estados Unidos y colaborador de sus enemigos. Su mujer se hallaba secuestrada y eso le volvía loco de impotencia. Trató de ver la parte positiva, eliminaría a un alemán, un enemigo. Su mujer quedaría libre y él también y además cobraría una cantidad de dinero que le permitiría vivir desahogadamente el resto de su vida y montar su consulta en San Luis, su gran ilusión. ¿Qué hacer? El riesgo era muy elevado. El hospital de Manaos no le pondría problemas para viajar a Natal unos días. No tenía que levantar sospechas. Era cierto que él quería estar al margen de la guerra y por eso estaba en Brasil, aunque aplicaría sus conocimientos adquiridos a los veteranos y excombatientes cuando todo terminase. Tenía buenos contactos en el ejército, con los que contaba en su vuelta a su vida normal en los Estados Unidos...

—¿Qué me dice, Edward? —La voz de Schelling sonó como un suave estilete cortando de golpe sus pensamientos—. No tenemos mucho tiempo y necesitamos su respuesta ahora. —Burton movía la cabeza, mientras sus ojos miraban al suelo.

—Créame, señor Schelling, es la peor decisión de mi vida y en unas circunstancias extremas. Estoy absolutamente sobrepasado. Lo que me pide me marcará de por vida, siempre seré un traidor a mi país si acepto su propuesta. —Schelling sonrió—. No se preocupe, sabrá superarlo. Los norteamericanos son muy prácticos ante un negocio. El dinero y la felicidad que les reportará a usted y a su mujer serán un buen «paliativo», ¿no cree? Obtendrá en días lo que tardaría años en obtener. —Burton miró a Schelling con frialdad.

—Señor Schelling, esto no es un negocio. Dígame que no volveré a verles, dígame que nos librarán de este secuestro a mi mujer y a mí. —Schelling se puso de pie y extendió su mano.

—Tiene mi palabra doctor Burton. —Burton esperó unos segundos, también se puso de pie y aceptó el apretón de manos de su captor. La suerte estaba echada.

Schelling abrió una botella de champán Bollinger que estaba preparada en hielo, bien *frappé*, junto al piano. Hizo girar el globo terráqueo con un movimiento no exento de cierta teatralidad. Le pasó una copa a Burton.— Le felicito por su decisión.

No se arrepentirá. Bien, no perdamos tiempo, ¡ya estamos en marcha! Hemos arreglado lo de su incomparencia en el hospital durante los dos días que ha estado aquí. Tenemos buenos contactos, no hay problema. Nos permitirá que le devolvamos a su casa esta noche con los ojos vendados. No debe saber dónde nos encontramos. Lo siento, seguridad. —Se sentó de nuevo junto a Burton—. Ahora, Edward, cuando mañana esté en su oficina deberá usted preparar la documentación del hospital que adjuntará a la carta oficial del gobierno de Brasil y que le envía a Natal para visitar al paciente August Stukenbrok. Tenemos un billete de avión Manaus-Natal, para mañana por la mañana. El de regreso al cumplimentar la misión. Llegará al atardecer a Natal y se hospedará en el hotel Cidade do Sol, en el centro de la ciudad. Nosotros enviaremos la citación oficial de su visita a la base-hospital ciento noventa y cuatro de la base aérea de Parnamirin, en los suburbios de Natal para el veintitrés de febrero de 1944. Le acompañarán dos de nuestros hombres. Son médicos y también han vivido en los Estados Unidos, aunque de origen alemán. Hablan un inglés perfecto y disponen de pasaportes norteamericanos. Ellos me indicarán el éxito de la misión y le ayudarán en todo lo que necesite. No los vea como unos guardianes, sino como compañeros; como parte de su equipo en Manaus. —Burton sonrió pesadamente.

—Eso será difícil. —Schelling puso cara de comprensión, pero sin ceder un ápice.

—Ellos serán los que me informarán de todo y tras el éxito, su mujer será libre de nuevo, mientras usted regresa con ellos desde Natal. Trabajaremos rápido, no se preocupe.

—De acuerdo. Lo hago por mi mujer y por acabar con esto lo más rápido posible.

—Schelling se mostraba exultante, pero contenido.

—Entonces hablemos de los detalles económicos y qué llevará usted hasta Natal para cumplir con su misión. —Se levantó y se dirigió hasta la puerta, la medio abrió e indicó algo a los guardianes que esperaban fuera. Cerró de nuevo y regresó con Burton—. Quiero presentarle a los dos médicos que irán con usted. Véalo así. Le serán de mucha ayuda si llega el caso. —Burton puso cara indiferente ante las palabras de Schelling, añadiendo.

—Yo suelo trabajar con mi gente un tiempo antes, les conozco y los elijo en función de sus habilidades técnicas y de capacidad de pertenencia a un equipo. A estos no los conozco de nada. Habrá que hacer una simulación...

Unos golpes suaves en la puerta indicaban la presencia de los recién llegados. Schelling dio permiso y la puerta se abrió. Dos personas entraron en la sala. Aparentemente eran de una edad similar, sobre los treinta y cinco años y con ropa de lino claro por el asfixiante calor.

—Doctor Burton, quisiera presentarle a sus acompañantes en este viaje a Natal. —Burton se puso en pie. Schelling introdujo al primero de ellos, algo más alto y con una incipiente calvicie—. El doctor Theodor Wulff, cirujano y especialista en

abdomen. —El doctor Wolff ofreció su mano, que Burton estrechó.

—Será un placer trabajar con usted, doctor Burton. Mi especialidad es como la suya. Creo que podremos compartir conocimientos. —El acento era excelente. Schelling continuó.

—El doctor Horst Pöttering, cirujano y especialista en sistema nervioso. — También estrechó la mano de Burton.

—También es un placer para mí conocerle y trabajar con usted en esta misión. — De nuevo el acento era muy bueno, no sabría diferenciarlo de cualquier americano común que conocía.

—Evidentemente —dijo Schelling—, esos no son los nombres que hay que utilizar en la misión. El doctor Wolff será el doctor John Wallace de Houston, ya que él vivió allí durante su juventud. El doctor Pöttering será el doctor Irving Wilcox de Sacramento, por el mismo motivo. Le ruego que quede claro este punto al hablar entre ustedes y sobre todo cuando se hallen en la base. Los documentos que portan acreditan lo que he dicho, son ciudadanos norteamericanos a todos los efectos.

Con todo el grupo reunido, sólo quedaban algunos asuntos relacionados con el cobro del dinero y el material médico que había que llevar para realizar la misión con éxito. Los dos médicos alemanes aprobaron el uso de la insulina para acabar con Stukenbrok de forma discreta y sin dejar huellas. Llevarían un equipo de insulina y simularían que uno de ellos la necesitaba por su diabetes. No levantaría sospechas. Burton se sentía profundamente incómodo hablando y preparando todo aquello, pero había dado su palabra y pensaba continuamente en Rachel. De hecho, era el motivo verdadero para aceptar aquello. Con respecto al dinero y ante la posibilidad de rastreo, Schelling propuso la apertura de una cuenta en Chile a través de la empresa pantalla alemana S. A. Estrella con varias sedes en Sudamérica y central en Santiago de Chile. Luego sería transferido a la cuenta del doctor Burton a través de una intrincada red de intermediarios, para dificultar el origen y no levantar sospechas.

Capítulo 7

Caza sobre el río Negro

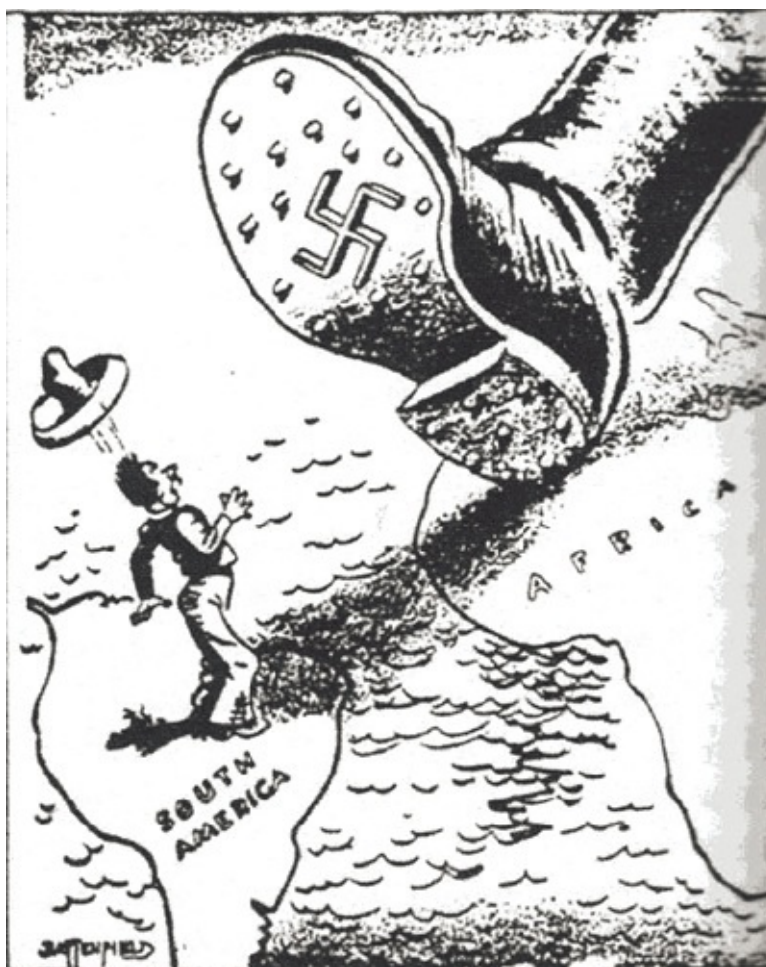
Inicios de 1944

En un momento tan delicado militarmente, como aquel inicio de año para comenzar las operaciones de los Estados Unidos en el frente europeo y la lucha contra los submarinos alemanes en el Atlántico, la base Aérea de Parnamirin en uno de los suburbios de Natal, era la más importante de las establecidas en Brasil por los norteamericanos, como las situadas en Recife, Bahia, São Louis y Belém. Su gran cometido era la ayuda para que barcos, aviones, material y tropas pudiesen alcanzar las costas africanas en Dákar bajo su influencia y llegar desde el sur al frente africano y europeo. La base era denominada The Springboard for Victory. Todo ello se desarrolló bajo el nombre de Operación Rainbow. Esto respondía al plan estratégico del presidente Roosevelt ya que hemos de tener en cuenta que mientras se negociaba con Brasil las instalaciones militares en su territorio, también se negociaba con otros países del Caribe la instalación de bases militares. Eran las preparaciones diplomáticas de defensa del hemisferio, lo que demuestra el alcance de las intenciones de Roosevelt en el nuevo conflicto que se avecinaba.

El gobierno de los Estados Unidos se interesó por Natal cuando Francia perdió la guerra en 1940 y abandonó Brasil. También los Estados Unidos necesitaban una base como la de Natal para poder suministrar a los ingleses el material de guerra que necesitaban en el norte de África. Por ello, desde 1940 hasta enero de 1942 el ejército norteamericano puso todo su esfuerzo en atraer a Brasil para los aliados y sacar a las empresas alemanas o de intereses alemanes de allí. En ese mes de enero, Brasil cortó sus relaciones diplomáticas con el Eje, estando los Estados Unidos ya en guerra oficial desde diciembre de 1941 tras el ataque japonés a Pearl Harbour en Hawái. A partir de ese momento, Natal empezó el ciclo de desarrollo como base militar americana.

Desde 1939 hasta 1941, el llamado «período de neutralidad hemisférica», hubo una intensa rivalidad entre Alemania y los Estados Unidos en Brasil y otras zonas de Sudamérica. Esta situación creó la clásica oportunidad para un político maquiavélico como Getúlio Vargas. El interés de los Estados Unidos por Brasil era claro ya que los planificadores americanos, mucho antes del inicio de la guerra en Europa, consideraban que el noreste del país debía ser incluido en la esfera de la defensa de Norteamérica y por ello vital para su seguridad, la instalación de bases militares operativas en toda la zona. La materia prima estratégica que producía Brasil en abundancia (hierro, manganeso, cuarzo, caucho, algodón, etc.) contribuyó a esa prioridad y sobre todo para evitar que la enorme colonia alemana pudiese causar

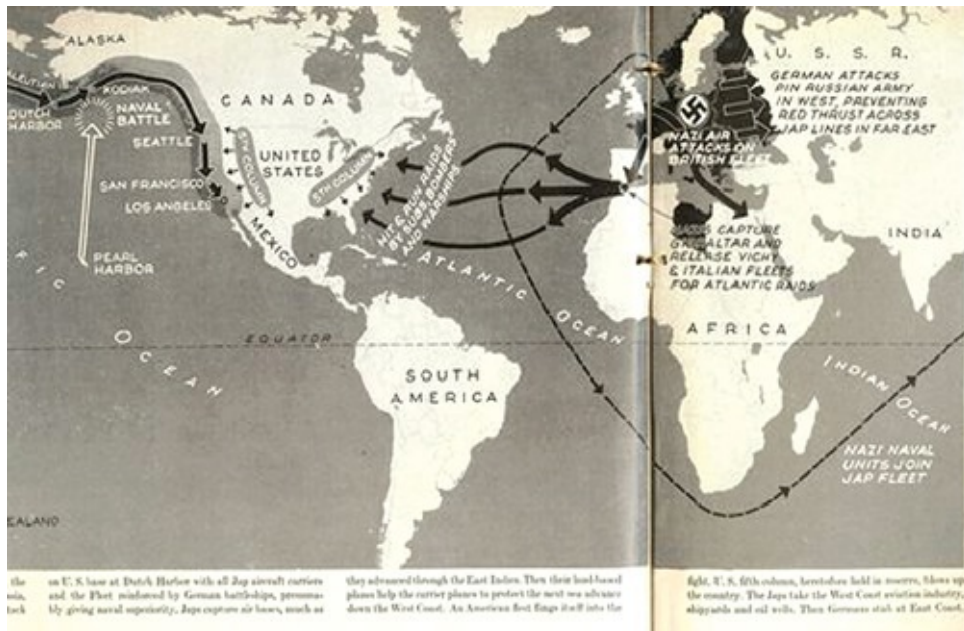
problemas de suministro o sabotajes. A finales de 1940, los Estados Unidos, como prueba de buena voluntad ayudaron económicamente a Brasil para construir una fábrica de acero en Volta Redonda. También negociaron de forma preferencial programas de compra y suministro de productos brasileños, incluso un acuerdo de ayuda de precios para el café. Además y mientras tanto, se abrían las negociaciones secretas para el uso de las bases costeras en el noreste y se invitaba a Getúlio Vargas a Estados Unidos en viajes de «buena voluntad», pero sobretodo por la propaganda que ello tenía.



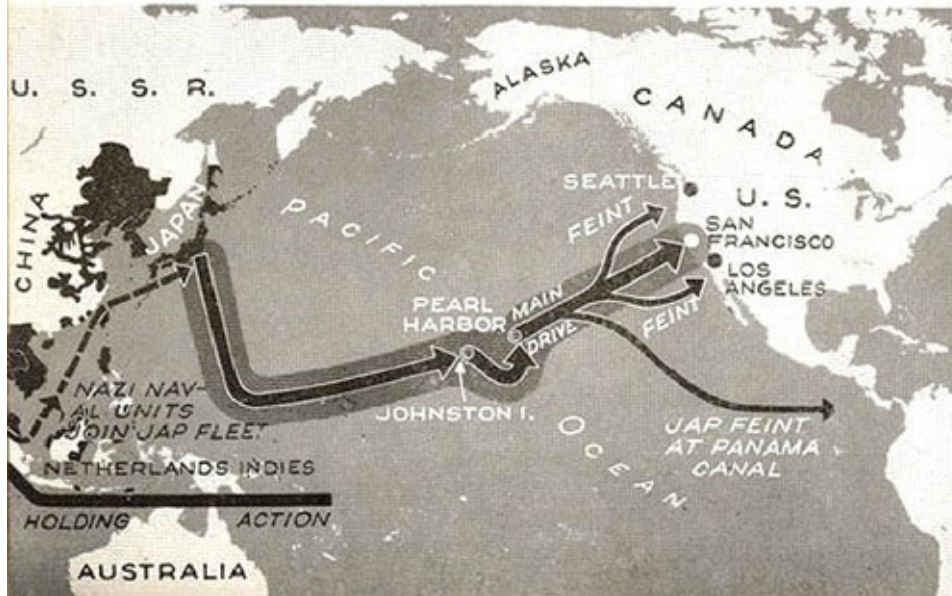
Uno de los muchos dibujos amenazantes preguerra aparecidos en revistas americanas.

Roosevelt inició una potente campaña de propaganda de guerra contra Alemania, indicando con descaro la amenaza nazi que se cernía sobre el hemisferio norte y sur, incrementándolo a medida que el período de neutralidad brasileño iba terminándose. Roosevelt declaró públicamente a finales de mayo de 1941 que «los alemanes planeaban tratar América del Sur, como trataban en aquel momento los Balcanes» y luego atacar a los Estados Unidos. En Octubre de ese año y de forma dramática, repitió esas mismas acusaciones y anunció que disponía de unos mapas alemanes secretos que indicaban cómo Hitler planeaba dividir el mundo y Sudamérica, tras conquistarlo. Los mapas, por supuesto, eran falsos y habían sido creados por el propio entorno de Roosevelt y por los servicios secretos británicos. Un mapa decía

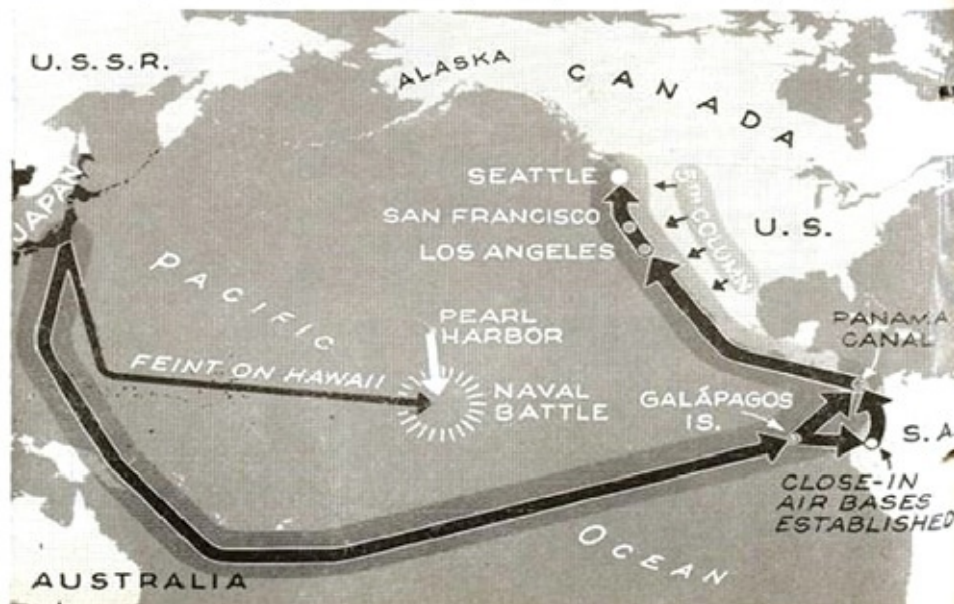
que Sudamérica sería convertida en cinco estados satélites nazis y que la religión sería abolida a favor de una Iglesia nazi. De forma privada, las conversaciones entre el embajador Jefferson Caffery y miembros diplomáticos brasileños sobre esta supuesta amenaza, fueron constantes. Los mapas también ayudaron a Roosevelt a convencer al Senado de la necesidad de entrar en guerra. Desde Berlín y a nivel oficial se aseguraba a los brasileños sobre las intenciones de Alemania en un intento de contrarestar la influencia americana. A mediados de 1940, el embajador Prüfer prometió un caudal de ayudas a Brasil una vez que la guerra hubiese terminado y garantizó al gobierno de Vargas que las entregas de armamento, según contratos con Krupp de 1938 y 1939, seguirían su curso sin problemas. El presidente Vargas y a la vista de los éxitos iniciales alemanes, siguió una política estudiadamente difusa ya que no quería perder las oportunidades que le brindaban ambos contendientes. Fue tremendamente pragmático y oportunista y esto quedó claro en su discurso del once de junio de 1940.

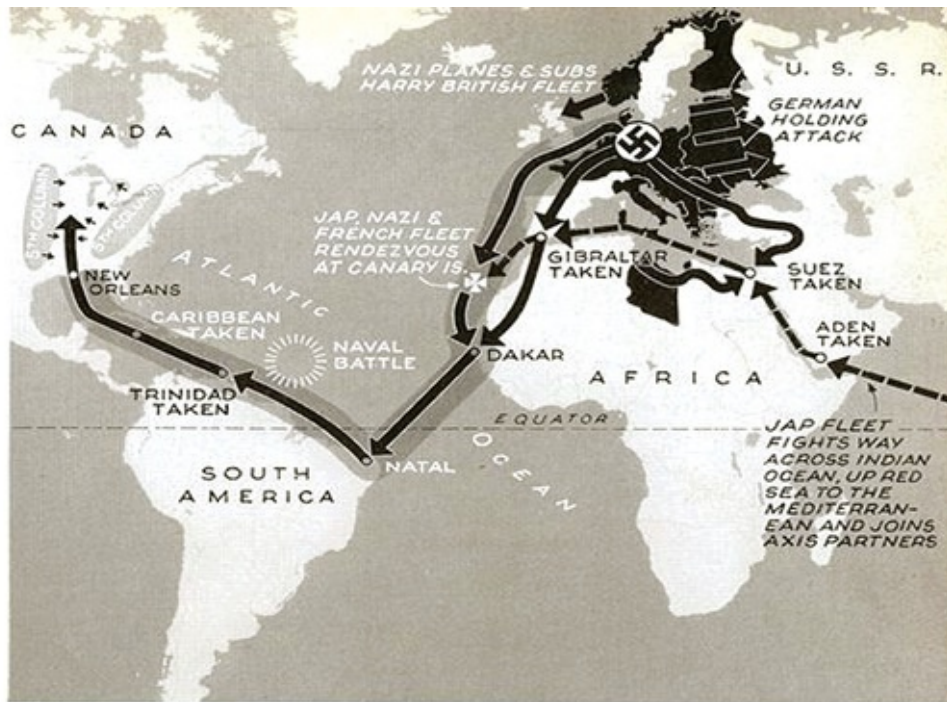


Plan Two calls for a frontal attack on the West Coast via Pearl Harbor. This is the hard way. Japs supported by carriers first land on the outer Hawaiian Islands, set up air bases and close in on Oahu. More difficult is the big water jump, protected only by carrier-borne planes, to San Francisco.



Plan Three calls for a southern Pacific crossing by Japan. Again the Jap Fleet, reinforced by the Germans, presumably has naval superiority over the U. S. Fleet. Probably first gun would be surprise bombing of Panama Canal, instantly followed by landings in Ecuador.

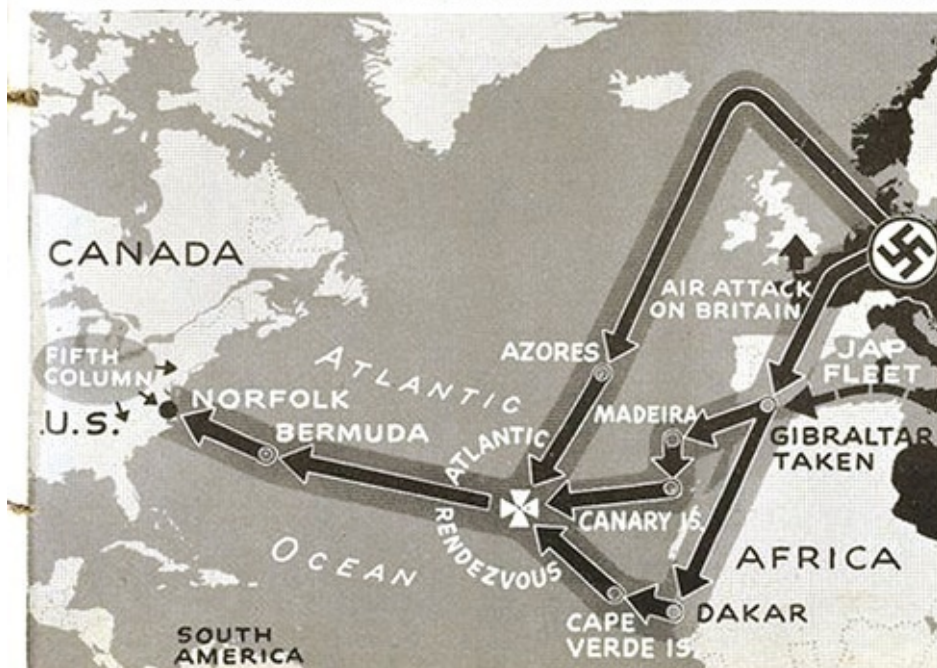




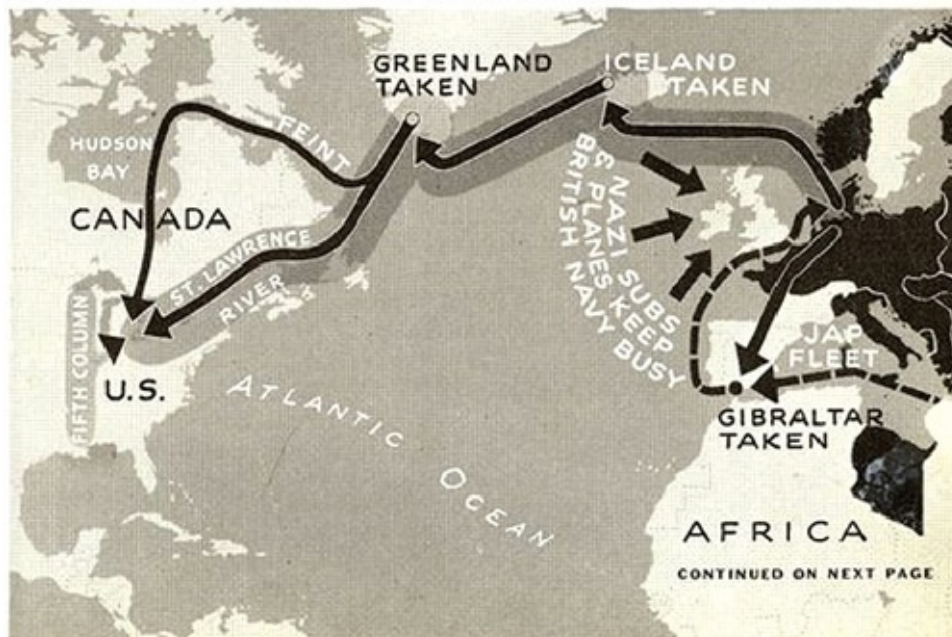
Plan Four is the much-discussed invasion by way of Gibraltar-Dakar-Natal-Trinidad, which President Roosevelt's Good Neighbor policy has tried to defend against. It is based on com-

binning the Jap, German, Italian and Vichy navies, freed by the capture of Gibraltar and Suez. They must fight the Allied fleets somewhere. Invasion pours up the Mississippi Valley.

Plan Five is hard way to cross the Atlantic. Combined Axis navies reduce Atlantic islands, then take big water jumps from Azores to Bermuda to Norfolk. Their biggest headache is reported U.S. superiority in carriers. Twenty-five Nazi ships could transport four divisions.



Plan Six is classic invasion down St. Lawrence and Hudson valleys. Germans could readily bomb Chicago, Detroit, Akron and rampage through Midwest. Big catch is getting past British Fleet. On all maps, black arrow alone means a feint; when combined with gray band, it means full invasion.



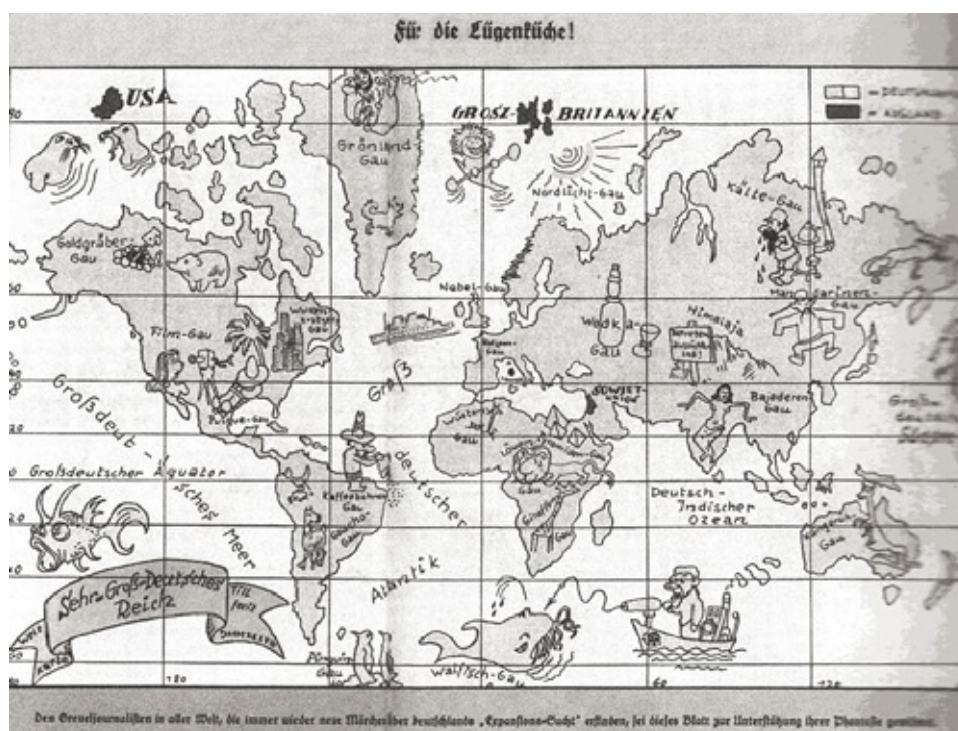
Los seis mapas falsos de Roosevelt para asustar a los sudamericanos y brasileños en particular, tal como aparecieron en la revista *Life*.

No es ninguna sorpresa que Franklin Roosevelt mintió en muchas ocasiones para conseguir sus objetivos o poner en marcha sus políticas en contra de su propio pueblo. Por ejemplo, en una alocución por radio a la nación el 23 de octubre de 1940, el dio «su más solemne palabra de que él no había tenido ningún acuerdo secreto con ninguna nación o gobierno, de ningún tipo, directa o indirectamente, en ningún lugar del mundo, para involucrar a esta nación (los Estados Unidos), en ninguna guerra o por cualquier otro propósito». Esta «solemne palabra» fue una mentira. De hecho, Roosevelt había hecho numerosos acuerdos secretos para involucrar a los Estados Unidos en la guerra, como así fue. Tampoco olvidemos el ataque japonés a Pearl Harbour, la «teórica» sorpresa norteamericana y el inicio de la guerra mundial propiamente dicha.

Ante todo esto, uno puede preguntarse ¿qué llevó a Brasil en involucrarse en la Segunda Guerra Mundial el veintidós de agosto de 1942, siendo el primer país de la zona en hacerlo? Como he comentado antes, a principios de 1940 y como resultado de las potentes presiones diplomáticas y la aplicación del principio político de «la buena vecindad», liderado por el presidente Roosevelt, Getúlio Vargas, presidente de Brasil y un hombre inclinado hacia el fascismo, según los informes norteamericanos, y lo que decía el Mayor Henrique Holl, jefe del servicio secreto militar brasileño, y es que Alemania no tenía porqué oponerse a Vargas ya que «su política exterior coincide con la de Alemania». Sin embargo, tuvo que realinear su núcleo político de actuación con los Estados Unidos, luchando por la democracia y el supuesto «mundo libre». Brasil era un punto estratégico de la máxima importancia y sobre todo teniendo en

cuenta la escalada que iba tomando el conflicto en Europa y el Norte de África. Los Estados Unidos jugaron estas bazas muy fuertemente y ello justificó, sin más dilación, la implantación de las bases aéreas y navales en Brasil bajo jurisdicción norteamericana. Se decía que eran las bases con más actividad en ese momento.

Sorprendentemente, antes de obtener el permiso oficial para la instalación de las bases en Brasil, los Estados Unidos ya se estaban instalando. Pero ello no debe sorprender ya que los submarinos alemanes habían hundido cinco mercantes brasileños, que transportaban ayuda militar a los aliados. Ello provocó manifestaciones que forzaron al gobierno de Getúlio Vargas, que no quería, a declarar la guerra a Alemania. Al mismo tiempo, instructores del ejército norteamericano comenzaron a entrenar a tropas brasileñas y a suministrar equipo al ejército, marina y aviación brasileños durante 1942. Más de veinte mil soldados brasileños lucharon en el frente italiano hasta el final de la guerra. Cuatrocientos cincuenta y cuatro murieron en combate.



La respuesta alemana humorística, un mapamundi, a los falsos mapas de Roosevelt.

Tan pronto como las bases aéreas en Brasil fueron cien por cien operativas, el Mando de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos asumió el control de los servicios en ellas. En junio de 1942 el Mando fue reorganizado como Mando del Transporte Aéreo del Ala del Atlántico Sur que había operado desde la Guayana Británica y trasladado hasta Natal, cuando Brasil se unió militarmente a los beligerantes aliados. Esta Ala militar en Natal funcionó como la agencia operacional para todas las actividades militares en Brasil de las fuerzas norteamericanas, hasta que se puso en marcha la base de Recife el veinticuatro de noviembre de 1942, que asumió esas competencias. De todas maneras, Natal siguió siendo para la Fuerza Aérea su base

más importante en todo el Atlántico Sur. Con todos estos privilegios hacia Roosevelt y al esfuerzo aliado, los submarinos alemanes que antaño navegaban hacia el Atlántico Sur, utilizando bases en Argentina y Chile sin más actividad de combate, comenzaron a ser perseguidos y atacados por los aviones y barcos de las bases brasileñas.

Como curiosidad, el primer militar americano que llegó a Natal fue el teniente de la Fuerza Aérea Marshall Jamison en junio de 1941, antes de que los Estados Unidos o el mismo Brasil estuviesen implicados en la guerra oficialmente. Desde ese momento, la llegada de contingentes militares, sobre todo de paso hacia África, no se detuvo, llegando a ser la base militar más grande fuera de los Estados Unidos. Natal nunca fue la misma desde la aparición de las fuerzas militares. Disfrutó del mayor ratio de crecimiento y economía de todo Brasil y pasó de cuarenta mil a sesenta mil habitantes que convivían con la influencia norteamericana y sus dólares.

Una de las actividades militares menos conocidas de los Estados Unidos en Brasil, era el control del espacio aéreo brasileño, bajo la excusa de proteger a los vuelos civiles de Pan American que volaban desde los Estados Unidos a Brasil, tras hacer escala en otras zonas del Caribe. No hemos de olvidar que los vuelos civiles americanos a Brasil se remontaban a 1922, cuando un vuelo desde los Estados Unidos conmemoró los cien años de la Independencia de Brasil. En 1929 había dos aerolíneas que volaban al país carioca la NYRBA Line y la Pan Am, que se disputaban el servicio de correos norteamericano al extranjero. Ganó la Pan Am y la NYRBA fue adquirida por Pan Am convirtiéndose con el tiempo en Panair do Brasil, una subsidiaria. Natal era un punto muy importante para los pilotos de cualquier lugar del mundo. Amelia Earhart o Charles Lindbergh también pasaron por allí en 1937 y en 1933 respectivamente. Esta actividad de control incluía la búsqueda y destrucción de la presencia militar alemana en Brasil. Los Estados Unidos manejaban pruebas concluyentes de esa presencia, pero no tenían una idea exacta del alcance de las mismas a pesar de los esfuerzos continuados de sus servicios secretos. Sí que tenían suficientes testigos e informes que hablaban de extrañas naves sobre sus cielos, que parecían ser alemanas.

Para todo lo que era el control marítimo costero y en alta mar se utilizaban los hidroaviones *PBY5 Catalina* y los *Mitchell TB-25*. Aviones robustos y de largo alcance, que pusieron en serios aprietos a las tripulaciones de los *U-Boot* alemanes. Para los servicios de control dentro del mismo Brasil de la presencia alemana, los norteamericanos contaban con los cazas *P-51 Mustang* y los *Curtiss P-40*, con sus característicos dientes de tiburón pintados en la parte delantera. En este caso, se trataba de cazas fiables y rápidos con un amplio radio de acción desde su base. Todas las bases aliadas contaban con estos modelos y estaban prestando un gran servicio a los intereses aliados. Al mismo tiempo, también se trataba de un buen negocio para

los norteamericanos ya que buena parte de ese material sería traspasado al ejército brasileño bajo el acta Lend & Lease, similar a la que disfrutaba la Unión Soviética desde antes de la entrada de los Estados Unidos en la contienda.

El aviso de interceptar cualquier avión sospechoso o no identificado sobre Brasil y sobre todo, cerca de sus aeropuertos, hizo que los controles por radar y las patrullas norteamericanas en vuelo continuado, no cesasen en su búsqueda. Había habido algún incidente de poca importancia, con aeronaves brasileñas poco cuidadosas en informar de sus movimientos aéreos, siendo algunas de ellas derribadas sin contemplaciones. El gobierno de Getúlio Vargas hacía la vista gorda ante estos incidentes que o bien no informaba o bien formaban parte del acuerdo militar secreto. Pero aquella vez era diferente y provenía de un informe de la inteligencia militar, catalogado como «Alto Secreto». Había que localizar una aeronave, presumiblemente alemana, en la zona de Manaos. No se daban más detalles a los pilotos que cubrían esa zona inmensa. Una de esas patrullas estaba formada por el capitán S. W. Elway y el teniente P. H. Garnett, y cubría desde Santarem hasta Manaos, aunque su base estaba en Belém.

Los dos *Curtiss P-40* rugían mientras sobrevolaban la confluencia de los ríos Amazonas y Negro, cerca de la ciudad de Manaos, que se divisaba desde su excelente atalaya voladora. Habían recorrido y controlado la zona estipulada ese día. Los dos pilotos se disponían a regresar a la base logística de Santarem, donde repostarían para alcanzar su base de Belém, cuando algo les llamó la atención. Estaba volando casi rozando las copas de los árboles e iba muy rápido. Era pequeño y costaba distinguirlo de la frondosa vegetación, excepto cuando sobrevolaba algún prado o el enorme río.

—Creo que lo tenemos Stan. Voy a bajar —dijo el teniente Garnett.

—Bien, aviso a la base y te sigo. —Los dos aviones maniobraron hacia estribor con elegancia y fueron perdiendo altura hasta situarse a un escaso medio kilómetro de aquel curioso artefacto.

—Es un helicóptero Peter, lo tengo a la una. No lleva distintivos, es de color oscuro matizado y lleva como una pintura de camuflaje —dijo el capitán Elway mirando la carlinga de su compañero que volaba en paralelo a él a bastante distancia. Y añadió—: Es lo que estábamos buscando. Debemos hacerle aterrizar, no derribarlo. Ya conoces las órdenes.

—OK, capitán —contestó el teniente mientras enfilaba su avión hacia la pequeña nave.

Garnett incrementó su velocidad superando a su compañero, hasta situarse muy cerca del veloz helicóptero que maniobraba muy bien, zafándose con facilidad. El teniente buscaba la mejor posición de tiro. Aquel terreno ayudaba a la pequeña aeronave. Era difícil seguirle. El piloto parecía haberse dado cuenta de su presencia. Inició un vuelo de escape, sorteando de forma peligrosa los árboles. Los aviones no le podían seguir. Parecía un piloto muy experimentado. —Voy a disparar, Stan. Sólo

como aviso.

—De acuerdo —contestó Elway. El tableteo de las ametralladoras que trataba de intimidar al helicóptero, no surtió efecto alguno. Parecía volar de forma más endiablada todavía. Garnett podía distinguir al piloto, que llevaba un uniforme de vuelo oscuro, un gorro de cuero ajustado y unas gafas de vuelo.

De repente, el helicóptero pareció desaparecer ante los ojos del teniente. Mientras miraba a su alrededor desde su carlinga, la radio crepitó.

—¿Qué ha pasado, Peter? —Garnett miró hacia su compañero, situado a las siete.

—¿Dónde está ese maldito cacharro, Stan? —dijo a través de la radio de a bordo, con voz desconcertada.

—Abramos bien los ojos, Peter. ¡Es un piloto muy bueno! Y sabe manejar ese helicóptero... —La alta velocidad de los dos cazas les hacía recorrer una distancia enorme en poco segundos. El piloto del helicóptero sabía jugar con sus ventajas.

—Voy a volver, Stan. No puede haber desaparecido sin más —dijo Garnett.

—Bien, te sigo, pero ten cuidado. —El teniente viró a babor, descendiendo hasta donde le permitía la capacidad de su avión. El río Negro era imponente y de una amplitud sobrecogedora. Los árboles iban pasando rápidamente ante su vista, pero no veía nada. Redujo su velocidad hasta el límite que pudo. Viró sobre una pequeña explanada abierta entre los enormes árboles. Nada.

De repente y sin que Garnett se diese cuenta, el helicóptero se situó en la cola de su avión a muy poca distancia. Había salido de la nada.

—¡Cuidado, Peter, lo tienes a las seis! ¡Inicia una maniobra de evasión, rápido!— avisó angustiada Elway por la radio, que desde la distancia, pudo ver perfectamente lo que sucedía. Sin dilación, el helicóptero abrió fuego alcanzando al avión norteamericano, que comenzó a perder altura envuelto en humo negro. El avión cayó en medio del amplio río sin explosión alguna. Flotó durante algunos instantes, pero comenzó a hundirse rápidamente. El teniente Garnett desapareció con él en las tenebrosas y profundas aguas del río Negro.

El capitán Elway no daba crédito a lo que acababa de suceder. Viró su avión tratando de localizar la zona del río donde había caído su compañero y dar parte a la base. Así lo hizo. Tras unos instantes aturcido, Elway enfiló su avión hacia el pequeño helicóptero que huía en dirección a Manaos. Lanzó dos cohetes que no alcanzaron a su perseguido y que provocaron fuertes explosiones en el aire. Las dos aeronaves volaban sobre el río Negro, muy próximo a su encuentro con el río Amazonas. Elway se aproximó todo lo que pudo y abrió fuego. A pesar de una maniobra de escape hacia babor, el helicóptero resultó alcanzado en el rotor trasero y el tanque de gasolina, perdiendo altura muy rápido y de forma descontrolada. El piloto del helicóptero parecía querer llegar a la orilla del río. Sobrevoló a poca altura a unos pescadores, que mostraron su asombro ante la aparición repentina de la nave.

Con estruendo, el helicóptero se estrelló en la orilla envuelto en fuego. El fondo fangoso comenzó a engullir la pequeña aeronave, hasta su desaparición. El piloto tuvo tiempo de abandonarla, cayendo pesadamente en la orilla, chamuscado y con el uniforme quemado y hecho jirones.

El capitán Elway pasó sobre la zona donde había caído el helicóptero, dando un giro completo y observando la situación. A continuación y sin más pérdida de tiempo, llamó a la base de Belém para informar de este segundo incidente y las coordenadas del lugar de caída de la nave enemiga. Vio también como unos pescadores se dirigían allí con sus pequeñas barcas. No había tiempo que perder. Una vez realizado el protocolo, Elway enfiló el camino hacia la base de paso de Santarem. Lamentaba profundamente la muerte de su compañero en manos de alemanes. No podía creer lo que acaba de sucederle.

Capítulo 8

Una misión en Manaos

Inicios de 1944

—Sólo yo puedo ir y tú lo sabes. Es lo más rápido —dijo con firmeza August Stukenbrok ante la situación planteada por Helmut a sus hombre reunidos ante él—. Puedo ir con uno de los helicópteros y entregar la documentación al submarino. Al regresar, detenerme en la Hacienda Dorita al sur de Manaos, junto al pueblo de Salgada, recoger a Fritz Lamprecht y volver al día siguiente. Son dos o tres días como máximo. No hay más tiempo, ni tenemos otra opción.

Helmut le miraba con una mezcla de admiración y reconocimiento. Sin duda, la entrega de la documentación técnica de varios de los proyectos que estaban realizando, era fundamental para el logro de los mismos. Traer al mismo tiempo al Fritz Lamprecht, el extraordinario doctor en Física, sería un viaje redondo y que ayudaría a acelerar los trabajos en marcha, sobre todo de las naves discoidales y el proyecto Andrómeda.

—Son unos tres mil kilómetros de vuelo desde aquí. Total seis mil. Podría ser mejor coger un avión en Campo Grande y llegar hasta Manaos. Una vez allí, dirigirse hasta donde espera el submarino y hacer entrega de la documentación. Nuestra base de Isla Paraiso ya está en aviso. Volverías con Lamprecht en un vuelo regular—. Stukenbrok sonrió ante la propuesta de Helmut.

—Tú sabes igual que nosotros que el submarino no nos esperará en el puerto fluvial de Manaos al mediodía y con todos los honores. —Todos sonrieron ante el comentario de August—. Además unos ciudadanos con aspecto alemán en un vuelo interno en Brasil, levantaría muchas sospechas. Estamos en guerra. —Helmut sabía que aquello era verdad y más con los controles aliados que iban estrechando el cerco a la presencia alemana en Sudamérica. El submarino sólo podía esperar en algún recodo del río y convenientemente oculto de miradas indiscretas y vuelos aliados. El helicóptero era la mejor opción para aproximarse al máximo. Deberían tener las coordenadas del lugar de encuentro y llevar a cabo la misión.

—Bien August —aprobó Helmut—. Harás el vuelo hasta Manaos y entregarás la documentación al submarino que la llevará hasta nuestra base en Canarias, en Villa Winter. En un máximo de dos días tendremos todos los datos para que puedas realizar el vuelo hasta las coordenadas acordadas. El submarino está en camino remontando el río. También Fritz Lamprecht estará en dos días en Manaos. Viene desde Venezuela. Sólo espera nuestras indicaciones. —Stukenbrok sonreía, aunque su mujer no estaba del todo contenta. Era un viaje de alto riesgo. Cualquier avería le haría desaparecer para siempre en el Mato Grosso.

—No te preocupes Noemí, es una misión relativamente fácil. —Su mujer le miraba con ansiedad.

—Sí, pero nunca hemos volado tan lejos. No sabemos si aguantará mecánicamente. Además sabemos que hay patrullas de caza enemigas—. Helmut terció.

—Noemí, comprendo tus reticencias y el riesgo que comporta este vuelo, pero no sólo August igual que todos nosotros es un militar, sino que esta es una misión voluntaria. Hemos buscado el mejor sistema para la entrega de esta documentación tan importante y la recogida del técnico que necesitamos. Sabes que tenemos complicada nuestra capacidad de desplazamiento y un pequeño helicóptero no llamará la atención. Posiblemente es la mejor opción y August sabe cuidarse. Es nuestro mejor piloto, después de ti, claro. —Sonrió y Noemí pareció tranquilizarse un poco.

Schutz preparó con August y Noemí la mejor ruta de vuelo y aprovisionamiento, que sería llevado a cabo en fincas y haciendas alemanas existentes durante el trayecto. Había un total de doce lo que permitía realizar el vuelo sin dificultades de combustible, eligiendo las más convenientes.

—La verdad es que es un vuelo muy largo —exclamó August ante el mapa desplegado frente a él—. Llevarás el *FI-282B2* biplaza. Ya lo conoces. Nos interesa así ya que no sólo es el último modelo, sino que llevarás carga para entregar, correo y demás, y la documentación técnica. Te permitirá una velocidad próxima a los doscientos veinte kilómetros por hora y llevará incorporado unos depósitos suplementario para incrementar el radio de acción. —August aprobó la opción que le sugería Schutz.

—Excelente. No tiene que haber ningún problema. Llegar, entregar, recoger, volver. ¡Eso es todo! —Miró a su mujer que contemplaba el mapa y la enorme extensión que debía cubrir su marido.

Mientras tanto Helmut, a través del sistema de radio de la base, envió un mensaje a la base Isla Paraíso en el inmenso Mar del Plata, donde solían refugiarse y descansar las tripulaciones de los submarinos, mientras se realizaban las labores de mantenimiento de las naves. De hecho, el *U-991* ya estaba bordeando la costa atlántica sudamericana, a la altura de São Luis, para enfilarse el enorme delta del río Amazonas. El río permitía la navegación submarina hasta Manaus. La base argentina no había perdido el tiempo. El servicio de radiotelegrafía también contactó con el doctor Lamprecht y le indicó la fecha de recogida aproximada, a confirmar, en las afueras de la ciudad de Manaus, en Ponta Negra, en las orillas del río, al oeste de la ciudad. Lamprecht recibió el aviso codificado desde la embajada alemana en Caracas. Era un encaje de bolillos, que movía muchas fichas al unísono.

Helmut volvió con Schutz, Stukenbrok y Noemí, que parecían haber ultimado una

posible ruta de vuelo, escalas y lugar de encuentro con el submarino. Schutz se giró hacia el recién llegado.

—Creo que ya lo tenemos. A ver qué te parece. El vuelo partirá de aquí cuando el submarino esté enfilando el río Amazonas, que está previsto que suceda hoy al anochecer. August partirá esta misma noche. Pasará de nuestra región de Mato Grosso do Sul a la de Mato Grosso por aquí y luego entrará en la región del Amazonas, hasta su capital Manaus. La primera etapa será hasta la Hacienda Grande junto a la ciudad de Cuiabá, luego seguirá hacia el norte y antes de Cachimbo podrá recargar en la hacienda do Sul. Luego y siempre siguiendo hacia el norte, llegará hasta Itaituba, donde antes de llegar a la ciudad está la hacienda Miguel. Una vez repostado, virará al noroeste hacia Manaus. Al sur, cerca de Iranduba se halla la hacienda do Vento. Creo que será mejor aquí que en la hacienda Dorita. Allí podrá esperar y reabastecer el helicóptero para encontrarse con el submarino en primer lugar y luego recoger al doctor Lamprecht. —Helmut aprobó con la cabeza lo que le acababan de presentar. Tras unos segundos, Helmut inquirió.

—¿Y en cuanto al lugar de encuentro con el submarino, qué habéis decidido? Es importante pasar las coordenadas al submarino. —Schutz volvió al mapa de la región de Manaus.

—El lugar de encuentro será junto a Jatuarana, al oeste de la llamada «Encontro das Aguas», donde se unen los ríos Amazonas y Negro, aquí exactamente. —indicó el lugar en un mapa—. Es una zona amplia y que permite el escondite del submarino sin dificultades. Está a unos cincuenta kilómetros de Manaus. Una vez tengamos la confirmación de que todo ha ido bien, August pasará a recoger al doctor en Ponta Negra. —Stukenbrok parecía entusiasmado con la misión.

—Me alegro de que lo veas con optimismo. —dijo Helmut—. He de reconocer que es una zona muy amplia y llena de dificultades. —Stukenbrok no cesó en su buen humor.

—Bueno, para mí es sólo un viaje. No me parece que entrañe demasiado riesgo salvo por la distancia. Se trata de volar en dirección correcta. No tengo dudas de que el Kolibrí lo hará sin problemas. Conozco bien ese «pájaro».

Schutz parecía mantener la calma en su explicación. Internamente sabía que era una misión compleja y que contenía demasiadas variables a controlar desde la orientación del helicóptero en vuelo nocturno o diurno, un equipo de radio a bordo potente, el combustible, las haciendas-etapa, el enemigo... Y todo ello con la máxima discreción y secretismo. No podían fallar.

—Es una forma de verlo August y es la mejor, sin duda, —dijo mientras seguía mirando el mapa y las etapas, todas ellas señaladas en un vivo color rojo—. Nosotros hemos de preparar a las personas de las diferentes haciendas que hemos escogido, para que te esperen y tengan todo el material de mantenimiento que puedas necesitar.

De hecho, será la comida, la gasolina en todas ellas y revisar el helicóptero en la hacienda do Vento concretamente. —Se incorporó frente al mapa.

—Helmut, creo que estarás conmigo en que disponemos de casi ocho horas para las adaptaciones en el helicóptero. Tenemos al equipo de mecánicos a punto. ¿Nos ponemos en marcha? —dijo con una medio sonrisa.

Helmut conocía a su segundo perfectamente y captó el punto exacto de su voz y su gesto facial.

»Adelante, disponéis de todo el material necesario. —Y como cambiando de tema—. Me gustaría verte un momento, Wilhelm. —Mientras el resto de los reunidos salían al exterior de la cabaña de Helmut y «disfrutaban» de otro día caluroso y con humedad, Helmut cerró la puerta tras ellos. Luego se dirigió a su mesa de despacho y extrajo de un cajón un sobre con el membrete GEKADOS (Geheime Kommandosache)—. Me llegó ayer noche un teletipo por la línea secreta que he guardado en este sobre. Creo que nos afecta. Lo manda el Cuartel General de la Kriegsmarine en Berlín. Léelo —Le pasó la carta extraída del sobre. Wilhelm Schutz la leyó en voz alta:

—Alto Secreto: Nuestro servicio secreto en Sudamérica ha detectado que los aliados en sus bases en Brasil han montado, desde noviembre de 1943, un nuevo dispositivo de rastreo aéreo y marítimo denominado Hallicrafters 661Y8, que logra descifrar nuestros códigos militares en uso actual, así como otras transmisiones codificadas y pueden localizar nuestros aviones, barcos o submarinos en movimiento y tratar de neutralizarlos. Por ello, les indicamos que rebajen el nivel de mensajes hasta lo estrictamente necesario. Estamos trabajando en un sistema que supere al de los aliados y podamos volver a nuestra situación anterior. Seguimos en contacto.

Schutz se sentó en la silla junto a la mesa mientras Helmut permanecía en pie.

—Estamos mandando a August a la muerte o a que lo capturen, Helmut... Piensa lo que eso significa para todos nuestros proyectos. —Se incorporó—. ¿Qué hacemos ahora? Seguro que han captado todo lo que hemos enviado y recibido. Estarán esperando, simplemente. —Helmut se sentó en su silla y apoyó los codos en la mesa mientras miraba fijamente a su compañero.

—En primer lugar, no tenemos tiempo en este momento para otra opción. En segundo lugar, en el supuesto de que sea como tú dices, tenemos la ventaja de que no saben qué vamos a enviar. No lo hemos especificado en ningún mensaje por ahora. Temo más por el doctor Lamprecht y los mensajes de Caracas. —Se recostó en su silla—. Stukenbrok deberá usar su radio cuando llegue a la zona de encuentro con el submarino, y sucederá todo muy rápido. No captarán a tiempo el lugar de la llamada. Es una nave pequeña, fiable y muy ágil, sabe pilotarla muy bien. Es una zona fluvial muy frondosa, compleja y con recovecos, ideal para un helicóptero. Creo que lo conseguirá. —Se incorporó de su asiento, mientras Schutz afirmaba sus palabras—.

En cuanto al doctor Lamprecht, Schelling contactará con él en Manaos. Ya está en aviso y cuando sea el momento de la recogida en la playa fluvial de Ponta Negra, será un humilde pescador allí sentado y convenientemente disfrazado.

Schutz puso cara de sorpresa.

—Veo que lo tienes todo bastante avanzado. De todas formas gracias por enseñarme la carta. Ahora hay que preparar el helicóptero lo mejor posible para que August tenga un buen vuelo y regrese sin problemas. Hubiese preferido una nave discoidal, pero no será fiable hasta dentro de poco.

—Lo sé, yo también la hubiese preferido, pero no es posible por ahora. —Helmut abrió la puerta a su compañero. Este salió y se dirigió a uno de los hangares perfectamente mimetizados con el entorno. Allí estaba el helicóptero y los mecánicos trabajando en él con los elementos básicos de mejora.

—Bien señores —indicó Schutz—. Tenemos trabajo. Este hombre tiene que llegar a Manaos y volver. —Señaló a August, que sonreía ante el trato de Schutz, y al que todos conocían perfectamente—. Y volverá con un pasajero... —Sacó de un portafolios varias hojas con dibujos, cálculos y mapas—. Aquí tengo ya calculado lo que necesitamos para preparar el helicóptero. De todas maneras acepto sugerencias. —Terminó sonriendo y poniéndose manos a la obra con los mecánicos. Se notaba que era un líder para todos aquellos con los que trabajaba, ya fuesen mecánicos o científicos. Sabía adaptarse a las personas con las que trabajaba y eso lo agradecían los equipos. Se sentían motivados. Helmut lo sabía y le sacaba partido a esa ventaja.

Durante las horas de preparación del helicóptero, llegó un nuevo teletipo por la línea ultra secreta en el que se informaba de que el submarino *U-991* ya remontaba sin dificultades el Amazonas y se dirigía hacia Manaos. Todavía tenía un día y medio de viaje hasta el punto de encuentro, que quedó concretado definitivamente.

—Bien, la suerte está echada, Wilhelm —dijo Helmut, mostrándoselo a su segundo. Schutz leyó el teletipo con ojos cansados, llevaba más de diez horas de trabajo con el equipo. Había realizado soldaduras él mismo y había ayudado en la instalación del equipo de radio y el sistema de radiobalizas que ayudarían a August a dirigirse a cada hacienda sin problemas y de forma fiable. Devolvió el teletipo a Helmut.

—Bueno, el equipo acabará en cuestión de una hora como máximo. No hemos tenido tiempo de hacer pruebas de vuelo con lo que hemos montado, pero no tiene que haber problemas. August ya está preparado y saldrá justo al terminar las modificaciones. —Helmut posó su mano en el hombro de Schutz.

—Déjame ver cómo ha quedado. Llevo aquí metido mucho tiempo. —Le miró fijamente—. Gracias por tu esfuerzo, Wilhelm. —Schutz sonrió agradeciendo a Helmut sus palabras.

—Te lo agradezco Helmut. El equipo ha trabajado muy bien. Ha sido duro, pero

forma parte de nuestro trabajo. —Salieron hacia el hangar. Helmut notó el calor húmedo del exterior y pensó en el esfuerzo extra de sus hombres. El helicóptero estaba bajo la luz de potentes focos que iluminaban perfectamente todo el espacio de trabajo. Por ello, habían tenido la precaución de tener mosquiteras en todas las ventanas y puertas. Los feroces mosquitos iban directos a cualquier punto de luz.

August Stukenbrok también acababa de llegar al hangar y miraba algo en el interior de la carlinga de forma geométrica, mientras hablaba con un mecánico sentado en el puesto de vuelo. El helicóptero tenía un aspecto imponente a pesar de su relativo pequeño tamaño. Tenía una capa de pintura mimetizada verdosa oscura, con toques marrinosos y ocreos, así como unas rayas negras cortas en todo el conjunto, que le conferían un aspecto tropical. Entre las ruedas traseras, los mecánicos habían instalado dos depósitos suplementarios, que ampliaban el radio de acción. Una antena de radio sobresalía por un lateral, quedando algo por debajo del rotor principal. No llevaba distintivos de ningún tipo. Helmut se situó a una cierta distancia para ver el conjunto.

—¿Qué te parece? —Helmut sonrió a la pregunta de Schutz.

—Lo conseguiré. La máquina no fallará —Se acercaron hasta Stukenbrok, que se volvió hacia los recién llegados.

—Salgo en media hora como máximo. Tengo muchas ganas de hacer esta misión. Y sé que lo haré sin problemas. —Helmut y Schutz se miraron ante el optimismo de August.

—Excelente August —dijo Helmut—. Eres nuestro mejor piloto de helicópteros y pronto también de los discos voladores que estamos desarrollando. Tenemos plena confianza en ti y sabemos que eres consciente de la misión que debes efectuar. No sólo es importante que se lleve a cabo perfectamente, estamos hablando de la continuación de muchos de nuestros proyectos aquí. Cualquier error comprometería nuestra situación no sólo en Brasil, sino en toda Sudamérica y con ello la victoria final de nuestra patria. —Schutz afirmaba las palabras de Helmut.

—Soy consciente de lo que tengo que hacer y lo acepto voluntariamente. Lo he dicho esta mañana y lo tengo muy claro. —En aquel momento apareció Noemí. Parecía algo más tranquila o quizás lo disimilaba muy bien, pensó Helmut. Le entregó algo a su marido que este guardó en el bolsillo superior derecho de su equipo de vuelo. Besó a su mujer—. Gracias. Lo llevaré conmigo y te lo devolveré muy pronto. No te preocupes, volveré, te lo prometo. —dijo mirándola fijamente.

—Regresa —dijo lacónicamente Noemí.

El jefe de mecánicos Rudolf Wundt se acercó hasta el grupo.

—Nuestro trabajo ha terminado. He comprobado personalmente toda la instalación de radio y radiobalizas y está todo en perfectas condiciones. Hemos cargado el combustible, las baterías están al cien por cien. Ya sólo queda desear un

buen buen viaje y rápido retorno. —Sonrió mientras dejaba el trapo con el que se limpiaba las manos en su bolsillo trasero del mono azul de trabajo. —Excelente Rudolf —dijo Helmut—. Creo que ya sólo queda sacar el helicóptero al exterior. —Schutz afirmó con la cabeza y llamó a varios mecánicos para que le ayudasen a empujar la nave fuera del hangar. Todos se sumaron al esfuerzo, aunque no resultaba difícil aquella superficie de hormigón totalmente plana. Una vez fuera ya sólo quedaba partir.

—Me gustaría decir unas palabras antes de la partida de nuestro compañero August Stukenbrok..., si nos dejan los mosquitos... —Todos sonrieron ante este comentario de Helmut, aunque mostraron interés por sus palabras—. Antes que nada felicitar a Wilhelm Schutz y al equipo de mecánicos que han conseguido en tiempo récord preparar el helicóptero para este largo viaje. Y sobre todo a August por su valentía ante una misión que puede cambiar muchas cosas no sólo en nuestra Kolonie Waldner 555, sino en el resto de bases operativas que tenemos repartidas por Sudamérica. De hecho, este viaje marca una nueva etapa para nuestras investigaciones y abrirá nuevos caminos que deben permitir a nuestra patria conseguir la victoria final con los mejores desarrollos científicos. —Todos le miraban con ansiedad y agradecimiento, sabiendo lo crucial de su trabajo. Con un vibrante—. Por nuestro *führer* ¡Heil Hitler! ¡Sieg Heil! —Helmut cerró su breve alocución con el brazo en alto.

August agradeció las palabras de Helmut, se ajustó el mono oscuro de vuelo y el gorro de cuero con las gafas de aviador. Dejó una bolsa con alimentos y un termo con café dentro de la carlinga y fue despidiéndose uno a uno de los presentes, que le desearon un buen viaje y retorno. Su mujer le abrazó y le susurró algo a lo que August sonrió. Todos tenían una sensación extraña mientras todo esto sucedía. Pensaron en sus familias. Helmut se preguntaba si esta era la mejor decisión. Recordaba sus épocas de trabajo en empresas privadas y grandes corporaciones con la toma de decisiones y los riesgos implícitos. Pero aquello era diferente. No sólo estaba en juego la vida de un hombre en una misión muy compleja, estaba en juego la propia continuidad de las operaciones científicas alemanas y la presencia de todo el contingente en tierras sudamericanas. Sintió un regusto amargo, aunque pensaba en la bravura y conocimiento de August y la excelente aeronave de que disponía. Hubiese sido mejor y más rápido un disco volador, pero era un riesgo aún mayor en aquel momento. No tenían la plena seguridad de su buen funcionamiento, aunque el motor ya estaba en su fase final de desarrollo. Además, seguía presente el accidente de Chile. Aún quedaban etapas para su correcto funcionamiento.

Capítulo 9

Muerte en Natal

Inicios de 1944

El doctor Edward Burton y sus dos acompañantes se acomodaron en el interior del bimotor DC3 Douglas Skytrain, de la compañía de aviación VARIG, que cubría el trayecto Manaus-Natal. Quería gritar, pero ¿quién le hubiese hecho caso? Sentía escalofríos. Además, pensaba en Rachel y su situación y terminó aceptando la terrible realidad. Se daba asco interiormente, había pactado con el enemigo y ahora se dirigía con dos esbirros a matar a su antiguo paciente, dentro de una base militar de su propia patria. Sí, ese paciente era un enemigo y de las SS, pero aquello era demencial.

—¿Le sucede algo doctor Burton? —le preguntó de repente el doctor Theodor Wolff, llamado para la misión John Wallace—, trate de descansar, tenemos mucho tiempo por delante. —Burton volvió a la realidad y fue consciente de que no podía evitar mostrar su agobio.

—Estoy bien, gracias doctor Wallace. No me gustan los aviones. Lo siento. —Wallace sonrió. Ahora debería ser más cuidadoso y tratar de ocultar sus sentimientos, por potentes que estos fuesen. La vida de su mujer dependía de lo que aquellos dos hombres le dijese a Schelling. En el aeropuerto le habían llamado para informarle de que todo iba bien. Y volverían a hacerlo al llegar a Natal. Cada paso que daban estaba totalmente controlado.

El avión despegó sin dificultad y Burton pudo observar a través de la ventanilla varios cazas norteamericanos estacionados en un extremo del aeropuerto, que parecía bajo jurisdicción militar. Recordaba haber oído algo de ese control aéreo en el hospital, pero no le dio más importancia, ya que él tenía otras preocupaciones entonces con sus pacientes. Ahora reconocía la amenaza que se cernía sobre el continente americano. Los motores rugían mientras el avión iba ganando altura poco a poco. Él estaba sentado junto a la ventanilla y Wallace a su lado. En la misma fila, pero al otro lado del pasillo estaba sentado el doctor Horst Pöttering, llamado Irving Wilcox en la misión. Este leía distraídamente un periódico local y se oía el ruido del pasar de las páginas. Le parecía curioso que se oyese tan bien el sonido del papel en medio del rugir de los motores.

El avión iba a media ocupación y ellos estaban prácticamente solos. Escuchaba voces en español en zona de cola, idioma que él entendía bastante bien. Parecían un grupo de turistas. Se había fijado en ellos en el aeropuerto, pero sin concederles más importancia. Eran dicharacheros y se oían risas ¡Qué diferencia con su situación! Levantó la mirada desde su asiento hacia atrás y vio al grupo que parecía encantado con el vuelo que les llevaría a las paradisíacas playas de Natal. Se acurrucó en su

asiento de nuevo. Se sentía muy mal, cada vez peor. Wolff a su lado, parecía dormitar y Pöttering seguía ensimismado en su lectura. Era evidente que dentro de un avión no había que preocuparse demasiado por Burton. Sus guardianes parecían tranquilos. Su mente desarrollaba los más increíbles planes de fuga, pero de repente se acordaba de Rachel y se quedaba paralizado. Su tensión iba en aumento. Como médico se daba cuenta de ese cambio en su cuerpo. No dejaba de ser un aviso interno de su situación extrema. Era algo hipertenso, pero nada importante. Se tomó el pulso; ciento doce, aquello era demasiado. Trató de calmarse, pero fue peor, su cabeza no paraba de pensar y sus nervios estaban a flor de piel. No recordaba haber estado nunca así, ni siquiera practicando deportes en los Estados Unidos.

La selva aparecía claramente tras haber dejado atrás toda la zona portuaria de Manaus que recibía grandes barcos de pasajeros y las mercancías que daban vida a la ciudad. Ante la falta de carreteras, el sistema fluvial era la única opción rápida, segura y aceptable tras los aviones. El río Amazonas era como una lengua de plata bajo el sol. Formaba unas curvas y estuarios inmensos donde Burton pudo ver una gran cantidad de barcos de todos los tamaños, que surcaban sus aguas. El agua tomaba diferentes colores, podía ser marronosa, azulada, incluso amarillenta en algunos tramos. Dependía mucho de las sombras, la luz del sol o si el fondo estaba removido. Pareció tranquilizarse un poco con esta visión, que hubiese sido incluso romántica en otras circunstancias. Oía los ronquidos suaves de Wolff, con la cabeza ladeada hacia él. Pöttering había terminado su lectura y parecía querer dormitar un poco también. Le miró de repente y sonrió. Burton respondió a la sonrisa y volvió a mirar por la ventanilla.

Encendió un cigarrillo y aspiró con energía el humo hasta el fondo de sus pulmones. El tabaco brasileño era excelente y con todo su sabor. La ausencia de filtro ayudaba a disfrutar al máximo. La nicotina le fue tranquilizando, mientras miraba el paisaje bajo las alas. Sus acompañantes dormían. Le llamó la atención cómo una azafata le entregaba a un pasajero de las primeras filas un cojín para que estuviese más cómodo. De repente, pensó en que Brasil estaba en guerra con Alemania y eso era algo que podría desbaratar los planes de Schelling, sin que pareciese cosa suya, y salvar a Rachel después. La posibilidad de escribir una nota para los pilotos le pareció una buena opción. Sacó un papel de su bolsillo y escribió con su pluma estilográfica un mensaje aprovechando que sus cancerberos ya dormían:

Soy el doctor Edward Burton, del hospital São José de Manaus. Soy prisionero de estos dos pasajeros alemanes en una misión de asesinato en la base americana de Natal. Van armados. Mi mujer está secuestrada como rehén. Avisen a la policía local de Natal para que los detengan al llegar al aeropuerto. Por favor no levanten sospechas, ni hagan nada extraño por ahora. Gracias.

Dobló el papel y se lo puso en el bolsillo superior de su chaqueta. Observó de

nuevo a sus guardianes. Seguían durmiendo. La azafata apareció tras la cortina de la cabina de los pilotos y Burton levantó la mano, solicitando su presencia. Le pidió un refresco en voz baja, indicando que su compañero dormía. La azafata sonrió comprensiva y, de forma solícita, fue a prepararlo y regresó con la bebida. Burton bebió de un trago el refresco y le devolvió el vaso con la nota adjunta, de forma discreta. La chica no se dio cuenta al principio, pero cuando caminaba de nuevo hacia la cabina por el estrecho pasillo, vio el papel. Se detuvo un instante, mientras lo leía. Se giró con cara de circunstancias, como no entendiendo qué era aquello. Burton afirmó con la cabeza y le rogó silencio poniendo su índice cruzado sobre su boca. La azafata desapareció tras la cortina de la cabina. Nada especial sucedió durante los siguientes minutos. De nuevo los nervios se apoderaron de Burton, tras unos instantes de cierta tranquilidad. Ahora sólo quedaba esperar y que creyesen en su nota manuscrita.

Su cabeza pensaba qué iba a suceder. ¿Le creerían? ¿Harían lo que solicitaba? Es posible que los pilotos pidiesen por radio confirmación de la identidad de Burton en el hospital a través de las autoridades. Si era así, no habría problema, su historia tenía base, él era real. Le mataba aquella incertidumbre. La azafata no había vuelto a salir a pesar de que varios pasajeros solicitaban su presencia. Debían de estar discutiendo este asunto y su veracidad. Wolff movió la cabeza y abrió los ojos.

—¿Aún no duerme, doctor Burton? Se lo aconsejo, el viaje todavía durará unas horas. Relájese y duerma. —Burton sonrió.

—Ahora no, doctor Wallace. Me gusta ver el paisaje, aunque me dan miedo las alturas... —Wolff se acomodó hacia el lado del pasillo.

—Usted mismo, doctor. Yo voy a dormir. Usted sabe que el reloj biológico no perdona.

La azafata apareció en aquel momento mirando a Burton y afirmando con la cabeza de forma discreta, ante su atenta mirada. Luego se encargó de los pasajeros que solicitaban bebidas y otros productos de a bordo. Pareció tranquilizarse ante el mensaje recibido. Miró a sus centinelas, que seguían durmiendo. Su pulso había bajado hasta niveles normales. La relajación y un cierto cansancio por lo sucedido fue haciendo mella en su resistencia y el sueño se fue abriendo paso. En aquel momento apareció de nuevo la azafata que le entregó una almohada para que estuviese cómodo. Burton cogió la almohada y la apoyó contra la ventanilla y se acomodó. Notó un papel dentro de la funda. La azafata se retiró discretamente. Muy despacio introdujo la mano entre la funda y la almohada hasta notar un papel. Lo cogió y lo fue extrayendo sin prisas, sin llamar la atención, sin brusquedad. Estaba doblado, lo abrió:

Hemos comprobado su identidad doctor Burton. Hemos avisado a las autoridades en Natal que procederán a identificar a sus acompañantes al llegar. No se preocupe

por ahora.

Sintió una enorme satisfacción tras la lectura de la nota. Sólo quedaba llegar a Natal y todo habría terminado. Luego la policía tendría que localizar a Schelling y a Rachel. Sin duda estaban en Manaos. La policía a través de sus confidentes daría con todos. Conocía la efectividad de la policía brasileña, aunque sus métodos fuesen algo bruscos y rudimentarios, sobre todo en el trato a detenidos y en los interrogatorios. Se recostó sobre la almohada y trató de conciliar el sueño. No le fue difícil a pesar de los momentos vividos.

—Vamos, doctor Burton. Despierte, estamos llegando a Natal —le dijo Wolff poniendo su mano sobre el hombro de Burton. Este se desperezó y miró a través de la ventanilla. La fina línea costera aparecía antes sus ojos con toda majestuosidad. El atardecer era de una claridad espectacular. Veía el color blanco de las olas al romper y le parecía distinguir gente en la playa. El avión inició un giro prolongado mientras iba perdiendo altura, enfilando la última etapa hacia el aeropuerto de Natal, que aparecía nítidamente hacia el noreste—. Bien, doctor Burton, todo en orden. Llamaremos a Schelling desde el hotel Cidade do Sol. Mañana por la mañana iremos a la base de Natal. —Pöttering también saludó a Burton.

—Al final ha dormido. Nos irán bien a todas estas horas de sueño. Tenemos muchas cosas que hacer en Natal... —Sonrió de forma cómplice y se recostó en su butaca. Wolff se giró hacia Burton.

»La verdad es que me hubiese gustado hablar con usted sobre sus experiencias médicas en el hospital São José, pero supongo que tendremos tiempo durante este viaje hasta que regresemos. —Burton sonrió.

—Sí, la verdad es que puede ser muy interesante. Ustedes también deben de tener experiencias interesantes. Alemania tiene un alto nivel médico, siempre lo ha tenido. —Wolff se sintió halagado por esas palabras.

—Nuestra patria ha dado siempre una gran importancia al bienestar y a la salud de nuestros compatriotas. La guerra también ha acelerado muchos productos y medicinas que hemos podido desarrollar con nuestros soldados. La guerra también tiene su lado bueno.

El avión encaró la pista de aterrizaje y se notó como los alerones de freno entraban en acción, deteniendo la velocidad del avión hasta el punto óptimo de aproximación y altura. El tren de aterrizaje salió de debajo de cada uno de los dos motores con un ruido seco. El sonido de los motores era diferente, como más ronco. Las aspas de las hélices brillaban con el Sol que iba bajando poco a poco. La sombra del avión se dibujaba sobre la copa de los árboles de forma variada. La pista apareció de repente por debajo y el avión tocó sin brusquedad el cemento, siguiendo la línea amarillenta de orientación dibujada en el mismo. La pequeña terminal quedaba justo al final hacia la izquierda. El avión se fue aproximando hasta detenerse totalmente,

parando los motores frente a un guía en tierra que portaba unos señalizadores manuales con los que le indicaba al piloto el punto exacto de parada. Una vez totalmente detenido, unos ayudantes en tierra procedieron a calzar el avión, mientras un camión cisterna y una camioneta para los equipajes y la escalerilla, llegaban al mismo tiempo.

El pasaje se puso de pie y comenzó a recoger sus cosas de las redes portaobjetos sobre sus cabezas. El grupo de cola estaba entusiasmado con la llegada y lo expresaban con risas y comentarios de los días que iban a pasar. Cuando Pöttering cogió su pequeña maleta, la pistola que portaba al cinto apareció claramente a la vista de Burton. Sin decir palabra y tras abrir la puerta, todos comenzaron a salir al exterior donde una bocanada de calor húmedo casi les asfixia. Burton notaba como el nerviosismo se iba apoderando de él ¿Qué iba a suceder a partir de ese momento? Llegó a pensar que quizás se había equivocado y Rachel sufriría las consecuencias. Mientras bajaba tras Pöttering, observó que a la derecha de la estrecha escalerilla había cuatro policías y dos hombres de paisano, así como un furgón policial y un coche sin distintivos, que Burton no había visto hasta ese momento. Sin duda, aquel era el «comité de bienvenida» pensó con un cierto toque de humor. Cuando Pöttering pisó el suelo de la pista, los policías se aproximaron a él haciéndole situarse a un lado mientras los demás pasajeros iban bajando. Hicieron lo mismo con Burton y con Wolff. ¿Cómo habían sabido quiénes eran? Pensó Burton. Se fijó en que la azafata estaba arriba de la escalerilla y había indicado discretamente a los policías de quienes se trataba.

—¿Qué sucede agente? —preguntó Wolff, con un acento norteamericano excelente. Los policías no entendían el idioma y uno de los agentes de paisano se acercó y en un inglés aceptable, le contestó.

—Deben acompañarnos a nuestra comisaría del aeropuerto. —Wolff miró a sus compañeros con cara de duda, luego se dirigió al agente de paisano.

—Debe tratarse de un error, agente. Somos doctores norteamericanos que nos dirigimos a la base de Natal, con una orden directa del gobierno brasileño. —El policía siguió con lo suyo.

—Deje que comprobemos lo que dice y luego podrán marcharse sin problemas. —Les indicó la furgoneta policial con un ademán con el que les invitaba a entrar.

—Me quejaré de esto ante el embajador americano y el gobierno de Brasil. —dijo Pöttering con enfado, pero con un excelente acento también. El policía se mantuvo en silencio. Burton observaba lo que iba pasando, manteniéndose a la expectativa. Los dos alemanes no podían figurarse lo que había sucedido y seguían tranquilos y con ánimo de resolverlo rápido, mientras los dos vehículos policiales se dirigían a la terminal.

Tras llegar y muy educadamente, se les invitó a bajar y a acompañarles por el

pequeño edificio, hasta que llegaron hasta la comisaría de policía que también hacía las veces de control de aduanas para los vuelos transoceánicos o que venían de otros países de Sudamérica. Portaban sus bolsas de mano, que era el único equipaje de que disponían. Les hicieron entrar en una salita, donde les hicieron esperar.

—Ahora vendrá el comisario jefe. —les dijo el agente que hablaba inglés. Se miraban con incredulidad. En voz baja, Pöttering que se mostraba algo más nervioso que Wolff, dijo.

—Es imposible que sepan algo de lo nuestro. Debe ser un error o una confusión. —Burton le miró y con hipocresía dijo.

—Debe ser eso. Creo que todo se ha llevado con la máxima discreción. No pueden saberlo. —Wolff afirmaba con la cabeza y mirando al suelo las palabras de Burton.

—Es una confusión o un error. No hay otra opción. Pronto estaremos fuera y acabaremos lo que hemos venido a hacer. Tranquilos. —Les miró con resolución—. Dejad que yo me encargue de hablar con ellos.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre de paisano, acompañado por el agente que hablaba inglés y tres policías.

—Soy el comisario Alves Agostinho. Les ruego que dejen sus armas sobre la mesa. Ahora. —dijo con autoridad y en un inglés muy aceptable. Los policías de uniforme sacaron sus armas y controlaron que se cumpliese la orden del comisario. Pöttering y Wolff depositaron sus pistolas Walther sobre la mesa. Burton iba desarmado y lo indicó.

—Yo no llevo armas, comisario. —El comisario miró al grupo con cierta distancia.

—Pistolas alemanas Walther nueve milímetros, excelentes —dijo señalando las dos pistolas bruñidas que descansaban pacíficamente sobre la mesa—. ¿Qué clase de médicos son ustedes? ¿Por qué van armados? ¿Qué vienen a hacer a Natal? —Wolff tomó la voz cantante, mirando a sus compañeros y con decisión.

—Usted sabe igual que yo, comisario, que ir armado por Brasil no es nada extraño. Mucha gente lleva una pistola para evitar atracos o ataques. Es lamentable, pero es así. En nuestro país, los Estados Unidos, también solemos llevar armas. Es una tradición legal desde la época de la Frontera. —Luego se dirigió a su bolsa de viaje—. Si me lo permite, déjeme enseñarle la carta del gobierno brasileño autorizando nuestra presencia en la base aérea de Parnamirin. —El comisario Agostinho le dio permiso para ello—. Queremos ver a un paciente que nos fue arrebatado por la fuerza y sin explicaciones por el general Robert White, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y llevado hasta esta base militar. —Entregó la carta al comisario, que la leyó con interés. Wolff siguió—. Y eso va contra el código deontológico. Sigue siendo nuestro paciente y por lo tanto nuestra responsabilidad —

añadió con convicción—. Es lógico que queramos conocer su estado actual, ya que no hemos tenido noticias desde entonces.

—Bien, caballeros, de todas maneras quiero interrogarles uno a uno. Puro formulismo burocrático, un trámite rápido. No se preocupen. —Wolff mostró su contrariedad por el contratiempo inesperado y que no entendía a qué podía deberse. Todo había estado bajo control hasta ese momento.

—Lamento importunarle comisario, pero lo que está haciendo va en contra de una misión oficial y la vida de un paciente puede estar en peligro. Me veré obligado a dar parte de su actuación y de la retención a la que estamos sometidos, cuando no hemos cometido ninguna infracción. Le ruego que lo reconsidere. —Agostinho miró al grupo y luego a Wolff concretamente.

—Yo le ruego, doctor, que no me dé lecciones sobre mi trabajo o lo que debo hacer o no. Tenemos algunas dudas sobre su presencia en Natal y debemos corroborar que está todo en orden. —Wolff no se daba por vencido, pensaba en la posibilidad de que si interrogaban a Burton, este «cantase», aunque su mujer estaba retenida y eso podía ser positivo para su misión.

—Le he mostrado la carta oficial del gobierno de su país, ¿qué más necesita, comisario? Somos países aliados en esta guerra...

—Agostinho cortó a Wolff de forma abrupta. Parecía no preocuparle una posible queja a nivel diplomático.

—Creo que lo mejor es empezar cuanto antes. —Se giró hacia Burton—. Dígame su nombre. —Burton estuvo un instante en silencio.

—Soy el doctor Edward Burton, del hospital São José de Manaus —respondió sin titubear.

—Empezaremos por usted. Coja su bolsa de viaje y acompañeme. Ustedes dos esperen aquí su turno. Será por poco tiempo. —No permitió ninguna queja de Wolff y Pöttering y, acompañando a Burton, desapareció de la sala en compañía de uno de los policías de uniforme.

Wolff y Pöttering se sentaron sin poder hacer nada a cambio y con la esperanza de que todo se debiese a un error o confusión. En poco tiempo podrían estar fuera y al día siguiente cumpliendo con su misión. Tampoco podían ponerse en contacto con Schelling ya que no se les permitía ninguna llamada y hubiese sido contraproducente en aquellas circunstancias. El agente de paisano y el policía que estaban con ellos les ordenaron abrir sus bolsas de equipaje y mostrar el contenido. No había nada de particular excepto los medicamentos y jeringuillas para la supuesta diabetes de Pöttering. Tras comprobar todo lo que portaban, les indicaron que podían cerrar de nuevo las bolsas y permanecer a la espera.

—Explíqueme qué sucede, doctor Burton. Y sobretodo, no se preocupe por nada, nosotros le protegeremos. —Agostinho le mostró el papel que había escrito y

entregado a la azafata durante el vuelo. Burton explicó toda la historia mientras un taquígrafo mecanografiaba su declaración. La explicación iba desde la entrada del paciente August Stukenbrok, el anillo de la calavera, el profesor Da Silva, su secuestro, Schelling y los dos médicos alemanes que le acompañaban, la misión en Natal, hasta su mujer secuestrada como rehén de intercambio por su colaboración. También indicó su absoluto desconocimiento de dónde había estado retenido, aunque dio algunos detalles del interior de la casa. Tras el relato pormenorizado, el comisario se puso en pie y caminó por la pequeña sala de interrogatorio.

—Brasil está en guerra con Alemania desde 1942 y por lo tanto esos dos médicos son enemigos nuestros. Sabemos de la todavía potente presencia alemana en nuestro país además de los brasileños de origen alemán. —Se volvió hacia Burton—. Ahora hemos de localizar a Schelling primero y luego a su mujer en Manaos. Seguramente Schelling debe ser el jefe de alguna célula de espionaje de las muchas que hemos desactivado en todo este tiempo. Creo que vamos a solicitar la ayuda del FBI que nos ayuda en Brasil contra la estructura alemana desde hace años.

Burton pensaba en su mujer y en las posibles consecuencias de sus actos. De todas formas, creía que era lo mejor y que todo acabaría bien.

—Comisario, sí puedo confirmarle que August Stukenbrok es alguien importante o con información muy relevante. De hecho, diría que pertenece a otra rama de la presencia alemana en Brasil. No creo que sea un simple espía o confidente. Toda esta operación se ha montado para eliminarle antes de que pueda hablar, que es lo que quería conseguir el general White en Natal. Lo que pueda decir, si sobrevive, debe ser del más alto interés y peligro para el desarrollo de las operaciones militares aliadas en Brasil y, como consecuencia, en Europa. —Agostinho sonrió.

—Está usted muy al día. Ha hecho un análisis muy interesante. —Burton le miró.

—Estoy en todo esto a la fuerza, aunque empezó siendo un asunto de pura curiosidad. He tenido tiempo para pensar muchas cosas y creo que es así.

—La curiosidad mató al gato —dijo riendo el comisario. Burton afirmó con la cabeza el famoso dicho—. Pero repito, no se preocupe. Ahora nos haremos cargo nosotros de todo. De momento y para ganar tiempo, estos dos deben de llamar a Schelling y nosotros debemos localizar la llamada entrante en Manaos. A partir de ese momento y en cooperación con la policía de Manaos y el FBI, daremos con toda esta estructura. Tenemos dos posibilidades para solucionar rápidamente este asunto: una a través de la llamada telefónica y su localización y la otra a través de la confesión de estos hombres sobre dónde está Schelling en Manaos. Vamos a preparar el interrogatorio, la llamada de los alemanes para que su mujer siga con vida y que la policía de Manaos esté al tanto cuando llamemos, con todo su equipo de localización. Es posible que sólo con el número de teléfono ya sepamos dónde está ese tal Schelling.

—Qué puedo hacer yo, comisario? —preguntó Burton, ante las acciones que indicaba Agostinho y en las que él no aparecía.

—Usted ya ha hecho mucho con su testificación. Deberá firmarla y ya está. No tenemos nada contra usted. Si le parece puede atender, desde uno de nuestros falsos espejos, el interrogatorio de estos hombres. Como he dicho, ellos saben dónde se encuentra Schelling en Manaos y hemos de interrogarles adecuadamente. —Burton pensó a qué se refería el comisario con «adecuadamente», pero le parecía bien. Se lo merecían.

—Atenderé la confesión, comisario, pero la verdad es que quisiera regresar a Manaos lo antes posible, ver de nuevo a mi mujer y volver a mi consulta en el hospital.

—De acuerdo doctor Burton. Ahora, acompáñeme por favor. —Salieron al pasillo y entraron en una pequeña sala en la que había varias sillas ante una especie de ventana con cortinilla. Sólo parecía haber luz eléctrica en esa estancia. Uno de los policías movió una pequeña palanca y la cortinilla dejó ver un cristal que permitía ver la habitación de al lado. Era una estancia espartana con una mesa y dos sillas. En aquel momento entró Pöttering, esposado, y se le hizo sentarse en la silla que quedaba delante del espejo. Se veía su rostro perfectamente y es posible que él intuyese que aquel era un espejo falso. Como un chispazo mental, Burton pensó por qué no habían norteamericanos en aquel interrogatorio ya que Brasil formaba parte de los aliados desde hacía tiempo y ese era, sin duda, un asunto muy importante. No necesitó ninguna respuesta. El comisario Agostinho le estaba apuntando con una pistola.

—El juego ha terminado, doctor Burton.

Burton se movió hacia atrás instintivamente.

—¿Qué sucede? ¿Qué significa esto? —El comisario sonrió ante las preguntas de su prisionero.

—Muy simple. Necesitábamos saber el nivel de implicación y conocimiento que usted tenía sobre el anillo. Pero tenía que estar usted relajado y confiado para explicarlo todo. Incluso las personas que han tenido contacto con el anillo. El doctor Pessoa fue quien lo extrajo de nuestro camarada August Stukenbrok. Él también recibirá su «parte» de este asunto. Burton estaba horrorizado y ahora entendía muchas cosas.

—Pero ustedes son brasileños, son policías... ¿Somos aliados contra Hitler! —El comisario rió abiertamente.

—Somos brasileños, sí, pero no somos sus aliados ni nos gusta nuestra involucración en la guerra con su país. Perdemos soberanía. Somos los Camisas Verdes brasileños y siempre hemos defendido y ayudado al fascismo y al nazismo en Brasil. Los doctores Wolff y Pöttering no conocían esta parte fundamental del plan,

pero ahora ya la saben. —Burton vio por el espejo como Pöttering reía, poniéndose de pie y acercándose al mismo.

—Ahora la misión seguirá sin usted. Es lamentable, pero si Stukenbrok habla, uno de los círculos más íntimos de seguridad SS en Sudamérica se romperá y eso no podemos permitirlo. —Burton no daba crédito.

—¿Y en el avión? —Agostinho movió la cabeza como indicando la inocencia de Burton.

—La azafata era nuestro enlace a bordo. Ella se encargó de avisarnos de su estratagema. Luego sólo cabía esperar en la pista. Fue muy fácil.

Edward Burton era consciente de que aquella situación era muy difícil para él.

—Y ¿qué sucede ahora, comisario? —La respuesta fue simple, ya que vio como Agostinho enroscaba un silenciador en su pistola y le apuntaba.

—Su viaje termina aquí doctor Burton —Un sonido seco y apagado se oyó, mientras Burton caía pesadamente en el frío suelo, con una bala alojada en su cabeza. El comisario se giró hacia el policía que estaba con él.

—Hacedlo desaparecer. Ya sabéis cómo. ¡Rápido!

Capítulo 10

La nueva frontera de defensa

Mediados de 1944

Los datos presentados por los doctores Kurt Schroder, Karl Sommer y Konrad Dietrich en Sudamérica y los de los doctores Kurt Debus y Walter Gerlach en Europa, eran abundantes y precisos. La computadora Z4 había sido determinante para los complejos cálculos orbitales y de trayectoria espacial. Había hecho ganar un tiempo precioso al proyecto base Alpha en nuestro satélite: la Luna.

Este proyecto ya estaba iniciado desde 1942, pero no había sido posible su realización hasta disponer de los motores y naves adecuadas. Desde entonces se había adelantado mucho desde el punto de vista de la ingeniería necesaria, edificaciones y los elementos básicos para la vida a diario en el satélite. Pero de hecho y en función de los resultados militares alemanes, la previsión inicial contemplaba que el proyecto base Alpha sería realizado no antes de 1947. Sin embargo, las nuevas computadoras más rápidas y fiables, la alta velocidad del trabajo técnico y científico realizado por el Kammlerstab del doctor ingeniero general SS Hans Kammler en Europa y los diferentes centros científicos en Sudamérica, permitieron avanzar enormemente en el tiempo. Podría ser la base del éxito militar en la Tierra, disponer de esa base en nuestro satélite. Por todo ello, y ante las ventajas obtenidas, este proyecto había apartado a otros menores, para dedicar el máximo de esfuerzo y recursos al mismo.

Algún lugar del cono sur o en la base 211 en la Antártida, podrían ser las rampas de lanzamiento de las diferentes naves y tripulaciones que deberían de completar el complejo trabajo de ingeniería en nuestro satélite. La propuesta de despegue contemplaba la base chilena por ventajas logísticas. Sin embargo, la Antártida sería la base de seguimiento de los vuelos y futuros despegues desde las bases subterráneas en el Polo Sur.

Schutz miraba con detenimiento los tiempos calculados y la zona de alunizaje prevista, el mar de la Tranquilidad. Un mapa de la Luna indicaba la trayectoria de vuelo, los grados y la zona exacta para posarse. Pasaba las hojas y los diagramas con lentitud. El informe indicaba la edificación que debía construirse y las diferentes zonas que comprendía la misma. Una buena parte del trabajo sería en el subsuelo lunar, bajo la edificación principal del complejo. Era una construcción modular, de montaje relativamente fácil y rápido. Era una empresa titánica realizar la previsión sobre el papel, pero los nuevos motores antigravitacionales DKA118 ya eran una realidad. La instalación sobre los discos voladores de cuarta generación, todo realizado en las instalaciones de enclave Dignidad en Chile, había sido un éxito. Las tripulaciones ensayaban vuelos y aterrizajes sobre el desierto de Atacama en el norte

de Chile, siempre de noche para despertar las mínimas sospechas o avistamientos posibles. Los resultados de vuelo eran espectaculares y sobre todo fiables.

Helmut miraba la disposición del material a transportar en los discos de transporte. Podrían disponer de quince discos operativos durante el mes de agosto. Habían calculado que necesitarían unos quinientos cincuenta vuelos para trasladar todo el material inicial de construcción y los trabajadores y científicos necesarios sobre el terreno. Los discos permitían vuelos de unas veintisiete horas para llegar a la Luna y una carga unitaria de seis toneladas. Al ser propulsados por motores antigravitacionales, no necesitaban carburante de ningún tipo y su autonomía era casi ilimitada.

—Mira Helmut —dijo Schutz, mostrando una página del informe científico—. Según cálculos matemáticos y basados en espectografía topográfica, puede haber agua en la Luna. —Helmut miró el párrafo que le indicaba Schutz en el informe.

—Eso ayudaría mucho en todo nuestro trabajo. El agua es el complemento de la vida y será vital en los invernaderos proyectados para la autosuficiencia de la base Alpha. Esperemos que se confirme. —Schutz sonrió.

—Esa es la causa de haber elegido el mar de la Tranquilidad. Según el informe, allí hay una de las zonas con un posible acuífero. —Buscó en otras páginas del informe—. ¿Y sabes lo mejor, Helmut? Según los científicos del Kammlerstab en Europa, hay indicios de ¡una posible atmósfera en la Luna! —Helmut puso cara de incredulidad ante esta última afirmación de su compañero

—Siempre se ha dicho que la Luna está muerta y ahora parece que hay agua y una cierta atmósfera. Espero que sea así, pero eso rompe todo lo aprendido por mí en el colegio. Parecía un satélite muerto, sin vida alguna. —Schutz estaba entusiasmado.

—¡Imagínate lo que eso significa para nuestros planes. Es una ventaja el poder crear una base o ciudades en un futuro, que no tengan dependencia directa de la Tierra. ¡Nos permitirá llevar adelante sin restricciones cualquier plan!

Helmut compartía la alegría de Schutz y entendía que aquellos datos, de confirmarse, cambiaban muchas cosas y daban a Alemania una ventaja muy importante, que el enemigo no podía soñar ni remotamente.

—El informe indica que sin contratiempos, para enero de 1945 la base Alpha puede ser cien por cien operativa... ¡Hablamos de medio año, Helmut! —Helmut miraba la información escrita del informe.

—¿Cuándo está previsto el primer vuelo de sondeo hasta la Luna? —Schutz conocía la respuesta.

—Según el doctor Dietrich, a finales de junio podemos enviar uno de nuestros tres discos operativos actualmente al satélite con un equipo completo, que hará toda la prospección topográfica de la zona de alunizaje e instalación y nos traerá muestras del terreno. También hará un sondeo de profundidad y estratos geológicos hasta una

profundidad de cien metros. Debemos asegurar el subsuelo ya que el plan indica la importancia del mismo para nuestras instalaciones bajo la superficie.

—Creo que todo pinta muy bien, pero hemos de trabajar aún más rápido, Wilhelm —dijo Helmut, tratando de dar un toque de realismo empresarial a todo lo que habían comentado hasta ese momento—. Desde la muerte de August las cosas se han puesto mucho más difíciles para nosotros en este continente. Chile, sobre el papel, nos declaró la guerra el año pasado, aunque hace la vista gorda todavía a nuestros movimientos gracias al soborno que reciben y la fortaleza de nuestra presencia social e industrial en el país. Algunas de nuestras bases empiezan a ser conocidas por el enemigo y la principal, la Kolonie Waldner 555, está expuesta a un posible ataque aliado ayudado por Brasil. Creo que el haber trasladado el material hasta aquí, en Chile, fue una buena decisión. —Así era, desde finales de abril de 1944, la Kolonie Waldner había desmantelado toda su infraestructura científica y se había trasladado al enclave Dignidad. Toda la instalación subterránea había sido volada y sepultada, quedando algunos vestigios de los barracones de superficie. El barracón de Helmut había sido volado también. Una parte de la historia de Alemania desaparecía con todo ello.

El búnker bajo el subsuelo del enclave Dignidad vibró suavemente en uno más de los cientos de movimientos sísmicos que sucedían cada mes. La falla en los Andes que surcaba todo Chile de norte a sur, se hacía notar, aunque sólo eran ligeros movimientos sin más peligro. Siempre se hablaba del terremoto definitivo, que algún día llegaría, pero en ese momento ese no era un asunto que preocupase a los moradores del enclave. Había otras prioridades.

Helmut, Schutz y el doctor Dietrich bajaron a los hangares donde se guarecían los tres discos voladores operativos y donde se veían operarios trabajando a contrareloj en el ensamblaje y ajustes de otros en pleno proceso de producción. Era una instalación inmensa, con cientos de operarios trabajando en diferentes áreas. Una grúa puente trasladaba por el aire uno de los motores antigravitacionales que iba a ser instalado en uno de los discos. El montacargas se detuvo al llegar al nivel tres. Se acercaron al primero que acababa de regresar de un vuelo de pruebas. Los mecánicos revisaban uno de los tres anclajes hidráulicos que permitían al disco posarse en tierra. Era su tren de aterrizaje. Uno de los latiguillos del sistema hidráulico parecía tener una pequeña fuga y lo estaban reparando.

Tras unos saludos a los operarios, entraron en el disco ya que el doctor Dietrich quería mostrales algo. Allí se encontraba el comandante de vuelo, *Hauptsturmführer* Matthias Berger, rellenando el libro de bitácora de la nave. Tras los saludos de rigor y sin querer robar tiempo al comandante en su rutina, el doctor Dietrich se dirigió a uno de los paneles de control, apretó un botón y al instante las paredes oscuras frente a ellos se convirtieron en unas pantallas que mostraban el exterior perfectamente y ¡en

color! Un color vibrante, lleno de vida.

—Quería mostrarles nuestros adelantos en cuanto a la visión externa diurna y nocturna, las pantallas y las cámaras construidas al efecto por las firmas Telefunken y Voigtländer en un trabajo conjunto y ultrasecreto, que ya son operativas en esta nave y lo serán en el resto a partir de ahora. —Schutz se acercó a una de las pantallas en las que se veía el hangar, tocó la pantalla suavemente y se volvió hacia sus compañeros.

Doctor Dietrich, ¡esta imagen es tridimensional!

El doctor Dietrich aprobó con la cabeza las palabras de Schutz.

—Sí, está basado en las *Raum Films* o Filmaciones Espaciales que ya pudieron ver meses atrás cuando se probó el primer motor de esta familia aquí en Chile con el doctor Sommer. Ahora ha sido mejorado y adaptado a la televisión. ¡Un gran trabajo! —exclamó satisfecho. Helmut miraba aquel sistema increíble de imagen. Superaba cualquier idea que hubiese podido tener anteriormente. El doctor Dietrich se dirigió al comandante de la nave—. Cuál es su experiencia de vuelo con este sistema de visión, *herr Hauptsturmführer*. —Berger dejó el libro sobre un panel y se puso en pie.

—Puedo decirle que al margen del sistema de radar como soporte a la navegación, este sistema de paneles de visión ayuda en maniobras de aproximación, aterrizaje, localización, etc., con alta precisión. Además, en el momento que la nave está en vuelo, las pantallas permiten una lectura instantánea de la distancia sobre el objetivo. Ahora no puedo mostrárselo, pero en la pantalla aparecen unas líneas de diferentes colores, como un tronco de cono hacia el objetivo, que dan el cálculo automático de la distancia sobre el objeto determinado, en vuelo o en tierra, que nos interese. —Tanto Schutz como Helmut, seguían con mucho interés las explicaciones del piloto—. Este sistema de distancia está vinculado a nuestro armamento de a bordo, con lo que en caso de ataque, aéreo o terrestre, nuestras armas disparan siguiendo las instrucciones de distancia que reciben. No hay errores. Es todo un proceso automático. —Helmut estaba impresionado.

—¿Han podido probarlo sobre objetivos reales? —Berger sonrió.

—Hemos tenido la oportunidad, pero tenemos orden de no disparar por ahora. Evitamos cualquier contacto con el enemigo. —Tras un instante—. Sí puedo decirle que hubiésemos derribado y hundido aviones y barcos sin ninguna dificultad y a mucha distancia. Hemos tenido varias oportunidades. Creo que nuestros enemigos ni siquiera hubiesen sabido quién les disparaba...

Tras agradecer las palabras de Berger, el grupo salió del disco y regresaron de nuevo a la zona de trabajo administrativo y mesas de diseño. El doctor Dietrich aún tenía alguna sorpresa más.

—Creo que en alguna ocasión lo he comentado, pero la miniaturización de componentes era aún difícil técnicamente. Ahora con los nuevos transistores

realizados por Telefunken y AEG, estamos trabajando para convertir la computadora Z4 en algo más pequeño, montarla en los discos y que controle automáticamente el vuelo. Ahora es manual en su totalidad, ayudado por algunos instrumentos. Queremos que todo el vuelo sea programado de forma automática. Los pilotos siempre tendrán la última palabra, sobre todo en maniobras de aproximación o aterrizaje o situaciones inesperadas, pero el vuelo en sí mismo, lo llevará a cabo la máquina. Todo este trabajo nos llega desde Europa, y pensaba presentarlo en nuestra próxima reunión de trabajo de la semana que viene. La verdad es que me siento muy orgulloso de lo que estamos haciendo.

Helmut afirmó las palabras del doctor Dietrich, pero tenía claro que todo aquello lo desconocía y que no había sido informado previamente, al igual que Schutz. No le dio más importancia, ya que sabía que los científicos y sobre todo los de las nuevas especialidades que iban surgiendo, eran como los artistas, algo ácratas administrativamente hablando y tomaban decisiones por su cuenta. Reconocía que esas decisiones eran acertadas hasta ese momento y habían hecho ganar mucho tiempo. Así y todo, Helmut debía dejar clara su posición en todo el proyecto.

—Me parecen bien todos sus desarrollos doctor Dietrich y sabe que yo no entro en su trabajo, ni en el de sus compañeros científicos. No es mi función. De todas maneras, tanto Schutz como yo debemos ser informados previamente de cualquier desarrollo, aunque sea incipiente o sólo una idea. Comprenderá que no está entre mis obligaciones el no dejarle trabajar. Al contrario, pero debo ser informado directamente o a través de mi segundo Schutz. Le recuerdo también que yo debo aprobar los recursos que dedicamos a los proyectos... y, como es lógico, no deben de ser desconocidos para mí. —El doctor Dietrich pareció darse cuenta de que las palabras de Helmut no eran de reproche en el fondo, y que tenía razón.

—Así será, *Hauptsturmführer* Langert. Si me permite, ahora debo continuar con mi trabajo. —Helmut le permitió continuar con el mismo.

Schutz se giró hacia Helmut tras la salida del doctor Dietrich.

—Lo siento Helmut, en el fondo es mi culpa. No es una excusa, pero estoy involucrado en bastantes proyectos y permito que trabajen con un alto margen de maniobra, ya que no puedo estar en todo. —Helmut no le dio ninguna importancia a lo que decía su segundo.

—Tú no eres el problema Wilhelm, en realidad no hay ningún problema. Tengo el mejor equipo del mundo. Estamos llevando adelante, a un paso endiablado, los proyectos más arriesgados y avanzados de la ciencia con una presión descomunal y enemigos al acecho. Y ahora nos hemos centrado en la base Alpha y los discos. Lo único que he hecho ha sido que el doctor Dietrich tenga claro que hay una organización tras él y que su trabajo necesita de nuestro esfuerzo y conocimiento también. Creo que lo ha comprendido. —Schutz agradeció las palabras de Helmut.

Este siguió—. Lo último que haría sería eliminar ese margen de maniobra que tú has comentado. Deben de ser arriesgados y tomar sus propias decisiones en los terrenos que dominan. Ahí yo no puedo hacer nada, estoy en sus manos ya que no tengo sus conocimientos científicos, pero estamos detrás de ellos y nos necesitan, y eso han de tenerlo muy claro.

En aquel momento entró Jochen Wittz, responsable de comunicaciones del enclave Dignidad, con un teletipo llegado a través de la línea ultrasecreta de alta seguridad.

—Es para usted, señor —dijo mientras se lo entregaba a Helmut y volvía a salir del despacho.

—Gracias, Jochen. —Helmut invitó a Schutz a sentarse, mientras él lo leía. Su cara mostraba preocupación.

—Qué sucede, Helmut? —inquirió Schutz. Se lo pasó a su compañero, mientras él se atusaba el pelo—. Quieren vernos en Praga, Wilhelm, orden directa del Cuartel General del *führer*, mañana en el Kammlerstab, a ti y a mí sobre la base Alpha. Hemos de llevar lo último en información sobre el proyecto y debemos ir en uno de los discos hasta allí. Los aviones convencionales y los submarinos ya no son seguros para un viaje así.

Schutz miró a Helmut.

—Es un viaje de pocas horas en el disco. Puedo tener toda la información enseguida. No hay problema. Helmut descolgó el teléfono y llamó a los doctores Dietrich y Sommer. También llamó al comandante Berger. Todos debían venir a su despacho enseguida.

—Dime qué podemos necesitar para hablar con los «jefes» allí —solicitó Helmut a Schutz.

—Muy bien. Regreso enseguida. —Schutz salió del despacho, mientras la cabeza de Helmut comenzaba a dar vueltas sobre la inopinada reunión recién convocada.

De repente, una idea volvió a su mente: su familia. Ahora llevaba dos meses sin ver a su mujer y sus hijos, desde que se habían trasladado a Santiago de Chile desde Brasil, sin problemas. ¿Valdría la pena aprovechar el vuelo y llevarles a Europa? La verdad es que las noticias del frente no eran halagüeñas para Alemania, pero ellos podían cambiar el curso de los acontecimientos con los nuevos proyectos. En Santiago estaban bien y la colonia alemana les había acogido sin problemas, pero parecían ir de un lado a otro sin destino definitivo. Su mujer Ilse daba signos de cansancio por todo ello y eso le afectaba en su trabajo. Trataba de llevarlo lo mejor posible, pero era difícil. La idea fue abandonada, era descabellada y seguramente había más seguridad en Chile que en Alemania en aquel momento.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante. —Berger entró. Aún llevaba su uniforme de vuelo con la nueva

insignia para las tripulaciones de los discos volantes en el lado derecho de su pecho: unas runas SS sobre el perfil de un disco volador y unas hojas de roble que remataban el conjunto en su base—. Siéntese comandante. Esperamos a los doctores Sommer, Dietrich y a mi segundo Schutz. —Mientras Berger se sentaba, llamaron de nuevo a la puerta, Schutz entró sin esperar permiso, saludó a Berger y Helmut le ofreció un puesto en la mesa de reuniones junto a él. Schutz comenzó a sacar algunos documentos que pensaba llevar a Praga. De nuevo sonó la puerta y los dos doctores entraron, tras el permiso de Helmut. Se sentaron.

—Gracias por su rapidez en acudir a esta reunión inesperada. Iré al grano. Acabo de recibir un teletipo del Kammlerstab en Praga, bajo orden directa del Cuartel General del *führer*, en el que nos piden que mi segundo Schutz y yo, vayamos allí mañana para una reunión sobre la base Alpha. Necesitan el máximo de información y conocer de primera mano el avance conseguido hasta ahora, calendarios, recursos, etc. Está bajo el epígrafe «Kriegentscheidend» (decisivo para la guerra). No hay restricciones para este proyecto, señores. ¿Qué necesitamos llevar allí y cómo? Responderé al cómo: en su disco *Hauptsturmführer* Berger y por ello le solicito la máxima celeridad en la preparación de su nave para este viaje.

Berger respondió a la solicitud de Helmut.

—Mi nave está preparada, señor. Ya ha sido reparado un pequeño contratiempo en el tren de aterrizaje. La tripulación también está preparada para partir a sus órdenes. —Helmut sonrió y miró a Schutz y de nuevo al piloto. —¿Qué tiempo de vuelo estima usted hasta Praga? —Sin dudar, Berger contestó.

—Será un vuelo de unas dos horas aproximadamente, señor. —Schutz puso cara de sorpresa.

—¡Es increíble. Me imaginaba que eran motores rápidos, pero no tanto! — Helmut, satisfecho, terció para que Berger pudiese regresar a su nave.

—Muy bien, Berger, esté preparado, le indicaré el momento exacto de nuestra partida. Gracias —El piloto salió del despacho, tras despedirse de los presentes. Los doctores Sommer y Dietrich parecían nerviosos. Sommer intervino en ese instante.

—Con su permiso, *herr Hauptsturmführer* Langert, en el apartado científico del proyecto disponemos de un volumen enorme de información que requerirá un cierto tiempo para su selección. —Helmut no sonrió ante esta afirmación.

—Lo comprendo, pero no tenemos tiempo. Les recuerdo que la semana que viene sigue prevista una reunión interna donde ustedes, según el doctor Dietrich, iban a presentarme lo último de este proyecto. Quizás una buena parte del trabajo ya está hecho. —Los dos doctores afirmaron con la cabeza, aunque mostraban signos de preocupación por lo que se les venía encima—. Les ruego que preparen lo siguiente de forma inmediata:

1. Peso total de la estructura a ensamblar en la Luna.

2. Número de paneles, tipo y peso unitario.
3. Número exacto de vuelos necesarios para el montaje.
4. Número de personas y cualificación profesional para el trabajo.
5. Metros de cableado, tuberías y fuente energética necesaria para el funcionamiento de la base.
6. Personal fijo que residirá en la misma y cualificación de cada uno.
7. Lugar de alunizaje y motivos de la selección.
8. Maquinaria ligera y pesada necesaria para el proyecto.
9. Sistema de ventilación, filtrado de aire, tratamiento de agua y residuos.
10. Invernadero y sistema de obtención de alimentos.
11. Plano detallado de la instalación de superficie.
12. Plano detallado de la instalación subterránea.
13. Número de naves mínimo en la base Alpha.
14. Sistema de mantenimiento técnico de la base.
15. Presupuesto económico del proyecto a día de hoy.
16. Calendario detallado del proyecto, con el camino crítico, las etapas y los departamentos implicados en cada una de ellas.
17. Armamento de defensa de la base Alpha y operativo militar necesario.
18. Otros puntos técnicos que consideren necesarios.

Helmut siguió.

—Bien caballeros, teniendo en cuenta la diferencia horaria con Europa, la hora de la reunión en Praga y el tiempo de vuelo que acabamos de conocer, sólo disponemos de seis horas antes de partir... —Y mirando a los científicos—. Y ustedes tienen cinco, ya que yo quiero revisar esa información antes del viaje. Les ruego que se pongan en marcha ahora mismo. Muchas gracias.

Los dos científicos tomaron nota apresurada de las solicitudes, mostrando en sus rostros la complejidad de lo solicitado y el escaso tiempo para ello. Helmut era consciente de lo que pedía y el esfuerzo que representaba, pero no había otra opción. Conocía la reputación del general Kammler.

—Pongan a todo su personal técnico a trabajar en estos puntos. Schutz les ayudará. —Schutz afirmó con la cabeza y se levantó con los dos científicos para comenzar la tarea. Los tres hombres abandonaron el despacho de Helmut—. Póngame con mi mujer en Santiago. Gracias. —Colgó el teléfono y miró la foto de su familia que guardaba en un cajón de su mesa. No podía olvidarles.

Capítulo 11

Kammlerstab, Praga

Mediados de 1944

Se acomodaron en el disco tras haber dejado su equipaje, correo y documentación en unos armarios metálicos habilitados para ello. Se quitaron también sus guerreras SS, quedando con la camisa reglamentaria, tirantes, pantalones y botas. Berger se sentaba en la parte central de lo que era la zona de mando, y dos de sus tripulantes junto a él a ambos lados. Había dos tripulantes más. Uno estaba al cargo de las armas de a bordo y su uso y estaba sentado en el lado opuesto a la zona de mando, y el otro era un técnico en motores, dentro de un compartimiento situado en la zona inferior de la nave. Schutz y Helmut ocuparon sendos asientos en la zona de mando, tras Berger. Podían contemplar como aquellos hombres hacían funcionar aquella nave extraordinaria. Se abrocharon sus cinturones de seguridad al igual que la tripulación. Berger se giró hacia sus pasajeros indicándoles que se iniciaba el vuelo.

Una sirena se oyó en la instalación avisando de la partida del disco, mientras el suave zumbido del motor iba subiendo de intensidad. Las pantallas que les había enseñado el doctor Dietrich ofrecían una imagen excelente del exterior. De repente, la imagen demostró que se habían elevado suavemente, aunque ni Helmut ni Schutz habían notado nada. Era la suavidad total. Sí que notaron seguidamente como el tren de aterrizaje se replegaba dentro de la nave. ¡Estaban flotando y apenas se movían! Unas luces se encendieron indicando la salida hacia el exterior desde el interior de la montaña. Los dos pilotos que acompañaban a Berger movían unas palancas que hicieron que el disco comenzase a desplazarse siguiendo las luces de la pista. El sonido dentro era muy suave y permitía una conversación normal. Oían perfectamente a los pilotos hablar con la torre de mando.

Dejaron atrás la base y el disco avanzó con seguridad hacia la salida. Helmut y Schutz sabían que había un acantilado de más de trescientos metros de caída justo después de la boca del túnel. De repente, ¡ya flotaban en el exterior! El disco fue ganando altura con seguridad y rapidez. Con las pantallas posteriores, Helmut vio como las luces se apagaban tras la salida de la nave. Era noche cerrada. El sonido del motor seguía siendo muy suave, no mostraba signos de esfuerzo aparente. El técnico anotaba lecturas que iban apareciendo en una pantalla de control, que seguramente servirían luego para mejorar los motores existentes. La sensación era muy placentera.

—Ahí está Buenos Aires, señores —indicó Berger. Unas luces se recortaban en el horizonte, cuando de repente ya habían sido sobrepasadas. Buenos Aires quedó atrás muy rápido—. Volaremos a unos veintemil metros de altura y a una velocidad de siete mil kilómetros por hora. No se preocupen, no necesitamos ningún tipo de

máscara de oxígeno. Sólo ir bien atados a nuestros asientos. —Sonrió—. La nave está perfectamente presurizada. —Las pantallas indicaban que el disco emitía una luz externa debido a la fricción por la alta velocidad.

—¿Qué velocidad puede alcanzar esta nave? —preguntó Schutz. Berger se giró hacia él.

—Hemos hecho pruebas sobre Atacama y puede alcanzar los diecinueve mil kilómetros por hora. Sin embargo, en el espacio, según los técnicos, se puede doblar esa velocidad como mínimo y quizás más. Hemos llegado al techo estratosférico sin problemas y efectivamente se notaba un incremento en la velocidad por la ausencia de fricción.

Ya volaban sobre el océano Atlántico. Una de las pantallas mostraba el itinerario previsto y marcaba la nave mientras avanzaba, sobre un plano terrestre. Era muy gráfico y de fácil comprensión. Aparecían también números sobre esa pantalla que indicaban la velocidad, la temperatura externa, la latitud y longitud, el tiempo de vuelo y el tiempo restante hasta llegar a destino. El resto de pantallas mostraban el color negro de la noche, que quedaba suavizado por la luna llena. Se veía muy bien y nítida por la gran altura a la que volaban. El continente africano a la altura de Dákar ya no quedaba lejos mientras el disco avanzaba firmemente hacia Europa.

—A este techo de vuelo no vamos a encontrar ningún avión enemigo... —indicó Berger, ante lo que sonrieron Helmut y Schutz. Era una altitud endiablada y el disco mostraba un color entre verdoso y azulado debido a la fricción.

—Parece muy sencillo de pilotar, ¿verdad? —preguntó Helmut mientras observaba a los compañeros de Berger, que efectivamente pilotaban la nave.

—La verdad es que sí —contestó Berger—. Se ha simplificado mucho el sistema de vuelo con respecto a los aviones convencionales. Yo fui piloto de caza. Mi avión era un *Focke-Wulf 190*, un gran avión, muy rápido y ágil. Pero esta nave es más sencilla de pilotar que ese avión, y más efectiva. No hay cola, ni alerones por ejemplo. Sólo se trata de saber cómo hacer que el motor haga esas funciones y ya está. No hay más misterios, ni complicaciones. Y les garantizo que es muy fácil —Berger hablaba con entusiasmo de su disco—. Es más sencillo y más rápido entrenar pilotos para los discos que para los aviones convencionales. ¡Ojalá los hubiésemos tenido en la Batalla de Inglaterra o contra Rusia! —Su voz mostraba una cierta amargura por las vidas perdidas innecesariamente en esas grandes batallas—. Creo que estamos en el buen camino para cambiar la suerte de nuestra patria.

—Así es Berger —confirmó Helmut—. Nuestro sacrificio en Sudamérica, representa la posibilidad real de cambiar el tablero de juego a nuestro favor. —Y tras unos segundos—. Supongo que sabrá que los aliados han desembarcado en Francia, en Normandía concretamente y están estableciendo una potente cabeza de puente en la zona. —Berger afirmó.

—Sí, lo sabía. Es terrible y también se lucha en el frente italiano. Roma fue declarada «ciudad abierta» el pasado cuatro de junio, dos días antes del desembarco en Francia. Nos vamos retirando... —Schutz terció.

—Todo eso es cierto, pero como se ha comentado antes, ahora tenemos la oportunidad de cambiar todo eso. Concentrémonos en ello y démosles duro. Tenemos que volver a llevar la iniciativa política y militar, como en los viejos tiempos. Alemania debe volver a tener el peso que le corresponde en el mundo.

El mapa en la pantalla indicaba que ya habían entrado en el continente africano y volaban sobre el desierto del Sahara. El día comenzaba a despuntar. La verdad es que aquella máquina voladora era una maravilla. El motor seguía con su zumbido y sin esfuerzo alguno en su vuelo.

—A pesar de nuestra altura, ahora volaremos sobre territorio enemigo —indicó Berger—. Son colonias francesas en el desierto y norte de África, en manos aliadas. No hay peligro, por ahora. El problema puede venir en el descenso y en la aproximación a Praga, pero esta vez nos defenderemos, si llega el caso. —Helmut sonrió.

—Espero que no llegue el caso. Llevo muchos años sin entrar en combate..., desde la Gran Guerra y no tengo ganas, la verdad. —Berger movió la cabeza.

—No se preocupe, lo evitaré a toda costa. Yo tampoco quiero perder esta nave.

El vuelo seguía sin incidentes remarcables. Comenzaban a sobrevolar en ese momento el mar Mediterráneo, tras dejar atrás Túnez. La luz del día ya era muy intensa y Berger bajó la intensidad de las pantallas, consiguiendo una iluminación interior muy agradable. Podían apreciar el contorno de Sicilia y el estrecho de Messina. Seguían yendo a una altura que no permitía apreciar los detalles en tierra. Era todo territorio aliado.

—En cinco minutos iniciaremos el descenso y bajaremos de nuestro techo actual hasta los quince mil metros —informó Berger—. Lo mantendremos así hasta llegar a Austria, donde ya iniciaremos el descenso final hasta Praga.

Uno de los pilotos en el puesto de mando de Berger, indicó la presencia de nubes y lluvias a partir de Venecia, hasta Praga.

—Eso nos ayudará a pasar más desapercibidos cuando nos aproximemos —remató Berger. La voz del artillero sonó en el sistema interno.

—Señor, detecto una escuadrilla desde el sur de Francia, Toulon, en trayectoria hacia el sur de Alemania. Parecen ser bombarderos y cazas de escolta. Pronto estaremos sobre ellos. No representan una amenaza por ahora. —Berger se ajustó los auriculares.

—Bien, Horst. Sigue su vuelo e infórmame si hay algún cambio en su trayectoria.

Helmut aprovechaba el tiempo y repasaba con Schutz los informes que les habían suministrado sus técnicos. Había logrado sustraerse de todo lo que le rodeaba.

Tomaba nota y apuntaba detalles a pie de página, para recordar aquellos puntos relevantes. Era su primera reunión directa con el general Kammler. Había asistido a dos anteriormente, pero habían sido de carácter informativo sobre algunos avances y él había sido un asistente más. Ahora no. Tendría que llevar la batuta ayudado por su fiel Schutz. Parecía estar todo en orden y esperaba que todo fuese bien, aunque sabía que el tiempo era la baza; era el caballo de batalla en todo aquello.

La aproximación se fue realizando y ya se notaba cómo el disco iba perdiendo altura de forma suave y acompasada. No habían brusquedades en el vuelo, cosa que sorprendió a los dos pasajeros acostumbrados a los aviones convencionales. Aquello era muy diferente. El motor seguía con su zumbido habitual.

—Trece minutos para alcanzar nuestro destino, señor —informó uno de los ayudantes de Berger. Iban atravesando nubes en su descenso. Eran oscuras y de tormenta. A la derecha, cuando se abría algún banco de nubes, podía verse una enorme actividad de rayos que iluminaban el cielo de forma fantasmagórica. Era de una belleza salvaje.

De repente, las cámaras de la base del disco mostraron la ciudad de Praga desde unos dos mil quinientos metros de altura.

—Giro a estribor. veinte grados —se oyó. Dejaron la ciudad atrás y enfilaron la nave hacia el aeropuerto militar de Letov. Ya se veía, no muy lejos. El disco bajó hasta que se situó en la vertical de una de las pistas, junto al edificio de control principal. Se veía movimiento de vehículos en la pista y algunos cazas y aviones de bombardeo allí estacionados. El disco bajó más, hasta que se posó suavemente. El motor siguió su zumbido unos cinco minutos más, hasta que uno de los pilotos detuvo su funcionamiento. La escotilla inferior se abrió y el aire exterior entró con fuerza. Era fresco y húmedo, como era lógico. Tras recoger sus pertenencias y dar el agradecimiento a la tripulación, Helmut y Schutz abandonaron la nave a través de una escalerilla. Ahora la nave debía esperar para el viaje de regreso. Una NSU Kettenrad ancló el disco y lo trasladó a un hangar cerrado.

Un oficial y un conductor de las SS les esperaban junto a un Kubelwagen de color ocre, con el motor en marcha.

—Soy el teniente Kurt von Gödrich. Permítanme. —El conductor ayudó a dejar las pertenencias de los viajeros en el coche. Tras el formal saludo militar, subieron al coche. La lluvia era fina, pero persistente. Notaban el desfase horario que acababan de sufrir, unas ocho horas, pero no había opción para descansar o dormir. El Kubelwagen abandonó el aeropuerto tras pasar por varios controles militares y se dirigió a un edificio que parecía una casa convencional. Mientras se acercaban, pudieron comprobar que en realidad era un búnker de hormigón pintado y con silueta externa de casa. Era un lugar blindado. Una vez allí el coche entró a un aparcamiento subterráneo, tras una puerta de seguridad que se abrió a la llegada del automóvil. Tras

un control en el interior, el Kubelwagen se detuvo y el teniente von Gödrich invitó a sus acompañantes a seguirle.

—Por aquí, por favor. El general Kammler les espera. —Llegaron hasta un montacargas que les trasladó unos cinco pisos por debajo de la superficie.

Siguieron por un pasillo, desde el cual se podía ver técnicos trabajando en diferentes proyectos, ayudados por maquinaria y computadores. Era todo muy futurista. El pasillo, dividido en dos colores, gris oscuro en el suelo hasta la mitad de la pared y azulado claro desde ahí hasta el techo, era amplio y bien ventilado. Se oía claramente sus pasos mientras avanzaban. Schutz y Helmut iban con su uniforme militar SS reglamentario y gorras de plato. Llegaron hasta una puerta blindada con dos soldados haciendo guardia. Uno de los soldados apretó un conmutador y una luz roja que había sobre la puerta se apagó y se encendió otra en verde, indicando que se podía pasar. Llegaron hasta un pequeño despacho previo al del general Kammler. Allí otro oficial SS les indicó que debían dejar sus armas allí. Una vez hecho esto, el oficial llamó a la puerta del despacho de Kammler. El teniente von Gödrich se despidió de ellos en ese punto. El oficial abrió la puerta y dio paso a Helmut y Schutz.

El general SS Kammler estaba mirando algo sobre una mesa de reuniones acompañado por técnicos y militares. Era una mezcla de batas blancas y uniformes. Había unas ocho personas allí, según contó Helmut. Todos se volvieron hacia los recién llegados.

—¡Heil Hitler! Bienvenidos a Praga, señores —les recibió Kammler, en un uniforme SS perfecto, mientras su pétreo rostro esculpido a cincel y su nariz aguileña, dibujaban una sonrisa. Los dos contestaron al saludo alemán, sin dilación—. *Hauptsturmführer* Langert y doctor Schutz, espero que hayan tenido un buen vuelo y quiero agradecerles su rápida presencia aquí. —Helmut y Schutz agradecieron también las palabras del general—. Me permitirán que les presente a mi equipo que, aunque a distancia con ustedes, también trabaja en la base Alpha. —Helmut y Schutz vieron caras muy conocidas de técnicos y científicos de primera línea. Estaban asombrados por la categoría de los presentes—. Aquí a mi derecha está el doctor Kurt Debus, nuestro especialista en voltaje y aplicación eléctrica en motores antigravitatorios. A su lado está el doctor Hermann Oberth, que al igual que usted, doctor Schutz, es nuestro mejor especialista en cohetes y vuelos orbitales. A continuación el doctor Walter Gerlach, especialista en polarización y gravedad magnética. —Todos ellos saludaron con un ligero movimiento de cabeza—. Seguidamente está el doctor en ingeniería Ott Christoph Hilgenberg que trabaja en vórtices emergentes y rotación vorticular del éter. Frente a nosotros está el doctor Carl Friedrich Krafft pionero en desarrollos en electrogravitación y antigravedad. —También saludaron cortesmente—. A mi izquierda está el *Obreguppenführer* Emil

Mazuw, mi mano derecha en la coordinación científica de los trabajos en desarrollo. Y la última, pero no menos importante, la doctora Elisabeth Adler, extraordinaria matemática de la Universidad de Heidelberg, cuyos cálculos y análisis son decisivos en todo el proyecto.

Kammler se sentó, invitando a todos a hacer los mismo. Schutz y Helmut se sentaron frente al general Kammler y rodeados por los científicos más reputados de Alemania. Dejaron sus dossiers sobre la mesa.

—Bien, todos los presentes conocemos sus trabajos y su trayectoria profesional. También conocemos y reconocemos el enorme esfuerzo y sacrificio que están llevando a cabo en Sudamérica, por ello iremos directamente a la parte que nos interesa a todos: la base lunar Alpha. Por ello, ruego que nos indiquen a qué nivel de desarrollo están los trabajos en este momento y qué problemas están surgiendo. — Kammler no se andaba por las ramas, aunque por el momento la situación podría catalogarse de cordial.

Sin perder tiempo, Helmut inició la reunión.

—Bien general, ante todo el doctor Schutz y yo les agradecemos la oportunidad de estar aquí hoy con ustedes y la responsabilidad que representa para nosotros una audiencia de tanta categoría profesional y científica. El proyecto de la base lunar Alpha está en pleno desarrollo en este momento. Las nuevas naves discoidales ya totalmente operativas y las que están en construcción y la ayuda de nuevas máquinas de cálculo han acelerado el proceso, que como todos recordarán, se había fijado para el año 1947. Por los datos que tengo de mi equipo, podemos confirmar la fecha de enero de 1945 como la válida para disponer de la base lunar cien por cien operativa.

—Los presentes se miraron entre ellos aprobando de facto la fecha. El general Kammler intervino.

—Muy bien *Hauptsturmführer* Langert. ¿Qué datos o información posee que avalen su fecha? —Helmut siguió. —General Kammler, hemos dejado otros proyectos que estábamos desarrollando en Sudamérica como Andromeda-Gerat y el Rayo Solar y desde hace casi medio año nos hemos volcado en este, ya que esa fue la orden recibida en su momento. —Kammler confirmó las palabras de Helmut. Este continuó—. Sin embargo, este proyecto ya había sido desarrollado en buena parte desde 1942. Nosotros hemos dispuesto de esa información, la hemos actualizado y ampliado con mejores y más fiables sistemas de cálculo y hemos obtenido una fecha más próxima para su puesta en marcha, ya que disponemos de la estructura y capacidad para lograrlo. Además Chile y sobre todo la Argentina, aún nos permiten tener fundiciones, materia prima y material pesado, sin complicaciones. Es decir, hemos reducido de forma considerable nuestra dependencia de Europa. Ahora, si me permiten caballeros, quisiera mostrarles un diagrama con las etapas necesarias, su coste, departamentos involucrados, personal necesario y el camino crítico para

respetar la fecha que les he indicado.

Helmut desplegó con la ayuda de Schutz un plano rectangular de un metro y medio de largo, donde se indicaba todo lo que acababa de decir. Con unas chinchetas, el plano quedó fijado en la pared. Con la ayuda de un puntero, Helmut fue desgranando cada punto que aparecía en aquel gráfico. Los presentes fueron haciendo preguntas acerca de las afirmaciones de Helmut y siempre en relación a sus especialidades concretas. La doctora Adler fue muy incisiva en sus preguntas sobre los cálculos de pesos, capacidad de carga, etc. Schutz intervino en varias ocasiones, sobre todo en lo relacionado a las naves discoidales, los vuelos previstos y la fuente de energía en la base. Helmut fue preguntado insistentemente por la estructura humana necesaria, la calidad profesional de los que iban a ser seleccionados y detalles de la vida diaria en la base. Asimismo, el aspecto militar de la instalación también fue un tema del máximo interés.

Fue el turno de Schutz:

—Con referencia a la capacidad militar de la base, siempre hemos entendido que la defensa de la misma no será necesaria ya que no hay enemigo ni arma hoy en la Tierra que pueda intimidarnos, por lo tanto hablamos de una base de marcado carácter ofensivo. Es decir, la Luna y nuestra base serán como un portaaviones que irán lanzando nuestros discos sobre los objetivos terrestres de nuestro interés. La base podrá disponer de hangares para cien discos, con todo lo necesario para su buen funcionamiento. Como ha comentado el *Hauptsturmführer* Langert, la población fija necesaria para que la base funcione a pleno rendimiento es de tres mil setecientas personas. Tenemos ya fabricados el treinta y cinco por ciento de los paneles que formarán la base y el mes que viene un veinte por ciento más. De momento no hay problema de almacenaje en el enclave Dignidad. La base de la superficie será en una segunda fase, en octubre concretamente. Primero enviaremos las tuneladoras para el trabajo en el subsuelo que tenemos previsto que se inicie a principios de agosto. También quiero decirles que está programado, para el veintiséis de este mes de junio de 1944, el primer vuelo espacial hasta la Luna de uno de nuestros discos.

De nuevo, los signos de aprobación aparecieron en la audiencia tras esta afirmación.

—La razón es que será un vuelo de prospección topográfica y de zona de alunizaje, al margen de comprobar realmente qué sucede durante un viaje espacial con los tripulantes. Yo iré en ese vuelo. También es muy importante que confirmemos la presencia de agua y de una posible atmósfera. En este punto, nos hemos basado en los complejos y extraordinarios datos y cálculos matemáticos que ha aportado la doctora Adler. —Esta agradeció el comentario—. También agradezco la información que he compartido con el doctor Hermann Oberth sobre los cálculos de un viaje de este tipo. Con nuestros discos hablamos de un viaje total de menos de treinta horas

hasta nuestro satélite. ¡Son realmente rápidos!

Kammler intervino en ese momento.

—Doctor Schutz, permítame una pregunta. Los vuelos suborbitales, orbitales, espaciales y la estancia en la Luna, requieren de un traje complejo para resistir las fuerzas, presiones y temperatura. —Era una pregunta muy interesante.

—Sí, general Kammler, así es —confirmó Schutz. Kammler continuó.

—Recibí un informe suyo hace dos meses en el que ya me indicaba cuáles eran sus ideas sobre este apartado y desarrollos incipientes ¿Cuál es la situación hoy? ¿Tenemos un traje adecuado para el espacio?

Schutz abrió una de las carpetas de su portadocumentos y extrajo varias fotos, una muestra de un tejido y algunos documentos escritos.

—Basándonos en la experiencia obtenida desde 1943 de los pilotos de vuelos suborbitales y de aviones a reacción como Heinz Scheidhauer y Erwin Ziller y los trajes desarrollados con casco

cerrado totalmente y herméticos en su totalidad para esos vuelos, les presento un prototipo del futuro traje espacial que ya tenemos en pruebas. —Schutz, ayudado por Helmut, distribuyó las diferentes fotos a los presentes. Las fotos, desde diferentes ángulos, mostraban un traje de color blanco, de una sola pieza y botas del mismo color. Una escafandra transparente permitía ver la cabeza entera del piloto desde cualquier punto. Una mochila con unas conexiones, remataba el conjunto.

—Si me permiten, les explicaré algunos detalles del traje que ha sido diseñado y confeccionado entre nuestros ingenieros y la empresa chileno-alemana Tejidos y Polímeros, S. A., de Viña del Mar, de absoluta confianza. Quiero puntualizar que tenemos dos tipos de traje para el espacio: el que llamamos de vuelo y que utilizarán las tripulaciones de los discos en viajes orbitales y lunares, que es liviano y muy cómodo, y el traje espacial para su uso sobre la superficie lunar en los trabajos de superficie. El traje espacial está preparado para proteger a su usuario de las condiciones extremas que puedan encontrarse en la Luna, donde hasta la fecha hemos creído que no había atmósfera. Hemos de ver qué tipo de atmósfera es y su capacidad de protección frente a los rayos ultravioletas. El traje da esa protección. Verán que es de color blanco ya que no sólo se localiza visualmente al astronauta fácilmente, sino que tras numerosas pruebas y análisis de colores, es la mejor opción de protección también. Piensen que sin la atmósfera terrestre que filtra la luz solar, el lado del traje orientado hacia el Sol puede alcanzar más de ciento veinte grados centígrado. Sin embargo, el otro lado puede bajar a menos de casi ciento sesenta grados centígrado bajo cero. Imagínense el choque de temperaturas y la importancia de una buena protección. Nuestro prototipo protege perfectamente. Aquí tienen una muestra de una de las siete capas de que se compone nuestro traje espacial. —Entregó la muestra de tejido a los asistentes, que pudieron comprobar su textura y resistencia.

Schutz continuó.

—De las siete capas, la última, la que está en contacto con la persona, es de algodón de alta pureza. Las tres más externas las denominamos «prendas térmicas micrometeoroides» por su capacidad de defensa ante las agresiones del entorno. La capa exterior tiene un material reflectante para evitar la radiación electromagnética. Hemos puesto mucho énfasis en la comodidad de uso del traje y a pesar de su aparatosidad. En este lado de aquí —Schutz mostró una pequeña protuberancia— se halla la unidad de ventilación y enfriamiento por líquido. Hay una serie de conductos internos por todo el traje por los que circula agua, con el objetivo de evitar las pérdidas de calor de la persona, proporcionando un tacto cómodo y evitando el sudor. El traje está fabricado de forma modular y las piezas del mismo se ajustan entre sí.

—Qué me dice de las necesidades naturales de una persona —preguntó el doctor Hermann Oberth, aunque conocía la respuesta ya que él había estado involucrado desde Europa en algunos detalles del traje, junto a Schutz.

—Muy buena pregunta, doctor Oberth y lógica también. Efectivamente, los usuarios deberán llevar unos calzones que están fabricados con un material muy absorbente a base de celulosa muy pura, que proporciona una protección ante eventuales pérdidas. —Hubo algunas sonrisas—. Estamos trabajando un sistema de recuperación de la orina y las heces y su transformación positiva. —Schutz siguió—. Desde nuestro punto de vista, todo esto son problemas hasta cierto punto menores y solucionados por ahora. Nuestro próximo objetivo, tras las pruebas reales en la superficie lunar, es una reducción del peso del traje. Este prototipo pesa unos noventa kilos y es voluminoso y por ello supone una gran incomodidad en la Tierra. En el espacio y en la Luna, sin atmósfera, el peso no es problema, allí es gravedad cero. También hemos de intentar que tenga menos componentes, si es posible. Hemos calculado que más del setenta por ciento de la energía consumida por un astronauta se debe a su «lucha» en ¡mover su traje! Las siguientes generaciones de trajes deberán ser más livianos. —El doctor Oberth confirmó las palabras de Schutz.

Helmut remató la reunión con la presentación de otros asuntos técnicos menores y algunos datos de carácter administrativo y presupuestario. Tras varias preguntas sobre estos asuntos que fueron despachadas sin dificultad, el general Kammler dio por concluida la reunión tras aprobar lo presentado por Helmut y Schutz y el compromiso de su cumplimiento en tiempo y forma. También se aprobó la utilización de discos como medio de transporte Europa-Sudamérica y viceversa, ya que era el sistema más rápido y seguro, así como para el transporte de material frágil e indispensable.

Antes de terminar, Helmut creyó conveniente indicar lo siguiente.

—General Kammler, quiero agradecer en nombre del doctor Wilhelm Schutz y el mío, la oportunidad de haber tenido esta reunión con todos ustedes y haber profundizado en asuntos de la máxima importancia para Alemania y su lucha por la

victoria final. —Miró a Schutz y luego a los presentes—. La situación en Sudamérica ha cambiado enormemente para Alemania. Desde 1942, todos los países nos han declarado la guerra, con lo que nuestra situación allí es comprometida en todos los aspectos. Seguimos operando por la propia podredumbre de los sistemas políticos allí imperantes y por personas y empresas que creen en Alemania y en el *führer* y nos prestan su ayuda desinteresadamente. Nuestros movimientos son cada vez más difíciles pero, afortunadamente, los discos empiezan a ser una gran herramienta para nuestras operaciones. El Abwher tuvo varios fracasos sonoros en la zona y eso puso a nuestros enemigos en sobreaviso. La pérdida de uno de nuestros hombres y un helicóptero en Manaos, en una operación muy importante, nos complicó mucho las cosas en Brasil. Hemos abandonado y destruido la Kolonie Waldner 555, desde principios de este año y nos hemos concentrado en el enclave Dignidad en los Andes chilenos. Allí estamos más tranquilos por ahora. El resto de bases siguen operativas. Y son necesarias para el control de los vuelos espaciales. Creemos que el haber seguido el sistema de seguridad implantado por usted, general Kammler, se ha mostrado mucho más efectivo que el clásico sistema de agentes del Abwher del almirante Canaris. El enemigo en realidad no sabe hasta dónde hemos llegado, ni el alcance de nuestro trabajo.

Capítulo 12

Der Mond

Mediados de 1944

El disco esperaba en el enorme hangar. Sus casi cuarenta metros de diámetro eran imponentes y su acabado en metal bruñido totalmente redondeado, le conferían un aspecto futurista. Casi de otro mundo. La tripulación ya estaba preparada controlando los datos y sistemas de vuelo. Sólo faltaba la llegada de Schutz. Todos llevaban sus cómodos trajes de vuelo, aunque en el interior de la nave colgaban tres trajes de astronauta, para los expedicionarios que pisarían la superficie lunar. Berger observaba algunos detalles externos de su nave con varios técnicos que le iban respondiendo a sus preguntas.

—Bien Wilhelm —dijo Helmut—. Tienes en tus manos el inicio de nuestro proyecto más importante y decisivo para nuestra patria y su futuro. Sólo habrá una oportunidad para que determines la viabilidad de la base Alpha en la Luna. —Schutz escuchaba con atención, aunque Helmut sabía que su compañero era la persona más adecuada para una misión como aquella.

—Lo conseguiré Helmut. No te preocupes. Iremos informando continuamente de los avances. Como sabes tenemos previsto estar unas veinte horas allí. Es tiempo suficiente para la recogida de muestras, búsqueda de acuíferos, análisis de la atmósfera y testigos del subsuelo lunar. Además, vienen conmigo los dos mejores geólogos que conozco.

Jochen Wunderlich y Bertrand Lindberg eran los dos geólogos que citaba Schutz y que no sólo habían nacido en Sudamérica, Brasil concretamente, de familias alemanas sino que habían llevado el peso más importante en la búsqueda, análisis y recomendación de los mejores lugares para las diferentes bases alemanas del cono sur y su posterior construcción. Eran especialistas en construcciones subterráneas y habían ayudado al general Kammler en algunos trabajos en Europa. Estaban en el gran proyecto Sudamérica desde mediados de los años treinta, a las órdenes de Reinhard Heydrich. Eran de absoluta confianza. Estaban entusiasmados ante la perspectiva de viajar al satélite y confirmar las últimas noticias en relación al acuífero y la atmósfera lunar. Lo consideraban, lógicamente, como un hito histórico al margen de su marcado carácter militar.

También estaba en el encalve Dignidad la familia de Schutz, su mujer y sus dos hijas, que le miraban con una mezcla de ansiedad y admiración antes de la partida. Silke se abrazó a su marido con fuerza y cerró sus ojos mientras le besaba. Sus hijas se cogían a las piernas de su padre. La mayor, Heike, levantó su brazos para que su padre la aupase. Schutz besó a su hija y levantó también a la pequeña, Sigrun, para

besarla. Helmut contempló la escena en silencio y les dejó un momento a solas en su despacho. Era muy emocionante. Los cuatro se abrazaron fuertemente. No hubo muchas palabras. Schutz se ajustó el cuello de su traje de vuelo y tomando de la mano a sus hijas y seguido de su mujer, salió del despacho de Helmut. Este le esperaba fuera. Todos caminaron juntos por el pasillo hacia el hangar. Caminaban en silencio. Llegaron hasta la puerta metálica que separaba la zona administrativa del resto. La abrieron y salieron hacia el hangar. Las naves estaban muy bien colocadas y ya eran ocho los discos operativos. Se estaba trabajando a un ritmo endiablado.

La importancia del momento hizo que, por un corto espacio de tiempo, se paralizasen otras actividades y todos pudiesen estar allí para despedir a los viajeros. Mientras caminaban hacia la nave, sonó el vibrante *Preussischer Präsentiermarsch* compuesta para Friedrich Wilhelm III de Prusia, a través del sistema de megafonía. Era un detalle emocional hacia Schutz, ya que era su marcha preferida. Helmut abrazó a su compañero y saludó al resto de la tripulación que permanecían en posición de firmes junto a la escalerilla de acceso. Wunderlich y Lindberg, los geólogos, también saludaron con efusión a Helmut.

—Señores —la voz de Helmut sonó tras la finalización de la marcha militar y se situó debajo del disco frente a todos los presentes. Había un silencio absoluto—, hoy empieza una nueva etapa en la historia de nuestra querida Alemania. Todos los que estamos aquí hemos luchado y luchamos también, no desde la trinchera o dentro de un carro de combate, un submarino o un avión. No. Lo hemos hecho desde la ciencia y el desarrollo para mejorar nuestra capacidad militar. Nuestros desarrollos técnicos llegarán un día a los hogares de nuestra patria, pero hoy la prioridad es la guerra y la finalización de la misma. Alemania debe volver a ser fuerte y llevar la iniciativa en el mundo, como le corresponde y le ha correspondido siempre a lo largo de la historia. —Se giró hacia Schutz y el resto de la tripulación—. Estos alemanes, camaradas nuestros, que están aquí hoy conmigo y con vosotros, van a realizar un sueño para toda la humanidad. La conquista de la Luna. Será de carácter militar y será el contrapeso que nos ayudará a la victoria final de nuestro *führer*. También será un avance para todo ser humano, pero en una segunda fase. —Se detuvo unos segundos—. Queridos camaradas, demos la despedida a estos hombres, que llevarán el nombre de Alemania y su *führer* a las estrellas ¡*Heil Hitler!* ¡*Sieg Heil!* —Un estruendoso saludo alemán retumbó en el amplísimo hangar—. Os esperamos aquí —finalizó Helmut. Todos regresaron rápidamente a sus lugares de trabajo para iniciar la preparación de la salida de la expedición y la tripulación entró en el disco, ocupando sus puestos. Schutz fue el penúltimo en subir.

—Gracias Helmut. Lo conseguiremos. —Se abrazaron de nuevo y Schutz miró a su familia, subiendo seguidamente sin mirar atrás. Berger se despidió de Helmut y subió en último lugar. Cerró la escotilla inferior de acceso con un sonido seco.

Helmut fue hasta la torre de mando del enorme hangar subterráneo, acompañado por la mujer y las hijas de Schutz que serían espectadoras de la salida. Allí se situó en uno de los asientos de control acompañado por los técnicos que estarían en contacto continuo con el disco durante su periplo a la Luna. Sus acompañantes fueron ubicadas en unas sillas, junto a Helmut.

—Münchhausen, aquí torre, ¿me copias bien? Repito, ¿me copias bien? —Una voz se oyó en la torre de forma clara y diáfana.

—Aquí Münchhausen. Todo en orden y esperando orden de salida. —Helmut sonrió ya que Münchhausen era el nombre de la nave y la misión. Le había parecido un nombre genial para este vuelo, y estaba basado en el aventurero y fantasioso aristócrata alemán Barón de Münchhausen, un personaje muy famoso del siglo XVI, que decía haber viajado a la Luna. Un pequeño dibujo del mismo sobre una bola de cañón, había sido pintado en la parte superior del disco.

Las luces guía hasta la boca de salida se encendieron mostrando claramente el camino al exterior. El disco ya flotaba solo y había recogido en su interior sus brazos hidráulicos de aterrizaje. Desde la torre no se oía ningún sonido, la insonorización era perfecta.

—Münchhausen, puede iniciar la salida ¡Buen viaje! —Tras unos segundos.

—Aquí Münchhausen, gracias torre. Iniciamos vuelo ¡*Heil Hitler!* —El disco se deslizó suavemente hacia la salida. Era una visión fuera de este mundo. La mujer de Schutz estaba asombrada de lo que había visto allí. La nave se alejaba de la vista con decisión. Ya estaba fuera y en pleno vuelo. Era de noche y las luces-guía se apagaron de nuevo.

—Aquí Münchhausen, iniciamos ascenso en tres, dos, uno. Cota de cinco mil metros alcanzada y subiendo. Todo funciona en orden. —El disco no parecía mostrar ningún problema y ahora vendrían horas de espera y contactos rutinarios.

—Bien Münchhausen, aquí torre, seguimos en contacto. Pasamos a automático. —La radio chisporroteó.

—Aquí Münchhausen, recibido y paso a automático. —La mujer y las hijas se retiraron a sus habitaciones. Mañana regresarían de forma discreta a Viña del Mar, donde residían sin problemas en la colonia alemana.

En las siguientes horas no sucedió nada reseñable, aunque la emoción seguía intacta. El disco atravesó la atmósfera terrestre entrando en zona suborbital y cruzándola también con aparente facilidad. La nave pasó por la troposfera, la estratosfera, la mesosfera, la termosfera y comenzaba a abandonar la exosfera. El disco entraba ya en zona orbital superior y alejándose incansablemente de la atracción terrestre.

—Aquí Münchhausen, soy Berger, todo en orden.

—Aquí torre, Münchhausen, indíquenos cuál es su situación. —Berger siguió.

—Estamos a cincuenta mil kilómetros de la superficie terrestre. ¡La visión es increíble! El motor antigravitatorio funciona perfectamente y hemos alcanzado una velocidad de cuarenta y dos mil kilómetros por hora. Esto supera los cálculos más optimistas. La temperatura externa es de menos ciento setenta y dos grados bajo cero. —Las noticias eran buenas y dentro de lo esperado. No se esperaban sorpresas, aunque era un viaje a lo desconocido, hasta cierto punto. Las horas pasaban sin cesar y el disco cada vez estaba más cerca de la Luna. La gran pantalla en la torre de mando indicaba la posición de la nave con respecto a la Luna y la Tierra. Helmut acababa de entrar y consultó los últimos datos con el equipo de controladores en Tierra.

—Aquí Helmut Langert desde la torre de mando. Münchhausen, ¿me copia bien? —Soltó el botón del micrófono. A los pocos segundos se oyó la voz de Berger.

—Sí señor, aquí Münchhausen, le copio bien y alto. —Helmut sonrió.

—Me gustaría hablar con el doctor Schutz, Münchhausen. —En un instante pudo oír la voz de Schutz.

—Helmut, aquí Wilhelm, ¿qué tal estás? —Helmut afirmó con la cabeza.

—Muy bien, Wilhelm, pero vosotros sois los importantes ahora. ¿Cómo es el viaje? ¿Es cómoda la nave? —Se oyeron unas risas desde el disco.

—Aquí Münchhausen. —La voz de Schutz se oía con absoluta claridad—. La verdad es que es muy rápida y cómoda. Llegaremos en las próximas siete horas a la superficie lunar. Es increíble, de verdad, Helmut. Hemos logrado una tecnología de fuera de este mundo. En una hora empezaremos a colocarnos los trajes..., Wunderlich y Lindberg están como niños con zapatos nuevos. —Se oían comentarios de fondo a las palabras de Schutz.

—Parece que hay buen ambiente a bordo, Wilhelm —recalcó Helmut—. Me parece excelente.

—La verdad Helmut, es que el tiempo está pasando bastante rápido aquí arriba. A la velocidad que vamos, percibimos la proximidad de la Luna con mucha facilidad. ¡Es fantástico! Creo que nuestros cálculos de traslados de material a la Luna son correctos. No creo que la desviación sea de más de un cinco por ciento. —Helmut estaba muy contento.

—Excelente Wilhelm. Bien, ahora os dejo y seguimos en contacto más tarde, en cuatro horas. Dejamos la línea de comunicación abierta. *Grüss*. —El vuelo siguió sin más detalles importantes y todo estaba en orden.

La radio se puso en marcha. La voz de Berger sonó con contundencia.

—Aquí Münchhausen, pronto entraremos en la gravisfera lunar y nos hallaremos a un veinte por ciento de completar la llegada. Notaremos la gravedad lunar en cuatro horas. La Luna está delante nuestro en todo su esplendor. —Las noticias se recibían con júbilo en la torre de mando—. En ese momento iniciaremos la inserción en órbita

lunar y nos situaremos en la vertical del *mare Tranquilitatis*. —Berger usó el término en latín para referirse al mar de la Tranquilidad—. Una vez en la zona de aproximación, llegaremos hasta los cráteres Sabine y Ritter en las coordenadas lunares cero grados, cuarenta minutos y veintisiete segundos norte y veintitres grados, veintiocho minutos y veintitres segundos este. —La torre contestó sin dilación.

—Correcto Münchhausen. Los datos son conformes. Inicien descenso en las coordenadas previstas y manténganse en contacto.

Las últimas horas del vuelo espacial ya iban finalizando y los nervios afloraban en el equipo. Habían sido las casi treinta horas previstas y había algunos técnicos que no habían dormido todavía. A pesar de ello, el ambiente había sido en todo momento de éxito y esperanza. Ahora comenzaba la segunda parte de la misión, la más decisiva y que permitiría comprobar toda la teoría desarrollada y conquistar la Luna para Alemania.

—Aquí Münchhausen. —Se oyó la voz de Berger—. Estamos sobre las coordenadas previstas y descendiendo sin problemas. El equipo que bajará a la superficie ya está preparado con sus trajes espaciales y sólo espera el momento del alunizaje. —La torre no tardó en contestar, aunque la voz tenía desfase de unos veinticuatro segundos.

—Bien Münchhausen. Les copiamos bien. Inicien los trabajos tras el alunizaje e informen de la situación.

La nave Münchhausen aterrizó en la Luna el veintinueve de junio de 1944, a las 21:37 hora terrestre. A través del teletipo de alta seguridad, Helmut envió un mensaje al general Kammler en Praga y al *führer* en Berlín, informando de este hecho histórico.

—Aquí Münchhausen, hemos alunizado sin problemas ¡*Heil Hitler!* ¡*Heil Gross Deutschland!* —Los vítores se sucedieron en toda la base subterránea del enclave Dignidad. La sensación de éxito embargaba a todos. Se descorcharon varias botellas de champán en la torre de mando. La alegría era generalizada. Helmut estaba muy contento, pero no podía olvidar que el trabajo debía seguir.

—Münchhausen, aquí base, felicidades por el alunizaje. Informen de la operación de salida e inicio de actividades científicas en superficie. —Tras veinte segundos.

—Aquí Münchhausen, se inicia la fase de bajada a superficie. El equipo ya está en la zona despresurizada y en este momento se abre la escotilla inferior de salida. Uno a uno van bajando. Primero el doctor Wilhelm Schutz, seguido de los geólogos Bertrand Lindberg y Jochen Wunderlich, en ese orden. —Tras una pausa—. El doctor Schutz ya ha pisado la superficie y comienza a caminar sobre ella. Sus compañeros también empiezan a caminar siguiendo al doctor Schutz. ¡Es un gran momento! —Lindberg sacó una cámara fotográfica Leica eléctrica especial, colocada dentro de una caja de protección, e hizo varias fotos para inmortalizar el momento. Schutz llevaba

algo envuelto en una especie de varilla. Lo desplegó. Era una bandera con la cruz gamada que, ayudado por Wunderlich, clavó en la superficie lunar y desplegó con orgullo. Linberg también inmortalizó el momento.

Dentro de la nave y a través de las pantallas, Berger y su equipo observaban a los exploradores mientras se movían cerca del disco. Hubo un aplauso general cuando la bandera fue desplegada sobre la superficie.

—Aquí Münchhausen, acabamos de desplegar nuestra bandera de combate sobre la Luna. ¡La Luna es nuestra! —De nuevo hubo una enorme alegría en el enclave Dignidad—. El doctor Schutz nos indica que van a observar la zona en un radio de doscientos metros, recogerán algunas muestras de superficie e iniciarán la primera fase de los trabajos. —Tras los segundos de desfase.

—Münchhausen, aquí base. Correcto. Inicien los trabajos previstos. —Schutz y los geólogos analizaron la zona en el perímetro acordado. En una bolsa iban poniendo algunas piedras y polvo lunar. Al cabo de una hora terminaron su revisión de la zona. Wunderlich volvió a la nave y dejó la bolsa. Cogió algunas herramientas para poder hacer los análisis necesarios. Lindberg fue a ayudarle ya que necesitaban montar una pequeña perforadora que debería hacer un taladro que alcanzaría los cien metros de profundidad. Era un modelo eléctrico especial, con una cabeza de carborundum y una pértiga telescópica muy resistente a la abrasión, que permitía extraer un testigo del subsuelo, pudiendo observar las diferentes capas geológicas y nivel de resistencia para los futuros trabajos en el subsuelo. Estas muestras serían extraídas en tres puntos diferentes y equidistantes, dentro de un radio de quinientos metros de la nave.

Mientras los geólogos trabajaban en su área, Schutz instaló una pequeña estación que analizaría la supuesta atmósfera lunar de forma automática. Tardaría un par de horas en analizar la misma y presentar resultados. También se puso a trabajar con un maletín de aluminio que contenía diversos aparatos para la medición de agua a partir de muestras del suelo y subsuelo. El maletín incorporaba cuatro patas desplegadas que lo mantenían como una pequeña mesa ante el usuario y le permitía trabajar cómodamente. Al cabo de una hora la perforadora ya estaba preparada para el primer taladro en el primero de los tres puntos acordados. Era curioso trabajar sin ruido, a pesar de la supuesta atmósfera que indicaban los cálculos terrestres de la doctora Adler.

El taladro comenzó su trabajo y bastante rápido. Lindberg indicaba los metros que iba avanzando. Los minutos pasaban de forma cadenciosa.

—Veinte, cuarenta, sesenta, ochenta, cien, ciento dos metros alcanzados —dijo a sus compañeros. Wunderlich indicó la forma de llevar a cabo el trabajo con las muestras—. Bien, ahora extraeremos el testigo y cogeremos tres muestras a treinta, sesenta y ciento dos metros, de un metro de largo cada una. Será suficiente. —Mientras la pértiga telescópica iba saliendo del suelo, se recogieron las muestras

indicadas. Luego se trasladó todo el equipo de prospección al segundo punto. Lindberg hizo varias fotos del disco desde quinientos metros de distancia. Era soberbio. En la foto también se veía a Schutz trabajando con su maletín. En una de las fotografías, logró encuadrar el disco con la Tierra de fondo. Era un espectáculo increíble, inimaginable.

—Aquí Münchhausen, el trabajo continua según lo previsto. Ya se han logrado perforar dos de las tres áreas previstas y disponemos de los testigos de estratos. Sólo queda un punto por perforar y los análisis del doctor Schutz, sobre la atmósfera y el agua. —La torre contestó a los pocos segundos de desfase.

—Excelente Münchhausen, sigan informando de la situación y terminen los trabajos de superficie. —Los trabajos continuaron a buen ritmo y se cogieron algunas muestras más de piedras y pequeñas rocas esparcidas por la superficie, hasta un total de venticinco kilos. El trabajo de perforación terminó y los testigos fueron acumulados con delicadeza en la nave, en un compartimento inferior, totalmente estanco, diseñado al efecto junto con las rocas y piedras. Schutz recogió las lecturas de la estación atmosférica y procedió a plegar todo el aparato, llevándolo a la nave también. Por último, cerró el maletín con los análisis acabados y que luego vería. Acto seguido, llevó el maletín a otra zona a unos trescientos metros en sentido opuesto y comenzó de nuevo el mismo procedimiento. Mientras tanto, los geólogos observaban a unos seiscientos metros un cráter de unos veinte metros de diámetro y que parecía reciente en términos estrictamente geológicos, pero que podría rondar los dos millones de años. También extrajeron muestras de la corteza para analizar el impacto y el diámetro del meteorito que lo causó.

Desde la nave, Berger y su tripulación observaban con interés cómo se desarrollaban los trabajos en el exterior. El radar no captaba nada anormal, ningún signo de actividad, en un radio de varios kilómetros.

—Parece que no hay selenitas, señor —dijo de forma jocosamente uno de sus pilotos. —Pues no, Johan y es mucho mejor así. —Sonrió Berger—. Imagínate que tuviésemos compañía aquí arriba. Sería una auténtica sorpresa. —Las dos últimas horas previstas de alunizaje pasaron sin más contratiempos. Schutz terminó sus lecturas, cerró el maletín y guardó las patas de soporte. Todos se acercaron caminando al disco. Toda la parte izquierda brillaba con fuerza por la luz que proyectaba la Tierra sobre el satélite. Schutz pensó que aquella nave era la quintaesencia de la tecnología y que él había sido uno de los técnicos en su construcción. Se sentía muy orgulloso por ello. Llegaron hasta la escalerilla.

—Parece que nuestro dibujo de Münchhausen ha desaparecido —comentó Lindberg al subir por la escalerilla.

—Lógico —aseveró Schutz—. Con las presiones y temperaturas que hemos pasado, no podía resistir una simple pintura.

Se introdujeron en la Hygienieraum o cámara de higiene como le llamaban técnicamente y esperaron unos instantes. A los dos minutos una ducha pulverizada de un líquido que contenía agua y un poderoso antiséptico, roció completamente a los tres hombres, limpiando sus trajes de cualquier impureza externa.

—¡Tengo un hambre terrible! —dijo Lindberg, provocando las risas de sus compañeros bajo la fina ducha.

—Y yo quiero cambiarme el pañal... —dijo Wunderlich. De nuevo se escucharon risas. Luego sonó un potente ventilador que procedió a secar los trajes. Tras tres minutos, el ventilador se detuvo y pudieron abrir la compuerta de acceso al interior del disco. Allí fueron felicitados por la tripulación mientras procedían a sacarse los trajes con la ayuda de Berger y sus hombres. Los colgaron en un armario metálico y fueron al excelente cuarto de baño de a bordo, a ponerse el cómodo traje de vuelo.

—Me imagino que querrán descansar doctor Schutz —propuso Berger.

—Sin duda. —Berger señaló la zona de descanso en el piso inferior del disco, donde la tripulación disponía de unas literas.

—De todas formas, Berger, comeremos algo antes. Hemos estado muchas horas ahí fuera y tenemos hambre. —Uno de los tripulantes entregó a los tres expedicionarios unas raciones refrigeradas preparadas especialmente para los vuelos. Ya las habían tomado en el vuelo de ida y eran deliciosas. Había tres menús diferentes, todos frugales pero suficientes para un adulto. Mientras se sentaban en las literas de descanso, dieron buena cuenta de sus raciones.

—¡Esto es otra cosa, amigos! —dijo Lindberg con entusiasmo.

—Aquí Münchhausen, en cuatro minutos iniciamos el despegue y regresamos a la Tierra. Todos los objetivos han sido cumplidos dentro de la planificación prevista. La Luna nos pertenece ¡*Heil Hitler!* —La voz de Berger sonaba vibrante y orgullosa al comunicar el éxito hasta ese momento de la expedición lunar.

—Münchhausen aquí base, correcto. Quedamos en conexión durante el regreso. Buen viaje. ¡*Heil Hitler!*

Capítulo 13

Base Alpha

Segunda mitad de 1944

Los datos aportados por la misión Münchhausen a finales de junio de 1944, permitió un avance extraordinario en la preparación de todo lo necesario para la implantación definitiva de una base alemana estable en la Luna. Los datos habían sido exhaustivos y confirmaban parte de lo calculado previamente desde la Tierra. Por ejemplo, en todo el asunto del agua, los científicos alemanes lograron determinar la presencia de agua en la superficie lunar. No se podía hablar de lagos, mares o incluso charcos. La presencia de agua en la Luna significaba moléculas de agua y oxilidro que interactuaban con moléculas de las rocas y el polvo situado en los últimos milímetros de la superficie. Aunque no se podía determinar con precisión, en el suelo lunar había alrededor de mil partes por millón de moléculas de agua. Schutz ponía el ejemplo práctico para su comprensión, de que si se lograra mover una tonelada superficial de tierra lunar, se podrían obtener aproximadamente novecientos gramos de agua. Sin embargo, los últimos datos indicaban que en los polos lunares sí podrían haber más acuíferos, con cantidades importantes para una colonia terrestre. Una misión ya había sido enviada al polo norte lunar para corroborar los datos.

Los viajes a la Luna con los discos eran ya moneda común e incluso Helmut tuvo la oportunidad de viajar hasta nuestro satélite en uno de los viajes de carga. Se habían totalizado casi doscientos ochenta vuelos desde el de junio y sin ninguna incidencia. Los motores antigravitacionales eran la solución ideal. Todo iba bien excepto la situación en los frentes de batalla de Europa y el Pacífico. Alemania iba siendo acorralada entre dos frentes y la pinza se iba cerrando. Las comunicaciones con el Kammlerstab seguían su curso, pero había mucho peligro en la continuación de los trabajos científicos allí. Sólo la zona de los sudetes seguía casi intacta. El proyecto La Campana había avanzado mucho y tendría que ser la próxima generación de naves espaciales antigravitacionales. También se habían efectuado viajes en el tiempo con diferentes resultados, con el ánimo de cambiar el curso de los acontecimientos pasados. Alemania se debatía como una fiera herida, en la que la calidad de las investigaciones había llegado a unos niveles altísimos. ¿Llegarían a tiempo para detener una posible derrota? Helmut y sus hombres tenían una buena parte de esa respuesta en sus manos.

En cuanto a la posible atmósfera lunar, los datos aportados por los análisis de Schutz, indicaban que efectivamente había una atmósfera, pero con algunas diferencias con respecto a la terrestre. Lo que sería la troposfera lunar es decir, la capa de aire que en la Tierra usamos para respirar, los valores eran 64,43 por ciento

nitrógeno (en la Tierra 78,08 por ciento), 31,03 por ciento de oxígeno (en la Tierra 20,94 por ciento), el resto 4,54 por ciento era una mezcla variada de diferentes elementos como dióxido de carbono y gases inertes como el argón y el neón. Eran los componentes de la atmósfera terrestre, pero en porcentajes diferentes. Era evidente, que por el momento habría que utilizar trajes espaciales hasta que aprovechando esa base atmosférica, fuese utilizada y modificada técnicamente para su aprovechamiento en toda la instalación una vez acabada. Esta circunstancia ayudaba y facilitaba mucho la posibilidad de una base fija.

Todo el trabajo de subsuelo ya estaba hecho y se comenzaban a instalar ya los cimientos de los paneles para las paredes modulares que deberían configurar la base en el exterior. Era un trabajo relativamente fácil y rápido. Todo había sido calculado y preparado en la Tierra, con lo que se trataba de seguir el patrón-guía. Las tuneladoras eléctricas descansaban sobre la superficie, cerca de los trabajos de la unidad central de la base, tras haber efectuado túneles en una distancia total de casi veinte kilómetros. El edificio central de la base era cilíndrico, de unos cinco pisos y rematado por una cúpula transparente. De este edificio salían cuatro brazos encarados hacia los cuatro puntos cardinales de la Luna. Cada uno de estos brazos contenía diferentes laboratorios que se dedicaban a distintas áreas de investigación. Uno de ellos, el encarado hacia el norte, era un inmensa granja climatizada en la cual se cultivaba todo tipo de alimento vegetal y animales de granja, perfectamente cuidados.

Toda la fuente de energía estaba situada en la zona subterránea y estaba basada en las investigaciones sobre La Campana, que permitía una fuente inagotable. Toda la población estimada de la base entre militares, científicos, técnicos y personal de administración y mantenimiento estaba ya en plena operación de acomodación y aclimatación. Sin duda había sido un trabajo titánico Tierra-Luna-Tierra. Los discos habían sido la solución y sus tripulaciones estaban realizando un esfuerzo formidable, al límite de la extenuación.

Uno de los pilotos destacados era Noemí Nadel, la viuda de August Stukenbrok, que se había convertido en una excelente comandante de disco. Se había presentado voluntaria tras el desmantelamiento de la Kolonie Waldner 555 y a Helmut le pareció una propuesta excelente. Había sido admitida sin problemas y cumplimentando todas las pruebas. La tristeza por la muerte de su marido la estaba superando con una entrega fanática en la consecución del proyecto lunar. Era el piloto con más viajes de ida y vuelta con carga diversa y su experiencia iba aumentando día a día. No se cansaba jamás y siempre estaba dispuesta a ayudar a sus compañeros en los trabajos más duros y en horas de vuelo. Berger, su superior directo, confiaba en ella plenamente. Había recibido del general Kammler en persona la cruz de hierro con hojas de roble y su *Totenkopfring* en Praga que, emocionada, se puso en presencia de Helmut y Schutz. Era una mujer extraordinaria. Llevaba con orgullo su distintivo de

las tripulaciones de los discos. Por ahora era la única mujer, pero ya había otras candidatas para ser pilotos también.

El viaje iba a ser difícil y con más carga que nunca.

—Nunca lo hemos probado con tanta carga, Noemí. No vale la pena, podemos hacerlo en tres viajes como máximo, y tú lo sabes —dijo Berger con firmeza.

—Sí lo sé —contestó Noemí—. Pero tú también sabes igual que yo que podemos ganar casi una semana. Y eso ahora es mucho tiempo... —Berger sabía que Noemí no cedería fácilmente.

—Bien, de acuerdo —concedió Berger—. Pero quiero que descanses cuando llegues allí, Noemí. Llevas ya varios viajes en muy poco tiempo y puede afectarte. Necesitas descansar, lo veo. Pásale el mando a tu segundo, Michael Greis, y que él vuelva con el disco. Ya bajarás en otro viaje. Si quieres, puedes descansar con tu tripulación en la base y bajar un día después. Tú misma. No hay problema. —Noemí aceptó a regañadientes la orden de Berger.

El disco de Noemí, llamado August, estaba preparado para el vuelo. Su tripulación ya se hallaba en los controles y a punto. También habían tenido varios vuelos seguidos, con poco descanso, pero su juventud y sus energías sobrepasaban el agotamiento. La nave se puso en marcha con todo el cargamento de paneles que faltaba. De hecho era el último vuelo con las mismas. En la base terrestre había todavía paneles, pero eran de recambio y no habían hecho falta. En el futuro se llevarían para almacenarlos en la Luna. Berger se hallaba en la torre de mando, observando el despegue de Noemí. El disco ya flotaba e iniciaba la salida hacia el exterior.

—Aquí August, todo en orden e iniciando vuelo.

—Bien August. Proceda a salir. Buen viaje. —El disco salió sobre el precipicio sin problemas como tantas otras veces. El motor no mostraba ningún signo de desfallecimiento o esfuerzo por el sobrepeso y fácilmente inició el ascenso con energía. El viaje transcurrió sin nada reseñable, hasta que se situó en la órbita lunar.

Noemí había descansado unas horas y se sentía fresca de nuevo. Quiso saber las últimas incidencias durante el vuelo.

—Nada en especial, Noemí —le dijo Michael Greis, mientras le entregaba el parte. Noemí miró los datos. Su figura se recortaba sobre las pantallas, teniendo de fondo la superficie lunar. Era una imagen muy sugerente. Se sentó y se ajustó el cinturón de seguridad. Quedaban ya pocos minutos para el alunizaje y se iniciaba la aproximación.

—El radar detecta un meteorito que viene en nuestra dirección. ¡Colisión en veintisiete segundos! —dijo de repente uno de los navegantes, mirando su pantalla con ansiedad.

—Maniobra de evasión a estribor Michael. ¡Rápido! —ordenó Noemí con

determinación.

—¡Estamos muy cerca de la superficie, Noemí! —dijo con voz entrecortada Michael.

—¡¡No tenemos otra opción!! —gritó Noemí—. ¡Ahora! —El disco viró bruscamente evitando el choque pero la carga, rompiendo sus anclajes de fijación por la brusca maniobra, se desplazó totalmente hacia atrás, modificando brutalmente el giróscopo de la nave y por lo tanto su equilibrio. Los pilotos no pudieron controlar la estabilidad del disco por el cambio brusco de pesos, que hicieron que la nave perdiera altura totalmente fuera de control y a gran velocidad. Noemí fue consciente de la insalvable situación. Tomó con fuerza el colgante con la foto de August que siempre llevaba con ella, lo besó y lo apretó contra su pecho. El disco se estrelló con violencia en los Montes Haemus al norte del mar de la Tranquilidad y al sur del mar de la Serenidad, muriendo toda la tripulación.

Fueron enterrados en el primer cementerio lunar junto a la base Alpha, en una ceremonia muy emotiva. El *Totenkopfring* de Noemí fue recuperado y enviado al castillo de Wewelsburg para ser guardado junto a los de otros SS caídos en acción.

La base Alpha fue puesta en marcha el cuatro de enero de 1945. A partir de ese momento, su nombre para todos fue base Noemí.

Helmut Langert murió en 1957, tras ver que su proyecto había sido un éxito y está enterrado en Brasil por decisión propia.

Wilhelm Schutz, murió en 1966 poco antes de ver como los Estados Unidos ponían en marcha su proyecto Apolo y el primer alunizaje. Está enterrado en el cementerio lunar por decisión propia.

Epílogo I

El encuentro

Segunda mitad de 1969

—Houston: ¿Qué es, diablos, qué es? ¡Es lo único que quiero saber!

—Apolo 11: ¡Oh, Dios, nadie lo va a creer! —Un agitado *Buzz Aldrin* trataba de explicar a Houston lo que tenían frente a ellos en la Luna—: ¡Señor, estas cosas son enormes! ¡Enormes! ¡Dios mío, usted no lo creería! Le digo que hay otras naves espaciales allá afuera, ¡enfiladas en el lado opuesto del cráter! ¡Están en la Luna, vigilándonos!

—Houston: ¿Qué... qué... qué diablos está ocurriendo allí? ¿Qué os pasa, chicos?

—Apolo 11: Están allí, bajo la superficie.

—Houston: ¿Qué hay allí? (Interferencias, ruido) Control llamando a Apolo 11.

—Apolo 11: Roger, estamos aquí los tres, pero vimos unos visitantes. Estuvieron aquí un rato, observando los instrumentos.

—Apolo 11: Roger... Roger... —con la voz más calmada—. Estamos aquí bien, pero hemos descubierto algunos visitantes. Sí, han estado aquí durante cierto tiempo, a juzgar por sus instalaciones.

—Houston: Orden de control: ¡Repetid el último informe!

—Apolo 11: Digo que había visitantes y otras astronaves. Están alineadas en el otro borde del cráter.

—Houston: ¡Repetid, repetid!

—Apolo 11: Dejados sondear esta órbita y a casa... De seiscientos veinticinco al cinco... Relé automático conectado... Mis manos tiemblan tan fuertemente que no puedo hacer nada. ¿Filmar? Cielos, sí, esas malditas cámaras han filmado.

—Houston: ¿Habéis captado algo?

—Apolo 11: No tenía ninguna película a mano (ruidos), tres disparos de los platillos o de lo que fuera pueden haber estropeado la película.

—Houston: Control de mando, aquí, control de mando. ¿Estáis ya en camino? ¿Qué hay con ese jaleo de los ovnis? Cambio.

—Apolo 11: Han aterrizado ahí. Están en la Luna y nos observan.

—Houston: Los espejos, los espejos. ¿Los habéis colocado?

—Apolo 11: Sí los espejos están en su sitio. Pero quien haya fabricado semejantes astronaves puede seguramente venir y quitarlos mañana mismo del suelo. Cambio y fuera.

El físico y profesor de matemáticas ruso, el doctor Vladimir Azhazha, dijo que este extraordinario encuentro ocurrió poco después de que alunizara el módulo lunar,

pero que el público nunca pudo escuchar el informe de los astronautas porque la NASA lo prohibió. Según el mismo doctor Vladimir Azhazha:

«Neil Armstrong transmitió al Centro de Control un mensaje de que dos objetos grandes y misteriosos los observaban cuando alunizaron. Pero este mensaje nunca fue oído por el público, ya que la NASA lo censuró».

El doctor Aleksandr Kasantsev afirma que Aldrin hizo una grabación en color de los OVNIS desde el interior del módulo.

Maurice Chatelain, un especialista en comunicaciones de la NASA, comentó que «el encuentro con ovnis era perfectamente conocido en la NASA» y que «todas las misiones Apolo habían sido seguidas por ovnis». De hecho y confirmando las palabras de este investigador francés, no se sabe si fue precisamente aquel objeto no identificado, que vieron y fotografiaron los astronautas cerca de la Tierra, el que «escortó» al Apolo 11 hasta las proximidades del satélite. A través de «fuentes no oficiales» de la NASA se supo poco después del histórico vuelo que un ovni había seguido a los tres astronautas norteamericanos hasta la «mitad del camino» entre la Tierra y la Luna. Es decir, hasta unos ciento cincuenta mil kilómetros de nuestro mundo. Cuando la nave Apolo llegó a las proximidades de nuestro satélite natural, otros objetos no identificados parecían «esperarles». En un principio, los tripulantes pensaron que se trataba de los restos de un cohete Saturno y lo consultaron con Houston. Pero no...

Houston informó que el sobrealimentador del Saturno IV en cuestión estaba a unas seis mil millas de distancia. A la vista aparentaba una forma de L, «como una maleta abierta». Así lo describió Neil Armstrong. Quedaron impresionados por el tamaño y su distancia tan cercana a su propia nave espacial. La tripulación miró nuevamente. Con él pero ahora el objeto presentaba una imagen diferente: a veces parecía cilíndrico o, según Armstrong, «como dos cilindros huecos». Cuando se dio la vuelta, se podía ver a través del interior. De nuevo el objeto tomó otra vez la imagen de un «libro abierto». Collins resumió el incidente: «Era realmente extraño». El hecho se mantiene sin explicación.

Esto nos sugiere que la NASA no está dispuesta a admitir ante el mundo que sus astronautas habían sido vigilados de cerca por ovnis, y menos todavía por ovnis del Tercer Reich, y según ciertos autores escenificaron las fotografías en la Tierra para que el público no se asustase con lo que sucedía realmente en el espacio. En un documental de televisión que analizaba la dudas en torno al primer alunizaje, se mencionaba que esta escenificación tuvo lugar en algún estudio de cine de Londres y que se puso al frente de la misma al director Stanley Kubrick, razón por la cual Stanley vivió obsesionado con el temor de ser asesinado por la CIA por todo cuanto sabía...

Una de las más extrañas preguntas sobre la Luna es por qué la NASA no ha enviado más astronautas desde las misiones Apolo y por qué no tiene intención de hacerlo hasta el 2018. Ellos aducen que es ahora Marte el astro que les interesa, pero si damos crédito a las informaciones sobre bases permanentes de los Reichsdeutschen en la Luna, tendremos de inmediato la respuesta... Las actuales misiones de la NASA a Marte tienen como objeto tantear las fuerzas alemanas establecidas allí. Y hay que destacar que son muy sospechosos los repetidos fracasos, pérdida de sondas y la inexplicable «mala suerte» de la NASA en estas misiones marcianas...

Los estudiosos del fenómeno ovni aseguran que los astronautas que «hablaron demasiado» sobre lo que descubrieron en la Luna pronto fueron dados de baja y tuvieron que abandonar el servicio activo, como en el caso de Gordon Cooper, que después de haber integrado el equipo del proyecto Mercury y tripulado este en 1963 y el Géminis 5 en 1968, no fue enviado con destino a la Luna en el Apolo... Poco después se declaró abierto partidario de la existencia de ovnis.

La NASA no ha revelado la existencia de los ovnis del Reich ni siquiera a sus propios astronautas, que nunca fueron prevenidos y tuvieron que enfrentarse súbitamente a la sorpresa de encontrarse de golpe con esas astronaves durante sus misiones en el espacio, poniendo sus vidas en peligro, pues un astronauta con pánico comete errores. Muy posiblemente, la NASA ha hecho creer a sus propios astronautas que esas astronaves pertenecen a «civilizaciones extraterrestres», ni los propios astronautas conocen la verdad sobre su origen terrestre. Es por ello que a menudo los astronautas hablan de «vida extraterrestre», porque es lo que la NASA ha querido que crean, o porque colaboran conscientemente con la campaña de desinformación.

Podemos suponer que es muy probable que los ovnis se hayan acercado tanto a los trasbordadores y a los astronautas que estos hayan visto esvásticas y cruces balcánicas en los ovnis. Hasta la fecha, ningún astronauta ha declarado esto ni ha hablado de «ovnis del Tercer Reich». Si lo hiciera, sabe que sería eliminado. Además, los astronautas son adoctrinados en la idea de que la existencia de los ovnis y todo lo que ellos han visto durante sus misiones debe permanecer bajo secreto por bien de la seguridad nacional y para evitar el pánico en la Tierra.

La NASA siempre ha dicho que lo encontrado en la Luna por las expediciones no tiene ningún secreto, sin embargo, el doctor Farduk Elbaz, uno de los más prominentes científicos de la NASA, admitió: «No todo lo descubierto se ha anunciado». Añadió también que se utilizó un «código secreto» en las conversaciones entre los astronautas y la base de control de la Tierra. ¿Es que había algo que ocultar?

El científico Maurice Chatelain, que estuvo a cargo del equipo de comunicaciones del Apolo, declaró que: «Todas las naves Apolo y Géminis fueron seguidas por vehículos espaciales que no pertenecen a este planeta. Siempre que esto ocurre los astronautas informan al centro de control y desde allí se les ordena silencio absoluto».

Añadió además que: «Los astronautas del Apolo XI no sólo escucharon ruidos extraños en la radio cuando se acercaban a la Luna, sino que se encontraron con un comité de bienvenida: dos ovnis que contemplaban el alunizaje». Más que «contemplaban» habría que decir «vigilaban»...

Fred Bell, otro científico que trabajó para la NASA dice: «Los astronautas han guardado silencio sobre sus encuentros con ovnis porque están entrenados para creer que es una cuestión de seguridad nacional». Además el doctor Bell aseguró haber visto fotografías de ovnis tomadas por los astronautas. Aseguró que el proyecto Apolo fue interrumpido abruptamente debido a que se habían encontrado «demasiadas cosas allá afuera», tomando seguramente muy en serio la prohibición del Reich de volver allí.

El ex astronauta John Glenn, posteriormente senador de los EE. UU., hizo importantes declaraciones para un programa radiofónico, sin saber que estaba siendo grabado: «Sabemos perfectamente lo que vimos allí afuera, pero no podemos contar nada». Además agregó lo siguiente: «Nunca conoceremos la verdadera respuesta... Aún así, vimos cosas allá fuera, cosas extrañas...».

El escritor Richard Dolan, autor del excelente *UFO's and the National Security State: Chronology of a Cover-up 1941-1973* sugiere que una «civilización disidente» ha existido desde la segunda guerra mundial, refiriéndose al sempiterno rumor, expresado abiertamente por otro investigador, Richard Hoagland, de que nuestra Luna está ocupada por una «civilización nazi de postguerra, ansiosa por volver a su mundo de origen».

Algo que corrobora lo que dice el escritor Dolan, es la experiencia que explica el sargento Karl Wolfe de la Fuerza Aérea de los EE. UU., aún no puede creer una experiencia que tuvo mientras trabajaba como técnico fotográfico militar durante la década de los sesenta. Un buen día recibió órdenes de sus superiores para personarse en la base aérea Langley, donde se había recibido la información visual obtenida por la sonda lunar Orbiter. Recogiendo sus instrumentos, Wolfe se desplazó hasta la base Langley, donde unos oficiales le llevaron a un hangar que contenía el laboratorio fotográfico de la base. El local estaba vacío salvo por otro militar de bajo rango encargado de procesar el material fotográfico: negativos de treinta y cinco milímetros que eran convertidos a su vez en mosaicos de dieciocho pulgadas. Cada tira de negativos correspondía a una pasada de la sonda sobre la superficie lunar.

Resultaba que el dispositivo utilizado para procesar imágenes estaba averiado, y el sargento Wolfe y su escolta se sentaron a esperar a que les trajesen otro. Súbitamente, el otro militar le dijo a Wolfe: «Por cierto, hemos descubierto una base en la cara oculta de la Luna». El sargento no ocultó su sorpresa, preguntando enseguida a quien pertenecía la base, ya que faltarían varios años para que el programa Apolo iniciase sus exploraciones. No cabía duda, para Wolfe, que una de

las potencias rivales —la URSS o la siempre enigmática China— había llegado primero.

«En ese momento», confiesa Wolfe en la grabación hecha para el Disclosure Project, «llegué a sentir miedo. Si alguien hubiese llegado a entrar en el laboratorio, sabía que estaríamos en peligro por haber hablado sobre esta información». Pero no apareció nadie, y para su mayor sorpresa, el técnico fotográfico de la base Langley le mostró uno de los foto mosaicos que presentaba una base artificial en nuestro satélite, con figuras geométricas, torres, construcciones esféricas de gran altura y estructuras parecidas a platos de radar, pero de proporciones colosales. «Algunas de ellas», apunta Wolfe, «tenían unas dimensiones que superaban la media milla».

Las misteriosas estructuras lunares parecían tener un revestimiento reflejante, mientras que otras guardaban cierto parecido con las torres de refrigeración de las centrales nucleares. Tan reveladora era la información visual que Wolfe llegó al punto de no querer ver nada más, sabiendo bien que peligraba su vida. «Me hubiera encantado seguir mirando, y haber hecho copias», admite el sargento, «pero sabía que era un riesgo enorme, y que el joven que me había enseñado los foto mosaicos estaba excediendo su autoridad al mostrármelos».

La singular experiencia del sargento Wolfe recibió cierta corroboración por parte de Larry Warren, el controvertido testigo principal del célebre incidente ovni en la base angloestadounidense de Bentwaters en el Reino Unido. Después de su experiencia, la cúpula militar llevó a Warren y a otros soldados a un cuarto de proyección donde se les enseñó un rodaje extraordinario: tomas de la superficie lunar que permitían ver estructuras cuadradas de color arenoso, y en primer plano, el coche lunar Rover utilizado por los astronautas, que podían ser vistos apuntando hacia las estructuras.

En fechas recientes, el analista fotográfico Ron Stewart ha publicado un informe que lleva por título *Apollo 11: What Was Discovered?* (*Apolo 11: ¿Qué Descubrieron?*) disponible de forma gratuita en <http://exopolitics.blogs.com/files/newest-apollo-11-what-was-discovered-part-1-pdf.pdf>. Utilizando un nuevo proceso de análisis fotográfico denominado APEP —Advanced Photo Extraction Process, o proceso avanzado de extracción fotográfica— Stewart y su colega Ron Nussbeck afirman haber localizado una base no humana en la superficie lunar, justo en el horizonte de la famosa fotografía *Earthrise* que muestra la Tierra sobre el horizonte lunar. El informe presenta las fotos y los distintos análisis, que sugieren, para los analistas, la presencia de seres extrahumanos y sus naves, con aumentos muy sugerentes.

Pero existe un problema. Lejos de ser naves futuristas que asociaríamos con una tecnología avanzada, las fotos de las «naves» tienen rasgos netamente terrestres —tanques, tubos y toberas que asociaríamos con nuestros propios programas espaciales,

o con las naves que se nos han presentado en muchas series de televisión o películas del espacio. Lejos de echar por tierra la labor realizada por estos investigadores, el aspecto familiar de esta tecnología nos lleva a pensar en la descabellada posibilidad, a primera vista, de que Dolan y Hoagland están en lo cierto. Cualquier tecnología nazi en nuestro satélite compartiría rasgos comunes con los artefactos diseñados por Werner Von Braun para el proyecto Apolo.

Tal vez resulte más fácil creer en seres extraterrestres, que en una posibilidad que ha servido de argumento para demasiadas películas y series: la supervivencia del Reich en alguna parte del mundo, o en algún otro. En los noventa se escribió hasta la saciedad sobre los *Haunebu* —platillos voladores desarrollados por los alemanes— y en esta década el escritor Joseph Farrell ha presentado las bases tecnológicas sobre las que pueden edificarse una serie de conjeturas que permiten una tenue creencia en el asunto.

En un artículo titulado *¿Ovnis, nazis y la Luna?* que abordaba los comentarios vertidos por Richard Hoagland en el programa radial *Coast to Coast AM* sobre la espiral noruega como una declaración del poderío de la civilización disidente que refiere el historiador Dolan en sus textos. Uniendo estas reflexiones con lo que hemos aprendido en las obras de Joseph Farrell, tenemos suficientes elementos de juicio como para pensar que algo sumamente raro está sucediendo no sólo en la Luna, sino más cerca de lo que imaginamos.

Con este último comentario estoy haciendo referencia a las teorías de otro investigador poco conocido en los círculos ovnis: Richard Ross, renombrado dibujante de estructuras mecánicas y de artefactos exóticos, interesado en la posibilidad de que el legendario «chupacabras» de la selva amazónica, que causó estragos en ciertas comunidades ribereñas a finales de la década de los setenta, era una plataforma voladora que proyectaba haces de microondas creados por la empresa alemana Siemens. Tamaña afirmación requería evidencia que nadie podía ofrecer, pero nos hace pensar en la posibilidad de que gran parte del fenómeno ovni parece desenvolverse en una especie de zona intermedia entre posibilidades opuestas —el origen extraterrestre y el origen puramente mundano es decir, ovnis como producto del conflicto entre las grandes potencias durante la Segunda Guerra Mundial. Esta zona intermedia incluiría la civilización disidente conjeturada por Richard Dolan y el programa espacial adversario conjurado por Richard Hoagland. Objetos lo suficientemente exóticos como para ser percibidos como ajenos a nuestro mundo, y sin embargo, muy familiares en cuestiones de tecnología.

En una entrevista a Joseph Farrell realizada por Tim Ventura para la revista *American Antigravity* el veinte de marzo del 2007 (<http://www.scribd.com/doc/24690815/Joseph-Farrell-Interview-Secrets-of-the-Nazi-Bell>), el entrevistador hace una pregunta inquietante, que reproducimos aquí

textualmente:

Ahora bien, en cuanto a conspiraciones, la parte que me molesta es que ni EE. UU. ni los rusos parecen tener esta tecnología. Así que, si efectivamente está sucediendo algo, ¿donde está, quién la tiene, y por qué no se ha informado al público? ¿Tal vez esto tenga que ver con el paradero de Hans Kammler después de la guerra?

A lo que Farrell responde:

Bueno, ya he contestado esto en cierto modo. Si mis especulaciones sobre Kecksburg (el supuesto estrellamiento ovni en Pensilvania, EE. UU. en 1965) son correctas, algo como La Campana ya estaba en manos estadounidenses en 1965, si es que no lo estaba a finales de la guerra. Pero como dije anteriormente, me inclino a pensar que La Campana sencillamente desapareció en el laberinto de la investigación nazi de posguerra realizada en lugares como Sudamérica bajo la supervisión nominal de gobiernos amigables a los nazis, como la Argentina de Perón o posteriormente, Chile bajo Pinochet. Las conexiones de los nazis, y su influencia en los cárteles latinoamericanos del narcotráfico, representarían una fuente casi inagotable de fondos, a la vez que se cumplía un objetivo estratégico: debilitar a un antiguo enemigo, EE. UU. El motivo que me lleva a pensar en el desarrollo independiente y constante por los nazis en cuanto a La Campana es, como dice usted, el hecho de que su tecnología y ciencia parecen haber desaparecido del todo.

La Campana a la que se refiere Farrell es el tema de su libro *Brotherhood of the Bell* —un dispositivo alemán en forma de campana, alimentado por el famoso IRR Xerum 525. Hans Kammler era el general de la SS encargado de supervisar este proyecto secreto en Polonia. Las declaraciones del investigador son aún más inquietantes en lo tocante a la relación de la tecnología nazi y la Luna, expresando lo siguiente sobre el doctor Kurt Debus, uno de los integrantes del equipo diseñador del cohete V-2 y posteriormente director de lanzamientos para la NASA:

Aparte de la forma en que se quiera expresar esta especulación, Debus es interesante porque acaba como administrador principal en uno de los centros de vuelo de la NASA durante el proyecto Apolo, ¡y especialidad no tenía que ver en absoluto con cohetes!

Sugiero en este libro que esto se debe a que pudo haber existido una tecnología oculta o alternativa en el Módulo de Excursión Lunar, que nos

ayudó a despegar de la superficie lunar. No puedo ver señas de que dicho despegue se haya realizado mediante cohetes en esas películas que muestran el despegue del LEM, y la aceleración no parece lo suficientemente geométrica como para ser un cohete. El artefacto sencillamente «salta» y sale volando a una velocidad más o menos uniforme, así que dada la ausencia de la «firma geométrica» de la aceleración de un cohete, podemos estar enfrentando una tecnología alternativa, una tecnología de propulsión de campo, que nos ayudó a despegar de la Luna.

¿Una tecnología que contribuyó al despegue del LEM en cada misión desde 1969 a 1972, que posiblemente también era utilizada por la civilización disidente desde mucho antes? No nos queda más remedio que seguir haciendo conjeturas...

Algunas preguntas interesantes:

1. ¿Por qué hubo diez misiones antes del Apolo XI que estaban preparadas para el alunizaje? ¿Por qué no alunizaron? ¿Qué esperaban? ¿Con qué tenían que coincidir?
2. ¿Por qué la sonda no tripulada Surveyor 3 aterrizó en 1967, antes que el Apolo XI, exactamente el veinte de abril? Es la fecha del cumpleaños de Hitler.
3. ¿Por qué se eligió la fecha del veinte julio para el alunizaje? Es la fecha del atentado a Hitler en Rastenburg.
4. ¿Por qué la frase del alunizaje del Apolo XI fue «Ha llegado el águila»? Y así también se llamaba el módulo.
5. ¿Por qué Aldrin llevaba un estandarte masónico que desplegó en la Luna con el símbolo de un águila de dos cabezas?
6. ¿Por qué el Apolo XVI fue retrasado en su alunizaje por un supuesto problema en su SPS, hasta que se resolvió milagrosamente y pudo alunizar precisamente el veinte de abril? De nuevo, la fecha del cumpleaños de Hitler.
7. ¿Por qué la jefatura de la NASA estaba dividida en tres grandes corrientes de poder dentro de la agencia espacial? ¿Influyeron con sus ideas en los desarrollos?

Masones: James Webb, administrador en Washington DC y Kenneth S. Klienkecht, director de los proyectos Mercurio, Géminis y Apolo.

Nazis: Humbertus Strughold, director de Medicina Espacial en la NACA (precursora de la NASA), Werner Von Braun, director del Centro de Vuelo Espacial en Huntsville, Alabama y Kurt Debus, director del Centro Espacial Johnson, Cabo Cañaveral, Florida.

Magos: Theodore von Karman, director de Galcit/JPL y Jack Parsons, JPL.

8. ¿Sigue esta estructura, con otras personas, vigente?
9. ¿Por qué no se ha vuelto a la Luna? Es un viaje de tres días.

10. ¿Por qué en la base naval de Coronado, en las afueras de San Diego, California, hay un edificio con la forma de una cruz gamada? Se puede ver en Google Earth.



Epílogo II

Los Ángeles y Washington

1942 y 1952 respectivamente

La Batalla de los Ángeles

La llamada Batalla de Los Ángeles fue un avistamiento y batalla nocturna entre la noche del veinticuatro de febrero y el alba del veinticinco, de 1942, en el que los miles de testigos presentes dijeron haber visto varios objetos voladores discoidales sobre la ciudad y su extraradio. Este avistamiento provocó una masiva barrera de artillería antiaérea, para defender la ciudad de un posible ataque de esas naves desconocidas.

Este incidente ocurrió tres meses después de la entrada de los EE. UU. en la Segunda Guerra Mundial.

Antes de este combate antiaéreo, el veintitres de febrero de ese mismo año, a las 19:15 exactamente, un submarino japonés disparó con su cañón de a bordo contra la refinera de Ellwood, a unos dieciocho kilómetros de Santa Bárbara, California. Según los testigos, el submarino disparó entre dieciséis y veinte proyectiles y tres alcanzaron su objetivo. Afortunadamente para los americanos el ataque no tuvo consecuencias serias para la instalación. Menos de treinta y dos horas después y de improviso apareció un enorme objeto volador discoidal que, desde el océano Pacífico, seguía una trayectoria que iba del sur al este, marcando una curva pronunciada y volando a ras del mar. El objeto a muy alta velocidad iba rozando la superficie.





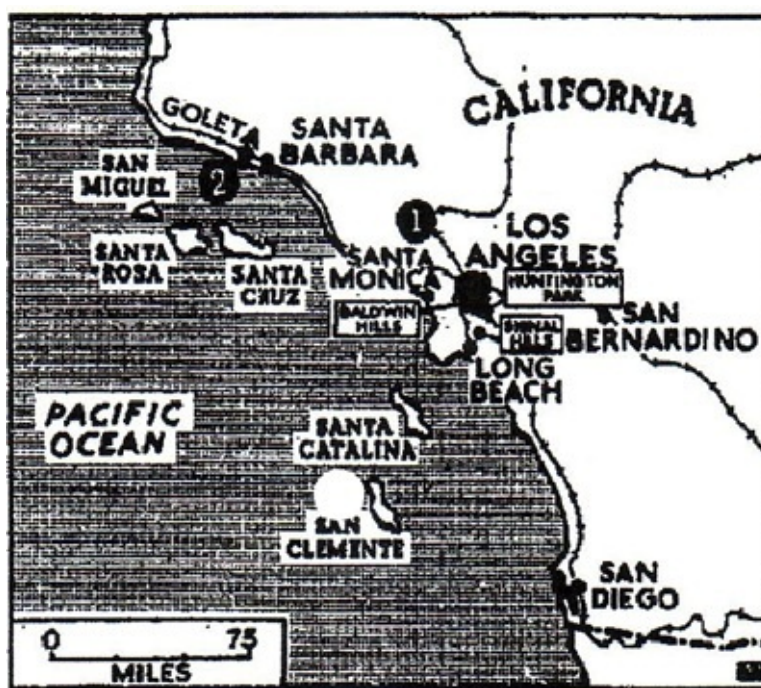
Seguramente captando los rudimentarios sistemas de radar costeros, el objeto redujo su velocidad hasta los ochenta kilómetros por hora y viró hacia tierra adentro en algún punto cerca de Point Dume. Los atribulados testigos de la extraña aeronave vieron como enfilaba una zona poco poblada en la parte norte de Santa Mónica con dirección este. Luego viró hacia el sur en el espacio entre las montañas alrededor de Sepúlveda Boulevard y Mullholland Drive, viniendo desde atrás de las posiciones de las baterías antiaéreas y cualquier sistema de radar o localización, orientados hacia el océano Pacífico.

En un vuelo sobre las montañas de Santa Mónica, el objeto viró ligeramente hacia el este, sobre la vertical de Baldwin Hills. Parecía querer evitar los antiaéreos y armamento de la base de Mines Field. El objeto viró hacia el oeste en dirección al océano y pasando sobre la fábrica de aviones situada cerca de El Segundo, perdiendo altitud en dirección sur a lo largo de la costa. Poco antes, mientras la nave desconocida continuaba en su aparente aproximación a la ciudad de Los Ángeles para desaparecer tras las montañas, el sistema de defensa aérea se puso en marcha teniendo en mente el reciente ataque japonés a la refinería. Se ordenó que las baterías pasasen a alerta verde, es decir, listas para disparar. A las 2:15 de la madrugada y con la posición del objeto volador no muy clara, el controlador de fuego ordenó disparar en un área a oscuras totalmente que cubría la región de Los Ángeles hasta la frontera mexicana y tierra adentro hasta el valle de San Joaquín.

A las 3:06 y por motivos no aclarados, al menos cuatro de las baterías del área de Santa Mónica giraron sus cañones hacia tierra adentro y comenzaron a disparar sobre la ciudad de Los Ángeles y Baldwin Hills. De repente, según los testigos e informes,

«el cielo de Los Ángeles parecía un volcán en erupción». Durante las siguientes tres horas todo fue confusión, con informes de diferentes tipos de naves a diferentes alturas y a diferentes altas velocidades... De todas maneras, fuese lo que fuese o donde estuviese, el objeto u objetos no dejaron caer ninguna bomba, ni nadie resultó herido por ellas. También, a pesar del hecho de que se dispararon 1.440 proyectiles antiaéreos contra los que «había allí arriba», parece que al extraño visitante no le afectó, logrando desaparecer sin problemas.

Mientras las baterías y focos antiaéreos continuaban su búsqueda en la noche oscura, los vecinos de los casi sesenta kilómetros de costa desde Malibú a Palos Verdes no podían hacer otra cosa que contemplar el espectáculo. Un testigo que había visto el Graf Zeppelin aterrizar en la base de Mines Field en 1929 e incluso acercarse a él, dijo que el objeto que pasó por allí esa noche era igual o incluso más grande que el zeppelin.



WHERE ANTI-AIRCRAFT GUNS OPENED UP—Map spots areas (1) about Los Angeles where anti-aircraft guns opened up and searchlights sought out either a plane or a blimp. The object moved down the coast from Santa Monica and disappeared south of the Signal Hill oil fields. All of Southern California was blacked out. At Goleta (2) a submarine previously had fired 23 shells into an oil field.

The Galveston Daily News, 26 de febrero de 1942

Oleada sobre Washington

Parece que la aparición de ovnis o naves discoidales siempre se limita a zonas desérticas o poco habitadas. Eso no es cierto y así lo prueban las dos oleadas sobre Washington DC y concretamente sobre el Capitolio, la Casa Blanca y el Pentágono.

Estas oleadas fueron el diecinueve y veinte de julio (fecha del atentado contra Hitler y de varias misiones lunares), y la segunda el veintiséis y veintisiete del mismo mes del año 1952. Los avistamientos fueron confirmados por radares en tierra y en aviones e informes visuales de los pilotos y también por gran cantidad de fotografías que se realizaron. Los datos irrefutables de los radares confirmaron que las naves discoidales también sobrevolaron el aeropuerto nacional de Washington y la base aérea de Andrews.

Los militares se vieron en serios apuros para explicar qué estaba sucediendo sobre su propio espacio aéreo. Los puntos en los radares pasaban de los casi doscientos kilómetros por hora a ¡casi doce mil! La capacidad de vuelo de las naves discoidales sobre Washington estaba más allá de las capacidades técnicas de los aviones de la época.

El Mando Aéreo de Defensa de la Fuerza Aérea recibió la primera notificación de lo que ocurría desde la base de Andrews. Inmediatamente, varios cazas nocturnos F-94 recibieron la orden de salir al encuentro de los intrusos, con la orden de alcanzar y verificar de qué se trataba lo que mostraban los radares militares. Pero la pista estaba siendo reparada y eso retrasó la salida de los aviones. Cuando pudieron despegar, las naves intrusas habían desaparecido, pero cuando regresaban a la base las naves volvieron como queriendo probar los sistemas de defensa. Durante horas los cazas trataron de alcanzar a las evasivas naves sin éxito. Los pilotos podían ver las luces cerca, pero cuando trataban de aproximarse estas se desvanecían. Incluso en las persecuciones aéreas que algún piloto consiguió, los aviones eran superados sin problemas por las extrañas naves.

Tras esta primera oleada, la semana pasó de forma tranquila y sin incidentes, pero el veintiséis de julio regresaron. De nuevo hubo múltiples confirmaciones de avistamientos por radar y de nuevo los F-94 fueron enviados a ver de qué se trataba. Pero los pilotos se volvieron a frustrar ante su incapacidad frente a las naves intrusas. Esta frustración quedó reflejada en el comentario por radio de uno de los pilotos con la base: «Han rodeado mi avión, ¿Qué debo hacer?».

La importancia de lo que pasó queda reflejada en que la Fuerza Aérea tuvo que llevar a cabo una conferencia de prensa el día veintinueve de julio. El público tenía derecho a una explicación de por qué su fuerza aérea no pudo prevenir y manejar con éxito una situación así. El Mayor John A. Samford dio la rueda de prensa. La respuesta estuvo por debajo de lo esperado: fue una «inversión de la temperatura» por la cual las luces de tierra se reflejan en las nubes y creaban ilusiones ópticas. Los cazas, oficialmente, persiguieron espejismos. La opinión pública creyó más la versión no oficial que indicaba que habían sido seres de otros planetas.

Por descontado que los que sustentaban esta versión fueron ridiculizados por la versión racional de la Fuerza Aérea. Incluso en el proyecto oficial Blue Book sobre

ovnis se apuntó más tarde diciendo que la explicación de la «inversión de la temperatura» había sido falsa y que los avistamientos sobre Washington DC y edificios importantes del gobierno de los Estados Unidos, seguían con el epígrafe de «inexplicables».

¿Pudieron ser naves discoidales alemanas de primera o segunda generación asentadas en Japón o en alguna isla del pacífico, las que provocaron la Batalla de Los Ángeles?

¿Pudieron ser naves discoidales alemanas de última generación las que provocaron la oleada sobre Washington, como aviso a quien tenía que entenderlo y a este le quedó claro hasta dónde podían llegar, sin problemas, sus enemigos?

Epílogo III

Algunos datos del almirante Canaris

Todo el trabajo secreto alemán en el extranjero se puede entender cuando se conoce el alcance de las misiones y su presencia en muchos países, sobre todo en Sudamérica, así como el fiasco y el problema que representó el Abwher, para los asentamientos militares y su trabajo científico. Los servicios secretos alemanes fueron puestos en marcha por la Marina de guerra o Kriegsmarine en 1930. Fue una acción contra las limitaciones del infausto Tratado de Versalles y su estrangulamiento de cualquier actividad gubernamental, militar o empresarial alemana. Y fue precisamente la Marina la que inició esta actividad secreta, porque Alemania contemplaba un nuevo teatro de operaciones contra Inglaterra y su potencia naval del momento. También se había llegado a especular que ante un posible nuevo enfrentamiento con Inglaterra y Francia, unos servicios secretos bien desarrollados y preparados serían un factor decisivo en la victoria alemana sobre sus dos contendientes clásicos. También se consideró el factor colonial y la potente presencia francesa e inglesa en muchas partes del mundo, mientras que Alemania había perdido sus pocas colonias, debido al Tratado de Versalles arriba mencionado.

Como puede suponerse y ante lo que se estaba preparando, el factor estratégico era fundamental y por ello el gabinete de estudios estratégicos en Berlín preparó los análisis de una supuesta conflagración que se iniciaría en Europa, pero podría tener un alcance territorial y continental mucho mayor. Por ejemplo, se preparó un listado de países bajo diferentes epígrafes: beligerantes, neutrales o bien aliados de Alemania, y así poder preparar una serie de bases en el extranjero, con diferentes niveles de actuación en cada una de ellas. Fueron seleccionadas China (Shanghái), Chile (Valparaíso), Portugal (Lisboa), EE. UU. (San Francisco, New York/Batavia), Argentina (Buenos Aires) y Sudáfrica (Ciudad del Cabo). Tras este arranque analítico y teniendo clara una estructura de actuación internacional, en enero de 1935, el primer responsable del servicio secreto, el capitán de Marina Konrad Patzig, le pasó el mando al capitán Wilhelm Canaris de cuarenta y ocho años, del servicio secreto alemán en el extranjero, bajo el nombre abreviado de Abwher (Amt Auslands Nachrichten Und Abwher u Oficina Exterior para la Información y la Defensa). La estructura del Abwher consistía en tres áreas de operación: espionaje, contraespionaje y sabotaje. Toda esta estructura encajaba en una de las cinco áreas de actividad del OKW (Oberkommando der Wehrmacht o Cuartel General del Ejército). Lógicamente, dentro de la planificación realizada todo el continente americano norte, centro y sur, adquirió una importancia superlativa en los planes alemanes.

En el caso sudamericano era normal, pues Alemania siempre había tenido

presencia en la zona desde finales del XVIII hasta el inicio de la guerra. Además era una presencia querida y admirada, que había dado impulso a muchos negocios locales, puestos de trabajo y había logrado excelentes exportaciones de producto autóctono al extranjero e importaciones de los excelentes productos alemanes de la época. Por otro lado, Canaris era un entusiasta de Sudamérica, hablaba español de forma fluida, también inglés y francés, y dio un impulso muy fuerte a la presencia alemana en la zona desde su llegada a la jefatura del *Abwher*. Su aspecto moreno le hacía parecer más español o sudamericano que alemán. La experiencia de Canaris en Sudamérica se inició cuando su barco de guerra el *Dresden* se hallaba en Kingston (Jamaica), tras llegar desde México. Allí fue sorprendido por el inicio de la Primera Guerra Mundial (julio de 1914). El barco había recalado en Veracruz para rescatar al presidente mejicano Victoriano Huerta y a un numeroso grupo de alemanes que se hallaban en el país en aquel momento. Todos huían del avance imparable de Pancho Villa y sus rebeldes. No hay que olvidar que el huidizo Huerta era un tirano que ya había accedido al poder en México tras asesinar al presidente Francisco Madero. En Kingston encontraron todos refugio. En este puerto caribeño el capitán Fritz Lüdecke fue designado capitán del *Dresden* y nombró como segundo oficial de a bordo al que había sido hasta ese momento el segundo piloto del barco, el teniente de navío Wilhelm Canaris.

La primera orden que recibió el nuevo capitán fue la de regresar a su base en Kiel. El barco arribó a finales de julio de 1914 a la Isla de Santo Tomás y mientras se aprovisionaba para cruzar el océano Atlántico, llegó la orden de movilización por el inicio de la Primera Guerra Mundial, que desbarató los planes de regreso a Alemania. El Estado Mayor Alemán ordenó al *Dresden* que se dirigiese hacia el océano Pacífico para encontrarse con la flota alemana al mando del Almirante Maximilian Graf von Spee, costeando Sudamérica hacia el sur y atacando al mismo tiempo el tráfico marítimo de barcos franceses e ingleses que pudiera encontrar, principalmente en el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, en plena Patagonia. Tras problemas para abastecerse de carbón, finalmente el once de septiembre se produjo el encuentro de un barco nodriza alemán, el *Baden*, que iba acompañado por un barco chileno contratado al efecto, el *Santa Isabel*, que llevaba las provisiones que tanto necesitaba el *Dresden*. Los chilenos también entregaron al barco alemán cartas de navegación de la Patagonia, zona muy difícil ya que se unían las turbulentas aguas de dos océanos. El doce de octubre el *Dresden* llegó hasta la Isla de Pascua donde, por fin, pudo encontrarse con la flota alemana. Desde allí, todo el grupo se dirigió hacia la costa central de Chile, concretamente a la rada Coronel, donde se hallaba fondeada una flota inglesa a las órdenes del almirante Christopher Cradock. El uno de noviembre la flota alemana abrió fuego logrando hundir a dos cruceros enemigos el *Good Hope* y el *Monmouth*, cayendo el propio almirante Cradock y casi dos mil marineros ingleses

con él. La flota inglesa logró huir.

Los ingleses prepararon una trampa a la flota alemana de von Spee, haciéndole creer que los restos de la flota inglesa habían partido hacia Sudáfrica y por ello, Port Stanley en las Malvinas, se hallaba desguarnecido. Era un gran golpe para capturar esa isla argentina bajo pabellón inglés. Fue Winston Churchill, entonces Ministro de Marina, quien tuvo la idea. Inglaterra envió a sus mejores buques el siete de diciembre a Port Stanley, con una capacidad de fuego y tonelaje muy superior a la flota alemana. Ese mismo día hundieron al buque insignia alemán, el acorazado Scharnhorst, acabando con casi ochocientos marineros y el capitán. Poco después se inició la persecución de los barcos alemanes en que fueron hundidos casi todos excepto el buque-hospital Seydlitz y el Dresden. De hecho, este último se salvó por ir rezagado del resto y enfiló su ruta hacia el Estrecho de Magallanes y el Seydlitz porque recibió información de lo que sucedía desde el Dresden y pudo cobijarse a toda máquina en la Bahía de San Antonio en la costa Argentina. Este barco no le interesaba a los ingleses, pero sí el Dresden.

La flota inglesa inició la persecución sin tregua del Dresden. El barco alemán tuvo que fondear en Punta Arenas para reparar algunos desperfectos ocasionados por la navegación a toda máquina. Solicitaron ayuda al contralmirante Arturo Cuevas, responsable de la base naval argentina de Magallanes y también a la numerosa colonia alemana de la zona para la obtención de las provisiones necesarias para continuar su huída. Pero había que ocultar el barco y el capitán Lüdecke contó con la ayuda de un cazador de focas llamado Albert Pagels, de origen alemán, que guió el barco hasta el fiordo de Quintupeu, cerca de Puerto Montt. Tanto en la entrevista con Arturo Cuevas, como con la colonia alemana, Canaris tuvo un papel fundamental. Logró movilizar los recursos necesarios rápidamente y no sólo para el Dresden, sino también y a distancia para el buque-hospital Seydlitz, que permaneció casi dos años en la Bahía de San Antonio, alejado de la guerra.



Almirante Wilhelm Canaris

Acabadas las reparaciones lo antes posible, el Dresden se hizo a la mar. Una información muy importante les había llegado que les permitía la huida, y es que los barcos ingleses Bristol y Glasgow, tras recorrer más de mil millas de la costa argentina tratando de localizarle, habían atracado en Puerto Montt para cargar provisiones. El Dresden se dirigió rápidamente a buscar carbón para sus calderas a la Isla de Juan Fernández, quedando sin escapatoria en la misma al no hallar una cantidad suficiente el nueve de marzo. Los barcos ingleses fueron tras él, presentándose en la isla una semana más tarde e iniciando el bombardeo sobre el Dresden y sobre el puerto sin contemplaciones. Sin escapatoria, Lüdecke pidió poder hablar con sus enemigos, enviando a Canaris al Glasgow. Lüdecke contaba con la ventaja de que el ataque inglés había violado la soberanía y la neutralidad chilena, pero los ingleses hicieron caso omiso a la explicación. Mientras se desarrollaban las conversaciones, la tripulación del Dresden hundió el barco antes de entregarlo a sus enemigos, huyendo en las barcasas de salvamento. La Marina chilena rescató a los marineros alemanes y los trasladó a la base naval chilena de Talcahuano, donde se les tributó un gran recibimiento. Poco tiempo después fueron internados de forma confortable en la Isla Quiriquina, donde la colonia alemana e incluso el propio ejército chileno hizo que no les faltase de nada.

Mientras todo esto sucedía y Canaris también estaba internado en la isla, un agente alemán de la compañía naviera germana Kosmos, tapadera de otros asuntos, llamado Georg Becker ayudó a Canaris a escapar mientras este disfrutaba de un permiso fuera de la Isla Quiriquina. Disfrazándose de vagabundo llegó hasta la ciudad de Osorno, en la zona sur de Chile. Una vez allí, el cónsul alemán Karl Wiederhold, le facilitó la posibilidad de cruzar la cordillera andina a lomos de un caballo. Luego pudo atravesar el lago argentino de Nahuel Huapi en barca, llegando después hasta Bariloche. Allí contactó con Christian Lahusen, un amigo del cónsul Karl Wiederhold, que le consiguió albergue en la finca San Ramón, propiedad del Barón Louis von Bülow. Tras un mes allí y contactar con otros personajes de la alta sociedad amigos del barón, Canaris llegó a caballo hasta el pueblo del ingeniero Jacobacci. Desde ese pueblo fue en tren hasta San Antonio en cuyo puerto hacían escala los barcos de la compañía que gestionaba Christian Lahusen, Hamburgo-Sudamericana, empresa filial de la enorme compañía naviera Hamburg-Amerika Line. Infructuosamente, Canaris esperó embarcar en uno de los dos barcos que cubrían la línea patagónica argentina, el Presidente Mitre y el Camarones, para poder llegar hasta Buenos Aires y regresar a Alemania. Mientras esperaba alguno de esos barcos, Canaris aprovechó el tiempo para encontrarse con los marineros del barco-hospital Seydlitz, visitando la zona y ampliando sus conocimientos del lugar y el idioma.

El barco Presidente Mitre había sido desviado de su ruta por el británico Orama, que lo llevó hasta la rada de Montevideo. Sólo quedaba el Camarones. Canaris embarcó por fin en dicho barco y llegó hasta el puerto de Buenos Aires. Una vez allí, se embarcó en el barco de bandera holandesa Frisia que salía hacia el puerto holandés de Rotterdam. Como muestra de su capacidad de adaptación y escape, Canaris embarcó con el falso nombre de Reed Rosas, y documentación de ciudadanía anglochilena obtenida por la embajada alemana en Buenos Aires. Este barco fue detenido poco antes de llegar a Rotterdam por la Marina británica y llevado hasta el puerto inglés de Plymouth. Canaris pasó la prueba por su fluido español y poco después lo dejaron en libertad. Pudo llegar a Rotterdam y desde allí en tren hasta Hamburgo. Su destino final fue el puerto de Kiel, donde se presentó ante sus superiores jerárquicos con una misiva del barón von Bülow para un familiar suyo, que trabajaba para el servicio secreto militar de contraespionaje conocido como III-B. Como anécdota, este servicio secreto estaba dirigido por el enigmático teniente coronel Wilhelm Nicolai, que fue el militar que permitió que el tren blindado de Lenin cargado de oro y revolucionarios, cruzase todo el frente alemán en 1917, desde Suiza hasta San Petersburgo, para iniciar la revolución bolchevique. Canaris fue ascendido a capitán.

Cuando Canaris reportó ante sus superiores militares sus experiencias en

Sudamérica, el entusiasmo que demostró hizo que el mayor von Bülow lo reclutase para el servicio secreto III-B. En su explicación, Canaris indicó lo remoto de la región patagónica tanto de Chile como de Argentina, los paisajes andinos iguales a los alemanes del Tirol de una extensión inmensa, las ensenadas costeras muy similares a los fiordos del norte de Europa. Hizo hincapié en la gran cantidad de alemanes o de origen alemán que estaban allí y formaban un formidable bastión en aquellas lejanas tierras para cualquier acción de futuro. Poco después, Canaris fue enviado a España, a Madrid concretamente, para realizar el control del tráfico naval enemigo e incluso de países neutrales. Tras buscar agentes capaces de un trabajo como ese, también organizó el sistema de aprovisionamiento de los submarinos y barcos alemanes. Todo bajo la falsa identidad que ya le había salvado en una ocasión, Reed Rosas. El wolframio español era muy importante para Alemania y sus acerías y por ello Canaris también organizó el envío clandestino de este material desde las minas de Río Tinto en Huelva, en el suroeste de España. Todo ello fue realizado con gran éxito y por ello Canaris fue llamado a Berlín, pero fue detenido por tropas italianas en la misma frontera italo-suiza. Mientras las autoridades se debatían sobre qué hacer con él, pues creían que era un agente secreto y su devolución a Francia, Canaris huyó disfrazado de sacerdote regresando a España aunque la inteligencia británica ya le seguía los pasos y su falsa identidad ya no era garantía de salvoconducto. En el puerto de Cartagena, Murcia, se embarcó en el submarino alemán U-35, que lo llevó hasta el puerto militar austrohúngaro de Pola (actual Pula, en Croacia), en el mar Adriático.

Tras este accidentado periplo, Canaris pudo regresar a Alemania y mostrando interés en la nueva arma submarina alemana, inició un curso en la incipiente escuela de submarinos, llegando a formar parte de la tripulación del UB-128 en la primavera de 1918, poco antes del final de la contienda. Dicho submarino tenía su base de operaciones en Cattaro, en la República de Montenegro. Se dice que su submarino llegó a hundir tres barcos en aguas del Mediterráneo.

El almirante Wilhelm Canaris siempre fue un personaje enigmático. Estaba casado desde 1919 con Erika Waag y tuvo dos hijas Eva y Brigitte. No hay dudas de que él fue el impulsor de las actividades secretas alemanas en Sudamérica y los EE. UU. y la estructura de agentes en la zona, con diferentes niveles de éxito. También es cierto que su actividad en el Abwehr es, como mínimo, discutible ya que muchos informes suyos para el OKW y para el mismo Hitler, estaban sesgados, cuando no manipulados ofreciendo datos del enemigo que no concordaban con la realidad y que le costó la vida a miles de soldados alemanes.

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Canaris era investigado por Reinhard Heydrich que no se fiaba de él, a pesar de que aparentemente se llevaban bien y salían a dar paseos a caballo por el Tiergarten de Berlín, ya que compartían su

afición por la hípica. Se dice que el asesinato de Heydrich en Praga en mayo de 1942 y su muerte el cuatro de junio por una septicemia a consecuencia de sus heridas, estaba relacionado con la proximidad de ser desenmascarado por este y que los británicos iniciaron una urgente y sangrienta operación de comandos, para que Heydrich no llegase a detenerle. Heydrich era una presa fácil por su rutina diaria y falta de escolta de protección. Por ello y como persona relacionada con los servicios secretos, es fácil especular que Canaris seguramente tenía contactos de alto nivel con los aliados.

Como se sabe, Canaris estuvo involucrado en el atentado a Hitler del veinte de julio y fue ajusticiado en el campo de concentración de Flossenbug el nueve de abril de 1945, poco antes del final de la guerra en Europa.

Epílogo IV

Perón, Argentina y la tecnología alemana

Es interesante ver como la Argentina, después de la guerra siguió sus contactos con científicos y personal alemán a pesar de que hubiesen perdido la guerra. Fue como un paraíso para que los técnicos alemanes siguiesen sus misteriosas investigaciones. Uno de los más interesantes fue el doctor Ronald Richter. Este fue un pionero en la investigación sobre energía durante el Tercer Reich. Sin embargo, es más conocido por su estancia a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta en Argentina a las órdenes de su presidente, el general Perón, y sus investigaciones sobre la energía atómica, o eso parecía... Se supone que todo terminó en un gran fracaso.

Perón, un líder carismático, no tuvo dificultad en anunciar a todos los medios que Argentina había logrado sonados avances en la investigación del átomo. La revista *Time* se hacía eco de la noticia en su número del 2 de abril de 1952, de la siguiente manera: «Juan Perón llamó a los periodistas la semana pasada para anunciarles algo muy especial. Con una elaborada ostentación, miembros de la prensa extranjera fueron convocados».

Lo que debía decir, explicó Perón, era únicamente para su propio pueblo. Anunció: científicos argentinos, utilizando sólo material argentino, relativamente barato, habían conseguido el 16 de febrero de ese año una «liberación controlada de la energía atómica» (es decir, una explosión atómica). «La nueva Argentina ha decidido que copiar la fisión nuclear vale la pena. Y contrariamente a experimentos extranjeros, los técnicos argentinos han trabajado sobre la base de las reacciones termonucleares, que son idénticas a las que expelle el sol. El experimento ha sido llevado a cabo por el gobierno en la planta atómica de la isla de Huemul, en el lago andino de Naheul Huapi, novecientas millas al suroeste de Buenos Aires. No requirió ni uranio ni plutonio»; Perón indicó también que esta nueva energía se utilizaría en plantas de energía e industria.

El mismo artículo sugería más adelante que la cruz gamada estaba detrás de este desarrollo: «Junto al presidente Perón estaba el doctor Ronald Richter, físico austriaco, que ha estado asociado con el programa atómico argentino desde su inicio hace ya nueve meses» ¡En sólo nueve meses! El doctor Richter había hecho pasar a la Argentina de ser una potencia regional a la primera potencia termonuclear del mundo... A través de un intérprete, el doctor Richter anunció: «lo que hemos conseguido es estrictamente argentino e infinitamente superior al sistema usado en los EE. UU. Desde hace algún tiempo, Argentina conocía el secreto de la bomba de hidrógeno, pero el presidente Perón la rechazaba». La «explosión controlada de fusión» del doctor Richter, fuese lo que fuese, mostraba signos serios de poca

credibilidad.

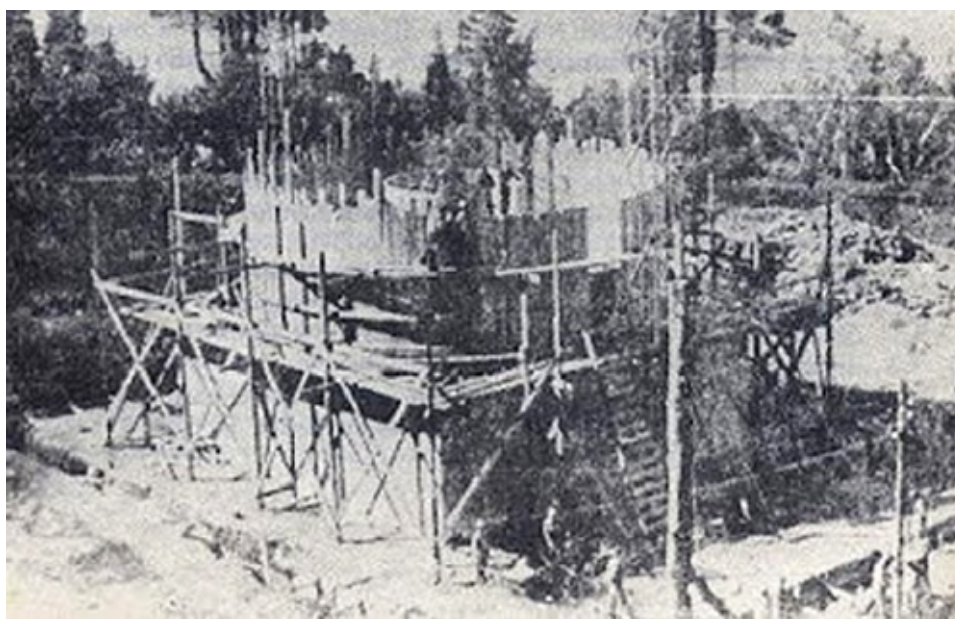
Sin duda, lo que decía el doctor Richter sonaba muy extraño y fantástico para la física convencional del momento, ya que una explosión termonuclear debe ser accionada por una bomba atómica, que actúa como fusible de encendido y consigue la presión y temperatura extrema necesarias para la ignición del ingenio. Tan pronto como Perón hizo su anuncio, fue denunciado en los Estados Unidos por la Comisión de la Energía Atómica. Perón consultó con sus científicos que le aseguraron, sin duda alguna, que la visión norteamericana estaba basada en la ciencia de verdad y que por lo tanto creían que había algo erróneo en el proyecto atómico de Richter. Perón nombró a una comisión de investigación para que emitiera un informe exacto de sus trabajos y su alcance, en la remota isla de Huemul. El informe fue presentado a Perón en septiembre de 1952.



Doctor Ronald Richter

Del extenso informe sobresalen dos cosas curiosas. En primer lugar que el doctor Richter y su equipo actuaban como si no supiesen o tuviesen el suficiente nivel de conocimientos para desarrollar su trabajo. Y en segundo lugar que no parecían contar con los equipos necesarios para su investigación. Por ello, dice el informe: «Los análisis efectuados muestran la imposibilidad, de acuerdo con los conocimientos actuales, de obtener en el laboratorio este tipo de reacciones nucleares. Sin embargo, el doctor Richter dice que ha descubierto una serie de fenómenos que invalidan un razonamiento como el nuestro. Además, insiste en que este fenómeno descubierto por él, constituye la base del secreto del proceso de reacción termonuclear»; sigue el informe: «No es posible conocer a qué clase de fenómeno se refiere el doctor Richter, ya que su existencia no puede contradecir el conocimiento básico que es aceptado en

la actualidad». A la vista de este párrafo oficial, hay dos opciones: o el doctor Richter y su investigación fueron un fraude o bien encontró algo más allá de las explicaciones convencionales de la ciencia de la época (incluso hoy). El principio de Richter se basaba en la «Precesión». Richter explicó a la comisión que un ingenio termonuclear se basa en la resonancia obtenida en medio de la frecuencia de precesión de Larmor que se origina en la interacción del campo magnético actuando en el momento magnético del átomo, litio 7 y del campo magnético de oscilación producido por un generador de radio-frecuencia. La cifra obtenida por la intensidad del campo magnético constante es de 15.000 Gauss.



Infraestructura del reactor en construcción del doctor Richter en Argentina, 1947.

Por qué el doctor Richter actuó así es un misterio que le costó la pérdida de los fondos y el material que le suministraba el gobierno argentino. Sin embargo, la última frase del informe es muy sugerente y ambigua: «Todo el fenómeno observado no tiene parecido con un fenómeno nuclear». Es decir, observaron algo que no pudieron racionalizar con sus conocimientos científicos basados en los principios de la reacción nuclear conocidos. El doctor Richter se quejó de que el informe estaba basado en criterios erróneos y desconocimiento científico.

Sin embargo, el doctor Richter no era un cualquiera y quizás iba muy por delante de su tiempo. Lo prueba el informe de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, dentro de la Operación Paperclip para llevar científicos alemanes a los Estados Unidos y trabajar para ellos. En el informe se cita el tipo de trabajos e investigaciones que Richter llevaba a cabo en Alemania antes y durante la guerra. No son cualquier cosa:

Investigación en la activación de catalizadores, procesos de rotura e hidrogenación del carbón por catalizador de alta presión; desarrollo de un convertidor de imagen para un microscopio de actividad contractada, basado en el escaneo de hidrógeno o deuterios, absorbiendo las superficies laterales con protones, deuterios o

electrones: por vez primera será posible ver y fotografiar la actividad que no puede ser visible por la luz ni por los microscopios electrónicos. Investigación y estudios sobre sistemas de arcos eléctricos; desarrollo de nuevos tipos de arcos de plasma analizando instrumentos y métodos. En 1936, descubrimiento de un proceso de generación de onda de plasma, concepción de un nuevo tipo de sistema de reactor de arco industrial, basado más en la reactividad de la onda de plasma que en la transferencia de calor. Desarrollo de una base de operación para probar las condiciones de la onda de plasma por medio de la inducción de reacción nuclear en colisión de plasma.

Aparte de lo que se pueda decir de Richter, estaba muy adelantado al pensamiento convencional aliado y por lo tanto pudo ser considerado un fraude en Argentina en los cincuenta. El texto anterior indica claramente que Richter quería medir, analizar y desarrollar un microscopio que pudiese ver más allá de los límites del microscopio electrónico y poder observar el tejido atómico y las partículas subatómicas ¡en 1936! Parece que consiguió un avance importante en este campo y sólo se quejaba de «la falta de equipo de medición que pudiese aguantar la presión de las altas temperaturas». Algo así pasó en Argentina, donde el equipo de que disponía era de tipo estándar y quizá por eso su comportamiento técnico parecía no correcto ante la comisión.

Al final del texto, también hay otro dato interesante y es que el doctor intentaba inducir fusión en el plasma por medio de la presión eléctrica y trataba de desarrollar un reactor para tal propósito que trabajase con ondas de choque. Es decir, ondas longitudinales para conseguir la colisión del plasma y finalmente la fusión. Para que entendamos lo adelantado del trabajo del doctor Richter en la Alemania de los años treinta, una idea muy similar ha sido propuesta seriamente a principios del siglo xxi por una corporación norteamericana llamada General Fusion. Es decir, setenta años más tarde una empresa considera la misma idea.

Otra área de investigación argentina, donde los técnicos alemanes participaron fue en los desarrollos aeronáuticos. El gobierno argentino ofrecía muy buenos salarios, trabajar en sus especialidades y tener la tranquilidad suficiente de un país en crecimiento y rico. Uno de los más importantes fue el ingeniero aeronáutico Kurt Tank con un grupo en el que también estaba el antiguo as de la Luftwaffe Adolf Galland y luego otro as, Ernst Rudel. El gobierno de Perón les dio trabajo ya que una de sus promesas políticas fue impulsar y modernizar las fuerzas armadas argentinas y entre ellas su Fuerza Aérea, que actuaba de forma independiente desde 1945.

Argentina se hallaba en una situación financiera inmejorable en comparación con Europa, y además disponía de recursos de todo tipo como materias primas y alimentos abundantes. De hecho fue abastecedor de los aliados durante la guerra y llegó a aceptar el trueque de comida por armamento con Inglaterra, con el

consiguiente enfado norteamericano. La Fuerza Aérea argentina voló con aviones británicos durante esa época. Pero lo que nos interesa, es que al margen de aviones británicos, Argentina comenzó la fabricación de sus propios aviones y entre ellos los famosos *IAe.27 Pulqui* y el *IAe33 Pulqui II* (flecha, en mapuche), que fueron los primeros aviones a reacción fabricados en Sudamérica.

Pero, ¿cómo empezó la historia de los aviones a reacción argentinos? Hemos de remontarnos al verano de 1948 en Europa. Allí, el antiguo jefe de ingenieros de la fábrica de cazas y bombarderos *Focke-Wulf*, el profesor ingeniero Kurt Tank, se puso en contacto con Galland para verse con él. Después de explicarle con detalle los planes que tenía el gobierno argentino para construir una nueva aeronave de combate, Kurt Tank logró convencer a su interlocutor para que se integrara en el equipo de trabajo que él mismo dirigía como piloto de pruebas.



Kurt Tank

Como se sabe, el general Perón había demostrado una clara simpatía por las potencias del Eje durante la contienda y, concluida esta, ordenó enviar una delegación a Europa, para reclutar técnicos y científicos alemanes de diversas disciplinas para colaborar en varios proyectos, tanto científicos como militares. Fue una idea excelente que dio muy buenos resultados y pronto, miles de ex combatientes, científicos y ciudadanos del derrotado Tercer Reich, lograron emigrar a la Argentina.

Los miembros del equipo de Kurt Tank llegaron a la Argentina desde Europa, saliendo desde puntos diferentes. Galland lo hizo desde Génova en 1947. Hans Rudel, otro héroe de la Luftwaffe, también se sumó al proyecto de Tank, llegando a la Argentina en 1948.

A pocos días de haber llegado a Buenos Aires, Tank se reunió con Perón, a quien le entregó un memorándum con los requerimientos que a su juicio necesitaba Argentina en materia de aeronáutica. El ingeniero alemán propuso a Perón la construcción de cuatro tipos de aeronaves: un caza a reacción, un entrenador primario, un avión de reconocimiento y un bombardero para la Fuerza Aérea. Además, ante la observación de la geografía argentina y el auge de la aviación comercial, recomendó la construcción de un avión jet de pasajeros.

Ya centrado su trabajo en un avión de combate a reacción, Kurt Tank presentó a las autoridades del Instituto los planos del Ta 183, al mismo tiempo que el equipo argentino entregaba su anteproyecto. Como resultado de esta reunión se decide formar dos equipos trabajando en paralelo: uno alemán liderado por Kurt Tank y uno argentino liderado por el ingeniero Norberto Morchio.

Una vez terminados ambos diseños, que resultaron ser muy similares, se unen en un diseño final analizando cada diferencia y optando por la que presentara la menor dificultad de construcción. Puede verse que el avión no es simplemente un Ta 183 modificado, sino el producto de un desarrollo conjunto con los ingenieros argentinos en el que se aplican parte de los conceptos básicos del diseño alemán.

En los meses siguientes, y a solicitud de Tank, se incorporan al equipo el ex director de la fábrica Fieseler, el doctor Thaulau, el ingeniero Paul Klages, que diseñaría el *IAe-35 Huanquero*, el doctor Rotz de la Daimler Benz, el piloto de pruebas Otto Behrens, ex director del Centro de Ensayos de la Luftwaffe, el doctor Pabst, especialista en dinámica de los gases, los doctores Plock y Werse, especialistas en materiales y técnicas de construcción, el doctor Heinstzzelman, especialista en estática, los diseñadores Bansemir y Mittelhuber, el matemático Rothkegal, los técnicos Mathias y Wolf y el especialista en aerodinámica doctor Ruth.

Con ellos se conformó un equipo de excepción que llegó a contar con alrededor de sesenta integrantes una vez incorporados los técnicos y dibujantes. Por otra parte, contractualmente casi todos ellos tenían la obligación de enseñar en la Facultad de Ingeniería Aeronáutica y en la Escuela Superior de Ingeniería de la Fuerza Aérea, ambas en Córdoba, que obtuvieron un nivel académico único en toda la región. La concreción más espectacular de este equipo, que incorporaba a los técnicos y obreros argentinos, fue sin duda el caza a reacción con alas en flecha *IAe-33 Pulqui II*, que colocó a la Argentina en una vanguardia tecnológica que entonces sólo poseían los EE. UU., la URSS y Suecia, aventajando a países como Inglaterra y Francia.

Los conceptos del Ta 183 no se utilizaron únicamente en el *Pulqui II*; porque sin

que Kurt Tank lo supiera, simultáneamente se desarrollaba otro avión en la Unión Soviética a partir de una copia de los planos, obtenida por el Ejército Rojo durante su invasión a Alemania. Este era nada menos que el *Lavochkin La 15* soviético, caza hermano del famoso *MiG-15* del mismo origen.



Modelo de avión *Pulqui II*

Una vez resuelto el diseño, se comenzó con la construcción de los prototipos. El primero fue una versión sin motor, usada para comprobar la estabilidad del diseño. A continuación se fabricó el primer avión completo, que hizo su primer vuelo el 16 de junio de 1950, pilotado por el capitán argentino Edmundo Osvaldo Weiss.

El 8 de Febrero de 1951 se realizó la presentación pública del avión, en el Aeroparque Jorge Newbery de la ciudad de Buenos Aires. Estaban presentes el presidente de la nación y un nutrido grupo de funcionarios y diplomáticos, además de una enorme cantidad de público.

La crisis económica que se inició en 1953 obligó a retrasar todos los programas militares, incluido el costoso *Pulqui II*. Después del derrocamiento del presidente Perón en 1955, el proyecto perdió el favor del gobierno y la mayoría de los técnicos alemanes se fueron del país. Kurt Tank emigró a trabajar en la industria aeronáutica de la India.

A pesar de todo, el programa continuó y hacia 1959 se construyó el quinto y último prototipo. Poco tiempo después, sin fondos ni apoyo del gobierno, el programa fue cancelado definitivamente. El *Pulqui II*, a pesar de no ser un avión extraordinario en aquel momento, hubiese representado la independencia militar de Argentina, lo cual no podían permitir las potencias vencedoras, al igual que un país en la actualidad no puede ser independiente en cuanto a energía o recursos económicos. Por ello, muchos dicen que dejaron morir el proyecto *Pulqui*.

Epílogo V

Villa Winter, Fuerteventura, Canarias

Cuando se habla de las islas Canarias, privilegiada avanzadilla española en el océano Atlántico, y nos adentramos en las diferentes islas que conforman el archipiélago, nos damos cuenta de que Fuerteventura destaca por tener uno de los misterios más interesantes y recientes: Villa Winter. Esta casa y todo el terreno adyacente fueron diseñados y construidos por un alemán de buena posición económica llamado Gustav Winter. Se han dicho muchas cosas de él, incluso que era un espía alemán durante la Segunda Guerra Mundial, que trabajó tranquilamente en España y llevó a cabo sus supuestos espionajes, bajo el manto protector de Franco.

Sin embargo, y a pesar de las habladurías, siempre fue un hombre respetado en Fuerteventura. Gustav Winter nació en Zastler, Friburgo, el 10 de mayo de 1893. Estudió en Hamburgo, pero era un hombre destinado a otros quehaceres y por ello tuvo la oportunidad de viajar a muchos lugares del mundo. Durante un viaje de regreso de Argentina en donde estuvo en 1913, coincidió con el inicio de la Primera Guerra Mundial, su barco fue detenido por la flota británica y él fue arrestado en el Canal de la Mancha, siendo llevado a una prisión en un barco atracado frente a Portsmouth. Se puede decir que fue su primer incidente con los británicos que ya entonces lo consideraron un espía. Winter logró escapar de su presidio y nadando llegó hasta un barco holandés, desde el cual logró llegar hasta España. En nuestro país se quedó hasta 1915, donde logró engañar al consulado británico haciéndose pasar por inglés y consiguió una buena cifra de dinero...

Su estancia en España lo sitúa en Tarragona, Vigo y Madrid, donde terminó la carrera de ingeniería a principios de los años veinte. Aquí logra trabajar y poner en marcha centrales termoeléctricas en varias ciudades españolas. Luego se marchó a Canarias, donde montó la Compañía Insular Canaria Colonial de Electricidad y Riego. La central eléctrica, denominada Alfonso XIII, se hallaba situada en Guanarteme. Su estancia en España la combina con viajes por varios países europeos. Su gran afición al mar le llevó a pilotar su velero llamado Argos, con el que visitó las islas Canarias y concretamente Fuerteventura. Hemos de pensar que, en aquel momento, Fuerteventura es una isla casi desierta y él se interesó por la península de Jandía en el suroeste, que pertenecía a los herederos del marqués de Lanzarote y conde de Santa Coloma. Eran cerca de veinte mil hectáreas, casi desérticas y lejos de la civilización.

Gustav Winter quiso comprar la península, pero los propietarios se la alquilaron al principio. Pero en 1941 y a través de unos testaferros españoles, compraron la península y nombraron administrador único a Winter. De esta manera y tras años

detrás de la propiedad canaria y al inicio de la Segunda Guerra Mundial, Winter se convierte en el propietario. Su primera idea fue conseguir agua para los regadíos de la zona, llegando a buscar pozos con un zahorí y encontrando más de cincuenta. Luego repobló la zona denominada Pico de la Zarza, con el autóctono pino canario. Fue incansable en la búsqueda de actividades que mejorasen la zona y permitiesen vivir con un mínimo de comodidades y siempre respetando el medio ambiente. Tras la guerra y en compañía de su esposa regresó a su propiedad en Fuerteventura, iniciando labores de agricultura, ganadería, lana y derivados lácteos, logrando exportar buena parte de su producción bajo la marca Dehesa de Jandía. Ya en los años cincuenta, con su negocio a pleno rendimiento y disponiendo de una cabaña ganadera de más de siete mil animales, sobre todo ovejas y cabras, llegó a exportar treinta y dos toneladas de queso a la península.



La curiosa construcción de Villa Winter fue realizada o bien en 1940 ó en 1946, parece que no hay un acuerdo con la fecha. Es un palacete en la zona más remota de la península de Jandía, llamada Cofete. Para poder tener acceso a la misma y desde ella al resto de la isla, los presos del campo de Tefía construyeron la carretera. Según parece, la familia nunca residió en el palacete, sino que se ubicaron en otra finca que dominaba la población de Morro Jable. Allí se denominaba Caserío del Alemán. Sin duda, Gustav Winter fue una persona que dio desarrollo y dinamismo a una zona de España muy pobre y con recursos muy limitados, donde las enfermedades se cebaban con la población y no tenían servicios públicos estatales de ningún tipo.

El emprendedor alemán habilitó en los años cuarenta, en plena guerra mundial, un aeródromo muy cerca de la Punta del Faro de Jandía, apisonando una pista de tierra

de ochocientos metros de largo y setenta y cinco de ancho. Según se dijo, iban a usarlo como aeródromo de socorro con aviones militares españoles a finales de los cuarenta y para transportar cazadores y pescadores al servicio de Winter, gran aficionado a la caza y la pesca. Sin embargo, el aeropuerto fue prohibido por las autoridades a pesar de la defensa que hizo de él Winter, para emergencias o evacuaciones de urgencia, etc., obligando a todos a utilizar el aeropuerto de Los Estancos.

La construcción de este aeropuerto, la casa en un sitio inaccesible en medio de ningún sitio, la soledad de la zona parece que permitieron una actividad continuada de aviones y submarinos alemanes que repostaban, descansaban o iniciaban prologandos viajes por el Atlántico sur. También se sabe que, geológicamente, las islas Canarias son como un queso de gruyere con profundas y amplias cuevas submarinas que podían permitir la entrada de un submarino. Sí que parece que pudo ser durante la guerra un puente entre Europa y Sudamérica. Actualmente está abandonada, aunque pertenece a una sociedad alemana, que nunca ha querido venderla al Cabildo Canario a pesar del interés del mismo.

24 *Tenerife* EL DÍA DOMINGO, 15 NOVIEMBRE 1988

HISTORIA Cinco submarinos alemanes permanecen en las profundidades de las Islas desde la Segunda Guerra Mundial

Hundidos en aguas de Canarias

En la península de Jandía (Fuerteventura) hubo una base de avituallamiento en una cueva marina

SANTA CRUZ DE TENERIFE (REDACCIÓN). La noticia de que un grupo internacional de submarinistas, tomando como base los puertos canarios, han decidido sumergirse en aguas de Cabo Verde en busca del oro que, según se cree, conserva en su interior un submarino japonés hundido durante la Segunda Guerra Mundial ha renovado las aguas de los recuerdos de algunos especialistas en el seguimiento de este tipo de noticias. Por ejemplo, el colaborador de EL DÍA Antonio Herrero Andrés, quien apunta que, un poco más al Norte, bajo las aguas de Canarias, descansan cinco submarinos alemanes que fueron a parar al fondo del mar por culpa del asustado conflicto bélico.

Herrero recuerda que la península de Jandía, en Fuerteventura, albergaba una base secreta de avituallamiento situada en el interior de una amplia cueva que daba al mar. «Algunos señores - recuerda - aseguran haber visto salir de allí lanchas torpederas alemanas (probablemente del tipo «Schiffboote») repletas de bombas de carburantes.

Otras versiones van más lejos, en el sentido de que era una zona de descanso para las tripulaciones de los seis submarinos alemanes que permanentemente operaban en Fuerteventura.

El primero de los

SUBMARINOS HUNDIDOS EN LA II GUERRA MUNDIAL CERCA DE CANARIAS

TIPO DE SUBMARINO	SITUACION	LATITUD
U.331 (IX-A)	Suroeste de El Hierro	27° 33' N / 20° 37' W
U.543 (IX-C/A)	Suroeste de El Hierro	29° 34' N / 21° 33' W
U.524 (IX-C)	Noreste de La Palma	29° 17' N / 21° 38' W
U.310 (IX-A)	Noreste de Fuerteventura	29° 49' N / 13° 49' W
U.335 (IX-C)	Suroeste de Fuerteventura	28° 02' N / 13° 17' W

La cueva de Jandía

El punto cuarto de avituallamiento de submarinos alemanes a lo largo del litoral español estuvo en Fuerteventura, en el interior de una amplia cueva que daba al mar. En la península de Jandía, algunos señores aseguran haber visto salir de la misma lanchas torpederas alemanas repletas de bombas de carburantes.

Otras versiones van más lejos, en el sentido de que era una zona de descanso para las tripulaciones de los seis submarinos alemanes que permanentemente operaban en Fuerteventura.

En el amplio sotano de la casa hay puertas apuntaladas y tapiadas que no permiten acceder a según qué zonas de la casa. Se dice que sí se pisa fuerte, el suelo retumba como si la casa se situase sobre una gran cueva subterránea. Recordemos que Gustav Winter era ingeniero... Que los alemanes de Jandía suministraban víveres a los submarinos alemanes en aguas canarias era un rumor que ya circulaba entre los militares españoles destinados en Fuerteventura durante los años cuarenta. También se ha supuesto que desde la torre de Villa Winter podría haberse orientado a submarinos o aviones alemanes en un lugar tan próximo al Puerto de la Luz (Las

Palmas), y existe el testimonio de un expiloto británico de la RAF que aseguraba haber derribado sobre Cofete un avión alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Todo ello podría ser coherente con el aislamiento del lugar, con la disponibilidad de un equipo médico y de enfermería entonces único en la isla, con la aparente protección del régimen franquista y con la frecuente presencia de militares españoles en la casa, donde pasarían fines de semana so pretexto de cacerías.

La guerra mundial alejó a Gustav Winter de su finca en Fuerteventura durante unos años. Aunque no fue alistado por sobrepasar la edad reglamentaria, fue reclutado como ingeniero para la Marina de Guerra alemana. Según declaraciones de su viuda, por otro lado sin contrastar, entre 1940 y 1944 dirigió un astillero de submarinos de la armada en Burdeos; pero, cuando los alemanes se retiraron de Francia, abandonaron allí a Winter, que tuvo que refugiarse por segunda vez en España, huyendo en agosto de 1944 a San Sebastián y luego a Barcelona. En Madrid y en junio de 1945 la conocería a ella, su segunda mujer, Elisabeth Althaus. Para Winter, que tras la derrota de Hitler perdió sus propiedades en su país (una mina de carbón, una empresa de transportes fluviales en el Rin y el Danubio y otras industrias), así como la oportunidad de levantar un emporio industrial en Jandía, la Segunda Guerra Mundial fue un desastre que, no obstante, no iba a acabar con su espíritu creativo y laborioso.

Posteriormente, su nombre apareció en una Lista de repatriación de espías alemanes residentes en España «con la protección de Franco» elaborada por los aliados al final de la Segunda Guerra Mundial (1945), con el fin nunca satisfecho de reclamarlos y juzgarlos. En ella, de manera coincidente con la leyenda, Winter es descrito como «agente alemán en Canarias encargado de los puestos de observación, equipados con telefonía sin hilos, y del abastecimiento de los submarinos alemanes». Sólo en 1947 permitieron los aliados que la familia Winter regresara a Canarias. En cualquier caso, la leyenda ha servido para argumentar varias novelas de intriga.

Berlín-Londres-Sitges

octubre de 2011

Bibliografía

- COOK, Nick. *The hunt for zero point*. EE. UU.: Broadway Books, 2003.
- DUFFY, James P. *Target America: Hitler's plan to attack the United States*. New Haven: Lyons Press, 2011.
- GRIEHL, Manfred. *Hitler's miracle weapons. The Secret History of the Rockets and Flying Craft of the Third Reich...* Reino Unido: Helion & Company, 2009.
- HARBISON, W. A. *Projekt UFO: the case for man-made flying saucers*. EE. UU.: BookSurge Publishing, 2007.
- HARRIS, Brad. *Die Dunkel Seite des Mondes*. Alemania: Pandora Verlag, 1996.
- HILTON, Stanley E. *Hitler's secret war in South America, 1939-1945*. Louisiana: Louisiana State University Press, 1999.
- HOETTL, Wilhelm. *Die Geheime Front*. Alemania: Nibelungen Verlag, 1955.
- JUNCK, Robert. *Brighter than a thousand suns: a personal history of the atomic scientists*. New York: Harcourt Brace, 1958.
- MANNING, Paul. *Martin Bormann: Nazi in exile*. Disponible en:
<http://es.scribd.com/doc/23545936/Paul-Manning-Martin-Bormann-Nazi-in-Exiile>
- MOUNT, Graeme S. *Chile and the nazis: from Hitler to Pinochet*. Londres: Black Rose Books, 2001.
- SALINAS, Juan y DE NÁPOLI, Carlos. *Ultramar sur: la última operación secreta del III Reich*. Barcelona: Grupo Editorial Norma, 2002.
- STEVENS, Henry. *Hitler's flying saucers: a guide to German flying discs of the Second World War*. EE. UU.: AUP Publishers, 2003.

Webgrafía

- Batalla de Los Ángeles.
Disponible en:
<http://www.youtube.com/watch?v=oQmbGMWIL7w>
- Oleada sobre Washington.
Disponible en:
<http://www.youtube.com/watch?v=Asa91nLri00&feature=related>
- Felipe Botaya
criswell1999@yahoo.com
<http://felipebotaya.espacioblog.com>

KOLONIE WALDNER 555

Felipe Botaya



NOV
ELA
HIS
TÓR
ICA

10
nowtilus
años

En 1944, un piloto accidentado misteriosamente es enviado al hospital del doctor Edward Burton en Manaus, Brasil. Un extraño anillo del paciente despertará la curiosidad de este médico norteamericano, que por su cuenta indagará el origen de todo el misterio.

En 1938 Helmut Langert, un exitoso hombre de negocios alemán en Sudamérica, recibe del mismísimo Reinhard Heydrich en Berlín la propuesta de dirigir el entramado científico militar de las SS en esa zona del mundo. Catorce fortalezas secretas, estratégicamente situadas en todo el cono sur, conforman el bastión SS dirigidas desde la más importante, la Kolonie Waldner 555.

Es una gran responsabilidad, pero Helmut Langert sabe que su patria necesita el máximo esfuerzo de todos y cada uno de sus hombres. Trabaja con los mejores científicos y militares de la SS contra reloj, ya que muchos países sudamericanos le han ido declarando la guerra a Alemania y la zona se convierte en muy peligrosa ante cualquier movimiento alemán.

Los Estados Unidos saben que los nazis suponen un peligro para sus intereses en Sudamérica, y no les dan tregua desde sus bases aéreas en territorio brasileño. Sin embargo, no son conscientes del alcance de esa amenaza. La lucha no ha hecho más que empezar. Sudamérica es el nuevo frente de batalla para la consecución de la victoria final del Tercer Reich.


nowtilus
www.nowtilus.com

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.





Felipe Botaya (Londres, 1953). Tras haber prestado servicio en conocidas multinacionales y trabajado en Inglaterra y Oriente Medio, desde hace varios años Felipe Botaya es profesor y conferenciante en varias universidades y prestigiosas escuelas de negocio tanto en España como en el extranjero. Ha sido autor de otros libros relacionados con el mundo de la empresa.

Su inquietud por temas históricos poco conocidos relacionados con la II Guerra Mundial le llevó a tratar el proyecto atómico alemán desde una nueva perspectiva, que seguramente será sorprendente para muchos lectores, pero que se ciñe a la verosimilitud del momento y los personajes. “Operación Hagen” es el fruto de tres años de trabajo y recopilación de datos tanto en Alemania como en España y su posterior estructuración novelada.